

JODI ELLEN MALPAS

La princesa rebelde

1

MI AMOR PROHIBIDO



La princesa Adeline se niega a someterse a las obligaciones que implica su título, pues sabe que bajo la imagen perfecta de la familia real no hay más que mentiras y secretos. Ni quiere formar parte de ello ni piensa aceptar la petición de su padre para que se case con un hombre al que no ama... Todo cambia cuando se cruza en su camino Josh Jameson, un actor escandalosamente sexy que pronto se convierte en el último vicio de la princesa: su atractivo es abrumador y sus caricias son puro fuego... Nadie la ha hecho sentir tan viva nunca. Pero, aunque él pertenezca a la «aristocracia» de Hollywood, no es un aristócrata real, y Adeline sabe que el rey y sus consejeros harán todo lo que esté en sus manos para impedir que vivan esa pasión... ¿Acabará rindiéndose a los deseos de su padre o a los de su corazón?



Jodi Ellen Malpas

Mi amor prohibido

La princesa rebelde - 1

ePub r1.0

Titivillus 14.04.2019

Título original: *The Controversial Princess*

Jodi Ellen Malpas, 2018

Traducción: Lara Agnelli

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

más libros en espaebook.com

*Para mi Zoe.
La asistente perfecta, devota y leal. Eres un ejemplo.
Gracias por todo. Besos.*

1

Me miro en el gran espejo, excesivamente decorado, mientras mi asistente personal, Jenny, se encarga de peinar y retorcerme la melena a la altura de la nuca. Ella siempre se asegura de que mi aspecto sea el de la princesa hermosa y envidiable que se supone que soy. Me parezco a mi madre en el pelo negro, los ojos oscuros y la piel aceitunada. El aspecto es lo único que he heredado de la princesa española que actualmente es la reina consorte de Inglaterra. Su carácter cariñoso, responsable y obediente se me escapa, para disgusto y frustración del rey Alfredo de Inglaterra. Su esposo. Mi padre.

Mi viejo es un gran defensor de las tradiciones, los valores y las reglas. Unas reglas pasadas de moda y, si me preguntan a mí, totalmente irracionales. Al parecer, la edad moderna pasó de largo a la monarquía.

El vestido que llevo, entallado y con falda de tubo de raso negro, es tan inconformista como yo. Es muy ceñido y deja la espalda al aire. Además, llevo unos tacones altísimos y los labios pintados de un rojo muy llamativo. Sin duda, mi atuendo hará que el rey alce sus pobladas cejas y, como de costumbre, no me podría importar menos.

Cierro los ojos, perdiéndome de vista mi escandalosa imagen mientras Jenny me rocía el holgado recogido con laca.

—Puede sonreír si le apetece, ¿eh? —comenta, mientras me retoca las puntas que se han escapado del recogido—. Al fin y al cabo, es su cumpleaños.

Abro los ojos y vuelvo a contemplarme. Esta vez me fijo en los ojos oscuros y huecos que me devuelven la mirada en el espejo. Hoy cumpla treinta años. Se suponía que con esta edad ya debía de estar casada con algún aristócrata de sangre azul, alguien como Haydon Sampson. El hijo de David Sampson, amigo del rey de toda la vida y uno de sus consejeros, es el hombre que mi padre ha elegido para mí. Lástima que su elección no coincida con la mía. No pienso casarme con Haydon. Nunca.

—Dime, ¿qué razones tengo para sonreír?

—No a todo el mundo le organizan una fiesta en los jardines de palacio para celebrar su cumpleaños.

Alzo la vista hacia Jenny.

—¿De verdad crees que lo de hoy lo han organizado pensando en mí?

En vez de responderme, coge mi bolso de mano y guarda dentro un pintalabios y otros productos de maquillaje. Jenny lleva acicalándose y preparándose para la vida de palacio desde que tengo uso de razón. Sabe lo que pienso sobre Claringdon, las fiestas en el jardín y los actos en los que debo codearme con la realeza y la aristocracia.

—Trate de divertirse.

Por detrás de Jenny veo que entra Kim, mi bajita asistente personal, tan formal como siempre. Lleva un serio traje de chaqueta gris y el pelo sujeto en la nuca con un clip. No hago caso de su ceja alzada cuando se da cuenta de la ropa austera que he elegido para la fiesta.

—El coche la espera.

—Gracias.

Respiro para infundirme valor ante la tarde que tengo por delante y acepto el bolso de mano que me entrega Jenny.

—¿El móvil?

—En el bolsillo lateral.

Le doy las gracias con una inclinación de cabeza y salgo de mis habitaciones con Kim pegada a los talones.

—¿Cuánto rato voy a tener que aguantar? —le pregunto mientras recorremos la galería que rodea el palacio de Kellington, una de las muchas residencias reales que hay en el centro de Londres.

Es recargado y brillante, como debe ser todo palacio real que se precie. Mientras caminamos hacia el coche, me fijo en las paredes, llenas a rebosar de retratos de mis antepasados, todos vestidos de manera correcta y respetuosa, todos intimidantes. Un día mi retrato colgará junto a los suyos y, sin duda, será tan regio como los demás, pero, en mi caso, ese retrato no será más que un espejismo, una sombra, un reflejo de la realidad o, para decirlo sin rodeos, una mentira.

—¿Me está preguntando cuánto tiempo va a tener que aguantar en su fiesta de cumpleaños? —me pregunta Kim, a la que parece hacerle mucha gracia—. Pues yo diría que hasta el final.

Hago una mueca.

—Maravilloso.

—Sobre lo del viernes por la noche... —añade.

—¿Qué pasó el viernes por la noche?

—Su pequeña indiscreción con cierto banquero.

Sonrío al recordar la indiscreción en cuestión. Su nombre es Gerry Rush y es presidente del banco más importante de Gran Bretaña. Aunque debe de tener unos cuarenta y cinco años, ese hombre es todo distinción; es una dulzura.

—¿Qué le pasa a mi indiscreción?

Miro a Kim cuando nos detenemos en lo alto de la gran escalinata. No me gusta su modo de fruncir los labios.

—Está casado.

—No, está separado —replico, recordando lo que leí en un periódico sensacionalista hace unas semanas.

Kim me muestra un periódico donde se ve a Gerry Rush del brazo de una mujer. Su esposa.

—¿De cuándo es esa foto?

—Del jueves. Parece que se han reconciliado.

Me llevo una mano al pecho y noto que un sudor frío me humedece la cara.

—Dios mío —susurro—. Menuda rata inmundada; no me dijo nada.

Kim me seca las mejillas con un pañuelo muy suave.

—No, claro que no.

—¿Se ha enterado la prensa de lo nuestro?

Si la prensa lo sabe, entonces mi padre también, y eso me supondría un problema de proporciones épicas que, francamente, preferiría evitar. Sin contar con el conflicto añadido de la reconciliación de esa rata mentirosa con la señora Rush.

—Felix se encargó de todo.

Me calmo un poco y doy las gracias mentalmente al director de comunicación de Kellington. Él tampoco debe de estar contento conmigo; pero bueno, nadie está contento conmigo nunca.

—Eso significa que había algo de lo que encargarse.

—Unas cuantas fotos.

—¿Cómo las consiguieron?

—Supongo que la siguieron desde la Royal Opera House. —Kim vuelve a fruncir los labios—. ¿En serio, Adeline? ¿Dos coches que van desde el mismo

acto social hasta el mismo hotel?

—Fue idea suya.

—Y seguro que le costó mucho convencerla. —Rebusca en el bolso y saca algo—. Lo que ha salido en *Woman* es esto. Mucho más adecuado y respetuoso, ¿no le parece?

Kim me enseña la revista, donde aparezco yo en portada. Se me ve saliendo del coche en la puerta de la Royal Opera House, protegida por Damon, mi chófer y jefe de seguridad. El titular reza: AGRACIADA CON BELLEZA, ESTILO Y UN TÍTULO REAL. ¿CÓMO ES SER LA PRINCESA ADELINE? ¡TE LO CONTAMOS!

Pongo los ojos en blanco y hojeo el reportaje a doble página donde se define mi vida con todo lujo de detalles... pero todos equivocados. ¿*Despreocupada*? ¿*Apasionante*? ¿*Plena*? Cierro la revista con ímpetu y se la devuelvo a Kim antes de bajar la escalera que lleva al vestíbulo.

—Bueno, el vestido era precioso, en eso les doy la razón.

—Estoy segura de que también quedaba precioso en el suelo de la habitación de Gerry Rush.

—Muy graciosa.

Al llegar al final de la escalera, recorro el suelo cubierto de mosaico y me acerco a Damon, que me espera junto a la puerta.

Lo saludo con una inclinación de cabeza, que él me devuelve. En vez de su uniforme habitual, un traje negro, se ha puesto otro de color azul marino.

—¿Va a algún sitio especial? —le pregunto, muy seria, lo que despierta una discreta sonrisa en su familiar rostro.

—Feliz cumpleaños, señora. —Su voz, profunda, de barítono, me provoca el efecto de siempre: me tranquiliza, me relaja.

Damon lleva diez años siendo mi chófer y jefe de seguridad. Es un elemento estable en mi vida. Menos mal que me cae bien porque, si no, sería insoportable tenerlo siempre alrededor.

—Gracias, Damon. ¿Cómo está tu encantadora esposa?

—Muy bien. Gracias por preguntar, señora.

—Me alegro de oírlo. Bueno, vamos a quitarnos esta tarde de encima, ¿vale?

—Tal vez no sea tan mala, ¿no? —Kim trata de animarme mientras se guarda la revista en el bolso y yo me echo a reír, porque si alguien sabe lo que me espera es ella.

Enderezo la espalda y me dirijo a la puerta, bajando la vista para asegurarme de que el escote no muestra más de la cuenta. Damon la abre y se aparta para dejarme pasar.

—Gracias, Damon —le digo, y me detengo en lo alto de la escalinata cuando veo que hay alguien esperándome ante el coche.

—Feliz cumpleaños, Addy. —Eddie me sonrío por encima del ramo de rosas blancas que sostiene debajo de la barbilla.

—¡Eddie! —Me lanzo literalmente sobre mi hermano—. ¡Serás canalla! ¿Por qué no me avisaste de que ibas a venir?

Él me agarra y me hace dar vueltas en el aire frente a la gran escalinata del palacio de Kellington.

—No te emociones demasiado. —Me deja en el suelo y me dirige una mirada poco convencida al fijarse en mi atuendo—. No te he traído regalo.

—Me da igual. —Me vuelvo hacia Damon—. ¿Lo sabías?

El chófer se encoge de hombros todavía con la mano en la maneta de la portezuela del coche. Busco a Kim con la mirada.

—¿Y tú?

—Tal vez me llamara la semana pasada —responde sin dejar de teclear en su móvil, por lo que me vuelvo hacia mi querido Eddie, el menor de mis dos hermanos, aunque ambos son mayores que yo. Mi salvador. El único que me entiende.

Eddie va engalanado con su uniforme militar, y la boina verde que lleva en la cabeza le sienta de maravilla.

Parte de mí lo envidia por servir a nuestro país, y ya sé que es algo muy idiota, pero al menos él se libra de tener que asistir a este circo durante los nueve meses que duran sus misiones en el exterior.

—Venga, vámonos de fiesta —dice Eddie, soltando la bolsa y las flores en el suelo.

Apenas lo han rozado cuando Olive, una de las empleadas domésticas, lo recoge todo.

—¿A palacio? —refunfuño, sin entender a qué viene tanto entusiasmo.

—Bebe mucho champán y sonrío. Estoy aquí y eso mejora las cosas, ¿no?

Sus ojos pardos brillan traviosos. Ese es el mejor regalo que puede hacerme, un poco de diversión.

Tal como ha dicho, mi cumpleaños acaba de mejorar extraordinariamente. Siempre puedo contar con Eddie. Veo que Kim pone los ojos en blanco y sonrío.

Eddie y yo compartimos muchas cosas, entre ellas el palacio de Kellington, a Kim y al resto del personal. Sé que lo primero que va a hacer Kim en cuanto subamos al coche va a ser avisar a Felix. El pobre ya tiene bastante trabajo cuando solo estoy yo en palacio. Ahora que también está Eddie, va a desgastar las suelas de sus mocasines italianos tratando de que nuestras reputaciones permanezcan intactas.

—Será mejor que salgamos antes de que el rey envíe a sus secuaces para que nos lleven a rastras.

Del brazo de Eddie recorro la distancia que nos separa del impoluto Mercedes.

—Creo que Davenport ya ha llamado, señora —me informa Damon, sosteniendo la portezuela.

—Menuda sorpresa —murmura Eddie, dándole una amistosa palmada en el hombro a Damon—. Me pregunto si seguirá con el palo metido en el culo.

Me echo a reír. El mayor Davenport, secretario personal del rey, es de la vieja escuela, igual que el rey. Para él, yo soy una piedra en el zapato y Eddie, una molestia, pero, en cambio, nuestro hermano mayor, el príncipe John, es el santo de la familia. Yo prefiero llamarlo el Lameculos. Es el heredero y el príncipe perfecto.

—Yo diría que sí, señor —replica Damon con solemnidad mientras nos sentamos.

Le doy las gracias con una sonrisa, y él cierra la puerta. Aunque odie mi vida como miembro de la realeza, adoro a las personas que trabajan para mí. A diferencia de mi padre, que vive rodeado de ayudas de cámara, consejeros y criados anticuados, estirados y pomposos, los míos no son así. Y eso es un alivio, teniendo en cuenta que mi comportamiento no se ajusta a lo esperado. Sonriendo, me acurruco junto a mi hermano, contenta de que haya vuelto a casa para animarme.

«¡Cumpleaños feliz!», me deseo a mí misma.

«¡Cumpleaños feliz, Addy!»

2

Mientras nos aproximamos a la verja del palacio de Claringdon, comprobamos que la calle está abarrotada de gente. La policía forma cordones para mantenerlos a raya. La prensa ha sacado a todos sus informadores a la calle y los flashes son constantes. Damon reduce la velocidad al mínimo y oigo a la gente que corea mi nombre y me grita felicitaciones.

—Te quieren —me dice Eddie en voz baja, recordándome que al menos hay alguien en este mundo que me admira, porque lo que es mi familia, excepto él, ciertamente no lo hace.

—A ti también —replico, sonriéndole.

Compartimos el afecto del público, pero, a diferencia de mí, el menor de mis hermanos cuenta también con el de mi familia. Él ha encontrado un sentido a su vida en las Fuerzas Armadas, que le permiten ser útil a su país.

—Para el coche, Damon.

—¿Señora? —Me mira por el retrovisor, dudoso.

—Para el coche —repito—. Voy a saludar al público.

—Pero no está previsto, señora.

Tengo que hacer un esfuerzo para no poner los ojos en blanco.

—Es mi cumpleaños. Toda esta gente ha venido para verme y no quiero decepcionarlos.

Eddie permanece callado, sabiendo que voy a hacerlo igualmente, y Damon, a regañadientes, detiene el coche justo delante de las puertas cerradas de la verja. Yo espero a que baje del vehículo y me abra la puerta. Tiene una mano en el pinganillo, por donde avisa a los coches que nos siguen del cambio de planes.

—¿Me acompañas? —le pregunto a Eddie.

—Vamos a llegar tarde; el rey no estará contento.

—¿Por llegar tarde o por detenernos a saludar a la gente?

—Por las dos cosas.

Abro mucho los ojos, fingiendo estar aterrada.

—¿Me ahorcarán, arrastrarán y descuartizarán?

—Muy graciosa.

Sonriendo, salgo del coche, mientras Kim se aproxima a mí desde el vehículo que nos sigue.

—Señora, esto no formaba parte de...

—Lo sé.

La despido con un movimiento de la mano y fijo una sonrisa en el rostro antes de volverme hacia la multitud. Sus gritos aumentan de intensidad varios decibelios cuando me acerco a la valla más cercana. Algunos me lanzan flores y otros agachan la cabeza en señal de respeto. Me detengo junto a una niña pequeña que ha trepado a la valla para poder ver por encima de ella. Lleva un puñado de margaritas en la mano y luce una enorme sonrisa emocionada en el rostro. Me acerco más y la niña tiene que levantar el mentón para verme.

—¿Son para mí? —le pregunto con dulzura, señalando las flores.

Ella asiente con entusiasmo y me las ofrece. Yo las acepto con una sonrisa y me las llevo a la nariz.

—Son preciosas.

—Feliz cumpleaños, princesa —canturrea, y varias personas a nuestro alrededor se echan a reír.

—¡Muchas gracias!

—Hoy también es mi cumpleaños.

—¿En serio? —digo, imitando su mismo tono apasionado.

Su madre baja a la pequeña de la valla y la deja en el suelo. Yo me agacho para quedar a la altura de sus ojos.

—Pues muchas felicidades para ti también. ¿Cómo te llamas?

—Clara.

—¿Y cuántos años cumples, Clara?

Se aferra a la valla con sus manitas regordetas y pega mucho la cara al metal antes de responderme:

—Cumpló seis, y cuando crezca voy a ser una princesa, igual que tú.

Abro la boca, fingiendo estar muy sorprendida.

—¡Vaya! Vas a ser una princesa preciosa. ¿Vivirás en un castillo o en un palacio?

—En un palacio —declara—. Y seré muy guapa, como tú, aunque mi pelo es blanco y el tuyo es marrón. Y yo tengo los ojos azules y tú marrones. Esperaré

hasta que mi Príncipe Encantador venga a buscarme.

—Yo también, cariño. —Sonrío mirando su carita inocente—. Yo también.

—¿Dónde está tu Príncipe Encantador?

Mi mente conjura la imagen de Haydon Sampson, el hombre al que estoy prometida, pero él no es mi Príncipe Encantador ni de lejos.

—De camino hacia aquí, a lomos de su noble corcel —digo para que ella se lo crea, y tal vez un poco para creérmelo yo también.

Me miro la muñeca y me planteo algo durante un instante. Pero es solo un instante. Me quito la pulsera de plata maciza y se la doy a través de las barras de la valla.

—Feliz cumpleaños, Clara.

La niña se queda mirando la joya boquiabierta y luego me la arrebató de las manos bruscamente, como si tuviera miedo de que fuera a cambiar de opinión.

—¡Clara! —la riñe su madre.

—No pasa nada —le aseguro a la madre, mientras la pequeña sale disparada entre las piernas de la multitud, llamando a su padre a gritos.

La veo desaparecer, salvaje y libre. Y luego vuelvo la cabeza y me fijo en los altos barrotes que rodean el palacio, que podría fácilmente confundirse con una prisión. Las verjas me recuerdan que no soy libre. Me incorporo despacio y sonrío mientras regreso al coche.

Sid, el mayordomo de palacio, nos guía hacia el gran salón Claret, donde la familia está reunida aguardando nuestra llegada para hacer luego una impresionante salida conjunta a los jardines, como la fuerte y unida familia real que somos. O que se supone que somos. Al entrar nos recibe la cara exasperada de mi padre. A su lado, el mayor Davenport se muestra igual de molesto con nuestra tardanza. En un rincón, bebiendo agua, se encuentra el médico personal del rey. Es bajito, rechoncho, y siempre va vestido con trajes que le sientan mal y con el maletín a mano. El doctor Goodridge nunca se aleja demasiado del rey.

Sin hacer caso del disgusto del rey, me dirijo directamente hacia Matilda, mi prima, la hija de Victoria, la hermana de mi padre.

—Te has metido en un lío —me susurra al oído mientras me abraza.

—Pues como siempre, menuda novedad... —contesto, dirigiéndome hacia los padres de Matilda, los duques de Sussex.

Ninguno de los dos me felicita por mi cumpleaños.

—Qué delicia verte, Victoria —le digo efusivamente mientras la abrazo. Luego es el turno de mi tío—. Y a ti, Phillip.

—Estás... muy guapa —comenta Victoria, no muy convencida, mientras mi tío niega con la cabeza, consternado.

Yo sonrío, toda dulzura.

Al igual que ellos, puedo ser tan falsamente educada como haga falta.

—Gracias por venir.

—Adeline.

El hermano pequeño de mi padre, Stephan, se acerca y esta vez la sonrisa que compongo es sincera.

—¡Tío Stephan! —Lo rodeo con los brazos, y estrecho con fuerza su cuerpo alto y desgarrado—. ¿Ha sido muy horrible?

—¿Estar aquí encerrado con el rey esperando a que llegara la invitada de honor? No, querida, ha sido apasionante.

Me río por lo bajo y me separo de mi tío favorito, enderezándole las gafas mientras lo hago.

—Gracias por venir.

—No me perdería la fiesta de cumpleaños de mi sobrina por nada del mundo. Treinta años no se cumplen todos los días. Por ti estoy dispuesto a soportar este circo, espero que me lo agradezcas.

—Te lo agradezco.

Saludo a su esposa, Sarah, con dos besos en sus pálidas mejillas. Aunque está a su lado, tal como corresponde, su matrimonio es una farsa, un matrimonio de conveniencia, ya que la inclinación sexual de tío Stephan es uno de los secretos mejor guardados de Inglaterra.

—Pero no estoy segura de ser la invitada de honor —añado, y señalo el otro extremo de la sala, donde todo el mundo se ha arremolinado en torno al rey y a Eddie.

Su llegada también es causa de celebración y eso no me molesta en absoluto. Todo lo contrario. Cualquier cosa que ayude a apartar de mí el foco de atención es bienvenida.

—El teniente coronel Lockhart —anuncia mi padre, sujetando los hombros de Eddie con sus grandes manos—. Estoy muy orgulloso de ti, hijo mío.

Eddie se empapa de la muestra de afecto del rey, nada habitual en él, y lo saluda militarmente con una sonrisa.

—Gracias, majestad.

Mi padre se echa a reír con ganas y comparte al recién llegado con los invitados que se han reunido a su alrededor.

—Al igual que mi abuelo, mi padre y su hermano mayor, Edward es ya oficial de la Marina Real, la élite entre la élite.

Todo el mundo aplaude, incluida yo. Y el tío Stephan me dice al oído:

—¿Te has fijado? Ni siquiera me ha mencionado. Mi querido hermano, el poderoso rey de este próspero país, no soporta ni verme. Viejo idiota homófobo...

Sonrío y le dirijo una mirada afectuosa. El pobre tío Stephan ha tenido que convertir su vida en una mentira eterna para no sacudir los cimientos de la monarquía.

—Huye —le sugiero, y no es la primera vez que lo hago.

—¿Y renunciar a mi asignación mensual? —Resopla, molesto—. Ya me cuesta sobrevivir con los cuatro chavos que me da ahora. No, gracias. Llevo una existencia lujosa que me sale gratis y mi esposa ya ha renunciado a convertirme en lo que no soy. Seguiré con mis escapadas secretas, dándole trabajo a mi equipo de comunicación. Al menos no me aburro.

—Eres un granuja, tío Stephan.

—Le dijo la sartén al cazo, querida sobrina.

Sonrío, esta vez de verdad. Adoro a mi tío Stephan; él me comprende.

Contemplo a mi padre, que sigue haciendo aspavientos alrededor de Eddie. La verdad es que me alegro mucho por él. John siempre ha sido el favorito, el hijo leal, fiable y meticuloso, el heredero perfecto para su adorado trono. John se casó con quien le dijeron que se casara, Helen, una esposa maravillosamente obediente. Eddie es el heredero de repuesto, y yo solo soy el repuesto del heredero de repuesto. Y por si eso fuera poco, mi padre expresa a menudo lo aliviado que se siente de no tener que depender de mí para asegurar el futuro de la corona.

Eddie juega con ventaja. Desde que entró en la Marina, se ha mantenido al margen de los líos. Yo, en cambio, no tengo a nadie que me ayude a alejarme de los problemas.

—Y aquí tenemos a la cumpleañera —anuncia el rey, acercándose a mí vestido de traje y engalanado con una banda a la que van sujetas numerosas medallas honoríficas.

—Padre —murmuro, tratando de no dejarme amilanar por su mirada de desaprobación a mi atuendo.

Me inclino un poco, pero él me interrumpe dándome un abrazo.

—Llegas tarde —me dice en voz baja al oído—. ¿A qué ha venido la tontería de bajar del coche?

Miro a mi alrededor y localizo a sir Don, el consejero en jefe del rey y lord chambelán. Se toma su trabajo muy en serio, y su trabajo es mantener al rey informado de... todo.

—Las noticias vuelan, sin duda —susurro, mientras sir Don me contempla sin ocultar su desaprobación—. Tal vez no te vendría mal dar un paseo entre tus súbditos de vez en cuando.

—No me provoques hoy, Adeline.

No hago caso de sus palabras y sonrío, lista para enfrentarme a los invitados que se han congregado para celebrar mi trigésimo cumpleaños. Todo es muy deslumbrante, pero llevo aquí casi veinte minutos y aún nadie me ha ofrecido una copa de champán.

Estamos todos reunidos alrededor de mi padre y de mi madre, en nuestras posiciones habituales, justo enfrente de los ventanales que dan a los jardines con setos podados de manera ornamental, donde las fuentes cosquillean el agua mansa en cada recodo y el césped está tan uniformemente cortado que parece un lienzo. Todo el palacio es perfecto, igual que la familia real.

Inspiro, enderezo los hombros y sonrío más ampliamente mientras las puertas se abren y la multitud aplaude y nos devuelve la sonrisa. Mi padre y mi madre hacen girar las muñecas lentamente a modo de saludo. Los demás permanecemos quietos a su alrededor, formando un frente unido y permitiendo a los reunidos el honor de maravillarse con nuestra presencia durante unos minutos.

Cuando mi padre empieza a retirarse, rompo la formación y voy a buscar una copa de champán a la bandeja más cercana.

—¿Ya no puedes más? —me pregunta Eddie, quitándose la boina verde y alisándose el pelo rubio oscuro.

Soy la única de los tres hermanos que he salido a mi madre en el aspecto físico. John tiene el pelo rubio y los ojos azules de mi padre, y Eddie tiene un poco de cada uno: el pelo rubio oscuro y los ojos pardos.

—Menuda farsa...

Doy sorbos al champán mientras los miembros de la familia se dispersan en varias direcciones y se les arriman invitados que se mueren de ganas de colmarlos de halagos y elogios. Me río en silencio. Todos los aquí presentes son

monárquicos, los mejores entre los mejores a la hora de lamer culos reales. Aquí no me voy a encontrar a ningún antimonárquico. Claro que no, a esos cabrones los mantenemos a distancia. Aunque se me escapa la risa por dentro al recordar que no se muestran tan antimonárquicos cuando me quedo con ellos a solas.

Señalo con la copa de cava el punto del césped donde mi tío gay se muestra muy unido a su esposa mientras charla con los invitados.

—El hermano del rey es tan gay como un arcoíris tras una tormenta —le comento a Eddie—. Su matrimonio es una farsa, carece de amor. —Desplazo la copa para señalar a mis sonrientes tíos, mientras apoyo el peso en una de mis caderas—. La tía Victoria y el tío Phillip, los maravillosos duques de Sussex, apenas soportan mirarse a la cara y mucho menos hablar entre ellos. Y luego tenemos a nuestro querido hermano, John, el príncipe perfecto, junto a su perfecta esposa, la princesa Helen, que poseen todos los ingredientes para ser los sucesores perfectos de la corona, excepto por una cosa.

—¿De qué se trata? —Eddie parece francamente interesado.

—Llevan ocho años casados, pero aún no han traído al mundo a ningún heredero.

Eddie se echa a reír.

—¿Crees que nuestro querido y perfecto hermano está disparando sin bala?

—Señal de que no es tan perfecto —murmuro, llamando a un criado para cambiar la copa vacía por otra llena.

—Imposible. Como todas las parejas reales, se sometieron a pruebas de paternidad antes de casarse. Aunque tal vez no sean compatibles.

—¿Quiénes no son compatibles? —Matilda se une a nosotros, y los tres miembros más normales de la familia bebemos juntos.

—John y Helen —digo, por encima de la copa—. El heredero todavía no ha logrado fabricar un heredero propio.

—Adeline piensa que dispara sin bala —añade Eddie, mirando a su hermano, que va vestido con la chaqueta del uniforme de la Armada, pantalones, fajín y pajarita negra.

—Adeline se equivoca —replica Matilda, haciendo que Eddie y yo nos volvamos hacia ella, interesados. Y sonrío antes de añadir—: He oído a mamá hablando con el rey. Parece que muy pronto vais a tener un sobrino o una sobrina.

—¿Está embarazada? —pregunto, apartándome el champán de la boca.

Matilda asiente.

—Qué detalle compartir con nosotros la feliz noticia. ¿Cuándo pensaban contárnoslo?

Acabo de pronunciar esas palabras cuando mi padre llama la atención de los reunidos y sé que no es para desearme un feliz cumpleaños.

—¿Ahora? —bromea Eddie, dirigiéndome una sonrisa.

—Primero me robas tú el protagonismo, ¿y ahora esto? —finjo ofenderme, y Eddie me rodea los hombros con un brazo y me planta un beso en la sien—. ¿Cuándo podremos ir a divertirnos de verdad?

—Paciencia, princesita. Primero, el deber.

Escuchamos al rey, que da un discurso digno de un premio, en el que expresa su gratitud por tener una familia tan maravillosa, que lo apoya en su reinado como rey de Inglaterra, y las mismas paparruchas de siempre, antes de anunciar la emocionante llegada de un nuevo miembro de la monarquía.

La esposa de John se acaricia el vientre, sonriendo a mi hermano. Es ambiciosa, siempre lo ha sido. Seguro que está entusiasmada de saber que lleva en sus entrañas al segundo en línea de sucesión al trono de Inglaterra. Lo que, por cierto, significa que Eddie y yo acabamos de retroceder un puesto. Pues vale.

—Ese trono te queda cada vez más lejos, hermanito querido —susurro al oído de Eddie, haciendo que Matilda se ría histéricamente. Eddie se contagia y la imita—. ¿Qué pasa? ¿No me digas que no te apetecería ser rey algún día?

—Más o menos lo mismo que a ti ser reina. —Sin dejar de reír, se coloca la boina y sale al jardín a reunirse con nuestra madre.

—Vaya par, sois terribles.

Matilda me golpea el hombro con el suyo y, en ese momento, alguien me llama la atención. Es una persona que reconozco, pero no sé qué está haciendo aquí.

—¿Ese de ahí no es Josh Jameson? —le pregunto a Matilda, señalándolo discretamente con la cabeza.

—¿Te refieres al actor? ¿El actor americano tan guapo? —Alarga el cuello buscándolo entre la multitud y suelta una exclamación cuando lo encuentra—. ¡Oh, Dios mío! Sí que lo es. ¿Qué hace aquí?

—No tengo la menor idea —respondo en voz baja.

Y doy unos pasitos a la derecha para verlo mejor. Inspiro pausadamente, pero suelto el aire de manera entrecortada. Madre mía, es todavía más impresionante en persona. Me he quedado sin habla. Y con razón. Ese hombre tiene unos ojos azules que brillan prometiendo travesuras y sexo del bueno; lleva el pelo castaño

siempre alborotado y una barba de pocos días. Es guapo, pero sin perder su aspecto de tipo duro. Josh Jameson. Suspiro y sonrío por dentro, disfrutando al fin de las deliciosas vistas. Hace poco que fue elegido el hombre más sexy del mundo y encima tiene un Oscar. Es el espécimen perfecto de hombre, la fantasía de cualquier mujer. Un chico de anuncio, un puto dios. Pero, para mí, es terreno prohibido. El hombre más sexy del mundo está fuera de mi alcance. Típico. Me lamento mentalmente mientras sigo admirando su bien formado cuerpo, maldiciendo mis huesos reales con rabia. Pero, justo en ese momento, él se vuelve hacia mí y nuestras miradas se encuentran. Aparto los ojos con rapidez, un tanto sorprendida por la intensidad de su mirada.

«¿Qué demonios está haciendo aquí?»

—El estreno de su nueva película es un día de estos —comenta Matilda, metiéndose un canapé en la boca—. Lo leí en una revista.

—Pero ¿por qué está aquí, en mi fiesta de cumpleaños?

En vez de responderme, abre mucho los ojos.

—Oh, Dios mío. Adeline, viene hacia aquí.

—¿En serio? —Enderezo mucho la espalda y noto que se me destensan los músculos—. Pues no tengo ni idea.

La cara y el cuerpo de Josh Jameson están por todas partes, en vallas publicitarias y portadas de revistas de todo el mundo. Su reputación de *playboy* le precede y ahora está aquí, en carne y hueso, más guapo y distinguido que nunca con un traje que aporta elegancia a su aspecto de tipo duro. ¿Qué hace este hombre en mi fiesta de cumpleaños?

Una sonrisa lenta y perezosa se apodera de mis labios pintados de rojo a pesar del nerviosismo.

Josh Jameson.

«¡Ay, madre mía!»

—Alteza. —Su rudo acento americano se adueña de mi sangre y la dirige directamente a mi epicentro.

Y no me estoy refiriendo al corazón, aunque sin duda está latiendo, y con ganas.

Es excitante, electrizante. «Alteza». Hasta hoy, nunca me había excitado oyendo esa palabra. Al contrario; mi reacción habitual suelen ser las ganas de agarrar la palabrita y metérsela por la garganta a la persona que la ha pronunciado. Pero hoy no. Me vuelvo despacio hacia él y ladeo la cabeza, como

si estuviera esperando a que se presentara. Por supuesto que sé quién es, pero algo en mí se niega a admitir que conozco su identidad.

—Josh Jameson —se presenta, dirigiéndome una sonrisa radiante, un tanto arrogante, pero con razón.

Él sabe que yo sé perfectamente quién es. ¿Quién no conoce a este hombre?

Le dirijo una sonrisa recatada.

—Un placer, señor Jameson. Pero no hace falta que se ande con formalidades; puede llamarme Adeline.

Estoy mintiendo. Las formalidades son más necesarias que nunca, y la mirada asombrada que me dirige Matilda me lo confirma. Pero la verdad es que me apetece oírlo pronunciar mi nombre, con suavidad, con ese acento americano tan deliciosamente rudo.

—Adeline —murmura, haciendo que la temperatura de mi sangre se acerque al punto de ebullición.

No me ha defraudado. En absoluto.

«En nombre de Dios y del rey: ¡Joder!»

—Feliz cumpleaños —añade.

Inspiro hondo, permitiéndome el placer de recorrer con la vista su alto y esbelto cuerpo, de los pies a la cabeza. Lleva un traje de tres piezas cuya confección anuncia a los cuatro vientos que está hecho a medida, y lo mismo puede decirse de los zapatos, hechos a mano. Pero la sensación que transmite es de haberse arreglado sin mucho esfuerzo. Por ejemplo, lleva un pañuelo color rosa pálido en el bolsillo de la americana, pero no está doblado, es como si se lo hubiera metido allí de cualquier manera en el último momento. Y así con todo. La combinación de la ropa impecable con el pelo alborotado es... ¡Madre mía, está para comérselo!

Un codazo interrumpe mi admiración silenciosa. Me vuelvo hacia Matilda, que me está observando con demasiadas preguntas en los ojos. Recobro la dignidad y alzo la mirada hacia Josh, que me está examinando muy de cerca. Al parecer, le ha gustado que me lo comiera con la mirada.

Me aclaro la garganta y señalo a mi prima con la copa.

—Señor Jameson, ella es su alteza real, la duquesa de Kent.

—Un placer, señor Jameson —ronronea mi prima—. Puede llamarme Matilda —añade con tanto sarcasmo que la miro con el rabillo del ojo.

—El placer es mío.

Josh sonríe, y, de nuevo, detecto en su sonrisa que no se le escapa nada de lo

que sucede a su alrededor. Este hombre es demasiado.

—¿Y cómo es que ha acabado en mi fiesta de cumpleaños? —le pregunto con frivolidad, tratando de no mostrarme excesivamente interesada.

—Mi padre conoció al rey en las Fuerzas Armadas, hace muchos años.

—Pero usted es americano.

—¿No me joda? —dice con una sonrisa tan descarada que me deja indignada y maravillada al mismo tiempo—. Pues resulta que los ingleses y los yanquis somos aliados, señora.

—Ya lo sé.

Pongo los ojos en blanco, exagerando el gesto, porque ese hombre me altera muchísimo. Ha soltado un taco en mi presencia. Nadie habla de esa manera en presencia de un miembro de la realeza.

—Mi padre ahora es senador.

Señala en dirección al rey, que se encuentra hablando con un hombre bastante orondo vestido con un esmoquin negro.

—Encantador —comento—. Vamos, que podría decirse que se ha colado en la fiesta.

—Bueno —contesta, encogiéndose de hombros—, ningún hombre en su sano juicio dejaría pasar la oportunidad de conocer a la preciosa e ilustre princesa Adeline de Inglaterra. Y tengo que decir, alteza, que las fotografías no le hacen justicia.

Intento controlarme y no abrir demasiado los ojos.

—*Touché* —respondo, en un murmullo sugerente. Pongo morritos, alzo la copa y sonrío—. Espero que se lo esté pasando bien.

—Oh, sí, muy bien. ¿Y usted?

—Las cosas empiezan a mejorar.

Doy un trago al champán, hipnotizada por el brillo de los ojos azules de Josh. Él sonríe y mira a su alrededor.

—Me da la sensación de que somos muy parecidos...

—Oh, ¿a qué se refiere?

—Me parece una mujer muy apasionada.

—¿Ah, sí?

—Sí. —Su sonrisa se vuelve más sugerente—. Igual que yo.

—Interesante.

—Y parece saber lo que quiere.

—Así es.

—A mí me gusta divertirme.

—A mí también, señor Jameson, a mí también.

—Lo dicho, estamos hechos el uno para el otro.

Me río con discreción, mientras a mi lado Matilda se desespera al ser testigo de nuestro escandaloso coqueteo. La conversación parece un partido de tenis, un partido que tengo intención de ganar.

—En sus sueños, señor Jameson.

—O, tal vez, alteza, en los suyos.

Josh me dirige otra de sus deslumbrantes sonrisas y, aunque me avergüenza admitirlo, tengo que esforzarme por mantener la compostura.

No me queda otro remedio que apartarme de la sofocante intensidad de la presencia del señor Jameson antes de perder el control por completo y ponerme a babear.

—Si me disculpa... —Poner un pie delante del otro me cuesta más de lo que debería—. Ha sido delicioso conocerlo, señor Jameson.

Me riño mentalmente mientras me alejo. «¿*Delicioso*? ¿En serio?»

—Sin duda lo ha sido —contesta, siguiéndome con la mirada mientras paso delante de él y me alejo.

Me vuelvo un instante y, cuando nuestras miradas se encuentran, veo que su expresión es más arrogante que nunca.

«¡Mierda!» Voy refunfuñando todo el camino en dirección a mi madre.

—Te veo alterada, Adeline —comenta Matilda, dándome otro codazo cuando me alcanza.

Inspiro por la nariz, muy digna, y enderezo la espalda.

—No sé de qué me estás hablando.

Mi patética reacción la hace reír.

—Vaya, pensaba que nunca lo verían mis ojos.

—Porque no han visto nada.

Sonrío ampliamente cuando mi madre abre los brazos para recibirme.

—Adeline, cariño, ¿te lo estás pasando bien en tu fiesta? —Su acento español ya casi no se nota, después de todas las clases de inglés aristocrático que tuvo que dar cuando aceptó casarse con mi padre.

Lo que no pudieron domesticar fue su vitalidad y su estilo, que he heredado por completo. No puede expresarlo abiertamente, pero su sonrisilla me dice que le encanta el vestido que he elegido para la fiesta de hoy.

—Maravillosamente, madre.

Le doy dos besos en las mejillas, casi sin rozarnos, y miro por encima del hombro. Josh Jameson me pilla mirándolo y me guiña el ojo. ¡Me ha guiñado el ojo! ¡Será posible! ¿Quién le guiña el ojo a un miembro de la familia real? Alzo la nariz y dejo de mirarlo, de nuevo indignada por su comportamiento. Y sofocada. Muy sofocada.

—Un bebé, qué maravilla. —Atrapo a John y a Helen, que estaban hablando con un grupo cercano y me disculpo por llevármelos—. Enhorabuena.

Les doy un abrazo que parece sincero, porque lo es. No son mis personas favoritas en el mundo, porque son demasiado correctos y estirados para mi gusto, pero la llegada de un bebé hará que todo el mundo esté más pendiente de ellos y menos de mí. O eso espero.

Helen me dirige una mirada de desaprobación y una sonrisa falsa y fría con sus labios perfectamente maquillados.

—Siento haberte robado el protagonismo el día de tu cumpleaños.

—No, no lo sientes.

Me echo a reír y hago un gesto con la mano para quitarle hierro al asunto. John y Helen permanecen impávidos y dejan que otras personas se los lleven para hablar con ellos sin tan siquiera desearme feliz cumpleaños.

—Menuda tortura —le digo a Matilda, apoyando el peso en una cadera y bebiendo champán porque no tengo nada mejor que hacer, mientras el príncipe John y la princesa Helen se dan un baño de atención y de felicitaciones.

No echo de menos más felicitaciones, pero me irrita ver que, como siempre en esta dichosa familia, el futuro de la monarquía pasa por delante de todo lo demás.

Suspiro y echo un vistazo a mi copa vacía, pero antes de poder poner remedio al problema, alguien me la arrebató de la mano y me la cambia por otra llena. Alzo la mirada y me encuentro a Josh Jameson ante mí.

—¿Me echaba de menos? —le pregunto con descaro, alzando la copa en su dirección y haciéndome la interesante.

—Tal vez, alteza.

—Por favor, nada de formalidades.

—No me parece adecuado ser tan informal teniendo en cuenta que es la tercera en la línea de sucesión al trono británico.

Me río discretamente y algo en sus ojos azules cambia. Aparece un atisbo de ámbar encima del tono aguamarina, lo que los hace parecer más verdes que azules.

Matilda se aleja, negando con la cabeza, y va a reunirse con sus padres. Sé que su gesto significa que, si he decidido rebelarme contra las normas, ella no quiere saber nada.

Menuda novedad, yo siempre me rebelo contra las normas. Y por si no me bastara sola, ahora cuento con la colaboración de este americano macizo, que es como una inagotable fuente de placer. Josh Jameson no me conviene. Ni salir con él, ni follármelo, ni siquiera besarlo. Pero precisamente eso es lo que me hace desear todas esas cosas mucho más. La tentación de desafiar todas las normas me resulta irresistible.

Me está mirando fijamente con su rostro, que es pura perfección. Tengo ante mí a un hombre capaz de hacerme hervir la sangre solo con mirarme. He de apartar la mirada y pestañear antes de poder hablar.

—No deje que mi posición en la línea de sucesión lo intimide —digo, y me armo de valor para volver a mirarlo a los ojos.

Me llevo la copa de champán a los labios y le sostengo la mirada por encima del borde. Doy un sorbo. Trago. Lentamente.

—¿Intimidarme? —me pregunta, interesado.

—Sí.

—¿Por qué iba a sentirme intimidado?

—Bueno... —Me echo a reír, porque la respuesta es evidente—. Mi hermano mayor es el heredero natural. Mi otro hermano, Eddie, es el heredero de repuesto y yo soy el repuesto del repuesto. Sin embargo, ni Eddie ni yo llegaremos nunca al trono. La esposa del heredero está embarazada y con cada hijo que tengan, yo caeré un poco más en la línea de sucesión. —Y caeré un poco más en desgracia a ojos de mi padre—. En realidad, no soy tan importante.

—No me siento intimidado —dice el señor Jameson con franqueza—, en absoluto.

Sus palabras me sorprenden, aunque mantengo la compostura. Me cuesta, pero lo consigo. Es la primera vez que un hombre me dice cosas así a la cara. La mayoría se andan con rodeos y siempre tratan de complacerme por mi estatus real. Y es la primera vez que un hombre me hace latir la sangre de esta manera. A lo largo de mi vida he tenido amantes —muchos, de hecho—, pero lo de este hombre es distinto. Me ha encendido por dentro casi sin esforzarse. Estoy tentada de retirarme del combate, pero ¿qué gracia tendría eso?

—Para usted solo soy un reto —le contesto, devolviéndole su franqueza. Si él puede hablar sin rodeos, ¿por qué no voy a hacer yo lo mismo?

Él sonríe y acepta una copa de champán cuando uno de los criados se acerca con la bandeja. El señor Jameson espera a que volvamos a quedarnos solos y me dirige una mirada muy seria.

—¿No me dirá que para usted yo sería algo más que eso, alteza?

Un escalofrío me recorre la espalda al oír sus palabras y me obliga a cambiar de postura para disimular.

—No, no lo haré, señor Jameson.

Él ladea la cabeza.

—Interesante.

Yo imito su gesto.

—Y que lo diga.

Intercambiamos una sonrisa cómplice. La situación en sí es un escándalo, pero la verdad es que hacía tiempo que no me lo pasaba tan bien.

—Me está dando la razón, somos increíblemente parecidos, pero usted juega en una liga a la que yo no tengo acceso, alteza.

Ojalá dejara de llamarme así. Me molesta y hace que me cueste mantener una fachada impertérrita.

—¿Y eso quién lo dice?

—Supongo que todo el mundo.

Me dirige una mirada provocadora. No debería mirarme así. Es obvio que me está provocando, aunque yo no suelo necesitar que me provoquen, sobre todo si el que lo hace es una criatura tan divina como él.

—Pero a mí nunca se me ha dado bien seguir las reglas del juego —añade en voz baja.

—A mí tampoco.

—Pues que me corten la cabeza. —Me sonríe.

—¿Cuál de ellas? —pregunto, devolviéndole la sonrisa y disfrutando como nunca hasta el momento de la conversación.

Su sonrisa se hace mucho más amplia. Si antes era atractiva, ahora es algo de otro planeta. Aunque estoy segura de que lo he sorprendido, lo disimula bien. Noto que me gusta sorprenderlo.

—Entonces ¿es verdad lo que se dice? —Baja la voz, para dar más intriga a sus palabras.

—¿Qué es lo que se dice? —Miro a mi alrededor como quien no quiere la cosa, y veo que mi padre nos está mirando.

Alto y engalanado para la ocasión, nadie dudaría de su condición real.

Sonriendo, alzo la copa en su dirección y él hace lo mismo, aunque su sonrisa no se parece en nada a la mía. Su mirada se pasea entre el señor Jameson y yo. Lo está mirando igual que mira a todos los hombres que muestran interés en la princesa: con desaprobación y como si estuviera planeando ya cómo hacerlo desaparecer de mi vida.

—Se rumorea que Adeline Lockhart es el miembro de la realeza más rebelde que ha existido hasta la fecha —responde Josh, recuperando mi atención—. Y después de pasar unos minutos a su lado, ya sé que los rumores son ciertos.

—Ni se imagina hasta qué punto. —Me llevo la lengua a la mejilla, sin poder evitarlo—. Tengo dos vicios, señor Jameson.

—¿Ah, sí? —me interrumpe—. ¿Y cuáles son? No, un momento, creo que ya sé cuál es el primero. —Me mira fijamente a los ojos mientras frunce los labios haciendo un puchero irresistible—. Los americanos guapos, seguro.

—Lo ha acertado —contesto sin dudar, provocándole una sonrisa irónica y satisfecha al mismo tiempo—. Pero, cuénteme: ¿qué tal por Hollywood?

—Ah, así que sabe quién soy. —Su sonrisa se vuelve arrogante—. Vaya, vaya, alteza. Si decide fingir que no me conoce, al menos mantenga las apariencias un rato.

Me vienen ganas de darme de bofetadas, pero me agunto y pongo los ojos en blanco.

—¿Y bien? —insisto.

—Agotador —responde con sinceridad.

Mi imaginación se pone en funcionamiento a toda marcha. Sin duda tiene que ser agotador estar siempre rodeado de mujeres preciosas.

—¿Está cansado de quitarse mujeres de encima?

—¿Celosa, alteza?

Suspiro.

—No, siento compasión de ellas.

—¿Y eso por qué?

—Porque está claro que está lejos del alcance de la mayoría de las mujeres, por culpa de su fama, su atractivo e inflado ego.

—¿Y yo? ¿Estoy fuera de su alcance?

Me cuesta disimular la sorpresa que me provoca su franqueza apabullante.

—Estoy segura de que el rey no lo aprobaría.

—Ya, pero dado que a mí no me va lo de seguir las reglas y usted, alteza, no parece demasiado obediente, he pensado que quizá podría tentarla para que cene

conmigo mientras estoy en Londres.

—¿Una cena? Yo quiero algo, pero no es cenar precisamente.

—¿Quiere cenar conmigo? ¿Por qué?

—Creo que usted y yo nos llevaríamos bien.

—¿Lo cree?

—Lo sé.

Guardo silencio durante demasiado tiempo, cada vez más fascinada por el canalla engreído que tengo delante.

—Es muy amable por su parte, pero me temo que debo declinar su invitación. —Me planto con fuerza, decidida. Obligarlo a mantener el interés en la caza forma parte del juego.

—¿Por qué?

—Bueno, como comprenderá, señor Jameson, mi secretaria personal se ocupa de mi agenda. Y una vez a la semana debe mostrarle esa agenda al rey, para que él esté al corriente de mis compromisos reales y de todas las demás cosas que hago o dejo de hacer. Y si, por casualidad, consiguiera que no apareciera en la agenda mi cita con un famoso actor de Hollywood, los periodistas que me siguen a todas partes se encargarían de que se enterara. Él y el resto del mundo, ya de paso.

Alza una ceja, mostrando interés.

—¿Tan terrible sería que nos vieran juntos?

—Sí, sería espantoso, señor Jameson. La princesa de Inglaterra no va por ahí retozando con un *sex symbol* de Hollywood.

—¿Quién ha hablado de retozar?

—Veo que no corrige la definición que he hecho de usted.

—¿Por qué iba a hacerlo? Es cien por cien acertada, y aunque no lo fuera, no voy por ahí diciendo a miembros de la familia real que se equivocan.

—¿Por qué yo? —le pregunto, yendo al grano.

—Tal vez me apetezca agenciarme a una princesa.

Me echo a reír, probablemente demasiado fuerte.

—Le aseguro, señor Jameson, que a mí no me apetece que nadie se me agencie.

—Oh, de eso estoy seguro.

Posa una de sus manos en mi culo, por encima del vestido. Me tenso y miro a mi alrededor, para asegurarme de que no nos están vigilando.

—Pero eso es porque yo nunca me la he agenciado. ¿Qué me dice, alteza? —

añade.

Su confianza me provoca sensaciones que nunca había notado. Con ningún otro hombre.

—¿Está tratando de meterme en líos, señor Jameson?

Porque, francamente, no necesito que me ayude. Me valgo yo solita. Que se lo pregunte si no a mi secretaria o al director de comunicación de Kellington. Bueno, no, mejor que no les pregunte nada. Hay cosas que es mejor que no se sepan.

Me quita la mano del culo, me toma la mía y me da un beso en el dorso sin dejar de sonreír.

—No lo dude.

No sé qué me impulsa a fruncir los labios, como si estuviera considerando su propuesta, cuando es evidente que voy a permitir que este hombre me lleve a la cama y voy a disfrutarlo desde el primer segundo. Ya solo de verlo en foto se me cierran los muslos. Estar en su presencia y oír su suave acento, notando que me acaricia el culo como si fuera un objeto de culto, me tiene en llamas.

«Soy una princesa», me recuerdo y qué me lleva a recordármelo en ese preciso momento, no lo sé. Normalmente, es algo que no me preocupa en absoluto. Pero aunque Josh Jameson pertenece a lo que muchos consideran realeza de Hollywood, y muchas mujeres le saltarían al cuello a la primera sonrisa, yo pertenezco a una realeza auténtica. Soy una princesa real, y saltarle al cuello a un hombre en público estaría muy mal visto. Sin duda, me metería en aprietos con el rey. Pero lo que haga en privado, lejos de las miradas de estos idiotas vanidosos, es asunto mío y de nadie más.

—Tengo la mala costumbre de meterme en líos —le confieso.

—¿Quiere meterse en líos conmigo?

Da un paso atrás y se introduce las manos en los bolsillos, mientras aguarda mi respuesta con una de sus adorables e irresistibles sonrisas.

—¿Cómo negarse a una proposición así? —Yo también sonrío. Espero que mi sonrisa sea tan seductora como la suya. «Bueno, bueno... ¡Feliz cumpleaños!», me deseo—. ¿En qué había pensado exactamente?

—Tengo un regalo para usted.

—¿Usted? ¿Desnudo? ¿Con un lazo tapándole...? —Bajo la vista hasta su entrepierna, mordéndome el labio inferior—. No, nada de lazos.

Él se echa a reír con ganas. Su risa es auténtica y profunda.

—No se parece a nadie que haya conocido hasta ahora, alteza.

—Usted tampoco —admito, con un cosquilleo recorriéndome la espalda.

—¿Hay algún lugar tranquilo en palacio? —me pregunta, mirando a su alrededor—, para que pueda darle su regalo.

—Hay un laberinto de setos de conífera en el extremo sur de los jardines. — Levanto la mirada y devuelvo sonrisas a la gente que me sonrío—. Reúnase conmigo allí dentro de media hora.

La sonrisa que me dirige es traviesa y sé que su cuerpo y sus habilidades también lo serán. Mira a su alrededor discretamente, se acerca a mí y me da una palmada en el culo. Aunque ha sido muy poca cosa, pego un brinco.

—Solo estaba calentando la mano —me susurra al oído.

Tiene suerte de que no haya ningún miembro del equipo de seguridad cerca o esa mano llevaría ya unas esposas puestas. Las entrañas se me enroscan y desenroscan de un modo delicioso. No sé si es por nervios o por excitación. Excitación, sin duda; a mí los hombres no me ponen nerviosa.

—Estoy deseando que llegue el momento —le digo con firmeza.

—Yo también. —Jameson mira hacia un punto a lo lejos—. Me reclaman.

—No vaya a consumir demasiada energía hablando, ¿de acuerdo?

Él se echa a reír y me dirige una mirada cargada de intenciones de lo más estimulantes. Me temo que esta media hora se me va a hacer muy larga.

—Mi nivel de energía no va a suponer ningún problema, alteza, aunque no estoy tan seguro de su nivel de aguante.

Se despide con un guiño descarado. Estoy tan sorprendida que se me abre la boca y muerdo el borde de la copa para disimular, mientras lo observo alejarse sobre el césped. Mi entusiasmo es tal que siento un burbujeo en mi interior.

—Menuda manera de coquetear, Adeline Lockhart —me dice Matilda, que tiene la vista clavada exactamente en el mismo sitio que yo: el apetecible trasero de Josh Jameson.

Ladeo la cabeza, pensativa. Tengo intención de clavarle las uñas lo antes posible.

—Solo me estoy divirtiendo un rato en mi fiesta. ¡Felicidades!

Doy un sorbo discreto, como se espera de una dama, pero mis pensamientos son bastante sucios en este momento y tengo las braguitas de encaje empapadas.

—El rey te va a despellejar viva.

—Si se entera, cosa que no hará.

Noto que alguien se nos acerca y estoy a punto de bostezar al darme cuenta de quién se trata.

—Mierda, por ahí viene Haydon.

—No sé por qué te niegas a salir con él, Adeline —comenta Matilda, con una sonrisa en la cara tan falsa como la mía—. Es guapo, con un futuro prometedor y, lo más importante de todo, tu padre lo aprueba.

—Lo que busco en un hombre no es precisamente la aprobación de mi padre, Matilda. Haydon Sampson no es mi hombre.

—Nadie lo es.

—Pues, yo no estaría tan segura.

Veo que el señor Jameson me está mirando y le dirijo una sonrisa discreta desde detrás de la copa.

—Adeline —Matilda contiene el aliento, y mi sonrisa se hace más amplia—. Ese hombre no es para ti. Las consecuencias serían catastróficas.

¿Catastróficas? Yo creo que serían orgásmicas.

—Venga, no seas tan muermo, Matilda. —Se supone que ella está de mi lado—. ¡Haydon!

Finjo que me alegro mucho de verlo. Si Matilda me entendiera de verdad, se daría cuenta de que el hombre que tengo enfrente no es el adecuado para mí.

Me toma la mano y me da el beso de rigor, haciendo una reverencia, antes de besarme en la mejilla.

—Estás absolutamente sublime, Adeline.

Disimulo un suspiro. No quería estar *sublime*, quería estar seductora como una vampiresa y, al menos, uno de los invitados se ha dado cuenta. Haydon es dulce, exageradamente dulce, pero no hace que se me acelere el corazón. Nos conocemos desde siempre, desde que éramos niños, y estuve a su lado cuando, por desgracia, su madre falleció hace unos cuantos años. Pero como amiga, siempre como amiga.

—Eres muy amable.

—Feliz cumpleaños, querida.

Ese término cariñoso me resulta irritante. Odio que se refiera a mí como si lleváramos años casados, como si yo le perteneciera. Tal vez el rey así lo piense y el padre de Haydon también, pero yo no.

—Gracias.

Reacciono con tanta amabilidad como puedo, pero me cuesta un gran esfuerzo. Este pobre hombre es un eterno optimista que se niega a perder la esperanza, me imagino que animado por nuestros respectivos padres.

—Deja que te aguante el bolso. —Me lo quita antes de que pueda protestar

—. ¿Te traigo algo? ¿Una bebida, algo de comer?

—Estoy bien, Haydon.

Vuelvo a sonreír con esfuerzo y veo que Josh Jameson no nos quita ojo de encima mientras Haydon se preocupa por mí. Josh alarga el brazo, se mira el reloj de pulsera y vuelve a mirarme a los ojos, mientras le da golpecitos al reloj.

Inspiro hondo cuando un agradable cosquilleo se apodera de mí, y respondo inclinando la cabeza imperceptiblemente. Él abre y cierra el puño dirigiéndome una sonrisa propia del mismo diablo. Dios mío, este hombre es puro sexo. Me aclaro la garganta y devuelvo la atención a Haydon. Estoy a punto de darle las gracias por venir, pero me quedo paralizada al ver que tiene un pequeño estuche de piel en la palma de la mano. El subconsciente me hace dar un paso atrás, con desconfianza. El estuche tiene la medida de un anillo y aunque sería ridículo teniendo en cuenta que nunca hemos salido juntos como pareja y ni siquiera nos hemos besado, lo veo capaz de pedirme la mano. Estoy segura de que todo es cosa de mi padre. Al fin y al cabo, hoy cumpla treinta años y cada año que pasa pierdo valor en el mercado matrimonial.

—Espero que te encante —dice Haydon, con una sonrisa esperanzada.

Me da muchísima pena. Lleva siglos esperando a que yo entre en razón. El rey y el padre de Haydon me parecen dos hombres muy crueles por animarlo a soportar mis constantes rechazos durante todos estos años. Es un hombre maravilloso, de verdad que lo es, y hay un montón de mujeres ahí fuera que harían cola por conseguir que Haydon les pusiera un anillo en el dedo y que lo acompañarían felices al altar para declarar su amor eterno ante Dios, pero yo no soy una de ellas. No lo era a los dieciséis años, y mucho menos ahora. Y, en el fondo, estoy segura de que Haydon también lo sabe. Se lo he dicho con el mayor tacto posible varias veces a lo largo de todo este tiempo. Incluso lo he animado a salir con otras mujeres, pero él no se da por aludido.

—Haydon, yo...

—No es lo que piensas —me interrumpe, con timidez—, aunque... algún día...

Sonrío y acepto el regalo, a pesar de que mi instinto me dice que no debería darle ningún tipo de esperanza. Pero sé que nuestros padres nos están mirando y no quiero provocar una escena ni ponerlo en ridículo. Abro el estuche y me encuentro con un anillo antiguo. Miro a Haydon sin saber qué decir.

—Es un anillo de amistad; uno que espero poder sustituir más adelante por otro que represente mi amor por ti.

Me estremezco, sintiendo que los muros de la represión se cierran a mi alrededor. Me obligo a no fulminar con la mirada a Matilda, que suspira, con una expresión soñadora. La actitud de mi prima se lleva mis últimas reservas de energía. Incapaz de seguir luchando, dejo que Haydon saque el anillo del estuche y me lo ponga en el dedo corazón de la mano izquierda. Me cuesta mucho mirarlo sin que se note el disgusto que me provoca, pero Haydon no se merece esa falta de respeto.

Oh, Haydon. Habla conmigo pero no me escucha, porque tiene otras voces a su alrededor que gritan más que yo. Me tomo unos segundos para adoptar la actitud que se espera de mí antes de alzar la vista y enfrentarme a la multitud que nos observa. Como era de esperar, mi padre nos mira con satisfacción. Me gustaría borrarle esa sonrisa de la cara de una bofetada.

—Es precioso —murmuro, y miro a mi alrededor porque necesito más champán—. Gracias, Haydon.

—De nada.

Cierra el estuche haciéndolo sonar y se lo guarda en el bolsillo de la chaqueta mientras yo cojo otra copa de mi líquido salvador. Es curioso, pero siempre tengo a alguien cerca preparado para suministrarme mi medicina favorita.

—Y ahora ha llegado el momento de que su majestad te malcrie un poco —dice Haydon, haciendo que detenga la copa antes de llevármela a los labios.

¿Ha dicho *malcriarme*? ¿No querrá decir *reñirme*? Busco al rey con la mirada y veo que el mayor Davenport le está diciendo algo al oído. El rey asiente con brusquedad y vuelve a dedicarme toda su atención. Con un gesto de la mano me ordena que me acerque, lo cual, por supuesto, hago. Porque es el rey.

—Felicidades, Adeline —dice mi padre con alegría sincera, mientras me señala el camino que va hacia el jardín delantero.

Ahogo una exclamación y me llevo una mano al pecho, medio cubierto por la tela de raso.

—¿Padre?

No acabo de creerme lo que ven mis ojos. Sabina, la directora de las caballerizas reales, se dirige hacia nosotros con un semental negro, abriéndose camino entre los invitados.

—Es un campeón —declara mi padre, orgulloso, conduciéndome al encuentro del bello animal—. Viene de una larga estirpe de sementales en la historia de los caballos de pura sangre.

—Es hermoso. —Le acaricio el brillante pelaje del cuello, mientras él

permanece inmóvil y obediente—. ¿Es mío?

—Todo tuyo, mi preciosa niña.

Decir que estoy abrumada sería quedarme muy muy corta. Siempre he tenido caballos, son mi única pasión auténtica, pero al rey siempre le ha parecido inadecuado que me dedicara a las carreras. Y este es indudablemente un caballo de carreras. ¿Qué demonios ha cambiado?

—¿Y podré correr con él? —pregunto, no muy convencida.

—Cuando esté preparado, podrás hacer que participe en las carreras, pero necesitará que lo entrenen mucho para llegar al nivel de los campeones. —El rey le da a mi regalo de cumpleaños una vigorosa palmada en el cuello—. Deberás elegir tus colores oficiales y, cuando los tengas, los registraremos.

—No sé qué decir. —Es un gesto impresionante por parte de mi padre—. ¿Cómo se llama?

—*Hierbabuena*.

—¿Se llama *Hierbabuena*?

—Sí, igual que su tátara tatarabuelo.

Examino al semental, que debe de medir unos dieciséis palmos y tiene un calcetín blanco en la pata anterior derecha.

—Hola, *Hierbabuena*.

Le acaricio la nariz, y él resopla y sacude la cabeza. La multitud se echa a reír y aplaude la respuesta que me da *Hierbabuena*. Yo sonrío, abrumada por la felicidad.

—Llevémoslo de vuelta a los establos —dice mi padre, mientras Sabina, que es la abuela de Haydon, me sonrío.

Sabina es una mujer maravillosa, que adora a los caballos tanto como yo y que lleva años cuidando de los nuestros.

—Mímalo mucho —le digo, lo que es una obviedad porque ya sé que lo hará—. Iré pronto a verlo.

—Disfrute del resto de su cumpleaños, alteza —me ordena Sabina con dulzura, tomando las riendas de *Hierbabuena*.

Me da un beso cariñoso en la mejilla y se lleva a mi caballo nuevo, cuyas pezuñas resuenan en el camino de granito. Lo contemplo hasta que dan la vuelta al edificio y dejo de ver su cola perfectamente cuidada meneándose en el aire.

—Qué suerte —comenta mi tío Stephan, reuniéndose conmigo—. Un pura sangre de las caballerizas reales no es moco de pavo.

—Lo sé.

Me vuelvo hacia mi tío, mucho más aficionado a la pintura que a las actividades ecuestres.

—Y veo otra cosa por aquí que tampoco es moco de pavo.

Stephan hace un gesto con la cabeza. Me vuelvo en la dirección que señala y veo que Josh Jameson me está examinando muy de cerca. Golpea de nuevo el reloj de pulsera, para recordarme que tenemos una cita no oficial y que ya voy tarde.

Parpadeo y me muerdo el labio inferior antes de volverme hacia tío Stephan.

—¿Sabes quién es? —le pregunto, mostrando desinterés.

—¿Y quién no? —Se acerca a mí, con un brillo travieso en los ojos que las gafas no ocultan—. «Si no puedes portarte bien, sé escandaloso» —me susurra.

Me hago la mojigata, pero sé que no lo engaño.

—No sé a qué te refieres.

—Querida sobrina, recuerda con quién estás hablando. —Me da un beso en la mejilla—. Si no te interesa crear un escándalo con él, tal vez lo haga yo.

—Eres terrible.

—No se lo digas a nadie.

Stephan se aleja para reunirse con su esposa y me quedo sola, reflexionando.

La audacia de hace unos minutos ha desaparecido y su lugar lo han ocupado las dudas. No sé por qué estoy dudando, pero lo hago. Este hombre no se parece a ninguno de los que he conocido hasta ahora y no es porque sea más famoso que Dios.

Lo observo separarse del grupo en el que estaba, apoderarse de una botella de champán de una mesa cercana, así como de dos copas, y dirigirse al arco que conduce al camino que se aleja del palacio de Claringdon. Justo antes de desaparecer, mira por encima del hombro y mueve la cabeza indicándome que lo siga. No es una petición, es una orden. Yo no cumplo órdenes de nadie, pero, sin saber por qué, mis pies deciden ponerse en movimiento. La adrenalina me empieza a circular por las venas. Camino, con las piernas temblorosas, algo que no es nada habitual en mí. ¿Cómo es posible que ese hombre me genere unas reacciones tan intensas sin ningún esfuerzo? Me resulta muy intrigante, pero, al mismo tiempo, es refrescante encontrarte a alguien tan seguro de sí mismo y a quien no le impresiona mi estatus real.

Examino los grupos de los invitados que hay diseminados por el jardín mientras me voy alejando. Mi padre está encabezando una partida de *croquet* y mi madre está charlando con varias damas junto al cuarteto de cuerda. Todo el

mundo parece distraído y nadie se da cuenta de mi huida hasta que llego a la altura de Eddie, que se encuentra hablando con Haydon. Me detengo junto a la estatua de un angelote que está meando agua a través de su nada impresionante pene. Haydon me da la espalda, pero mi hermano está frente a mí y divide su atención entre Haydon y yo. ¿Habrás visto marcharse a Josh Jameson en esta dirección? Frunzo los labios cuando veo que Haydon está a punto de volverse, tal vez para mirar qué ha llamado la atención de Eddie, pero mi hermano lo agarra del brazo y se echa a reír, señalando al rey, que acaba de declararle una guerra de *croquet* al padre de Haydon. Echan a andar hacia el campo de hierba para apuntarse a la partida. Eddie me mira un instante y niega con la cabeza muy discretamente. Sabe lo que siento por Haydon Sampson y, aunque no está de acuerdo con muchas de mis actividades, entiende que no quiera casarme con un hombre por el que no siento nada más que una amistad. Le doy las gracias en silencio y atravieso el arco que me llevará hacia algo escandaloso e ilícito.

Y espero que también maravilloso.

3

Me paso el camino hasta el extremo más alejado de los jardines alternando entre la seguridad y la reticencia. Los pasos me fallan demasiadas veces para mi gusto. Hasta hoy ningún hombre había logrado hacer mella en mi confianza y no me queda claro si me gusta la sensación o si la aborrezco.

Cuando llego al laberinto de coníferas, me detengo para hablar muy seriamente conmigo misma. Les digo a mis nervios que se calmen de una vez por todas y que me dejen disfrutar de este inesperado regalo de cumpleaños. Mientras recorro el laberinto, me pregunto si Josh habrá encontrado el camino hasta el centro o si andará perdido y desorientado entre los árboles. La idea me hace sonreír. Cuando era niña, el laberinto me parecía descomunal y me pasaba horas enteras tratando de encontrar el camino al centro. Por eso ahora sé exactamente qué ruta he de tomar para llegar allí cuanto antes.

Atravieso la última abertura y veo la estatua de mi abuelo, el padre de mi padre, el rey Harold de Inglaterra. Es alta, imponente, hecha de mármol macizo y tiene una expresión seria. Él era un hombre severo, arrogante y estricto con sus hijos, así como con sus nietos. Si te citaba en su despacho, ya podías echarte a temblar. Más de una vez me tocó a mí. Lleva el manto real, el Pallium Regale, que es largo y fastuoso; el cetro en la mano y la corona de san Eduardo en su gran cabeza. Es una estatua francamente intimidadora.

Pero a sus pies está Josh Jameson, apoyado de manera informal en las espinillas de mi abuelo, con una botella de champán en una mano, dos copas en la otra y una sonrisa en el rostro.

Este hombre también me intimida, pero de un modo muy distinto.

—Alteza.

Se separa ágilmente del sólido homenaje a uno de los principales reyes que han gobernado Inglaterra y se dirige hacia mí con paso lento, medido y confiado.

—¿Está disfrutando de su cumpleaños?

—Sí, me está proporcionando... un placer inesperado.

Cuando llega a mi lado, me rodea y mi excitación alcanza su pico cuando se detiene a mi espalda. Como no quiero estar en una posición de desventaja, me doy la vuelta despacio y quedamos frente a frente. Al parecer, mi movimiento le resulta divertido, porque no logra disimular del todo una sonrisa.

—¿Qué hay de mi regalo? —susurro, dando un paso atrás, aunque solo sea para que no me oiga respirar profundamente.

—Ah, el regalo.

Él vuelve a caminar a mi alrededor, pero yo le sostengo la mirada en todo momento, girando al mismo ritmo que él. Somos como dos fieras acosándonos. Tenemos los ojos fijos el uno en el otro y la química entre nosotros es tan grande que saltan chispas. Santo Dios. Nunca había sentido nada igual. Es obvio que él, igual que yo, no quiere ser el primero en rendirse.

—Creo que mi regalo le va a encantar —murmura.

—Es un hombre muy seguro de sí mismo.

Me detengo y dejo que Josh se coloque detrás de mí. Cierro los ojos y siento que su boca se acerca a mi nuca.

—Y usted una mujer muy segura de sí misma —replica en voz baja, justo antes de soplar sobre mi piel.

Me paralizó y contengo el aliento tratando de mantener mi aplomo habitual. ¿Adónde demonios habrá ido, ahora que lo necesito más que nunca?

—Me gusta —afirma—. Mucho.

Abro los ojos cuando noto algo suave y frío pegado a mis labios. Josh me ha acercado una copa de champán por encima del hombro, y tiene la boca pegada a mi cuello, que palpita. Me estremezco sin remedio.

Él me da un mordisquito y —que Dios me ayude— gimo mientras noto que sonrío pegado a mi piel.

—Beba —me ordena, levantando la copa.

Tengo la boca seca, por lo que el líquido es muy bien recibido. Trago y me paso la lengua por el labio inferior para que no se escape ni una gota.

—¿Sabe bien?

—¿La copa o la erección que tengo pegada al culo? —pregunto.

Él reacciona soltando el champán y las copas sobre el césped y rodeándome la cintura con un brazo, con la palma de la mano extendida sobre mi vientre. Me

sostiene con fuerza y, cuando echa las caderas hacia delante, me siento atrapada, a la merced de la sólida masculinidad que presiona entre mis nalgas.

—Ya sé que esto sabe bien.

Me muerde el lóbulo de la oreja y tira de él hasta que se desprende. Las rodillas se me doblan y me dejo caer sobre él.

—Del mismo modo que sé que esto —apoya una mano sobre mi sexo por encima del vestido— sabrá bien.

—¡Joder! —exclamo, soltando el aire bruscamente.

Josh se echa a reír.

—¿Está mal que me excite oírle decir tacos en su correcto inglés británico?

—Probablemente debería sorprenderlo más que excitarlo —opino, presionando con una de mis manos la que tiene entre mis muslos y tratando de no obedecer las órdenes de mi cerebro, que me pide a gritos que añada más presión, que lo obligue a frotarme y estimularme con más fuerza.

—No me sorprende.

Tras besarme el cuello, me da la vuelta y me alza la barbilla, hasta que lo miro a los ojos. Son unos ojos brillantes y sensuales, que me miran casi con pereza.

—Arrodíllese. —La orden es brusca y solemne.

—¿Perdón? —logro decir, a medio camino entre la sorpresa y la diversión.

—He dicho que se arrodille.

Me suelta la barbilla y da un paso atrás, dirigiéndome una mirada inexpresiva.

No, no, rectifico. En esa mirada no falta expresión. Hay un desafío escondido en alguna parte.

—¿Es consciente de que acaba de ordenarle a la princesa de Inglaterra que se arrodille?

—Lo soy. —Suspira con sentimiento y alza las cejas—. Y, sin embargo, sigue de pie.

Se saca el pañuelo rosa pálido del bolsillo de la solapa y lo sacude.

—No pienso repetirlo.

Me dejo caer de rodillas a sus pies, lo que me sorprende mucho, pero, al parecer, a Josh no. Sé que está satisfecho, pero no lo demuestra. Lo que hace es rodearme y separar las piernas a lado y lado de las mías. Me apoya una mano en el cuello y me echa la cabeza hacia atrás hasta que lo veo, alzándose sobre mí.

—Abra la boca.

Trago saliva y hago lo que me pide. Soy como un títere que se pliega a sus exigencias, despidiéndose de su fuerte voluntad. Me examina el rostro minuciosamente y acaba centrando la vista en mis labios. Se inclina, eliminando con rapidez la distancia que nos separa. Sus labios impactan con los míos, me introduce la lengua en la boca y la hace girar con firmeza, dándome solo una pequeña muestra de su sabor. Se retira antes de que yo haya podido reaccionar y unirle a la batalla. Le he dejado la marca del pintalabios. Suelto un gemido de protesta, porque ya lo echo de menos, pero no pido más porque, instintivamente, sé que no me lo dará. Al menos, no por ahora, ya que está ocupado deslizándose la tela de seda del pañuelo entre los dedos, alisándolo. Va a amordazarme, va a meterme el pañuelo en la boca. Le busco la mirada con la cabeza aún echada hacia atrás. Mientras baja la mano, veo que la sombra de una sonrisa asoma a sus labios. Me acerca el pañuelo a la boca y me llena la boca con él. Y yo no hago nada por evitarlo. Permanezco de rodillas ante un hombre al que he conocido hace menos de una hora, haciendo lo que él quiere.

«¿Qué diablos te pasa, Adeline?»

Miro al frente y siento que me acaricia los hombros con la punta de los dedos, provocándome escalofríos. Creo que es la primera vez que un hombre me pone la piel de gallina. Y desde luego, nunca había sentido el estómago dándome vueltas de campana ni el corazón laténdome como si acabara de correr los cien metros. Josh Jameson no me trata como a una princesita delicada, consintiéndome y ocupándose de complacer todas mis necesidades. Es una sensación nueva, me siento liberada.

En ese momento, me levanta el vestido por encima de la cintura y un dolor delicioso me recorre el cuerpo cuando me da una fuerte palmada en el culo. No puedo gritar porque el pañuelo no me lo permite. Me desequilibro y caigo hacia delante, lo que me obliga a apoyar las manos en el suelo. Un instante después, él se arrodilla a mi espalda, me aparta las bragas con decisión y deslizándose con facilidad gracias a lo húmeda que estoy, clava tres dedos en mi interior. Me atraganto y abro mucho los ojos.

La palmada me ha encendido las nalgas, y el calor se extiende por mis venas, haciéndome arder. Pestañeo sin parar mientras Josh me embiste con los dedos, implacable. Voy a correrme dentro de nada. Sé que debería estar muy ofendida por cómo me está tratando, pero mi cuerpo se mueve hacia delante y hacia atrás mientras él me acaricia la espalda con la otra mano.

Y cuando estoy a punto de alcanzar la cima del placer, retira los dedos y deja

que el orgasmo que empezaba a nacer se diluya.

Gimoteo y noto que me acaricia las nalgas con la mano, como ordenándome que me prepare para un nuevo asalto. Mi mente se pone en alerta, dividida entre el miedo y un placer depravado. Lo que me da miedo no es su beso salvaje, ni su manera brutal de meterme mano, ni su capacidad de controlar mi placer con tanta facilidad. Lo que me da miedo es que quiero más y es la primera vez en la vida que quiero algo más en un hombre. Adeline Lockhart nunca quiere más. Ella siempre toma lo que desea, sabiendo que el hombre con el que está nunca permanecerá mucho tiempo con ella. Siempre dirige la situación, siempre tiene el control. Los hombres siempre se inclinan ante ella, no al revés.

«¿Qué demonios estoy haciendo?»

Me meto los dedos en la boca y saco el pañuelo, respirando sin control.

—No —digo.

Jadeando, me pongo en pie con dificultad y dejo caer el pañuelo sobre el césped. Me limpio los labios con el dorso de la mano, emborronando todavía más el pintalabios.

—¿No? —Josh se pone en pie lentamente. Está sorprendido y no puede disimularlo.

—No. —Me bajo el vestido y me doy la vuelta para marcharme—. Ha sido un placer, señor Jameson.

Me alejo sin mirar atrás. No quiero volver a verlo en toda mi vida. No me gustan los hombres que tratan de controlarme, como mi padre o mi hermano mayor, ya sea anulándome o dominándome. No pienso tolerar que nadie me controle, me digo, furiosa conmigo misma por haberlo disfrutado un poco.

«¿Un poco?»

Lo he disfrutado demasiado. La sangre se me ha calentado demasiado. Yo quería someterme a su voluntad y eso es algo que solo Josh Jameson ha conseguido. Debería odiarlo por ello, pero no puedo. Es aterrador, pero sigo queriendo más... y no me van a permitir que lo tenga. Por eso siempre soy yo la que ejerce el control sobre los hombres. Por eso siempre soy yo la que marca las reglas. Porque sé que el rey no tardará en descubrir quién es mi último amante y se encargará de apartarlo de mi vida. Nunca me encariño con nadie. ¿Qué sentido tendría, cuando sé que ninguna de mis relaciones durará? El enfado tras el que me he escudado se transforma con rapidez en pánico.

—¡Adeline!

Ignoro sus gritos y sigo recorriendo los pasillos del laberinto para regresar a

mi fiesta a toda prisa, terriblemente alterada.

Matilda es la primera persona a la que me encuentro. Me mira, horrorizada.

—¡Dios mío, Adeline!

—¿Qué?

—Tienes pintalabios por todas partes.

Me froto la mejilla y veo rastros de pintalabios rojo en los dedos.

—¡Maldita sea!

—Toma, lo tenía Haydon.

Matilda me devuelve el bolso, con los labios fruncidos.

—¿Te lo has pasado bien? —me pregunta Eddie, en tono sarcástico, uniéndose a nosotras—. Si insistes en portarte mal, Adeline, al menos podrías ocultar las pruebas —añade, mirándome las mejillas manchadas.

Salgo corriendo hacia el baño, dejando atrás a Eddie y a Matilda, aguantándose la risa. La verdad, yo no le encuentro la gracia.

Paso por delante de un montón de gente que parece tener ganas de pararme para hablar conmigo. Pero no me detengo ante nadie y espero que la mano con la que me cubro la boca les haga pensar que tengo ganas de vomitar, y no que estoy escondiendo las consecuencias del beso divino que me ha dado un americano.

Cierro la puerta y me acerco al espejo.

—¡Mierda! —susurro.

Cojo una toalla y la mojo. Mi aspecto se corresponde con cómo me siento en realidad: tremendamente sofocada. El ardor que todavía siento en la nalga me indica que mi culo tiene que estar tan rojo como la mejilla escandalosamente manchada de carmín. Me levanto el vestido mientras me doy la vuelta para comprobarlo y ahogo una exclamación cuando veo la marca de una palma de gran tamaño.

—¡Qué cara más dura! —estallo, y me encojo al pasarme la toalla por la zona dolorida.

Alguien llama a la puerta.

—Un momento —digo, y me apresuro a ponerme presentable.

Tras bajarme el vestido, vuelvo a aplicarme el pintalabios con cuidado y elimino las rojeces de la barbilla y las mejillas con polvos de maquillaje. Hago lo que puedo, pero el resultado no se parece en nada a la magia que realiza Jenny. Enderezo la espalda, me plantifico una sonrisa en la cara y abro la puerta.

—Siento haber tardado tan... —La sonrisa muere en mi boca cuando el dichoso Josh Jameson me empuja hacia el interior del baño—. ¡¿Le importaría

dejarme pasar?! —exclamo, furiosa.

Él cierra la puerta, echa el pestillo y apoya la espalda en la madera. Supongo que es su modo de decirme que no voy a ir a ninguna parte.

—¿Por qué me ha rechazado? —gruñe.

—¿Disculpe?

—Se presentó ante mí con descaro, puso las cartas sobre la mesa, dejó bien claro lo que quería y luego se echó atrás. Quiero saber por qué.

—Tal vez no se ha dado cuenta, señor Jameson, pero no tengo por qué darle explicaciones a nadie, y a usted menos todavía. Y ahora, si me permite...

Lo fulmino con la mirada, sin hacer caso de las sensaciones placenteras que me están circulando por las venas. Está más guapo que nunca, y resulta mucho más difícil resistirse a él cuando está enfadado. Le tiembla la mandíbula, tiene los ojos entornados y las ventanas de la nariz muy abiertas. Saber que soy la causante de su estado me excita, pero preferiría que no fuera así.

—Cuando me provoca hasta que mi polla se convierte en algo parecido a la piedra, alteza —susurra—, evidentemente que tiene que darme explicaciones.

Su honestidad me abruma.

—Su incapacidad para controlar...

Bajo la mirada hacia su entrepierna. Sigue excitado y la visión hace que me muerda la mejilla, encantada.

—Su incapacidad para controlarse no es mi problema.

Él se echa a reír y se recoloca el pantalón.

—En eso se equivoca, señora.

—¿Ah, sí? —Ladeo la cabeza, interesada—. Me parece recordar que ha comentado algo sobre nunca decirle a un miembro de la realeza que se equivoca.

—He cambiado de opinión. Se equivoca.

Frunce el ceño. Está muy serio, casi amenazador. Sé que debería tener miedo. Y lo tengo. Tengo miedo, por eso doy dos pasos atrás. El poco espacio que gano lo pierdo enseguida porque él se acerca a mí.

—Está asustada.

—¿De qué? —pregunto, riéndome.

Pero él no se ríe.

—De mí.

—Le aseguro que no tengo miedo de usted.

Aparto la mirada y maldigo en silencio mi debilidad.

—Mentirosa.

—Qué tontería. ¿Por qué iba a tenerle miedo?

—Porque he azotado ese precioso culito que tiene, alteza, y le ha encantado. Le ha encantado que la tomara en el laberinto, que la dominara... y no soporta que le haya encantado. Ese es el problema.

Aprieto los dientes.

—Se equivoca.

Me doy cuenta de que mi negativa lo enfurece aún más. Me complace ver a este famoso *sex symbol* enfrentarse cara a cara con el rechazo. Me hace sentir poderosa. En este momento, he recuperado el poder y eso me hace volver a sentir segura, dejando de lado el minúsculo detalle de que tiene toda la razón del mundo.

—No me permite volver a mi fiesta de cumpleaños, señor Jameson. ¿Le importaría?

Doy un paso al frente y su ceño se frunce aún más. Siento un cosquilleo de placer por todo el cuerpo.

—Sí, me importaría. —Permanece inmóvil, bloqueando el acceso a la puerta—. No pienso moverme de aquí hasta que lo admita.

—¡Vaya! —Me echo a reír—. ¿Le he lastimado el ego?

Su cara se contrae en una mueca de rabia.

—¡Joder, es desquiciante!

Le dirijo una sonrisa traviesa y seductora al sentir el poder recorriéndome las venas.

—Eso dicen. ¿Y qué piensa hacer? ¿Volver a azotarme?

Trato de salir del baño, pero él me lo impide, agarrándome de la muñeca. Permanezco con la mirada fija en la salida, pero el brazo me arde bajo su piel y las nalgas me cosquillean recordándome quién tiene aquí el poder de verdad.

—Si la azoto o no va a depender de si continúa o no con la insubordinación. Está siendo una chica muy mala, alteza.

Baja la mirada hacia mí muy lentamente y casi me agujerea con ella, como si fuera un rayo láser.

—Yo siempre soy una chica mala. —Le sostengo la mirada un instante antes de bajarla hacia sus labios—. Algunos me llaman *rebelde*. También *indomable* e *indisciplinada*. Ningún hombre ha logrado controlarme, y ninguno lo hará.

—Eso solo significa que los hombres que lo han intentado no eran los adecuados. Yo nunca fallo. —Me suelta la muñeca y se aparta—. Se rendirá a mí antes o después. Hasta entonces, alteza. ¡Que comience el juego!

Josh abre la puerta y alarga un brazo, invitándome a salir.

—No habrá ningún juego —murmuro, con la voz aguda por la tensión continuada en las cuerdas vocales.

—Ya ha empezado.

Él sale detrás de mí y se coloca a mi lado mientras se abotona la americana.

—Y, para que quede constancia, voy ganando —añade.

—Ah, ¿ahora a *perder* se le llama *ganar*? Qué moderno.

Tiene razón. Hay un juego en marcha y tengo que sacar de donde sea la fuerza de voluntad para no seguir jugando, porque estoy totalmente convencida de que no puedo ganar.

Empiezo a sudar cuando el padre de Haydon, David, aparece mientras estamos cruzando el gran vestíbulo que lleva a los jardines traseros.

—¡Ah, señor Sampson! —exclamo, en voz alta y demasiado tensa—. ¿Conoce al señor Jameson?

—No, creo que no. —David le ofrece la mano a Josh—. Encantado de conocerlo, señor Jameson.

—Igualmente —contesta él, con el acento muy marcado. Un acento que me causa un efecto electrizante.

—Estaba enseñándole al señor Jameson la galería de los Lockhart —le explico a David cuando él mira a Josh con desconfianza.

—¿La de la biblioteca? —El padre de David le suelta la mano, y parece confundido—. Pero la biblioteca queda en el otro lado del palacio.

—Hemos dado un rodeo —insisto—. El señor Jameson no conocía el palacio. Le he hecho una visita guiada.

—Estoy seguro de que cualquiera de los criados habría estado encantado de ofrecerle una visita guiada, y así los invitados a su fiesta no la habrían echado de menos.

Y cuando habla de invitados, se refiere a su hijo, Haydon.

—Así resulta más personal. —Le dirijo una sonrisa falsa.

Su sonrisa rivaliza con la mía en falsedad.

—Supongo que nada puede compararse a visitar un palacio guiado por un miembro de la realeza.

—Lo que más me ha gustado ha sido el laberinto.

Josh sonríe, y yo estoy a punto de atragantarme.

—Oh, el laberinto. Su alteza real y mi hijo solían retozar por ahí de pequeños.

David se despide y se aleja en dirección a los lavabos, dejándome boquiabierta, algo poco habitual en mí.

—¿*Retozar*? —me pregunta, mirándome con un brillo travieso en sus ojos penetrantes.

—¿Lo que más le ha gustado ha sido el laberinto?

Su sonrisa se vuelve cegadora.

—Igual que a usted.

Pongo los ojos en blanco y me dirijo a los jardines.

—Si eso lo complace, señor Jameson...

—Oh, no lo dude, alteza.

—¿Podría dejar de llamarme así?

—No.

Lo miro mal y acelero el ritmo para salir al jardín, pero en ese momento aparece el mayor Davenport, como por arte de magia, y me bloquea el paso.

—El rey solicita una audiencia —declara, y aspira por la nariz, muy digno, mirando algo por encima de mi hombro. ¿A Josh? ¡Mierda! ¿Me ha estado espionando otra vez?

—¿Una audiencia? —Suspiro—. Soy su hija, no el primer ministro o un miembro del jodido consejo privado.

El mayor Davenport me mira con su rostro inexpresivo.

—Cuando os vaya bien, señora —añade, haciendo oídos sordos a mi lenguaje grosero, antes de dirigirse hacia la escalera que conduce al lujoso despacho de mi padre.

Solo quiero disfrutar de mi fiesta. ¿Es pedir tanto? Me quedo petrificada cuando noto que un sólido torso se pega a mi espalda.

—Si el rey piensa dictar castigos, ofrezco gustoso la palma de mi mano. — Josh echa las caderas hacia delante y me golpea la nalga dolorida con su erección, que sigue sólida—. Es una sugerencia.

—Es usted incorregible.

Me aparto de él y me dirijo al despacho de mi padre. Espero poder andar con seguridad y que no se note que por dentro me estoy tambaleando por culpa de Josh Jameson. Y también será culpa suya si mi padre se ha enterado de mi temeraria aventura en el laberinto.

El mayor Davenport me está esperando con la puerta abierta. Al entrar veo a sir Don sentado frente a mi padre, que se está mirando a sí mismo en el retrato

de su coronación que cuelga sobre la chimenea. Tiene una copa de brandy en la mano y un puro en la boca.

—Padre. —Mi voz lo saca del trance de autoadmiración en que estaba sumido—. ¿Quería verme?

—Ah, Adeline.

Alarga la mano y un criado coge el puro a medio fumar y coloca el bastoncillo apestoso en un cenicero de pie.

—Siéntate —dice.

No estoy muy convencida, y menos cuando veo que mi madre se reúne con nosotros. Sé que ella se ha dado cuenta de que estoy inquieta porque me dirige su sonrisa tranquilizadora, esa que usa para aconsejarme que escuche lo que el rey tiene que decirme. Mi preciosa madre se desplaza con elegancia sobre la alfombra y la cola plisada de su vestido queda flotando en el aire a su paso. Se sienta en el sofá Chesterfield de terciopelo y Davenport cierra la puerta, y se queda en el lado que no le pertenece.

—Eso es todo, mayor Davenport. —Mi madre es la única persona, aparte de mi padre, que puede ordenarle que se retire.

Pero, a pesar de la orden de la reina consorte, él mira al rey buscando su confirmación. Cuando mi padre asiente, él lo imita y se retira silenciosamente, dejándome a solas con mis padres y sir Don.

«Vale —me digo—. ¿Sobre qué va a ser la bronca?» Tal vez por la foto que ha publicado *Woman* a la salida de la Royal Opera House. Pero no pude hacer nada por evitarlo. O tal vez porque sir Don le ha contado a mis padres lo de mi indiscreción con Gerry Rush durante aquella aburrida velada. Bueno, aburrida hasta que llegué a la habitación del hotel del banquero. Me estremezco un poco al recordar la foto que me ha mostrado Kim de Gerry junto a su esposa. Pero me ha dicho que el equipo de comunicación se ha hecho cargo del asunto, así que no creo que se trate de eso. Tal vez quieran pegarme la bronca por...

—Ha llegado la hora de que te cases —dice el rey en su tono inflexible habitual—. Has cumplido los treinta, Adeline. Ya te has divertido bastante.

Me quedo a cuadros. ¿*Divertirme*? ¿Llama a esto *diversión*? Ya, pues no he tenido bastante diversión. Y no creo que llegue a tener bastante.

—Soy muy consciente de la edad que tengo, padre.

Me siento con la espalda muy recta en la enorme silla dorada y noto la mirada abatida de mi madre y la de sir Don, que desaprueba mis palabras. Miro a mi madre, que niega débilmente con la cabeza, rogándome en silencio que me

pliegue a las exigencias reales. Nunca. Me niego a ser víctima de un matrimonio de conveniencia. Todos son una farsa. Ni un solo miembro de la monarquía está enamorado de su pareja. Ninguno de ellos sabe lo que es el amor a primera vista o la química burbujeante, porque Dios no quiera que follemos por placer o porque la pasión sea demasiado fuerte para poder resistirla. No. Nosotros follamos para producir herederos, para mantener la estirpe fuerte y el país apaciguado. Pero yo no quiero casarme, ni ahora ni nunca. Y tampoco quiero tener hijos. No podría someter a un hijo mío al castigo de una vida como esta. Nadie se merece tanta represión.

El rey suspira y mira a mi madre, buscando su apoyo. Sé que mi madre no se pondrá de su lado, pero tampoco del mío. Sabe muy bien cuál es su lugar. Permanecerá en silencio, contemplando el debate, sin despeinarse. Por eso mi padre se vuelve después hacia sir Don, que le devuelve la mirada con esos ojos que siempre parecen mirar con desprecio.

Lo de sir Don es una historia aparte. Desciende del más importante lord chambelán que ha tenido el país, y su deseo de entrar en los libros de historia junto con su abuelo es francamente penoso. Ha dedicado su vida a aconsejar al soberano para la conservación del mayor patrimonio del país: la familia real. Y, para ello, se dedica a ocultar sus numerosos escándalos y secretos. Lo que sea necesario en nombre de la monarquía.

Mi padre asiente y dice:

—Haydon Sampson...

—Es un hombre encantador, padre, pero no es mi tipo.

—No, ya sé que a ti te van más otro tipo de hombres. —Frunce tanto el ceño que se le unen las cejas y agacha la barbilla hasta que le toca el pecho—. Banqueros casados, para ser más precisos.

«¡Mierda! Pero ¿cómo...?»

Menuda pregunta más absurda. Me vuelvo hacia sir Don y lo fulmino con la mirada. Él es el responsable, claro.

—Adeline, aunque Felix haya logrado que la información no salga publicada en los periódicos —dice mi padre—, no hay muchas cosas que puedas ocultarme.

Eso no es verdad. He tenido un montón de encuentros con hombres de los que mi padre no se ha enterado. Menos mal que Felix hace un gran trabajo al frente del equipo de comunicación de Kellington.

Mi padre me dirige una mirada disgustada, y sir Don escoge este momento

para compartir sus pensamientos conmigo. Nada de lo que dice me toma por sorpresa.

—Estoy seguro de que no necesita que le recuerde que una relación de ese tipo causaría un escándalo que ensombrecería la imagen de la monarquía.

—No, no lo necesito. ¿Por qué me lo dice entonces?

—¿Es que no tienes escrúpulos, Adeline? —me pregunta mi padre.

No me da la oportunidad de defenderme, pero no importa; tampoco tenía una estrategia de defensa.

—Te casarás con Haydon Sampson, y esto no es una petición —dice, en un tono de voz que va aumentando hasta que acaba gritando.

Aprieto los dientes.

—Edward es mayor que yo. ¿Por qué no dedicas el mismo empeño a encontrarle a él una esposa adecuada?

—Tu hermano ha estado ocupado luchando por nuestro país. —Está perdiendo los papeles rápidamente.

Se levanta y se alza todo lo alto que es, adoptando esa pose amenazadora que hace que la mayoría de la gente se eche a temblar.

—Es útil a la patria.

—Ah, ya veo. —Yo también me incorporo bruscamente, incapaz de mantener la compostura—. Así que lo único útil que puedo hacer yo a tus ojos y a los de la monarquía es casarme y reproducirme, ¿no? Aparte de aparecer en público cuando se me ordena y repetir las palabras que me facilitan los asesores reales en las pocas ocasiones en que se me permite hablar, claro.

—Adeline —susurra mi madre, en una de sus rarísimas intervenciones—, cariño, tu padre solo quiere lo mejor para ti.

—No es verdad. Él solo quiere lo mejor para la monarquía. Es ridículo. ¿Creéis que la gente no se da cuenta de que gran parte de los matrimonios de esta familia no son más que una farsa? Abre los ojos, padre.

Él da un puñetazo sobre su caja roja, la caja en la que le hacen llegar diariamente los documentos que debe firmar, la información que debe leer y esas cosas.

—Tengo los ojos muy abiertos. Soy el rey, querida hija, y, te guste o no, mi palabra es ley.

¿Su palabra? ¿O las del pequeño ejército de consejeros que pulula a su alrededor? Un ejército liderado por sir Don.

—Pues envíame al exilio; no me importa. No pienso casarme con Haydon

Sampson para mantener las apariencias en la familia real.

—¡Tú harás lo que yo te diga!

Me acerco a mi madre y le doy un suave beso en la mejilla para animarla, porque sé que lo está pasando mal. Luego me vuelvo hacia mi padre, cuya cara está roja de rabia, y hacia sir Don, que mantiene un silencio respetuoso, aunque sé que por dentro tiene que estar maldiciéndome con ganas.

—Gracias por una tarde maravillosa y por mi regalo de cumpleaños. Es precioso.

Salgo del despacho y mientras me alejo oigo a mi madre, que trata de calmar a mi padre mientras él protesta por mi desobediencia y mi audacia al cuestionar su autoridad.

Me cruzo con el mayor Davenport y lo fulmino con la mirada. Él no reacciona; su rostro es impenetrable, lo cual resulta lógico, ya que lleva casi treinta años al servicio del rey, y quince años anteriormente sirviendo a mi abuelo, que no era menos exigente que mi padre.

—¿Qué pasa? ¿Quién te ha tocado las narices? —me pregunta Eddie cuando llego al pie de la escalera y se lo suelto todo de un tirón.

Le aseguro que antes prefiero vivir en la indigencia que casarme con Haydon Sampson y le comento que tal vez tendré que alistarme en las Fuerzas Armadas para que mi vida tenga utilidad y mi padre la apruebe.

—Por favor —le ruego, cogiéndole la mano y apretándosela—. Volvamos a Kellington y emborrachémonos. Ha sido un día agotador. Necesito un copazo de los que te tumban.

—¿Y quieres también invitar a algún hombre de los que te tumban, o ya has tenido bastante de eso por hoy?

—No, no he tenido bastante y, la verdad, empiezo a arrepentirme de haber rechazado su escandalosa invitación.

—¿Lo rechazaste? —Eddie no puede ocultar su sorpresa—. ¿Has rechazado a Josh Jameson?

—Sí, ¿qué pasa?

Eddie dobla el brazo, invitándome a que lo agarre. Salimos juntos al jardín. A una señal de Eddie, un criado me ofrece otra copa de champán. Tal vez debería dejar de beber; empiezo a notarme un poco mareada.

—Dios me libre de animarte a comportarte de manera escandalosa —responde—, pero me sorprende que renunciaras a un rato de diversión garantizada.

¿Diversión? Resoplo por dentro. Sí, me he divertido, pero solo hasta que me he dado cuenta de que estaba disfrutando demasiado del concepto de diversión de Josh Jameson.

—¿Y bien? ¿Cuándo empieza la fiesta de verdad?

Eddie se echa a reír y se saca el móvil del bolsillo.

—Deja que envíe unas cuantas invitaciones improvisadas y te digo algo.

—¡Yupi! —Le doy un beso en la mejilla.

Las fiestas improvisadas de Eddie son lo mejor de lo mejor. Y yo voy a ser la invitada de honor. Me acerco a un criado y le pido que avise a Damon de que estaré lista para marcharme dentro de media hora. Ya he cumplido con mi obligación con la monarquía por hoy. O tal vez para siempre.

4

Paso el día siguiente aburrida como una ostra, ojeando una montaña de cartas que han logrado cruzar el control de seguridad y han llegado a mi despacho. Leo las palabras, pero su mensaje no me cala porque estoy distraída. Tengo la mente muy lejos de aquí, concretamente en el dichoso laberinto y los recuerdos han alzado un muro tan alto que nada logra saltarlo.

Maldigo en voz baja y golpeo la mesa con los papeles que tengo en la mano. Es inútil tratar de asimilar nada. Me levanto y me dirijo hacia la ventana, recargada con visillos y cortinas, para contemplar los cuidados jardines. Los muros que los rodean son hermosos, antiguos, de piedra, pero también son muy altos, impenetrables. Son los muros de mi prisión.

Me pregunto qué estará haciendo Josh Jameson en este momento, ahí afuera, en el mundo libre. ¿Estará cenando en algún restaurante? ¿Viendo un partido en algún *pub* de toda la vida? Qué idiota. Ese hombre es tan famoso que no puede ir por ahí a tomarse una cerveza donde le apetezca; se desataría el caos.

Al oír que se abre la puerta del despacho, miro por encima del hombro y me encuentro a Eddie vestido con su uniforme militar.

—¿Has ido al cuartel? —le pregunto, volviéndome hacia él.

Mi hermano asiente y, cuando se fija en mi aspecto, frunce el ceño.

Yo me miro. Llevo unos vaqueros negros muy ajustados y una camiseta cortada. Voy descalza, con el pelo recogido en un moño alto y casi sin maquillar.

—¿Qué?

Hoy no tenía que salir a ninguna parte. No voy a pedirle a Jenny que me emperifolle para quedarme a leer cartas en mi despacho.

—Pues tendrás que ir así —es su confusa respuesta.

Me tapa los ojos con las manos y me saca del despacho.

—¿Adónde vamos? —Me río mientras cruzo el palacio con cuidado.

—Todo recto —me ordena, siguiendo mis pasos titubeantes.

—¿Me has traído una sorpresa?

—Mi regalo de cumpleaños. Sigue andando.

Me hace girar a la derecha, en dirección al ostentoso comedor donde caben tranquilamente cincuenta personas, aunque nunca se usa. Me llega el sonido amortiguado de la música y unas voces. Muchas voces. Eddie me detiene sin destaparme los ojos. Las puertas se abren y oigo la música más fuerte, pero las voces se apagan.

—Feliz cumpleaños, hermanita —me desea, destapándome los ojos y dejándome ver que el comedor está abarrotado de...

—¡Oh, Dios mío!

Contengo el aliento y recorro la sala con la vista mientras entro. Una sonrisa se apodera lentamente de mi rostro.

—¡Esto sí que es una fiesta! —digo.

Me apodero de una botella de Belvedere y otra de tónica Fever Tree. No necesito vaso para lanzarme en brazos de la multitud de soldados que han sido invitados a mi fiesta mientras levanto las botellas por encima de la cabeza.

—Ya les he leído la cartilla —me dice Eddie, al tiempo que los hombres me reciben con gritos de entusiasmo.

Me parece bien, pero a mí nadie me la ha leído, así que...

—Bueno, bueno. ¡Hola, caballeros!

Dejo las dos botellas sobre la pulida mesa con un golpe seco. No están solas, la superficie está llena de alcohol y cocteleras.

Veo a Matilda en la otra punta del comedor, charlando con unas amigas del internado entre las que distingo a Felicity. Ellas me miran y levantan sus botellas, comiéndose con los ojos al montón de soldados hambrientos de sexo.

—¡Vamos a divertirnos!

Me quito las horquillas del pelo y sacudo la cabeza dejando que mi melena oscura caiga, justo antes de que un hombre —muy guapo, por cierto— me levante y me suba a la mesa.

Le sonrío y él me alcanza las botellas.

—Gracias, amable señor.

—Todos los focos para nuestra princesa —contesta, y luego recupera su botella de Jack Daniel's y le grita a alguien, que sube el sonido de la música.

—Adeline. —Mi secretaria personal aparece a mis pies y se quita a un tipo de encima cuando este la invita a bailar.

—Ay, Kim. —Suspiro, agachándome un poco—. He pasado un día

aburridísimo. No irás ahora a chafarme la diversión, ¿verdad? Te prometo que me portaré bien.

Ella me dirige una mirada escéptica, totalmente justificada.

—Solo te pido que la fiesta no salga de esta habitación, ¿vale?

—Vale —asiento, obediente.

—Damon estará fuera, por si lo necesitas.

Alzo la cabeza y veo a mi jefe de seguridad junto a la gran puerta doble, dando instrucciones a tres de sus hombres. Esto no le viene de nuevo; no es la primera vez que se encuentra con una situación parecida. Si alguien se altera demasiado, lo echarán sin miramientos. Cuando la mirada de Damon se cruza con la mía, levanta los pulgares, que es su modo de preguntarme si estoy bien. Yo le devuelvo el gesto y le doy las gracias en silencio. Es un hombre inmutable, nunca se queja de nada; hace su trabajo y listo. Bajo la vista hacia Kim.

—Ya es hora de que te vayas a casa.

Ella mira a su alrededor. La fiesta está aumentando rápidamente de intensidad. Asiente y me dice:

—Hasta mañana.

—No vengas demasiado temprano. —Me incorporo y llamo a Matilda y a Felicity para que suban a la mesa conmigo—. ¡Vamos! —grito, mientras *The Giver*, de Dike Dumont, suena a todo volumen—. ¡Yujuuu!

Bebo a morro de mi botella de vodka y la hago bajar con un sorbo de tónica, mientras doy vueltas en el sitio, decidida a que mi fiesta de cumpleaños atrasada sea un acontecimiento memorable.

—¡Adeline, estás que te sales! —me chilla Matilda, subiendo a la mesa.

Me río cuando me agarra y empieza a girar conmigo.

—¿Y tú? ¿Lista para divertirme? —le pregunto a mi estirada prima.

No es normal verla desmelenarse; está demasiado marcada por todas las normas y restricciones de la familia real.

—Bueno, normalmente ya te diviertes tú por todos nosotros. —Se agacha para coger una botella de Hendrick's—. Pero tu casa es el único sitio donde puedo relajarme un poco. ¡Que no falte el alcohol! —exclama—. ¡Ni los hombres!

Felicity levanta los brazos, declara a gritos su amor por mí y procede a pavonearse por toda la mesa, lanzando miradas seductoras a todos los hombres que la contemplan. Los silbidos la siguen a lo largo de la mesa. Sonríó con ironía, recordando los tiempos en el internado, cuando nos escapábamos por las

ventanas y saltábamos el muro. Esas noches de borrachera en el *pub* del pueblo con los soldados del cuartel cercano fueron de las mejores noches de mi vida. Nadie me conocía, era libre, anónima y feliz.

Me llevo la botella de Belvedere a los labios, doy un buen trago, suelto la tónica, levanto un brazo en el aire y me dispongo a divertirme de lo lindo.

Media botella más tarde, la fiesta está en pleno apogeo. La mesa aguanta el peso de una docena de personas que bailan con botellas en la mano. Me río, sintiéndome ligera y libre, sin aliento pero eufórica. Agarro del brazo a uno de los amigos de Eddie y empiezo a bailar con él. Al principio, se muestra cauteloso, pero el alcohol pronto derriba todas sus inhibiciones y deja de ser tan delicado. Me aleja, haciéndome dar una vuelta, hasta que quedo de espaldas a él. Me pasa la botella de whisky por encima del hombro y me la acerca a la boca para que beba mientras se frota contra mi culo al ritmo de *Lost Frequencies*. Parte del líquido se me derrama por la barbilla y la camiseta, pero secarme no está en su lista de prioridades. En vez de eso, me aparta de un empujón y me da la mano para hacerme dar vueltas mientras se parte de risa.

—¡Vamos, nena!

Alza nuestras manos unidas al cielo y es en ese momento cuando lo reconozco: es el chico que me ha subido a la mesa al principio de la fiesta. Su pelo rubio queda escondido bajo la boina verde. Se ha quitado la chaqueta de camuflaje, y va vestido con los pantalones de combate y una camiseta caqui, muy ceñida.

—Giles —se presenta, llevándose mi mano a los labios y dándole un beso excesivo.

—Hola, Giles —ronroneo, dejando que me pegue a su pecho.

—Hola, princesa. —Sonríe y me acaricia la espalda hasta agarrarme por el culo—. ¿Puedo besarla?

«Esas cosas no se piden, ¡se hacen!»

Le planto un morreo, que sabe a whisky y a cigarrillos. Él gime mientras bailamos borrachos y nos besamos torpemente.

—¡Eh! —grita Eddie, furioso.

Rompo el beso, dispuesta a defender a Giles de la ira de mi hermano. Al fin y al cabo, ha sido él quien ha organizado la fiesta, que no me venga ahora con bobadas. ¿Qué se supone que tengo que hacer? ¿Mirar pero no tocar? Sin

embargo, cuando localizo a Eddie, veo que no nos está mirando a nosotros. Está gritando a un soldado más joven que nos está enfocando con el móvil. El flash me sorprende justo antes de que Eddie lo haga caer sobre la alfombra persa con un salto digno de un partido de rugby.

—Mierda. —Me llevo los dedos a la boca y suelto un silbido ensordecedor.

Un segundo más tarde, Damon abre las puertas de un golpe y me busca con la mirada. Cuando me localiza, señalo en dirección a Eddie, que ha detenido al soldado de dedo suelto y está revisando sus fotos.

Eddie maldice, agarra al soldado por el cuello de la camiseta y lo levanta.

—Hay una regla no escrita cuando estás en presencia de un miembro de la familia real, muchacho. Nada de fotos.

—Lo siento. —Levanta las manos—. No lo sabía.

Eddie gruñe y lo lanza en dirección a Damon, que lo está esperando.

—Hora de que te vayas a casa.

Damon lo saca del comedor. Pero antes de salir, se vuelve hacia Eddie, que aún tiene el móvil del chico en la mano.

—¿Te ocupas tú de eso? —le pregunta.

—Listo.

Eddie lo deja caer al suelo de madera, junto a la puerta, y lo pisotea con su bota militar.

—Muy profesional —comenta Damon, dándole un empujón al chico para sacarlo de la sala.

—El espectáculo ha terminado, no hay nada más que ver por aquí —anuncia Eddie, que agarra una botella de tequila y se acerca a mí—. Abre la boca.

Yo sonrío y me tumbo en la mesa, con la cabeza colgando. Cuando abro la boca, Eddie inclina la botella y me la llena de tequila, hasta que hago un gesto con la mano para que pare. Haciendo una mueca, trago.

—¿Dónde está el limón? —le pregunto, estremeciéndome.

Eddie se echa a reír.

—No seas floja. ¡Siguiente!

Giles sigue mi ejemplo y se tumba a mi lado. Luego lo imita otro y otro hasta que la mesa queda totalmente cubierta de cuerpos tendidos en horizontal con la boca abierta esperando su turno. Eddie recorre el comedor dejando caer el tequila sin pausa hasta que la botella se vacía. Cuando no queda ni una gota, se libra de ella tirándola al suelo con un grito eufórico.

Vuelvo a ponerme de pie en la mesa con ayuda de Giles y al levantar la

cabeza veo a Damon en la puerta. Se está frotando las manos, lo que es su manera de decirme que el problema está resuelto. Asiento, hipando, y veo que levanta los pulgares. Nuestra señal. Estoy bien, así que yo también los levanto.

—¿Seguro? —veo que dice, mientras agarra el pomo de la puerta para cerrarla y dejarnos con nuestra ruidosa fiesta.

—Seguro.

Busco mi botella de vodka y me agacho para recuperarla. Mientras me incorporo, me la llevo a los labios, pero no acierto y el líquido, fresco y transparente, se me derrama sobre la camiseta. Abro los ojos como platos cuando veo a un hombre al lado de Damon junto a las puertas.

«¿Qué demonios...?»

Damon vuelve a repetir el gesto de hace un momento, pero esta vez, tras los pulgares hacia arriba me muestra los pulgares hacia abajo.

«¿Sí o no? ¿Sí o no? ¿Sí o no?»

«¡No lo sé!»

Josh Jameson permanece inmóvil, contemplándome mientras yo me debato internamente. Hoy lleva sus piernas largas y esbeltas enfundadas en unos vaqueros lavados a la piedra que se le ajustan a los músculos, y el supremo torso cubierto por una camiseta negra. ¡Dios del cielo!

Permanezco con los pulgares quietos, indecisos, en tierra de nadie. El potente chute de energía que me recorre las venas debería servirme de advertencia, debería ser suficiente para inclinar los pulgares hacia abajo y hacer que Damon le dijera a Jameson que no es bienvenido. Sin embargo, cuando bajo la vista, veo que los pulgares señalan el techo y, cuando vuelvo a mirar hacia la puerta, Josh me está sonriendo discretamente, aunque su mirada no desvela nada. Luego se empieza a frotar la palma de la mano en el muslo y sé que la está calentando. La energía que me recorre empieza a crepitar. Vacío los pulmones de aire y me llevo el vodka a los labios.

Sigo a Josh con la mirada mientras se dirige al reproductor de música. Veo que toca algo en su móvil y luego sube el volumen al máximo antes de volverse hacia mí. Cuando reconozco la canción, frunzo el ceño. Debe de pensar que es muy gracioso...

Heads will roll, de los Yeah Yeah Yeahs, suena por los altavoces y todo el mundo enloquece, demostrando a gritos que les encanta la elección de Josh. Bueno, todo el mundo menos yo.

«Que le corten la cabeza», pienso, inspirándome en el título de la canción.

Lo observo mientras da un rodeo para dirigirse hacia mí con toda la determinación del mundo en su rostro desquiciantemente guapo.

—¿Quién lo ha invitado? —le interrogo cuando llega y echa la cabeza hacia atrás para mirarme a los ojos.

—El príncipe Eddie —responde con arrogancia.

Cuando dirijo una mirada acusadora a mi hermano, él se encoge de hombros, como si se arrepintiera.

—Pensó que se alegraría de verme.

Resoplando, me doy la vuelta y recorro la mesa hasta llegar a la otra punta. Cuando me reúno con Matilda, me pongo a bailar con ella de manera escandalosa.

—¿Cómo ha entrado? —me pregunta mi prima, que mientras baila no le quita ojo a Jameson, que sigue en la otra punta del comedor.

—Al parecer lo ha invitado Eddie.

—¿Por qué?

—No lo sé. No es que necesite ayuda de nadie para acabar en la Torre de Londres.

—¿Qué ha pasado con el tipo del teléfono? ¿Ha hecho fotos? —Matilda suena demasiado asustada, y el pánico hace que se le pase el efecto de la borrachera demasiado pronto para mi gusto.

—Cálmate. Damon y Eddie se han ocupado de todo. El teléfono está destrozado.

—Pero...

—Está resuelto —le aseguro, y levanto el culo de su botella para que se la lleve a los labios—. Bebe y disfruta.

De repente, noto que alguien me agarra por la cintura y me tira hacia atrás. Abro mucho los ojos, conteniendo el aliento.

—¿Por dónde íbamos? —me susurra Giles al oído, pero su voz lujuriosa ya no me causa ningún efecto y sé que es por culpa de otro hombre que recorre la sala lentamente, al acecho.

—Ahora no.

Me lo saco de encima, me lanzo sobre Matilda y le cambio el sitio para poner distancia entre Giles y yo.

Mientras bailo dando vueltas, veo a Josh a lo lejos y siento una punzada de satisfacción al notar que está enfadado.

—«Que te corten la cabeza» —canta Matilda, echando la cabeza hacia atrás

y riendo—, me encanta.

Yo sonrío, tensa, mientras recuerdo la conversación que mantuvimos Josh y yo en el laberinto el día anterior. Una oleada de placer perverso me toma por sorpresa y me recorre por completo. Estoy incómoda, me falta el aire, me estoy empezando a ahogar.

—Necesito un cigarrillo —le digo a Matilda antes de saltar de la mesa.

No puedo permanecer más tiempo bajo la mirada implacable de Josh Jameson.

Mi prima no me echa de menos porque Giles, que ya me ha olvidado, no tarda nada en ir a por la siguiente hembra que ve bien dispuesta. Me dirijo a las puertas, y por el camino me apodero de una botella de Belvedere a medio beber. Cruzo el salón vacío que conduce al vestíbulo para avisar a Damon de que salgo a fumar.

—Eh —lo llamo, y él se separa de la puerta y se dirige hacia mí, sin saber qué esperar—. ¿Tienes un pitillo?

Pone los ojos en blanco.

—Lo he dejado.

—Mentiroso. —Yo misma busco en el bolsillo interior de su americana y encuentro un paquete de Marlboro Lights—. ¿Mechero?

—Usted también lo dejó.

—No me fastidies, Damon —protesto, caminando a su lado en dirección a los ventanales que hay en el otro extremo de la biblioteca—. Mi padre siempre tiene un puro en la boca.

—Es costumbre que los reyes fumen habanos.

Abre la puerta y me invita a pasar, pero no antes de quitarme la botella de vodka y de dejarla en un mueble bajo.

—Tal vez yo esté estableciendo mis propias costumbres. —Sonrío mientras me llevo un cigarrillo a los labios y le ofrezco la cajetilla abierta a Damon.

Él niega con la cabeza, pero coge uno antes de guardarse el paquete en el bolsillo. Luego los enciende, primero el mío y después el suyo.

Doy una calada profunda y suelto el humo con satisfacción.

—Ah, qué gozada.

—Las princesas no deberían fumar, señora —me dice Damon inspirando su propia ración de nicotina—. Y ya que estamos, tampoco deberían dar fiestas salvajes, emborracharse como monas y tirarse a banqueros y a actores.

—No me he tirado al actor —lo corrijo—, que conste.

—Todavía —replica, con descaro.

Lo miro fingiendo estar ofendida.

—Ni lo haré en el futuro. —Lo tengo claro—. Deberías irte a casa. Aquí no hay peligro.

—Si no le importa, señora, prefiero quedarme.

—¿No te espera Mandy?

La esposa de Damon es tan encantadora como su marido.

—Nuestra noche de cita es mañana. —Sonríe, casi con timidez—. Porque mañana por la noche no tiene planes, ¿verdad?

—Así es. ¿Y qué se hace en las noches de cita?

Alzo la barbilla y vuelvo a llevarme el cigarrillo a la boca mientras Damon cambia el peso de pie.

—Eso, señora —me da un golpecito en la punta de la nariz con la mano que tiene libre—, es *top secret*.

—Pero a mí se me da muy bien guardar secretos.

—No, a Felix y al equipo de Relaciones Públicas se les da muy bien guardar secretos. Los suyos en concreto.

Hago un mohín, pero no protesto porque sé que tiene razón. Mi equipo hace magia a la hora de contener las crisis y de mantener las cosas lejos de los oídos de la prensa, aunque no son tan buenos ocultándoselas al rey. No es que me avergüence de mis actos, es que estoy harta de las broncas de mi padre. Para él y su equipo de consejeros soy un dolor de muelas. No les importaría que pasara la noche con un hombre si fuera cualquier otra mujer, pero no lo soy y nunca me dejan olvidarlo. Estoy harta.

—Ah, muy bien, guarda tus secretos.

Inspiro hondo, maravillándome del poder tranquilizador de la nicotina aunque, mientras doy otra calada, admito que ese efecto tranquilizador se debe en buena parte a mi querido Damon. Tengo mucha suerte de contar con él en mi vida.

—¿Qué frío hace esta noche!

—¿Quiere mi chaqueta, señora?

Damon aguanta el cigarrillo entre los labios y se la empieza a quitar.

Le apoyo una mano en el antebrazo para que pare.

—No, pero gracias.

—¿Está contenta de tener al príncipe Eddie en casa?

—Estoy encantada. Lo echo tanto de menos cuando no está...

—Vaya par de dos cuando se juntan —bromea Damon, quitándome la colilla y apagándola en una planta cercana con maceta de mármol—. Seguro que Felix se alegra tanto como usted.

—Bah. —Hago un gesto despreocupado con la mano—. Si Felix disfruta con los desafíos que le presento...

—¿Desafíos? ¿Se refiere a arreglar los desastres?

—Claro. Se le da estupendamente. —Sonrío, traviesa.

—Bueno, gracias a usted ha tenido mucha práctica, alteza. —Me abraza por los hombros y me acompaña a la puerta—. Es una auténtica experta en portarse mal.

—Cuando una nace en la familia real, no se le permite divertirse, ya lo sabes, Damon.

—Pero a usted esa norma no le afecta.

—Pues no.

—¿Puedo preguntarle una cosa, señora?

Se detiene y me mira, pensativo.

—Claro, lo que quieras.

Mi personal no se parece en nada a los estirados consejeros del rey, que tienen todos un palo metido permanentemente en el culo. El ambiente entre nosotros es mucho más relajado, pero eso no significa que no sean igual de eficientes en su trabajo. Todos son geniales y pelearía con uñas y dientes por ellos si mi padre amenazara con despedirlos. Pero por el que más afecto siento es por Damon. No sé qué edad tiene exactamente, pero lleva conmigo diez años, desde que se jubiló del MI6 a causa de una herida que sufrió durante una misión secreta. Supongo que debe de rondar los cincuenta, tal vez un poco más.

—¿Es feliz, señora?

La pregunta de Damon me sorprende tanto que no puedo responder con una broma cualquiera.

—Por supuesto que soy feliz.

Él asiente bruscamente, aunque se nota que no está convencido.

—Pues eso es lo más importante.

—Sí, tienes razón. Menos mal que solo tengo que guardar las apariencias durante los actos oficiales y que lo que hago en mi vida privada es asunto mío. Por suerte nunca seré reina. —Me estremezco solo de pensarlo—. Bastante me agobia ya ser el repuesto del repuesto. Me parece muy injusto tener que llevar una vida tan asfixiante solo porque mi padre sea el rey de Inglaterra. Así que, si

a mi padre no le importa, me divertiré un ratito más. Me entiendes, ¿verdad, Damon?

Él pone los ojos en blanco.

—A mí no tiene que darme explicaciones, señora. Claro que lo entiendo.

—Bien. Y ahora, déjame volver a mi fiesta de cumpleaños atrasada.

—Como quiera.

Nos volvemos hacia la puerta, pero ninguno de los dos se mueve porque alguien está bloqueando el acceso a la biblioteca.

—Josh —susurro.

5

—Alteza. —Sus labios forman una línea fina, demasiado fina.

Me estremezco, respirando con dificultad e incapaz de adivinar por qué está tan enfadado y, lo que es aún más importante, por qué me perturba tanto que lo esté.

—¿Señora? —me pregunta Damon, mirándome.

—Todo está bien, gracias, Damon.

Le sonrío, pero es una sonrisa tan forzada que no lo engaña. Igualmente entra en la casa y cierra los ventanales, montando guardia desde dentro.

—¿Puedo ayudarlo en algo? —inquiero, ordenándole a mi mente que se calme, aunque sé que eso va a ser imposible teniéndolo a medio metro de distancia, así que, a pesar de que voy descalza, subo los escalones del camino de mármol que lleva a los jardines botánicos.

—La noche está fría —comenta Josh, siguiéndome.

—En ese caso, tal vez debería volver a entrar. O, mejor aún, volver a casa.

—Cualquiera diría que está tratando de librarse de mí...

—Así es.

Cuando el camino se bifurca, giro a la derecha y sigo caminando, con la vista fija en la grava blanca que cubre los parterres a lado y lado del camino. Las piedrecitas brillan con la ayuda de los pequeños focos que hay ocultos entre las plantas para iluminar el camino.

—No debería haber venido.

—Es de mala educación rechazar la invitación de un príncipe.

—También es de mala educación azotar a una princesa, pero eso no le impidió hacerlo, ¿no es así, señor Jameson?

—La princesa lo estaba pidiendo a gritos, coqueteando, provocándome. —Inspira hondo y suelta el aire en un suspiro—. Pero al parecer no pudo conmigo.

Me detengo en seco con la vista clavada al frente.

—Yo no pedí nada —miento—. Y evidentemente que puedo con usted.

Josh se pega a mi espalda y me acerca la boca al oído. Un chispazo prende llamas en mi interior. Cierro los ojos y se me altera la respiración, pero mi cuerpo se niega a romper el contacto.

—Alteza, ¿tiene la sensación de que al fin ha encontrado a un hombre que está a su altura?

Sí, es exactamente así, y eso me da pánico. Josh Jameson es capaz de despojarme del descaro que uso como escudo con solo lanzarme una de sus ardientes miradas.

—¿Es consciente de que lo echarán del país si se huelen que está interesado en mí?

Es lo que ha pasado cada vez que mi padre se ha enterado de que estaba con alguien, y lo que seguirá pasando una y otra vez hasta que me rinda a sus exigencias y me case con Haydon Sampson.

—En ese caso, me esforzaré para que no se huelan nada.

—El rey siempre se entera de todo; tiene sus fuentes.

—No creo que sea el rey lo que le da miedo, Adeline.

Su lengua me roza la oreja y traza una línea bordeándola, despertando todos los nervios de mi cuerpo.

—Creo que tiene miedo de mí —añade.

Me relajo un poco, apoyándome en su pecho.

—No tengo miedo de usted.

—Mentirosa —susurra.

Me estremezco y sé que no es culpa del frío de la noche.

—¿Quiere que le demuestre que no puede resistirse a mí?

—No puede.

—Sabe que lo haré. —Me rodea la cintura con un brazo y me pega más a él, hasta juntar la mejilla con la mía—. Vamos a divertirnos un rato, Adeline.

La cabeza me da vueltas durante un momento, pero es solo un momento. Me vuelvo entre sus brazos sin pensar y alzo la mirada hasta que nuestros ojos se encuentran.

—Y eso es todo lo que será.

No puede ser nada más. Él será solo un peón que usaré para desafiar todas las reglas. No me encariñaré con él, porque no puedo. No quiero.

—Solo diversión —zanjo.

Sus labios se unen a los míos suavemente, con delicadeza, y empezamos a

besarnos. Es un beso demasiado tierno para lo que tenía en mente.

—Que empiece el juego —dice justo entonces, y dándome una palmada en la nalga que empezaba a recuperarse, Josh Jameson me recuerda que su idea de diversión puede dejarme marcas en la piel.

Eso no me preocupa. Lo que no puedo consentir es que me deje marcas en ninguna otra parte como, por ejemplo, el corazón. Casi me echo a reír cuando la idea me cruza la mente. Por lo absurda que me parece.

Un carraspeo nos interrumpe. Me vuelvo hacia la izquierda y veo a Damon a escasa distancia.

—Mis disculpas, señora, pero tiene visita.

—¿Quién es? —pregunto, inquieta, porque no me gusta la actitud de Damon. Es una actitud que he aprendido a reconocer: ha llegado alguien a quien no me apetece ver.

Los ojos de Damon se desvían un instante hacia Josh.

—El señor Sampson, señora.

—Qué bien —susurra Josh, con ironía, mientras me suelta—. Esto va a ser divertido.

Me tomo su comentario como prueba de que está al corriente de mi relación con Haydon.

—¿Por qué?

Josh me toma la mano, la levanta y señala el anillo que me regaló Haydon por mi cumpleaños.

—Porque sé que mi regalo le gustó mucho más.

Alzo las cejas, interesada.

—¿Ah, sí?

—Sí.

Me hace girar hasta que quedo encarada a Damon y me da una palmada en el culo para que me ponga en marcha.

—Líbrese de él.

—No puedo...

Me tapa la boca desde atrás y me quedo mirando a Damon con los ojos como platos mientras Josh me acerca la suya a la mejilla.

—¿Prefiere que lo haga yo?

Niego con la cabeza.

—La fiesta ha terminado —continúa—. Al menos la suya. La nuestra, alteza, acaba de empezar.

Cuando me suelta, me tambaleo y estoy a punto de caer en brazos de Damon, que parece muy interesado en la escena.

—Señora —me llama Damon cuando paso por su lado.

—No digas ni una palabra. —Suspiro mientras volvemos a palacio.

—No se me ocurriría, aunque reconozco que es muy divertido verla obedecer órdenes por una vez en la vida.

Le dirijo una mirada asesina, porque no le veo la gracia a la situación por ningún lado.

—Yo no estoy...

Damon alza una ceja y queda a la espera de ver cómo salgo de esta. Suspiro y me rindo.

—¿Dónde está Haydon?

—En el vestíbulo, señora. He pensado que sería mejor mantenerlo alejado de... la acción —dice, y señala en dirección al comedor.

Me imagino que las cosas allí estarán todavía más descontroladas que cuando me he ido.

—Gracias, Damon.

Madre mía, a Haydon le daría un ataque si viera lo que está pasando ahí dentro... o en el jardín.

—¿Qué habrá venido a hacer aquí, por cierto? —me pregunto.

—Tal vez quiera darle un besito de buenas noches.

—Ja, ja, muy gracioso.

—Con el debido respeto, señora —empieza Damon, que, justo antes de llegar al vestíbulo, me toma de un brazo para que me detenga y vuelve la mirada hacia los jardines.

—Sé lo que me hago —le digo, antes de que pueda echarme la bronca.

Damon se ríe discretamente.

—¿Está segura?

—Por supuesto.

—Pues yo no lo tengo tan claro.

—¿Por qué?

Me aprieta el brazo.

—Todavía está temblando. Ningún hombre la había hecho temblar hasta hoy.

—Hace frío —contesto al instante, y me suelto de su agarre.

—Y tampoco había hecho caso antes de las órdenes de ningún hombre. Ni había visto nunca esas chispas en sus ojos. No sé si es rebeldía o algo más. Creo

que es algo más.

Pestaño, como si así fuera a apagar las dichas chispas. Me he quedado sin palabras, sorprendida por las apreciaciones de Damon y, sobre todo, sorprendida porque se haya atrevido a comentarlas conmigo. Mi mente me ofrece un repertorio de respuestas para tranquilizarlo y, de paso, tranquilizarme a mí, pero aunque las palabras se forman de manera ordenada y satisfactoria, no soy capaz de pronunciarlas.

—¿Algo más? —murmuro, apartando la vista.

—Eso es todo, señora. —Damon enlaza las manos a la espalda y se aleja, dándome intimidad—. Estaré aquí si me necesita.

—Gracias.

Cuando entro en el vestíbulo, me encuentro a Haydon recorriéndolo de un lado a otro.

—¿Se puede saber qué haces aquí, Haydon?

Él suelta el aire y se me acerca. Me tenso, preparándome para que me bese, pero él se detiene antes de tocarme y me mira de arriba abajo.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Pues no lo pareces. Estás... rara.

En ese momento llega un gran estruendo desde el comedor, seguido de gritos y aplausos. Haydon mira hacia allí.

—¿Qué está pasando ahí?

—Unos amigos de Eddie, que han venido a verlo. Yo ya me iba a la cama.

—Vaya, vaya... —murmura Haydon, mientras se oyen más ruidos de golpes y cosas que se rompen.

Yo me estremezco y hago una mueca cada vez que algo se rompe.

—Qué violentos, ¿no?

—Pues sí, por eso me iba a la cama. —«¿Quieres pillar la indirecta de una vez?»—. ¿Para qué has venido, Haydon?

—Una cena —responde, alternando la atención entre las puertas del comedor y yo—. Quería invitarte a cenar mañana, una celebración de cumpleaños atrasada.

Lo observo. Parece nervioso, inquieto, distraído. Podría haberme llamado para invitarme a cenar. ¿Me está controlando?

—Ya me has agasajado suficiente.

No pienso ir a cenar con Haydon Sampson. La prensa publicaría fotos y

sacaría conclusiones. Mi padre y su séquito disfrutarían demasiado. Tal vez incluso serían ellos los que darían el chivatazo a los *paparazzi*.

—¿Es esa tu manera de decirme que no?

—Es mi manera de decirte que ya me has agasajado lo suficiente —insisto—. Además, mañana Damon libra y ya me he conformado a pasar una noche tranquila junto a la chimenea.

—Entonces ¿tal vez otro día?

—Tal vez —accedo, para sacármelo de encima.

Quiero que se marche antes de que salga algún soldado borracho del comedor y Haydon le vaya con el cuento al rey o, aún peor, antes de que a Josh Jameson se le ocurra aparecer y...

—Aquí estás. —La voz de Josh me sobresalta tanto que los hombros se me elevan hasta las orejas.

Observo, muda por la sorpresa, como Haydon se vuelve buscando la fuente de esa voz con un acento tan marcado. ¡Ay, Dios mío! Josh se dirige hacia nosotros, con paso seguro y los ojos azules clavados en mí, como si Haydon no estuviera presente, como si no estuviera mirando a Josh con una mezcla de preocupación e interés.

—Te estaba buscando —dice Josh, y me apoya las manos en los hombros y me da un beso en la mejilla.

Joder.

Indefensa ante su magnetismo, me rindo a su atención y él se da un festín con mi cara ruborizada. El muy canalla. Damon carraspea y me vuelvo hacia él, que está haciendo un gran esfuerzo por disimular una sonrisa. Lo fulmino con la mirada y me quito de encima las manos de Josh.

—Josh Jameson —dice Haydon, más sorprendido que yo por el atrevido comportamiento de Josh.

—¿Y usted es...? —pregunta Josh, que, fingiendo educación, le ofrece la mano.

Haydon no la acepta. En vez de eso, me mira como pidiéndome explicaciones.

—No sabía que estabas acompañada.

—No estoy acompañada.

Me aparto de Jameson, cada vez más molesta.

—El señor Jameson es uno de los invitados de Eddie. —Técnicamente no es ninguna mentira—. Y como ya he dicho, estaba a punto de retirarme a mis

habitaciones.

Me dirijo hacia la escalera, deseosa de huir de la tensa atmósfera que se ha creado.

—Buenas noches, caballeros.

Camino deprisa y oigo que Haydon murmulla hasta que las puertas de Kellington se cierran a su espalda. Cuando llego al final de la escalera, me vuelvo y encuentro a Josh quieto al pie. Damon está unos pasos más atrás.

—No tenía por qué hacer eso —le recrimino, con la mandíbula apretada por la frustración.

Su actitud de Tarzán puede traerme muchos problemas con el rey, y no necesito más charlas sobre mi comportamiento inadecuado.

—¿Quería que se quedara? —me reclama él, muy serio.

—No, pero no se trata de eso.

—¿Quiere que yo me quede?

Doy un paso atrás y cierro la boca. La respuesta correcta es: «No lo sé».

—Sí —digo en cambio.

No sé de dónde ha salido la respuesta. Alguien se ha apoderado de mi mente dudosa. Sorprendida, me llevo una mano a los labios, como si hubiera dicho algo pecaminoso.

Josh sonríe, vencedor, y se vuelve hacia Damon, ofreciéndole la mano.

—Yo me ocupo de todo, colega.

«¿*Colega?*» Me quedo de piedra, pero todavía más cuando Damon le devuelve el apretón de manos y asiente con la cabeza.

—Cuídela, señor Jameson, como si su vida dependiera de ella.

—¿Y si no lo hago? —pregunta él, sonriendo.

Damon le devuelve la sonrisa.

—Preferiría no tener que hacerle daño; me gustan sus películas.

Boquiabierta, veo como Josh se echa a reír.

—Entendido.

Damon me saluda asintiendo con la cabeza, muy serio y profesional como siempre, antes de dejarme a solas con el dichoso Josh Jameson.

—Que empiece el juego —murmura, subiendo la escalera lentamente.

Aunque no quiero que se me note el nerviosismo, no puedo ocultarlo. Empiezo a moverme de un lado a otro y la sangre me arde anticipando los placeres prohibidos.

—Tal vez yo no quiera jugar.

—Es que usted no va a jugar —replica él, con una autoridad imposible de cuestionar. Es una revelación que no debería gustarme tanto—. Usted, alteza, obedecerá.

Sigue ascendiendo muy despacio por la escalera cubierta de alfombra, dándome tiempo para que mi errática respiración se calme. Pero no sirve de nada. Aunque me diera todo el tiempo del mundo, no me tranquilizaría. Cuando lo tengo a un escalón de distancia, con sus ojos a la altura de los míos, estoy casi jadeando. Me acaricia el torso y la cadera por encima de la camiseta y ladea la cabeza, como si estuviera pensando.

—El que va a jugar soy yo —dice al fin.

¡Paf!

Me da tal palmada en el culo que me hace perder el equilibrio. Caigo hacia delante y me aganto en su pecho. Sus músculos sólidos, esculpidos, son una tentación demasiado grande y mis manos no pueden resistirse a acariciarlos.

—Voy a jugar con usted. Con esto. —Su mirada se desploma por mi cuerpo—. Y soy muy posesivo con mis juguetes.

Oh, mierda.

—¿Así que soy un juguete?

Sé que debería estar asqueada, pero no. Lo que estoy es excitada.

—Lo es, y algo me dice que va a convertirse en mi juguete favorito.

Se agacha, me agarra por los muslos y me carga al hombro. Inspiro tan bruscamente que casi me atraganto.

—Pero ¿qué demonios hace? Bájeme.

Ningún hombre me había echado al hombro como si fuera un troglodita.

—No. ¿Hacia dónde?

—Al final del pasillo, a la izquierda —respondo sin dudarlo ni un milisegundo, y aceptando así que estoy desesperada por convertirme en su juguete.

Su juguete favorito, ha dicho, y a mí no me cabe duda de que yo he encontrado el mío. Una sacudida de placer me recorre de arriba abajo. La situación me resulta inquietante, pero, sobre todo, estimulante. Este cabrón sinvergüenza se merece al menos parte de mi tiempo, aunque solo sea porque ha logrado algo que ningún otro hombre había conseguido hasta ahora. Ha hecho que desee, que desee de verdad. Porque esto lo deseo para mí, y no para ser desobediente y romper las normas. Y darme cuenta de ello me sorprende y me asusta al mismo tiempo.

Me lleva como si no pesara nada.

—¿Es aquí? —me dice, cuando nos acercamos a la puerta doble que conduce a mis habitaciones.

—Aquí es.

Mentalmente le ordeno que se dé prisa. Entramos y, tras examinar la estancia, Josh va directo al dormitorio, pisando la gruesa y lujosa alfombra de color crema.

—Bonito apartamento —bromea, mientras me lanza sobre la cama con dosel. Aterrizo haciendo un ruido sordo.

—Estará acostumbrado a los apartamentos bonitos.

Permanezco inmóvil, fundiéndole la ropa con la mirada.

—Estoy acostumbrado al lujo, no a los palacios.

—Vienen con el cargo —murmuro.

Y él me dirige una sonrisa capaz de quitarme las bragas sin tocarme. Se aleja y recorre la estancia, mirando las fotos, recorriendo con un dedo la superficie del tocador, jugueteando con algunas joyas. ¿Qué hace?

—¿Había entrado algún hombre aquí antes? —me pregunta, devolviendo con delicadeza a su sitio un broche del siglo XVI que forma parte del legado de mi madre.

En ese momento me doy cuenta de que no, de que nunca he invitado a un hombre a mis aposentos privados. Aunque, en realidad, a Josh tampoco lo he invitado.

—No.

Se sienta en el borde de una antigua cómoda y cruza los brazos ante el pecho.

—Entonces, soy el primero.

—Y el último —replico suavemente, mirando a mi alrededor.

La estancia está abarrotada de obras de arte, tesoros y antigüedades que pertenecieron a mis antepasados. Es una habitación muy anticuada y extravagante para una treintañera soltera, pero, como he dicho hace un momento, viene con el cargo.

—Me gusta cómo suena eso —dice Josh, cruzando los tobillos, poniéndose cómodo.

Rápidamente me doy cuenta de mi error.

—No quería decir...

—¿Va a quitarme la ilusión?

—¿Va a follarme de una vez? —digo, perdiendo la paciencia y las ganas de quedarme en la cama.

Dios, si meto a un hombre en mi dormitorio, al menos podría darse prisa y hacer que valga la pena.

—Venga a por mí —me ordena sin moverse del sitio.

Es un actor guapo pero rudo, educado pero arrogante, ganador de varios Oscar de Hollywood, y está tan tranquilo, apoyado en la cómoda de una princesa de Inglaterra.

Me acerco a los pies de la cama, me pongo de pie lentamente y doy un paso al frente. No soy tímida y cuando quiero algo, lo cojo. Y deseo a ese hombre más de lo que estoy dispuesta a admitir. Lucho conmigo misma unos instantes, preguntándome por qué lo hago. Todos los hombres con los que me acuesto están prohibidos para mí, pero supongo que Josh Jameson es el que está más prohibido de todos. ¿Será por eso por lo que me pone tanto? Sí, supongo que será eso, la atracción de lo prohibido... porque me niego a aceptar que pueda ser otra cosa. Doy un paso, y otro.

—Quieta. No dé un paso más.

Me detengo, sorprendida, no solo por su brusca orden sino también por la mano que ha levantado.

—Quítese la ropa, alteza.

Me hago la remolona.

—¿Quiere que me desnude?

—Es una mujer muy inteligente.

Fulminándolo con la mirada me quito la camiseta, la tiro al suelo y me desabrocho la cremallera de los vaqueros. Me los bajo, me los quito y los lanzo lejos de una patada. Cuando veo que se le dilatan las pupilas y se le abren las ventanas de la nariz, siento un gran placer.

—Sujetador y calzones fuera.

—Lo siento, no llevo calzones. —Permanezco inmóvil, disfrutando de su expresión confundida—. Soy europea; aquí llevamos bragas.

Su sonrisa es una obra de arte.

—Por favor, señora, ¿podría quitarse las bragas?

—Sí.

Con una sonrisa dulce, me las deslizo piernas abajo. Él no aparta los ojos hasta que llegan al suelo.

—Nunca me habría imaginado interpretando una escena como esta —dice, y

alza la vista hasta el lugar donde se unen mis muslos y luego sigue ascendiendo hasta los pechos.

—El sujetador.

—Sí, señor.

—¿Señor? Aprende rápido.

—Yo lo llamo *señor*, pero usted me llama *alteza*. —Me desabrocho el sujetador y lo dejo caer al suelo—. Cualquiera pensaría que se siente inferior a mí. Señor.

—Todo lo contrario, *alteza*. Le aseguro que en este momento me siento jodidamente poderoso. De rodillas.

Sonriendo, me pongo de rodillas despacio, sin hacer preguntas, sin discutir. Nada. Me siento liviana a más no poder. Es una sensación desconocida, nueva y, sobre todo, catártica.

—A cuatro patas.

—¿Va a azotarme el culo otra vez?

Apoyo el peso en las manos y lo busco con la mirada.

—Venga hacia mí.

Durante un instante estoy a punto de perder el aplomo, pero, por suerte, no se da cuenta. Sé que trata de provocarme. Quiere que la princesa se indigne, que le diga que no piensa arrastrarse ante ningún hombre. Y ganas de hacerlo no me faltan, pero son aún más grandes las ganas que tengo de darle a Josh Jameson lo que quiere. Y lo que quiere es que la princesa se acerque a él gateando. Y por eso lo hago. Lentamente. Disfrutando al ver que algo crece tras la cremallera de sus vaqueros y con su cara de satisfacción.

—¿Se excita con esto, señor? —ronroneo, poniendo una mano delante de la otra y acercándome con parsimonia.

—No tienes ni puta idea de cuánto.

Se agacha ante mí y me sujeta la barbilla mientras acerca los labios y los deja pegados a los míos.

—Eres la hostia de sexy, Adeline Lockhart.

Sonrío, sintiendo una enorme satisfacción al comprobar que me ha tuteado y ni siquiera se ha dado cuenta.

—Empezaba a pensar que eras inmune a mi hechizo.

Él se ríe por lo bajo, rompiendo el contacto entre nuestras bocas, y me mira a los ojos de un modo tan intenso que estoy segura de que me ve tal como soy, despojada de mi falsa bravuconería.

—Ojalá fuera inmune a tu hechizo, porque tengo la sospecha de que me vas a embrujar por toda la eternidad, mujer.

Me da un beso brusco antes de levantarme y rodearse la cintura con mis piernas. Lo agarro con fuerza y esta vez soy yo la que uno nuestras bocas en un beso violento, sintiéndome poderosa. ¡Lo tengo! ¡Ha mordido el anzuelo!

Pero, entonces, me lanza de nuevo sobre la cama y antes de que pueda recuperarme, me da la vuelta, me deja boca abajo y me atrapa bajo su poderoso cuerpo.

—¿Te acuerdas de esto? —me pregunta, dejando caer algo sobre la almohada, junto a mi cabeza.

Es el pañuelo rosa que usó ayer para amordazarme y se está riendo de mí.

—¡Joder! —exclamo, al notar que Josh me agarra las muñecas y me inmoviliza.

—Dilo otra vez.

Me muerde el lóbulo de la oreja y me sacudo, corcoveando bajo su cuerpo.

—Dilo —repite.

—¡Joder! —grito.

Me mete el pañuelo en la boca, me da la vuelta y acerca la cara a la mía.

—El pañuelo rosa tiene un amigo. —Josh se quita el cinturón y se lo enrosca alrededor del puño—. Creo que te va a gustar sentirte indefensa.

Yo niego con la cabeza, pero Josh asiente y me ata las manos con el cinturón, usando la hebilla para asegurarlo. Sacudo los brazos, tratando de liberarme. Lo ha hecho con demasiada facilidad. Soy consciente de que soy su juguete para esta noche y nunca más. Ha habido muchas antes que yo, sin duda, y habrá muchas más después de mí.

—Y ahora —comenta, recorriendo mi cuerpo desnudo con sus brillantes ojos azules—. ¿Qué voy a hacer contigo?

Alarga una mano y me retuerce un pezón con saña, haciéndome saltar en la cama y soltar un grito amortiguado. Ladea la cabeza, disfrutando de tenerme a su merced. Y, que Dios me dé fuerzas, yo estoy disfrutando tanto como él. Todo mi cuerpo vibra de deseo, cada centímetro de mi piel arde bajo el poder de su mirada.

—Creo que voy a follarte.

Me roza el estómago con la punta de los dedos y desciende hasta la estrecha franja de pelo que señala la entrada a mi sexo. Me tensó, respirando por la nariz lo mejor que sé.

—Primero con los dedos.

Me roza los labios palpitantes, provocándome, y yo gimoteo desesperada y cierro los ojos buscando en mi interior la fuerza para sobrevivir a esto.

—Y luego con la polla.

Gruño y sacudo la cabeza de lado a lado mientras él hunde un dedo en mi interior. Toda yo me contraigo con fuerza y no lo dejo escapar. Estoy muy excitada, más que en toda mi vida. El corazón me bombea al máximo, tengo el cuerpo en llamas. Nunca me había sentido tan poseída por un hombre y sé que esto me va a complicar la vida a largo plazo, aunque es muy difícil pensar en las consecuencias a largo plazo mientras este dios americano me está adorando.

Trato de mover las muñecas dentro de su prisión de cuero. El dolor del roce me resulta delicioso. De repente, me agarra por la mandíbula. Abro los ojos y encuentro su cara pegada a la mía mientras, lentamente, tan lentamente que es una tortura, retira el dedo de mi interior. Contemplándome con demasiada satisfacción, vuelve a hundirse en mí con fuerza, haciéndome saltar en la cama. Grito, pero el sonido queda amortiguado por la mordaza. ¡Oh, Dios mío! La sangre me arde y me da vueltas en las venas con un solo objetivo posible. No puedo gritar ni agarrarme a él. La sonrisa irónica que no le abandona el rostro en ningún momento me indica que lo está disfrutando. Trato de cerrar las piernas para calmar el intenso latido que hace que me retumbe el clítoris, pero es inútil. Él me las separa con la rodilla y alza una ceja en un gesto amenazador.

—¿Qué pasa, alteza? —susurra, y su voz suave no ayuda a calmar el incendio que me arrasa—. ¿Te sientes indefensa?

Me suelta la mandíbula, retira la mano de mi interior goteante, me agarra las muñecas y me las levanta por encima de la cabeza.

Gimo y, francamente, no sé si es un sonido de protesta o de excitación. Él desabrocha el cinturón y vuelve a ceñirlo alrededor de uno de los barrotes dorados, dejándome inmovilizada. Menuda ironía... En esta cama duerme una princesa real, una de las princesas más famosas del mundo.

Pero ahora está atada.

Indefensa.

Y le encanta.

Josh se sienta encima de mi vientre y me cubre los pechos, pesados y doloridos, con las manos. Inspiro hondo mientras él me los aprieta y amasa y me pellizca los pezones antes de agachar la cabeza. Cuando pasa la lengua por encima de uno de ellos, noto un fogonazo de placer directamente entre las

piernas. Pongo los ojos en blanco y trato de ocultarme el rostro con uno de mis brazos extendidos. Jesús, qué boca, qué lengua, menuda potencia... Se está dando un festín conmigo, dividiendo la atención entre las dos tetas por igual, jugando, acariciando, lamiendo y mordiendo. Me estoy volviendo loca de deseo, gimiendo con cada punzada de dolor, vibrando de arriba abajo.

—Te gusta, ¿eh?

Me succiona uno de los pechos y hace girar la lengua alrededor del pezón. Gimo entrecortadamente y luego pego un brinco cuando me clava los dientes y tira con fuerza del pezón hasta soltarlo.

«¡Joder!» Maldigo como un marinero mentalmente y respiro hasta que el dolor remite. Su mirada burlona me enfurece y me encanta al mismo tiempo.

—Hora de desnudarme —declara, sujetándose la camiseta—. ¿Estás lista?

No lo sé. ¿Lo estoy?

Josh se quita la prenda negra de un tirón y se me nubla la vista ante el espectáculo de su torso esculpido. Cada centímetro es perfecto y me llama a gritos pidiendo que lo acaricie, lo lama, lo bese.

No, no estoy lista, es evidente. Se pone de pie en la cama, con las piernas a lado y lado de mis caderas y se desabrocha el botón de los vaqueros. Inspiro con tanto ímpetu que bizqueo. Veo un poco de pelo, corto, bien cuidado.

«¿No lleva ropa interior?» Vuelvo a tragar saliva.

Por fin se baja los vaqueros, dejando a la vista sus perfectos atributos, centímetro a centímetro. Suspiro y me relajo un poco, abrumada por el espectáculo de su miembro, largo y suave. Todas las mujeres del mundo conocen su cuerpo, pero ¿cuántas han visto su impresionante erección? Se libra de los pantalones de una patada, vuelve a sentarse sobre mi vientre y se agarra la polla por la base con decisión.

Se me está haciendo la boca agua detrás del maldito pañuelito rosa que me amordaza. Lucho por liberarme las manos, sin éxito. Y cuando él respira hondo y empieza a acariciarse, pierdo la razón. Ya no admiro el espectáculo que es su cuerpo sino que lo odio con toda mi alma por ser tan asquerosamente cruel. Cierro los ojos; me niego a seguir mirando.

—Abre los ojos, princesa —me ordena, empezando a jadear.

Niego con la cabeza, rogándole en silencio que deje de torturarme.

—Ábrelos.

Me retuerce un pezón brutalmente y yo me revuelvo, pero no logro que se mueva ni un milímetro. Su sólido cuerpo me atrapa de un modo tan efectivo

como el cinturón. Abro los ojos, asustada, y me encuentro cara a cara con su puño meneando su erección. Gimoteo patéticamente, pero no soy capaz de apartar la mirada. Veo cómo se acumulan gotas de humedad en la punta mientras acelera el ritmo. Su vientre, firme y bien cincelado, se tensa y se relaja, provocándole un efecto dominó en el torso. Estoy en el cielo y el infierno al mismo tiempo. La mano que tiene libre aterriza en mi pecho mientras sigue meneándosela con los dientes apretados. Está cerca del clímax, le tiembla el cuerpo, tiene los ojos vidriosos. Si yo quisiera cerrar los míos ahora, ya no podría. La imagen de este hombre dándose placer me tiene totalmente cautiva. Deja caer la cabeza hacia atrás y empieza a murmurar una serie de incoherencias en dirección al techo. Luego grita, coloca la polla entre mis tetas y la rodea con ellas. Mueve las caderas adelante y atrás mientras los dos mantenemos los ojos clavados en su polla, que se desliza entre mis pechos hinchados. Maldice en voz baja un instante antes de correrse. Un chorro de líquido blanco sale disparado de la punta de su miembro palpitante y va a parar básicamente a mi cuello, pero algunas gotas me alcanzan la barbilla y los alrededores de la boca. Lucho por liberar la lengua del pañuelo que la aprisiona, desesperada por probarlo, pero no lo consigo, así que debo conformarme con la visión de Josh Jameson, el objeto de las fantasías de millones de mujeres, sudado y jadeando por el orgasmo que acaba de tener montado sobre mí. Aunque yo no me he corrido, sin duda este es el mejor regalo de cumpleaños que me han hecho. Esto. Esta imagen. Esta sensación.

—Uau —susurra, resoplando.

Se suelta la polla, desciende un poco y se apoya en los antebrazos. Queda suspendido sobre mí, con la cara casi pegada a la mía. Su sonrisa es algo celestial, de otro planeta. Me quita el pañuelo de la boca y lo usa para limpiarme. Luego pega la boca a la mía, pero no me besa, ni me muerde ni me lame. Solo la roza.

—Soy un privilegiado.

—¿Por qué? —le pregunto, porque no puedo evitar pensar que la privilegiada aquí soy yo.

Pero la idea me sorprende, teniendo en cuenta que ni siquiera he alcanzado el orgasmo.

—Acabo de correrme encima de la princesa de Inglaterra. ¿Cuántos hombres pueden decir eso?

—Ninguno —respondo con la verdad, y se nota que está encantado con mi

respuesta—. Solo tú. Supongo que eso debe de complacerte.

Con una sonrisa radiante, él pega un poco más los labios a los míos.

—Mucho, aunque no tanto como verte perder el control.

—¿Me vas a follar de una vez?

Josh se ríe, como si me estuviera permitiendo ser descarada por voluntad propia.

—Todo a su debido tiempo, princesa.

Alarga un brazo hacia la mesita de noche.

—¿Qué haces? —El pánico vuelve a apoderarse de mí—. Ese cajón es privado.

Él me ignora y lo abre.

—Vaya, vaya... ¿Qué tenemos por aquí?

Mete la mano dentro y saca mi vibrador. Cierro los ojos, más asustada que avergonzada, sobre todo cuando oigo el zumbido.

—Eso es mío —protesto, aunque sé que no me va a hacer caso.

—¿Cada cuánto te das placer, alteza? —me pregunta, colocándome la punta del vibrador en un pezón y haciéndolo girar lentamente.

Yo gruño y trato de librarme de él, pero no puedo, porque sigue sentado encima de mí.

—¿Una vez al mes? ¿Una vez a la semana?

Desliza el aparato por mi estómago hasta llegar al vientre y, una vez allí, lo mueve de lado a lado.

—¿Una vez al día?

—Josh, por favor.

—¿Qué, Adeline? ¿Qué quieres?

Se echa hacia atrás, dejando expuesto mi coño, aunque tengo las piernas cerradas. Doy gracias en silencio hasta que él sale de encima de mis piernas y las separa.

—Dímelo —insiste.

Trato de liberar los brazos una vez más, pero no lo consigo.

—Haz que me corra.

—¿Con esto?

Coloca la silicona vibrante sobre mi vello púbico y estoy a punto de atragantarme cuando inspiro bruscamente, temiendo lo que va a pasar si mueve el aparato un poco hacia abajo. Y el muy cabrón lo sabe.

—Josh.

Clavo los ojos en su rostro perfecto, tratando de amenazarlo con la mirada, aunque la lujuria no me lo está poniendo nada fácil. Él se limita a sonreír y a deslizarme el vibrador entre las piernas hasta alcanzar el clítoris. Entonces, pego un brinco como si me hubiera dado un calambrazo de un millón de voltios.

—¡No!

Empiezo a sudar. El sudor se me acumula en la frente y me baja por las sienes. Él retira el aparato y se echa a reír.

—¿Qué me das a cambio? —me pregunta, muy serio—. Si clavo la polla en tu interior y te follo hasta que te corras, ¿qué me das a cambio?

Enloquezco con solo imaginarme su polla honrando mi coño con su presencia.

—Lo que sea —respondo, desesperada, perdiendo la cautela y el juicio—. Todo lo que quieras.

—Te quiero a ti.

Me vuelve a colocar la punta del vibrador en el clítoris, y el placer me atraviesa, pero al cabo de un instante lo retira, dejándome hecha una piltrafa desquiciada.

—Ya me tienes —replico entre jadeos, tirando del cinturón para demostrarlo.

—Me refiero a otra vez. Y quizá otra vez después de esa.

Me tenso. El placer me abandona, y la prudencia ocupa su lugar.

—¿Qué?

Él me dirige una sonrisa discreta.

—Eres muy caprichosa. Voluble.

—¿Dónde has oído eso? —le pregunto, indignada.

No soy voluble. Lo que pasa es que no tiene sentido encariñarme con alguien al que no voy a poder mantener en mi vida. Él se encoge de hombros.

—Ya te he dicho que los rumores solo son rumores.

—Pues estoy descubriendo rápidamente que los rumores que me han llegado sobre la princesa Adeline de Inglaterra son ciertos.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—No quiero ir a parar a ninguna parte.

—Entonces ¿a qué viene esto? —Me estoy acelerando, pero no en un sentido sexual.

Me estoy poniendo nerviosa. ¿Qué pasa si soy inconstante? ¿A Josh qué más le da? No es que lo sea por decisión propia. Cuando el rey se entera de que estoy con alguien, toma las medidas necesarias para que no vuelva a verlo, ya sea con

chantaje o de cualquier otro modo. Yo nunca pregunto porque, de todas formas, nunca estoy interesada en volver a verlos. Nunca me he encariñado con ninguno de ellos. Y aquí es adonde quiero llegar porque, desde el momento en que Josh y yo iniciamos nuestra guerra de sexos, supe que me resultaría muy fácil volverme adicta a él. Que podría engancharme a su absoluta falta de respeto por mi posición social, a su carácter juguetón, travieso... y a su ego. No se parece a ninguno de mis antiguos amantes. No me trata como si fuera una pieza delicada de porcelana, ni como a una dama. Hace justo lo contrario, y eso es lo peor que podría hacer... porque me gusta.

Me gusta que me trate así.

Y me gusta él.

Me gusta que sea capaz de controlarme con la palma de una mano y un trozo de cuero. Me gusta lo relajada que me siento cuando él está al mando. Mostrarme siempre desafiante y tozuda me resulta tan agotador que es un alivio ceder el control a alguien que se nota que disfruta teniéndolo. Y todo esto es preocupante. Muy preocupante. Porque cuando el rey se entere, no podré seguir jugando. Josh Jameson desaparecerá de mi vida. Y el juego habrá terminado.

Josh me observa en silencio, con el vibrador en la mano.

—Todo esto viene —susurra, dándome un ligero beso en los labios— a que quiero que me digas que volverás a jugar conmigo otro día.

—¿A esto lo llamas *jugar*? —Casi se me escapa la risa, aunque la verdad es que estoy disfrutando.

—¿No me digas que no te lo estás pasando bien?

Vuelve a apoyarme la punta del vibrador en el clítoris y me tenso de arriba abajo, mientras aprieto los dientes.

—Admito que al principio fuiste un reto para mí —dice.

Pongo los ojos en blanco, porque ya lo sabía.

—Qué suerte tengo.

—Pero ahora...

Acerca la cara a la mía y yo inspiro hondo, esperando a que acabe la frase. Ahora, ¿qué?

—Ahora pienso que pescarte una vez no va a ser suficiente. —Sonríe al ver mi expresión indignada—. Así que ¿qué me dices, alteza? ¿Volverás a jugar conmigo otro día?

«*Pescarme*. Qué morro tiene».

—Haz que me corra.

Él se aparta, centrando la atención en mi vientre y más abajo.

—Soy yo el que decido cuándo te corres, no tú.

Vuelve a apoyar el vibrador en el clítoris y me aumenta la temperatura. Alzo las caderas y trato de alcanzar el clímax que amenaza con apoderarse de mí en cualquier momento, pero él lo aparta y me mira arqueando una ceja con arrogancia.

—Di que sí.

—¿Y dejarás que me corra?

—Sí.

—No. —Golpeo la cabeza contra la cama—. No pienso negociar para conseguir un orgasm... ¡oooooh!

Me tenso cuando me apoya el vibrador firmemente contra el clítoris, lo que hace que mi sangre alcance de nuevo la temperatura de ebullición. Alzo las caderas, saboreando esas deliciosas sensaciones.

—Acéptalo —me susurra al oído, lamiendo la zona sensible de debajo del lóbulo—. Acepta jugar conmigo otra vez.

—Pareces desesperado.

—Lo estoy. Quiero que tú y yo seamos un rumor, alteza.

—De acuerdo —le susurro yo, entregada al éxtasis, vulnerable a sus exigencias.

Ahora mismo, empapada en placer, aceptaría cualquier cosa.

—Bésame —le pido.

Sus labios se pegan a los míos sin dejar de usar el vibrador.

—Háblame —me exige—. Dime lo que sientes.

—Me gusta. —Le meto la lengua en la boca y saboreo un rastro de whisky mezclado con su aroma—. Me gusta mucho.

Cuando él retira el vibrador y lo sustituye rápidamente por su boca, me muerdo el labio inferior con tanta fuerza que noto en la lengua el sabor cobrizo de la sangre. Me lame, me succiona, me muerde, me besa.

Estoy perdida. Caigo rodando en un abismo de placer inenarrable, y siento que no peso nada mientras mi cuerpo tiembla de un modo que da gusto, perdido en un orgasmo absolutamente satisfactorio.

—Oh... Dios... mío...

Arqueo la espalda y tenso los brazos mientras Josh se da un festín entre mis piernas. Su boca se ha apoderado de mí y me está dejando seca.

—Mmm —murmura con admiración.

Me clava los dedos en los muslos hasta que mi cuerpo se vuelve líquido y laxo bajo el suyo. Tengo los ojos cerrados y trato de regular la respiración para que los latidos de mi corazón se calmen.

—Jesús. —Suspiro, tan saciada y relajada que me cuesta creerlo.

—El coño real está tan bueno como me imaginaba —me dice, con la voz ronca, dándome besitos en el sensible botón de nervios antes de desplazar la boca hacia mis muslos y, desde allí, pasando por el ombligo, de nuevo a los pechos, donde me lame ambos pezones—. Jodidamente delicioso —declara.

Y yo sonrío cuando se cubre la boca con la mía y nuestras lenguas se unen. Cuando se aparta un poco, veo la evidencia de mi orgasmo alrededor de sus labios. Él se pasa la lengua para llevarse hasta el último resto. Oh, Dios mío, nunca he visto nada tan erótico.

—Y ahora pienso descubrir si notar tu coño alrededor de mi polla es tan agradable como me he imaginado.

Aunque no diga más que vulgaridades, de pronto vuelvo a estar en llamas. El orgasmo aún no me ha abandonado del todo, y ya se empieza a preparar el siguiente.

—¿Vas a follarme al fin?

La sonrisa que me dirige es pura perversión.

—Ruégame, alteza.

—Por favor —susurro, totalmente entregada.

Mi esclava interior está liberándose por voluntad propia. Aunque la sensación es desconocida, me siento muy cómoda en el papel. Y todavía más cuando veo lo mucho que mis palabras lo complacen.

—Por favor, señor. Te lo ruego. Juega conmigo, lámeme, doblégame. —Me paso la lengua por los labios, seductora—. Fóllame.

—Joder, Adeline Lockhart. —Me examina la cara con el ceño algo fruncido—. Tengo una gran tendencia a la adicción y eso es malo para ti.

—¿Por qué?

—Porque el adicto necesita acceso constante a la sustancia a la que está enganchado. —Me besa todos los rincones de la boca—. Y el acceso constante es imposible cuando uno se engancha a una de las mujeres más protegidas del planeta.

Me apodero de sus labios y le obligo a abrirllos con la lengua.

—Entonces también es una mala noticia para ti, ¿no?

—Creo que nunca he estado en una situación tan problemática como esta.

Profundiza el beso, frotándome el cuerpo con el suyo antes de ponerse de rodillas. Baja la vista hacia su creciente erección y sonrío.

—Cruza las manos a la altura de las muñecas —me ordena.

Y lo hago inmediatamente, justo antes de que me dé la vuelta. Quedo de rodillas en la cama.

—Agárrate fuerte, alteza.

Me agarro a un barrote dorado del cabecero y gruño cuando noto una palmada en la nalga derecha, que hace que la piel me vuelva a arder.

No grito ni maldigo, ni siquiera doy un brinco. De hecho, sonrío como una maniaca, concentrada en el dolor que me recorre el cuerpo y en la necesidad de transformarlo en placer. Me tira del pelo hacia atrás, con saña, pero yo sigo sonriendo. Con su cuerpo doblado sobre el mío, me susurra al oído:

—¿Eso era una sonrisa?

—¿Y qué pasa si lo era?

—Me encanta tu descaro.

Se enrosca el pelo en la mano y tira de él hasta que lo miro a la cara.

—Necesito el cinturón.

—Lástima que lo estés usando para atar a tu presa.

—Pues tendré que buscar otro.

Me pregunto para qué, pero no lo digo en voz alta porque, en el fondo, ya conozco la respuesta. Dirigiéndole una mirada segura e indiferente, le indico con firmeza:

—El último cajón de la cómoda, en el vestidor.

Su sonrisa transmite una mezcla de admiración y aprobación. Me besa con dureza, tirando fuerte del pelo al mismo tiempo.

—No te muevas —me ordena, mientras baja de la cama para ir al vestidor.

—No, claro, ¿adónde quieres que vaya? —murmuro.

Sé que está a punto de azotarme y me pregunto por qué no me quejo. Estoy de rodillas, con las manos atadas, el culo en pompa y no recuerdo haber estado nunca tan relajada.

«¿Qué demonios me pasa?»

Aunque tal vez ya conozca la respuesta. Él. Él es lo que me pasa. El maldito Josh Jameson, el gran actor, que está ahora mismo registrando mis cajones en busca de un cinturón para azotarme las nalgas. Niego con la cabeza, pero me quedo inmóvil cuando oigo el ruido que hace el cuero al restallar.

—Bonito cinturón —dice él, en voz baja, haciendo que mire por encima del

hombro.

Está acariciando el cuero entre las manos, lentamente, con intención, y vuelve a tener esa sonrisa maliciosa en la cara. No hace falta ser un genio para adivinar que Josh Jameson es un cabrón perverso que disfruta usando pañuelos, azotes, cinturones y cuerdas. No estoy dispuesta a analizar ahora mismo por qué tengo tantas ganas de jugar con él. Estoy demasiado encendida, demasiado desesperada. Necesito someterme a su voluntad, rogarle, derretirme bajo sus manos expertas. Necesito que me haga olvidar que soy producto de la familia más privilegiada del mundo y que no debería estar comportándose así conmigo.

Otro chasquido brusco me aparta de mis pensamientos. Vuelvo a centrar la atención en el cinturón, que ahora está colgando de su mano, paralelo al muslo. Se acerca a mí despacio con la vista fija en mi culo desnudo, y una expresión de gratitud en la cara.

—Cuando acabe contigo, alteza, te vas a preguntar quién es tu auténtico rey.

Inspiro hondo, no solo por esas palabras, que probablemente sean ciertas, sino porque acabo de ver lo que lleva en la otra mano. Es la tiara de mi abuela materna, una pieza preciosa que me legó la fallecida reina española. Me la legó a título personal y, aunque hubo quien dijo que se debería guardar con el resto del tesoro real, mi madre insistió en que la tuviera en mis habitaciones para poder admirarla y disfrutar de ella todos los días. Es una de las pocas batallas que ha luchado contra el rey y ganado. La tiara es una antigüedad llena de diamantes incrustados, que pesa una tonelada. Es incomodísima de llevar, pero es preciosa y no puede negarse su origen real. Para mí es muy especial porque mi madre luchó para que yo la tuviera. ¿Qué diablos hace Josh con ella?

Supongo que lee la pregunta en mis ojos porque se detiene a los pies de la cama y dice:

—Es preciosa.

—Perteneció a la reina de España.

—Pesa mucho.

—Por eso casi nunca me la pongo, solo en algún acto de la realeza española.

—Pues es una pena. Algo tan bonito no debería estar escondido.

Me coloca la tiara en la cabeza.

Cierro los ojos, muy consciente de lo que viene ahora.

—Dale de una vez, Josh.

—¿Me estás diciendo lo que tengo que hacer?

Hace chasquear el cuero amenazadoramente.

Me estremezco, pero no demasiado.

—No.

—Bien. No te olvides de cuál es tu lugar.

—Mi lugar es mi cama, al parecer —replico, sin poder evitar provocarlo un poco más.

—¡Uno! —grita, mientras me azota con el cinturón.

Siento que las nalgas me arden, pero un instante después traza una línea con la punta del dedo a lo largo de mi sexo, transformando el dolor en un placer inusitado.

—¿Demasiado duro?

Me muerdo el labio, inspirando muy hondo para luchar contra el dolor.

—Demasiado flojo.

Casi puedo oír su sonrisa, y un segundo más tarde, llega el segundo golpe de correa.

—Dos.

Jadeo, apretando los ojos con fuerza, mientras él me acaricia, esta vez con la palma de la mano.

—¡Joder, Adeline! Esta es la visión más soberbia que he contemplado en toda mi vida. Tú, atada, con una corona en la cabeza y el culo encendido.

Me imagino la escena. La princesa de Inglaterra de rodillas, atada con una correa de cuero, azotada con otra y con una joya que es patrimonio real en la cabeza, mientras un famoso actor de Hollywood la fustiga a placer. Una imagen de esas que te hace estallar la cabeza, sin duda. Pero, gracias al cielo, estoy demasiado desinhibida para preocuparme por eso. Él es un hombre hedonista. Yo soy una mujer ansiosa por recibir lo que quiera darme. No hay más que hablar.

Desconecto mentalmente, mientras lucho por mantener la cabeza alta a pesar del lastre de la tiara. Me sudan las palmas y las manos me resbalan del barrote dorado al que me agarro. Me suelto involuntariamente varias veces y el cuero del cinturón se me clava en las muñecas. Sin embargo, el dolor es insignificante comparado con el placer que me recorre. Josh roza con los dedos los bordes de mi coño empapado, provocándome, torturándome. Lo oigo a lo lejos, contando hasta cinco mientras me da tres azotes en las nalgas y dos en los muslos, uno en la parte superior de cada uno. Duelen una barbaridad, me arde la piel, me palpita la carne, pero el dolor no disminuye en absoluto la pasión que me surca las venas. Estoy a punto.

Oigo el ruido de un envoltorio metalizado al romperse y poco después noto

que una mano se apoya en mi cintura y me sujeta mientras él avanza de rodillas hacia mi culo expectante. La punta de su polla se desliza entre mis labios y se clava en lo más hondo de mi vientre.

—Piedad —susurra Josh, hablando con dificultad.

Se queda inmóvil y a mí me da vueltas la cabeza por la profundidad que ha alcanzado de una sola embestida. Jadeo, tratando de llevar aire a los pulmones, totalmente aturdida. Me agarra del pelo y tira de él, haciéndome gritar.

—¿Lista para despegar?

—Lista —le confirmo, aunque lo correcto sería decir *desesperada*.

Y aunque la verdad es que ya he despegado. Estoy sumida en un trance sexual y es gracioso, porque en realidad ni siquiera hemos empezado.

—Dios, yo estoy más que listo.

Se retira y vuelve a clavarse en mí con brutalidad y ese es el ritmo que marca a partir de ese momento. Rápido. Duro. Sin piedad, sin reprimirse. Nuestros cuerpos chocan haciendo tanto ruido como el cuero hace un rato. Su cuerpo se empotra en el mío con tanta violencia que me cuesta mantener el equilibrio sobre las rodillas. Las manos se me resbalan y Josh tiene que soltarme el pelo y ayudarme a volver a colocarlas en el barrote.

—Si es demasiado, avísame.

—No.

Acepto sus embestidas implacables, rogando en silencio para que me dé aún más. Porque con cada violenta sacudida, la realidad se aleja y se aleja.

Se me contrae el estómago, la cabeza no para de darme vueltas y la sangre me circula por las venas a toda velocidad.

—Josh —lo aviso.

—Aún no, nena —me ordena—. No te atrevas a soltarte aún.

Gruño, al borde de la explosión. Trato de contenerme, pero veo que voy a perder la partida.

—Josh, no puedo aguantar más.

Sus embestidas aflojan el ritmo, se vuelven más calmadas y medidas.

—Siempre se puede.

Me azota la nalga dolorida, pero no me sirve de advertencia; más bien está a punto de convertirse en el gatillo que me hará estallar. Aguantarme el orgasmo se vuelve más difícil que antes y creo que el muy cabrón lo sabe.

—Aguanta —gruñe, apretándome un pecho.

—No me estás ayudando.

—¿Ah, no?

Me pellizca un pezón, y un dardo de dolor me va directo al coño, donde se mezcla con el calor que me inflama.

—¡Dios!

—¡Aguanta!

—¡Josh!

—No me defraudes, Adeline. —Me embiste, gruñendo con cada acometida —. Puedes hacerlo.

Me encierro en mí misma, cerrando los ojos y respirando para soportar la tortura. Porque —¡menuda revelación!— no quiero decepcionarlo. Sus embates han adquirido una cadencia hermosa, aunque no han perdido brutalidad. Siento que estoy fuera de mi cuerpo, totalmente a su merced; el desafío que supone su orden disminuye un poco.

Entonces oigo las palabras:

—Déjate ir, nena.

Obedezco y caigo, dando tumbos, en un potente orgasmo. La piel me cosquillea con furia mientras mis paredes internas reciben el masaje de la polla palpitante de Josh.

Él gime y va reduciendo la velocidad de sus movimientos hasta detenerse del todo dentro de mi calor. Ambos jadeamos tratando de recuperar el aliento y yo me habría caído ya de no ser por la correa que me sujeta las manos y el brazo de Josh que me sostiene por la cintura.

Siento sus manos sobre las mías y poco después tengo las muñecas libres. No me da tiempo a caer sobre el colchón porque Josh me sostiene. Me da la vuelta y cae sobre mí; nuestros pechos sudorosos se unen. Tengo los brazos agarrotados, las muñecas doloridas y el culo ardiendo, pero nada de eso me quita la sensación de absoluta serenidad que me inunda.

—Gracias por jugar —murmura contra mi mejilla húmeda y le da un mordisco. Sin soltarme la mejilla, sonrío.

—¿No crees que ya me has marcado lo suficiente? No hay necesidad de que me dejes los dientes marcados en la cara.

—Cállate y dame un abrazo.

Me echo a reír con ganas.

—Me has dado la paliza del siglo y quieres que te lo recompense con un abrazo.

—¿Ya estás cuestionando mis órdenes otra vez?

—No.

Le rodeo con los brazos, ocultando una sonrisa en el hueco de su cuello.

—Ha sido divertido.

—¿Verdad que sí?

Se separa un poco y sopla, para apartarme un mechón de pelo de la cara. Luego me quita la tiara de mi abuela y la deja sobre la cama.

—Voy a buscar algo de beber. ¿Agua?

Frunzo el ceño y sonrío al mismo tiempo, porque me hace mucha gracia que se ofrezca a ser mi criado.

—El servicio puede traernos algo de beber si queremos.

—Por supuesto, ¿cómo olvidarlo? Pero no creo que te apetezca que me vean aquí, ¿no?

Me da un beso intenso en la boca y se levanta.

—Además, me apetece traértelo yo.

—Como quieras. Hay vasos y agua embotellada en ese mueble de ahí.

Me doy la vuelta y hago una mueca al notar dolor en todos los músculos. De hecho, acabo de descubrir algunos que no sabía ni que tenía.

—Anda, date prisa —le digo.

Josh recupera los vaqueros y se los pone, cubriendo sus muslos perfectamente esculpidos.

—Sí, señora —me dice, sonriendo, y sale del dormitorio.

Cuando desaparece soy incapaz de seguir reprimiendo una sonrisa de satisfacción. Nunca me había sentido así. Tan... saciada. Tan... cuidada. Y, sin embargo, nadie diría que me ha estado cuidando.

Me miro las muñecas, donde me están saliendo habones rojos. Cambio de postura y me estremezco, porque el roce de las sábanas me resulta doloroso. A ese hombre realmente le importa un bledo mi estatus.

—Mierda —murmuro, sentándome con dificultad.

Tengo un evento oficial dentro de dos días, la inauguración de una galería de arte que apadrina una organización benéfica de la que soy mecenas. Me temo que voy a tener que ponerme manga larga.

Dejo de examinarme las heridas cuando Josh entra a toda prisa en la habitación, sin agua ni vasos.

—¿Te has dejado algo? —le pregunto.

—Tu novio ha vuelto.

—¿Qué?

Josh recupera a toda prisa los zapatos, la camiseta y el cinturón y se mete en el lavabo justo cuando Haydon entra en el dormitorio. Cojo la colcha y me tapo rápidamente.

—Haydon, ¿qué diantres crees que estás haciendo?

Él examina la habitación antes de mirarme.

—Solo quería asegurarme de que estabas bien.

«Maldita sea. ¿Qué...?»

El enfado ocupa el lugar de la asombrosa ingravidez de la que estaba disfrutando, lo que me da todavía más rabia. No quiere asegurarse de que estoy bien; quiere asegurarse de que estoy sola.

—Estoy perfectamente, Haydon. Y ahora, si no te importa, me voy a dormir.

Me dirige una mirada arrepentida. Yo, en cambio, no me arrepiento de lo que acaba de pasar en la habitación. «¿Cómo se atreve?» ¿Cómo se atreve a entrar en mi dormitorio sin permiso y sin avisar?

—¿Dónde está Damon? —pregunto—. Pensaba que te habías marchado.

—El coche no arranca. Damon le está echando un vistazo.

Vaya, así que ha usado la distracción de Damon para colarse hasta aquí.

—Pues te sugiero que te vayas ahora mismo antes de que llame a Damon, si no quieres que te saquen escoltado.

—Adeline, yo...

—No quiero oírlo. —Me pongo de lado y me acurruco, para que me deje en paz—. Por favor, vete.

Espero hasta que oigo que la puerta se cierra antes de mirar por encima del hombro para asegurarme de que se ha ido. Luego me vuelvo hacia el lavabo. Josh aparece en la puerta, pero no está sonriendo, satisfecho, tal como esperaba. Parece pensativo y, por primera vez desde que ha salido corriendo a esconderse, me pregunto por qué lo ha hecho. Antes, en el vestíbulo, estaba marcando territorio.

—¿Por qué te has escondido?

Él frunce sus sensuales morritos y parece pensarlo de verdad.

—No lo sé —reconoce, mientras regresa a mi lado.

Lo miro con desconfianza y me aparto cuando me pide que le haga sitio en la cama. Se sienta a mi lado, vestido con los vaqueros, con la espalda desnuda apoyada en el cabecero.

—Forma parte del juego, ¿no?

—Sí —asiento lentamente, un poco herida, por razones que no entiendo ni

quiero entender ahora mismo. Estamos jugando, solo jugando.

—Entonces ¿vas a casarte con él?

Me río por la nariz y palmeo la cama a mi alrededor.

—¿Lo que le he dicho te ha sonado a que tuviera ganas de casarme con él?

—¿Tienes elección?

—Sí —respondo con convicción—. Mi padre puede pensar lo que quiera, pero sí, por supuesto.

—Pero es que tu padre es el rey de Inglaterra, Adeline —me recuerda Josh, de manera cruel y totalmente innecesaria—. Nadie puede negarse a sus deseos.

—¿Y qué va a hacerme? ¿Enviarme al exilio? ¿Encerrarme en la Torre de Londres para que me pudra allí? ¿Cortarme la cabeza?

Todo rastro de la paz y serenidad que sentía hace unos minutos se ha volatilizado al recordarme quién es mi padre y cuáles son mis obligaciones.

Josh cruza los tobillos, con las largas piernas estiradas del todo. Tengo que reconocer que queda bien en mi cama, relajado y sin arreglar.

—Suenas resentida. —Me mira, pensativo—. ¿Tan mala es la vida de un miembro de la familia real?

Me encojo de hombros fingiendo una indiferencia que estoy muy lejos de sentir.

—Solo si te niegas a actuar siguiendo las normas. Si hiciera caso a todo lo que me dicen, supongo que mi vida sería mucho más fácil y cómoda.

—¿Y por qué no lo haces?

—Porque una vida cómoda no es lo mismo que una vida feliz. Si lo hiciera, me estaría conformando y yo no quiero conformarme.

Él me sostiene la mirada y lo que veo en el fondo de sus ojos azules es compasión.

—Pues no lo hagas —susurra, tomándome la mano y jugueteando con mis dedos.

—No pienso hacerlo.

—Me alegro de oírlo.

—¿Por qué?

—Porque yo tampoco soy de los que se conforman.

Me recorre con el dedo una de las marcas rojas de la muñeca y la observa atentamente, en silencio; silencio que yo aprovecho para tratar de averiguar qué esconden sus palabras.

Y en este instante de serenidad, sé que Josh y yo somos almas gemelas. Él

también vive rodeado de cámaras y focos, apenas tiene vida privada y probablemente se siente tan reprimido como yo. Pero, antes de que pueda darle más vueltas al tema, niega con la cabeza, como si quisiera librarse de una idea absurda.

—Y bien, ¿cuándo volveremos a jugar?

Me dirige una de sus sonrisas canallas y se pone de lado, apoyando una mano en mi estómago. Tardo un poco en responder mientras me planteo si vernos de nuevo sería buena idea, pero, en vez de eso, digo:

—Soy una mujer ocupada.

—Pues desocúpate —me ordena, muy serio.

No puedo evitar reírme.

—Estoy muy solicitada, señor Jameson. Tengo que representar a la monarquía y portarme bien ante las cámaras, ¿lo has olvidado?

—¿*Portarte bien*? —Se ríe, y, con una gran agilidad, me atrapa las muñecas y se abalanza sobre mí, levantándome las manos por encima de la cabeza—. A partir de ahora, solo podrás portarte mal en mi presencia.

Me da un golpecito en la nariz con la suya, con el ceño fruncido. Yo también frunzo el mío. ¿Me está diciendo que no puedo verme con otros hombres?

—Yo no mantengo relaciones exclusivas con nadie, ya lo sabes.

—Las reglas han cambiado.

—¿Qué reglas?

—Las del juego al que estamos jugando.

Mueve las caderas, clavando la entrepierna en la mía y sonriendo victorioso cuando contengo el aliento. Maldita sea, ya estamos otra vez, la temperatura me ha vuelto a subir hasta romper el termómetro.

—Pensaba que el juego había acabado.

—El juego solo acaba cuando yo digo que acaba.

Pega los labios a los míos y me da un beso profundo, como reforzando su confiada afirmación con un gesto confiado.

Mientras me abandono al beso, me pregunto si Josh se ha escondido en el baño porque sabe que, si alguien nos descubre, el juego se habrá acabado de verdad. Y si el juego solo acaba cuando Josh dice que acaba, nadie puede enterarse de lo nuestro. Y eso debería parecerme perfecto, ya que una parte muy grande de mí quiere seguir jugando a su juego. Pero otra, una que me resulta demasiado fácil de ignorar, se está preguntando si no debería huir antes de quedar demasiado atrapada en esta red.

—¿Y tú? ¿No estás ocupado? —le pregunto, con la boca aún pegada a la suya—. ¿No tienes películas que rodar, vallas publicitarias que adornar, mujeres a las que aturdir?

Sonriendo dice:

—¿Estás tratando de librarte de mí, alteza?

—Solo te recuerdo quién eres.

¿Cuándo se imagina que vamos a tener tiempo para seguir jugando?

—No te calientes esa preciosa cabecita de princesa. —Me besa la frente con ternura—. Lo único que tienes que hacer es obedecerme.

—Eres insufrible. ¿Aún no te has dado cuenta de que no me gusta que me den órdenes?

Él me toma la cara entre las manos y me observa, pensativo, lo que me permite el placer de examinar su precioso rostro muy de cerca. Su mandíbula tiene la cantidad de barba perfecta; sus ojos, el brillo perfecto, y su pelo es el de alguien que acaba de ser perfectamente follado. Josh Jameson es perfecto.

—¿Y tú? ¿No te has dado cuenta aún, alteza —me dirige una mirada lánguida con las pupilas dilatadas—, de que se te da estupendamente cumplir órdenes cuando soy yo quien las da?

Me observa mientras abro los ojos, sorprendida, y asiente en silencio.

—¿Ha sido fácil, verdad, princesa?

Tiene razón. Ha sido muy fácil.

—Sí.

—¿Y a qué crees que se debe eso? —me pregunta, con el acento americano más marcado que nunca.

—No tengo ni puta idea —admito, y él sonríe, divertido por mi confusión y mi lenguaje.

Un móvil suena, rompiendo el silencio, y Josh mira a su alrededor.

—Es mi teléfono.

—Pues más vale que respondas.

—¿Ya estás queriéndote librar de mí otra vez?

Me muerde la nariz, salta de la cama y responde al teléfono.

—Sí, llegaré en un minuto. —Josh me mira y pone cara de fastidio—. Haciendo una visita guiada por el... —Mira de arriba abajo mi cuerpo desnudo, a medio cubrir— palacio. —Sonríe—. Es increíble. —Cuelga y se pone los zapatos—. Mi chófer me espera.

Se acerca a mí mientras se pone el cinturón, se agacha y me da un beso más

dulce de lo que me habría gustado. Aunque, al parecer, a mi cuerpo le encanta su demostración de afecto, porque los brazos me cosquillean por las ganas que tengo de rodearle con ellos los hombros y abrazarlo con fuerza. Necesito que se vaya para poder bajar las barreras y reflexionar sobre lo que me ha dicho. Necesito pensar en la razón por la que me he sometido a todas sus exigencias sin ni siquiera planteármelo. Yo no soy así. No debería comportarme así con nadie, ni siquiera con Josh.

—Ha sido un placer, señora. —Me mordisquee el labio inferior—. Te llamaré.

—No tienes mi número.

Coge su teléfono y me lo tiende.

—Pero tú vas a dármelo.

Como si fuera un robot programado para obedecerlo, introduzco mi número en su teléfono y se lo devuelvo.

Con una sonrisa victoriosa, me da un beso intenso en la mejilla.

—Dulces sueños, princesa.

Sale de la habitación mientras me pregunto por qué demonios le he dado mi número. ¿Acaso me he vuelto loca? Me echo a reír. Sí, es lo más probable. Me río por idiota, mientras me obligo a no disfrutar demasiado de la imagen de la sólida y bien definida retaguardia de Josh mientras se aleja. No lo admiro, no analizo cada detalle, cada sensación, cada pico de placer que acabo de experimentar.

O al menos, no debería hacerlo. No debería volver a pensar en Josh Jameson nunca más porque, a pesar de todos sus esfuerzos por no hacerme sentir valiosa, ha hecho que me sintiera más valiosa que nunca. Me ha hecho sentir adorada. Y ese es un terreno peligroso en el que adentrarse, aunque solo sea porque sé que no podemos mantener una relación larga. Me lo arrebatarán en menos tiempo del que tardó él en captar mi atención.

6

Por supuesto, duermo mal y me despierto sobresaltada demasiadas veces, con el eco de nuestros gritos y las imágenes de nuestros cuerpos entrelazados invadiéndome la mente a traición. De madrugada, estoy exhausta, dolorida, y cuando me miro en el espejo de cuerpo entero que hay en el vestidor, me quedo horrorizada por lo que veo. Tengo cardenales, habones y rozaduras. Me preocupa que le dejara hacerme todo eso. Pero lo que me preocupa aún más es lo mucho que disfruté con ello. Pero si fui yo la que lo provocó y lo animó a que siguiera... ¿Qué pasa conmigo? Me siento avergonzada. Sé que no debería, pero la verdad es que ahora mismo no sé cómo gestionar mis emociones.

—¿Alteza?

La voz de Kim se cuela en las habitaciones. Miro a mi alrededor buscando algo con lo que cubrirme el cuerpo desnudo y lleno de marcas. ¡Dios mío! No puedo dejar que nadie me vea así.

Cojo la bata del respaldo del sofá de terciopelo y me la pongo por los hombros rápidamente.

—Estoy aquí.

—Como me ordenó, no demasiado pronto. —Se detiene en la puerta y me mira de arriba abajo, antes de detenerse a la altura de las muñecas—. ¡¿Qué demonios le ha pasado?! —grita, señalándome los brazos.

Miro hacia abajo y hago una mueca al ver las rozaduras, que la bata no me cubre ni remotamente porque es de mangas tres cuartos. Mierda. Escondo los brazos detrás de la espalda y me miro los pies.

—No es nada.

—¿Nada?

Kim se acerca, me saca los brazos de su escondite y contiene una exclamación cuando ve el alcance de los habones.

—¡Madre de Dios!

Me suelto de su agarre y me meto en el baño, recogíendome el pelo en una coleta por el camino.

—Voy a ir a las caballerizas —le digo, con la suficiente autoridad como para que no siga interrogándome—. Por favor, avisa a Damon; que tenga el coche listo en una hora.

Cierro la puerta, pero me da tiempo de ver que Kim está boquiabierta.

Me apoyo en la puerta y sigo examinándome las heridas. Jesús, parece que me hayan dado una paliza. Aunque no necesito que me recuerden el estado de mi culo, me levanto la bata y me vuelvo para ver las marcas que el cinturón me ha dejado en las nalgas y los muslos. Tienen peor aspecto que ayer. Tal vez no sea buena idea cabalgar hoy.

—¿Adeline? —Kim me llama desde el otro lado—. Suena el móvil.

—Que dejen un mensaje —respondo, mientras me quito la bata y abro el agua de la ducha.

Ajusto la temperatura para que salga fresca. La sola idea de que el agua caliente me roce las heridas hace que me encoja de dolor. Oigo que Kim saluda a alguien mientras entro en la ducha, pero los golpes en la puerta evitan que me meta bajo el chorro del agua.

—¿Sí?

—Creo que va a querer coger la llamada —responde secamente.

—¿Quién es?

—Josh Jameson.

Me quedo mirando la puerta cerrada con los ojos abiertos como platos. «¡Le di mi número!» Recupero la bata, me la pongo y abro la puerta bruscamente. Kim está esperando con las cejas muy alzadas. Lleva el pelo recogido hacia atrás, lo que deja a la vista hasta la última de sus arrugas de desaprobación.

—¿El actor? —susurra, pasándome el móvil.

Lo cojo y me lo pego al pecho para que él no oiga mi respuesta.

—Sí, el actor —contesto, indignada—. ¿Qué pasa?

—¿Y él le ha hecho todo eso? —Mueve una mano lánguida arriba y abajo, señalándome el cuerpo.

—Claro que no —replico, molesta.

Bajo la vista hacia el teléfono y me pregunto por qué le di mi número. No me apetece hablar con él ahora, así que cuelgo.

—¿Quién le ha dado su teléfono al señor Jameson y por qué la está llamando a estas horas?

Compongo una mueca por dentro.

—No lo sé; supongo que Eddie. El señor Jameson asistió a mi fiesta de cumpleaños por invitación del rey. Su padre es un senador americano; conoce a mi padre.

El teléfono vuelve a sonar y yo vuelvo a rechazar la llamada, apretando los dientes.

—Y, repito, ¿por qué la llama?

—No lo sé.

Mi tono no altera a Kim en absoluto.

—¿Hablo con Felix para convocar una reunión? —me pregunta, poniéndose en modo resolución de problemas antes incluso de saber cuál es el problema.

¡Ay, señor! Si se enterara, se desintegraría de pánico. Si yo misma estoy a punto de desintegrarme...

—No, no llares a nadie. —Lo que necesita arreglo es mi cuerpo, y Felix no puede ocuparse de eso... ni de mi falta de fuerza de voluntad—. ¿Puedo ducharme de una vez?

—Claro. Jenny viene de camino.

—No hace falta que venga. Dile que vuelva a su casa. Solo voy a ir a las caballerizas. Esta noche me quedo en casa.

—Como quiera. —Kim asiente, fingiendo obediencia, pero no deja de mirarme las muñecas—. Nos vemos abajo, *princesa* Adeline. —Hace énfasis en el título.

Supongo que le parece una burla que alguien como yo sea miembro de la realeza. Y supongo que tiene razón.

—Muy bien.

Cierro la puerta y miro la pantalla del móvil, donde tengo un aviso del buzón de voz. Imagino que es muy idiota por mi parte, pero le doy a escuchar y me llevo el teléfono a la oreja. La voz profunda de Josh me empapa como si yo fuera una esponja, haciéndome revivir las maravillosas sensaciones que experimenté con él.

—Alteza, espero que hayas dormido bien y hayas despertado sintiéndote tan satisfecha como yo.

Resoplo y estoy a punto de borrar el mensaje sin escuchar nada más, pero no lo hago. Por supuesto que no lo hago. Maldita sea. ¿*Satisfecha*? No, ni de lejos. Estoy muy insatisfecha. Sigo escuchando.

—Yo estoy listo para el segundo asalto de nuestro juego. Llámame.

Tal vez él esté listo para otro asalto, pero mi cuerpo evidentemente no lo está. ¿Llamarlo?

—No pienso hacerlo —le digo al teléfono.

Borro el mensaje y me pego el aparato al pecho, pensativa. No es verdad que esté insatisfecha y soy una idiota por tratar de convencerme de lo contrario.

—Americano insolente —murmuro.

Después de ducharme y vestirme, me planto en el umbral del comedor, contemplando el desastre. Olive está de rodillas, frotando la alfombra antigua. Otros miembros del servicio están recogiendo numerosas botellas de licor de todos los rincones.

—¿Se divirtió anoche?

Felix se acerca desde el otro lado de la amplia estancia, con su agenda abierta sobre el antebrazo y el móvil encima de esta. El brillo de sus zapatos italianos probablemente me cegaría si no tuviera la vista tan borrosa por la falta de sueño.

—¿Es desaprobación eso que detecto en tu voz? —susurro, mientras abro el bolso para rechazar la quinta llamada desde que he salido de la ducha.

—Sus sentidos funcionan a la perfección, señora. —Señala la habitación con un gesto de la mano, por si no me había fijado en el estado del salón señorial—. Y tenemos varios cuerpos.

Miro bajo la mesa, en la dirección que indica, y distingo a tres hombres vestidos de uniforme, tumbados en la alfombra, inconscientes.

—Ay, madre —murmuro, al darme cuenta de que uno de los cuerpos pertenece nada menos que al príncipe.

Frunzo el ceño y tomo nota mental de su estado para usarlo como munición por si algún día le da por echarme en cara mi comportamiento.

—Tengo que hacer unas cuantas llamadas —dice Felix, dirigiéndose hacia la zona de despachos—. Espero no tener que encargarme también de las labores de limpieza. —Me mira por encima del hombro y alza las cejas—. ¿Debo prepararme para recibir la llamada de algún editor?

—Nuestro comportamiento fue impecable.

—Sí, tiene toda la pinta.

Felix inspira por la nariz y dirige una última mirada desalentada al comedor antes de desaparecer hacia su despacho.

Me acerco a Eddie y le empujo el muslo con la punta de mi bota de montar.

—Despierta, dormilón.

Él gruñe y pestañea. Cuando ve que tiene la parte inferior de la mesa como techo, frunce el ceño.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta con la voz ronca, tratando de incorporarse apoyándose en los codos.

—Si tuviera que adivinar, diría que te quedaste frito, querido hermano.

—Uau, menuda fiesta —murmura. Acaba de incorporarse y se golpea la cabeza con la mesa—. Mierda.

Me río mientras Eddie se frota la cabeza y se vuelve a dejar caer sobre la alfombra.

—Voy a pasar el día en las caballerizas. Nos vemos luego.

—Ah, sí, *Hierbabuena*. Había olvidado que hay un nuevo hombre en tu vida. Sonrío, orgullosa.

—Ya sé que el rey me lo ha regalado para sobornarme. ¿Para qué iba a permitirme ahora meterme en el mundo de las carreras de caballos, cuando nunca se ha permitido la entrada a las mujeres?

—Ambos sabemos la respuesta.

Eddie se pone a cuatro patas y sale gateando de debajo de la mesa, lo que abre las compuertas a una oleada de recuerdos de anoche: Yo. Gateando hacia Josh. Su sonrisa canalla. Sus caricias perversas.

—¿Adeline?

Me sobresalto y me miro las muñecas, que están protegidas bajo el suéter negro de cuello alto y manga larga.

—Lo siento, estaba distraída.

Me doy la vuelta y me alejo a toda prisa, antes de que mi hermano me interrogue acerca de anoche.

—Quédate donde estás, Addy —me ordena.

Y yo me detengo, con la mirada clavada en mi ruta de escape. Oigo que se acerca a mí pisando con sus botas militares.

—Anoche desapareciste. ¿Adónde fuiste? —me pregunta.

Me plantifico una sonrisa en el rostro antes de responderle:

—Tenía sueño, así que me retiré a mis habitaciones.

Entorna uno de sus ojos pardos y retuerce los labios.

—Es sorprendente que cierto americano desapareciera prácticamente a la misma hora, ¿no crees?

—No sé qué quieres insinuar con eso, pero me estás ofendiendo.

Eddie, como es lógico, me dirige una mirada burlona.

—No estás hablando con el rey, princesita.

—No estoy hablando con nadie.

Salgo de la casa, aliviada al ver que Damon me espera junto al coche.

—Gracias —le digo, subo y dejo que él cierre la puerta.

Aunque sé que Eddie no puede verme a través de los cristales tintados, yo a él sí que lo veo. Ha salido tras de mí y parece disgustado.

Pues que se aguante. Es culpa suya. Si no hubiera invitado a Josh Jameson a mi fiesta, ahora no estaría cambiando de postura por tener el culo dolorido y no estaría luchando una guerra en mi pobre mente, tratando de averiguar a qué demonios se debe el cosquilleo que siento en el estómago cada vez que pienso en Josh. A ver, es que... ¿en serio? ¿Qué me ha dado? Debería estar enfadadísima con él por cómo me trató, en lugar de fantaseando con la idea de volver a compartir perversiones.

—¿Ha pasado buena noche, señora? —me pregunta Damon mientras cruza las verjas del palacio.

Busco su mirada en el espejo retrovisor, pero él observa la carretera, como debe ser, supongo. Aunque, igualmente, me ruborizo.

—Maravillosa. Gracias, Damon.

Esta vez sí que me mira, y no puede disimular un brillo cómplice en sus ojos.

—Me alegro mucho, señora. —Me está diciendo algo sin decir nada.

—¿Te gustan sus películas? —Ladeo la cabeza, en un gesto burlón—. ¿En serio, Damon?

Él encoge sus anchos hombros, cubiertos por la americana del uniforme de trabajo.

—Ese hombre tiene mucho talento.

«Sí, sobre todo en sus manos».

—Ni te lo imaginas... —susurro.

—¿Disculpe, señora?

—Nada.

Me acomodo en el asiento y me obligo a planificar el día, para evitar que mi mente divague.

Cuando Damon detiene el coche sobre el camino empedrado de las caballerizas,

veo que mi madre se acerca, cabalgando junto a mi tía Victoria. La hermana de mi padre es la quinta en la línea de sucesión, para su gran disgusto. Es una mujer imponente, fría y distante, que habla con una afectación exagerada, incluso entre los miembros de la realeza.

Damon me abre la puerta del coche.

—Supongo que estará aquí un buen rato, ¿no?

—Sí, varias horas al menos.

—Tengo que ir a buscar al príncipe Edward y llevarlo al cuartel. No creo que tarde más de una hora.

—No tengas prisa. Hasta luego, Damon.

—Adeline, querida. —Mi madre me llama con su voz musical, mientras la tía Victoria me saluda inclinando la cabeza.

—Madre. —Sonrío y espero a que sus sementales lleguen hasta mí.

La tía Victoria desmonta primero, dejándose caer del caballo con la gracia que se le presupone a la duquesa de Sussex.

—Buenos días, Adeline —me saluda, brusca y seca—. ¿Disfrutaste de las celebraciones por tu natalicio?

Disimulo una sonrisa al acordarme de la auténtica celebración, la fiesta de anoche con música, baile y litros de alcohol. Me encantaría bajarle los humos a mi tía contándole lo mucho que disfrutó su preciosa Matilda en la fiesta, pero yo nunca le haría eso a mi prima.

—¡La fiesta en el jardín fue maravillosa! —exclamo, desplegando un entusiasmo patético, tan exagerado que mi madre se da cuenta y frunce los labios.

¡Dios del cielo! No me puedo imaginar el disgusto que se llevaría la familia si se enteraran de lo que pasó en el palacio de Kellington anoche. Pero lo que no soy capaz ni de concebir es lo que pensarían si descubrieran lo que ocurrió luego, en la intimidad de mi habitación con cierto actor americano alto y guapo. Se escapa de todas las escalas de medir escándalos. Nunca se ha oído nada igual relacionado con un miembro de la realeza. Me río por dentro, pero luego me río, también por dentro, porque no debería resultarme divertido, debería sentir repulsa.

—Tengo que irme —digo, y me pongo en marcha antes de que los recuerdos se apoderen de mí.

—Pero, cariño, ¿no tomarás el té con nosotras esta tarde? —me pregunta mi madre.

Me estremezco por dentro, pensando en todas las cosas que preferiría hacer.

—No era consciente de que estuviera en la agenda. —Me vuelvo hacia mi madre, que está desmontando del caballo y niega con la cabeza.

—Mi secretaria llamó a Kim. Vamos a celebrar con las damas las espléndidas noticias de tu hermano. ¿No te ha avisado?

Me parece del todo ridículo que la secretaria de mi madre tenga que llamar a mi secretaria. ¿Por qué no puede mi madre llamarme a mí directamente?

—No, no lo ha hecho.

No se me ocurre nada peor que pasar la tarde con mi cuñada, sobre todo ahora que está esperando a su segundo hijo en la línea de sucesión al trono. No me extrañaría que, a partir de ahora, un ejército de guardaespaldas la acompañara a todas partes. De día y de noche. Y además de aguantar a la princesa Helen, ¿voy a tener que soportar a todas las demás damas de la familia real? ¿Todas en la misma habitación, tomando té y comiendo delicadamente pastitas y sándwiches? Prefiero que me azoten con una fusta de montar.

Me estremezco al notar el rumbo inapropiado que han tomado mis pensamientos y la vista se me desvía hacia la fusta que mi madre lleva en la mano. La temperatura se me dispara, el corazón se me acelera y la sangre me palpita con fuerza entre los muslos.

—Había pensado pasar el día aquí para conocer a *Hierbabuena*. Sabina ha sido muy amable al reservarse unas horas para mí y no querría tener que anularlo. Sé que está muy ocupada y que su tiempo es muy valioso.

La tía Victoria hace rodar los ojos lenta y dramáticamente, para que no se me pase por alto.

—Las prioridades al revés, como siempre —murmura, llevando su caballo hacia el establo sur.

Me cuesta no fulminarla con la mirada mientras se aleja y me duele que mi madre no diga nada en mi defensa. No sé por qué me molesta que no se ponga de mi lado, debería estar acostumbrada. Mi madre y yo sabemos que todas las mujeres de la familia —menos Matilda— me consideran rebelde e insolente, solo porque me niego a ir al altar con el hombre que elija el rey. Porque, por supuesto, todas son la viva imagen de la felicidad conyugal. Me revienta. Son una panda de hipócritas. La familia al completo es una institución llena de farsantes.

—Les enviaré recuerdos y les haré llegar un regalo a John y a Helen —le aseguro a mi madre, mientras tomo nota mental de pedirle a Kim que encargue

algún regalo bien sobrecargado para mi hermano y su esposa.

Mi madre suspira y yo me dirijo al establo norte antes de que me obliguen a hacer acto de presencia en el té de esta tarde. Le envío un mensaje de texto a Kim por el camino, para pedirle que compre un regalo y luego le escribo otro a Matilda, deseándole suerte para esta tarde. Su respuesta es inmediata.

¿Tú no vienes? ¿Cómo lo haces para librarte siempre de estas cosas? ¿Y dónde te metiste anoche?

Tardo unos segundos en responderle, porque tengo que respirar hondo.

Estaba cansada. ¡Disfruta del té!

Mientras doy la vuelta a la esquina, me guardo el teléfono en la bandolera de terciopelo. Al levantar la mirada, veo a Sabina encorvada sobre el gran contenedor donde se deposita el estiércol de los prados. Estoy a punto de llamarla, pero de repente alguien aparece detrás del contenedor: el rey. Me detengo bruscamente y me escondo. Evitar a mi padre ocupa el primer lugar en mi lista de prioridades, especialmente después de la reunión que mantuvimos el día de mi cumpleaños.

Veo que mi padre apoya una mano en el brazo de Sabina, consolándola mientras ella se seca la mejilla. Es evidente que está disgustada, pero ¿por qué? Sabina y su esposo, los abuelos de Haydon, llevan ocupándose de las caballerizas reales desde que tengo uso de razón. Sabina es una buena persona, sencilla y abierta de miras. Aunque su hijo ha estado apoyando a mi padre en sus intentos de casarme con Haydon, Sabina nunca ha tratado de influenciarme al respecto. Y eso ha hecho que la aprecie más.

—Si hay algo que pueda hacer —dice mi padre, dirigiéndole una sonrisa apenada; es raro verlo demostrar compasión tan abiertamente—, por favor, házmelo saber. Llevas toda la vida mostrando lealtad y compromiso a mi familia. Tal vez deberías irte a casa.

Sabina se libra de la mano del rey dejando caer el brazo.

—Gracias, majestad, pero prefiero mantenerme ocupada.

Mi padre asiente, comprensivo, y se tira de la chaqueta de *tweed* antes de colocarse la gorra plana en la cabeza.

—Siempre has sido una luchadora —dice, y, haciendo un gesto a uno de los criados, lo llama para que le acerque la pistola; la coge y revisa el cargador.

—Así es —contesta Sabina en voz baja.

Se saca un pañuelo de papel del bolsillo de su chaqueta Barbour y se suena la nariz. Me parece detectar resentimiento en su voz.

—En este mundo hay que serlo, majestad.

—Cierto —dice mi padre, mecánicamente.

Observo cómo Sabina contempla al rey, que está distraído inspeccionando el arma. Sí, la cara de Sabina, de normal tan serena, muestra resentimiento. Nunca había visto esa dureza en su expresión.

—Princesa Adeline.

Me sobresalto y me vuelvo hacia la voz que ha hablado a mi espalda. Es Davenport, cerniéndose sobre mí. Suelto el aire y pongo los ojos en blanco.

—No hace falta que sea tan sigiloso, mayor —murmuro.

—No soy sigiloso, señora. Tal vez estaba distraída y no me ha oído llegar.

Pasa delante de mí y yo lo sigo hasta donde está mi padre, consciente de que no puedo continuar escondiéndome. Mierda. A la mano derecha del rey nunca se le escapa nada; supongo que por eso lleva tantos años de servicio a la monarquía. Se podría haber jubilado hace tres, pero ha dedicado su vida a servir a su soberano. Y al paso que va, vivirá más que él. He oído decir que nunca se ha tomado una baja por enfermedad, ni durante sus años de servicio a mi padre, ni durante el reinado de mi abuelo. Su compromiso es incuestionable, pero a veces pienso en lo solo que debe de sentirse en las raras ocasiones en que no está de servicio. Ese miserable viejo verde nunca se ha casado ni ha tenido hijos. Aunque la verdad es que no soy capaz de imaginármelo en actitud cariñosa con nadie. Me lo imagino siempre igual, rígido e impasible en cualquier situación.

—Majestad —dice Davenport al acercarse a mi padre—, el primer ministro ha solicitado audiencia.

—¿Ah, sí? ¿Aparte de nuestra reunión semanal? ¿Para qué?

Mi padre nunca muestra demasiado interés en el hombre que dirige el país. No es que yo esté muy al día de los asuntos políticos, pero sé que a mi padre le parece un disparate que en estos tiempos modernos el rey no pueda elegir quién gobierna el país en su nombre.

Mi padre sigue entretenido con la pistola, mientras Davenport le habla del ministro de Economía y de algo relacionado con los presupuestos del año que viene.

—¿Confirмо la reunión para las cuatro y media, majestad?

—Sí, sí. Espero haber reventado unos cuantos pájaros antes de las tres. —
Apunta hacia el cielo y finge disparar a una paloma de verdad que cruza el cielo

—. Que carguen los platos.

—Señor. —Davenport se despide con una inclinación de la cabeza y se dirige a dar la orden a quienquiera que sea el encargado de cargar los platos para la sesión de tiro.

—Adeline. —El rey finalmente se da cuenta de mi presencia.

Vuelve su vientre prominente en mi dirección y se saca un puro del bolsillo de la chaqueta. Un criado enciende un mechero antes de que el gran cigarro le llegue a la boca.

—No he visto que tuvieras apuntado en la agenda cabalgar hoy.

—Ha sido una decisión de última hora —le digo, echando un vistazo al teléfono, que acaba de sonar. Vuelve a ser él—. Sabina me dijo que estaba libre para entrenar con *Hierbabuena* y conmigo. —Vuelvo a guardarme el teléfono en el bolsillo mientras mi padre da una calada al puro—. Pero si es mal momento, Sabina, lo entiendo.

—No, no —dice ella, y hace un gesto para quitarle importancia a lo que sea que le pase mientras mi padre y Davenport se dirigen hacia el Land Rover.

Me relajo un poco, contenta de haberme librado de otra bronca sobre Haydon y mi obligación de casarme con él.

—Vamos a echarle un vistazo a esa preciosa bestia tuya. Aún no he podido ensillarlo.

—No pasa nada. De hecho, me gustaría hacerlo yo.

Cuanto más tiempo mate aquí, mejor. Si hace falta, limpiaré los establos y recogeré estiércol de caballo en los prados. Lo que sea, con tal de mantenerme ocupada.

—¿Estás bien, Sabina?

—Sí. —Ella sonríe y me agarra del brazo, y así nos dirigimos al establo norte

—. Es Colin. Anoche lo ingresaron en el hospital por un amago de infarto.

—¡Oh, Dios mío! —exclamo.

El marido de Sabina es tan activo como ella y nunca se aleja de las pistas de entrenamiento. ¿Un infarto? De pronto, me siento fatal, no solo por Sabina, a la que aprecio mucho, sino también por Haydon. Anoche fui muy brusca con él. ¿Sabría ya que su abuelo estaba mal cuando lo eché de la habitación?

—Sabina, no deberías estar aquí. Por favor, ve con él. Ya me ocupo yo de todo.

—Como le he dicho a su majestad, prefiero distraerme. Además, Colin se pasa el rato durmiendo. Hay un ejército de enfermeras a su alrededor, yo no hago

nada allí; de hecho, ha sido él quien me ha dicho que me vaya.

—¿Lo sabe David? ¿Y Haydon?

Oír los nombres de su hijo y nieto la hace sonreír.

—David me acompañó al hospital anoche. No quisimos molestar a Haydon sin motivo, así que no le hemos dicho nada hasta esta mañana.

—¿Y cómo se encuentra?

—Estable. Mi marido es fuerte como un toro. —Se ríe débilmente—. Pero, bueno, ya basta de este tema. ¿Qué tal lo pasaste en tu cumpleaños?

—Muy bien, gracias.

Sabina me mira la mano, y cuando vuelve a alzar la vista hacia mis ojos, su sonrisa es cómplice.

—No llevas el anillo de Haydon.

Yo también me miro la mano.

—Ay, es que no quería que se estropeará montando.

Me obligo a recordar cuándo fue la última vez que lo vi. En el baño. Me lo he quitado para ducharme esta mañana y no me lo he vuelto a poner.

—Es comprensible que te hayas olvidado de ponértelo —comenta Sabina—, ya que para ti no tiene el valor sentimental que Haydon desearía que tuviera.

Me pongo roja como un tomate y aparto la mirada.

—No es eso —trato de excusarme.

Sabina se detiene, se vuelve hacia mí y me agarra por los hombros. No puedo escapar de ella, pero, curiosamente, tampoco siento la necesidad de hacerlo. Siento un gran respeto y cariño por la abuela de Haydon, en parte porque es de las pocas personas que no me presionan para que me case con su nieto.

—Adeline, no hace falta que te repita lo que pienso sobre la insistencia del rey y de David para que Haydon y tú os caséis. El amor no se puede fabricar.

Sus palabras me proporcionan un gran alivio.

—No me escuchan, Sabina. Yo adoro a Haydon, de verdad. Crecimos juntos, pero...

—A mí no hace falta que me expliques nada, Adeline. —Se echa a reír—. Madre mía, te comerías a mi nieto con patatas.

Yo también me río, porque tiene razón. Si mi padre y el padre de Haydon se salen con la suya alguna vez y acabamos yendo juntos al altar, lo más probable es que termine haciéndole pagar mi resentimiento. Y el pobre Haydon no se merece eso. Se merece encontrar a alguien que lo ame profundamente, pero ese alguien no soy yo.

—¿Cómo podría hacérselo entender?

—No puedes. —Sabina se pone en marcha otra vez—. Nadie puede desafiar a la monarquía en temas que afectan a la imagen pública. La pantalla de humo es demasiado gruesa y no se puede atravesar.

Su rostro vuelve a adquirir esa dureza que he visto hace un rato. Frunzo el ceño. Sé que tiene razón, pero ¿por qué me da la sensación de que sus palabras esconden algo personal?

—Estoy hablando hipotéticamente, por supuesto.

—Por supuesto —repito en voz baja, y me quedo pensativa, muriéndome de ganas de preguntarle a qué se está refiriendo. Sin embargo, sé por experiencia que preguntar no sirve de nada con la realeza y sus ayudantes cercanos.

Entramos en el edificio y distingo a *Hierbabuena* en el segundo establo.

—Ahí está.

Su belleza borra las preguntas de mi mente. Corro el cerrojo y lo llamo mientras entro.

—Dios, qué hermoso eres.

—Su abuelo ganó innumerables carreras —comenta Sabina, y mira por encima del hombro al ver que alguien se acerca—. Doctor Goodridge —murmura, y su expresión se apaga.

El anciano saluda asintiendo con solemnidad.

—Alteza.

Yo lo saludo con una sonrisa.

—Ve con él —le ordeno a Sabina.

Es evidente que el doctor quiere hablarle sobre su esposo y en el fondo me alegro de que esté ahí para ocuparse de Colin Sampson. El viejo doctor lleva décadas siendo el médico personal del rey. Ya cuidó de mi abuelo antes que a mi padre. Hace años que rebasó la edad de jubilación, pero, como la mayoría de la gente que trabaja para la realeza, no parece tener prisa por disfrutar del descanso. Le acaricio el cuello a *Hierbabuena* y añado:

—Yo me ocupo de él.

—¿Está segura de que no quiere que lo ensille yo?

—No, tranquila. Así nos vamos conociendo.

—Gracias, señora. —Sabina me da una palmadita en el brazo—. No lo fuerce mucho. Esta mañana ya ha salido a pasear.

—No saldremos más de una hora.

—Bien. Tendremos que hablar sobre su rutina. Si quiere pasearlo usted por

las mañanas, no hay problema. Solo necesito saberlo para no sacarlo antes. Y tendremos que darle un día de descanso.

—Sí, claro. Puedo montar a *Stan* si *Hierbabuena* tiene que descansar.

—Llámeme si necesita alguna cosa.

Cuando Sabina sale con el doctor Goodridge, *Hierbabuena* y yo nos quedamos a solas al fin.

—Y bien, *Hierbabuena*, cuéntame. ¿Cuál es tu vicio secreto?

Le acaricio la melena con los dedos y me echo a reír cuando él resopla. Me llevo una mano al bolsillo y saco un terrón de azúcar.

—Yo diría que eres de los que les va el azúcar.

Hierbabuena lo mastica, lo que me da la oportunidad de examinarle la dentadura. Tiene los dientes más perfectos que he visto nunca en un caballo.

—Venga, vamos a ensillarte, chico. Ahora vuelvo.

Salgo del establo, pero antes de entrar en el guadarnés, me dirijo al final de la cuadra para saludar a *Stan*, el niño de mis ojos.

—*Stan* —canturreo al acercarme, y sonrío cuando lo oigo golpear el suelo de hormigón con los cascos.

Asoma su enorme cabeza de pelaje gris manchado y juro por lo más sagrado que me sonrío.

—Hola, chico —lo saludo muy afectuosamente para que no se sienta destronado, y en vez de darle un terrón de azúcar, le doy dos—. Volveré luego. Iremos a dar un paseo, ¿vale?

Mi amigo me frota el bolsillo con la nariz, buscando más golosinas, lo que me hace reír.

—Solo me quieres por los terrones de azúcar.

Le doy uno más y me dirijo al guadarnés, donde examino las hileras de bridas y sillas. El nombre de *Hierbabuena* está al final de la fila. Levanto la enorme silla de montar, cojo el resto de sus aperos y lo llevo todo a su establo. Cada vez que vengo aquí, *Stan* me recibe ensillado y listo para salir a correr y saltar. No me había dado cuenta de lo mucho que echaba de menos ensillar a mi caballo yo misma.

Me siento como pez en el agua mientras preparo a *Hierbabuena* para nuestra primera salida juntos. Él se resiste un poco y sacude la cabeza cuando le pongo el freno en la boca, pero cuando ve que lo agarro con fuerza y le hablo con firmeza deja de resistirse. Compruebo que las riendas están igualadas y que la cincha no está demasiado apretada, y salimos al patio.

—¡Bonito animal, alteza! —me grita Burt, mientras clava la horca en las balas de heno, para separarlo.

El viejo granjero lleva décadas suministrándonos pienso y paja para el suelo de los establos. Cada día recorre dos veces el camino en su tractor.

—Gracias, Burt.

Me coloco la gorra de montar y me la abrocho antes de ponerme los guantes. Luego subo el pie izquierdo al estribo, me agarro del pomo y me siento en la silla.

—Tranquilo, chico —calmo a *Hierbabuena* cuando se mueve de un lado a otro.

Trato de ponerme cómoda, respirando entre los dientes y haciendo muecas. Por el amor de Dios. Montar a caballo después de haber pasado la noche con Josh Jameson no ha sido una buena idea. El culo y los muslos me duelen en rincones que no sabía ni que existían. Pero persevero, y tras unas cuantas muecas más, aprieto los muslos y me dirijo con *Hierbabuena* hacia la pista de entrenamiento. Su paso es distinto del de *Stan*, al que estoy muy acostumbrada después de años de montarlo, pero pronto mi cuerpo se adapta a su ritmo y en cuanto llegamos al gran cercado cuadrado lo pongo al trote. Damos unas cuantas vueltas. Él necesita habituarse a mí igual que yo necesito habituarme a él.

—Creo que tú y yo vamos a entendernos muy bien, *Hierbabuena*.

Trota de maravilla, de un modo elegante y confiado, como si no llevara a nadie a la espalda, como si cabalgara salvaje, libre. Así es como me siento cada vez que monto a *Stan* y recorremos los campos. Aunque debemos limitarnos a cabalgar dentro de los confines del palacio, la sensación es increíble. Con la mente más clara, me concentro en formar un todo con *Hierbabuena*, siguiendo sus movimientos y él los míos, empezando a conocernos. Me siento en paz, no noto la necesidad de rebelarme contra nada. Estoy viva y soy yo misma; para mí, este es el sabor de la libertad. No pienso permitir que ningún pensamiento negativo me estropee el momento, porque aquí es donde me siento plena, donde mi corazón se siente en paz. Aquí puedo imaginarme que tengo una vida más allá de las ataduras de la realeza. Donde se me permite soñar y llevar una vida que elijo yo. Donde puedo ser yo misma y no lo que se espera de mí.

Esta soy yo de verdad.

7

Pasa una hora sin que me dé ni cuenta. *Hierbabuena* está sudando bastante.

—Creo que ya has hecho suficiente ejercicio por hoy, chico. Sabina me va a reñir.

Le hago aflojar el ritmo hasta ponerlo al paso y cambio de postura, inspirando entre los dientes para controlar el dolor.

—Y mi culo ya no aguanta más fricción —le digo, mientras volvemos a los establos.

Nos detenemos junto al abrevadero y mientras él bebe, aprovecho para desmontar.

—Ha ido bien, ¿verdad? —me pregunta Sabina, con los brazos llenos de aparejos de montar.

—Se ha portado de maravilla —le aseguro mientras se acerca a nosotros—. ¿Va todo bien, Sabina? Con Colin, me refiero.

—Sí. El doctor Goodridge me estaba poniendo al día. —Me dirige una de sus discretas sonrisas y sigue su camino.

Dejo que *Hierbabuena* beba hasta hartarse antes de devolverlo a su establo y quitarle la silla y los aperos. Cuelgo la silla en la puerta del establo, aparto la manta y paso un buen rato cepillándolo. Necesito hacer esto más a menudo, es terapéutico. Finalmente me obligo a dejar de cepillarlo, no vaya a ser que desaparezca de tanto frotarlo...

—Listo —le digo, y le doy una palmadita en su musculoso trasero.

—¿Vas a frotarme a mí ahora?

Me vuelvo y me encuentro a Josh con los antebrazos apoyados en la silla de *Hierbabuena*.

—Maldita sea —murmuro, en voz más alta de lo que pretendía.

Mi estado de serenidad y relajación se evapora rápidamente, y en su lugar me invaden la tensión y los temblores. Mi corazón desbocado tampoco me ayuda a

resolver la situación. Josh me dirige una sonrisa angelical, que contrasta con las diabólicas intenciones que leo en sus ojos. He caído en una emboscada. Estoy atrapada no solo por los recuerdos sino por un poderoso deseo que no quiero sentir.

«Mierda».

«Mierda, mierda, mierda».

—¿Cómo has entrado? —le pregunto, y empiezo a cepillar de nuevo a *Hierbabuena*, obviando el hecho de que probablemente ya no siente la piel del rato que llevo peinándolo.

—¿Por qué ignoras mis llamadas?

—Tal vez porque no quiero hablar contigo. Respóndeme tú: ¿qué estás haciendo aquí?

—El rey le ofreció a mi padre uno de sus caballos para que lo montara.

Su acento se derrama sobre mí de un modo desquiciantemente agradable.

—Qué amable por su parte.

—Sí, yo pensé lo mismo.

Oigo abrirse el pestillo de la puerta del establo.

«Oh, no».

La mano con la que estaba cepillando a *Hierbabuena* se detiene en el aire.

—No deberías entrar.

Ya estamos demasiado cerca sin necesidad de que entre.

Pero, por supuesto, él actúa como si no me hubiera oído.

—No pareces contenta de verme.

—No lo estoy.

—¿Por qué?

Inspiro y me obligo a mirarlo, pero ahora ya no veo solo un trozo de él, ahora lo veo por entero y la imagen es demasiado atractiva. Lleva unos chinos color crema que le sientan como un guante, y con la camisa por fuera se lo ve relajado y muy apetecible. Su cara me cautiva, como siempre, y su pelo...

Me obligo a detener en seco mi patética exploración y le dirijo una mirada fría y distante.

—Estoy muy ocupada.

—¿Es esa la respuesta a mi pregunta? Porque si lo es, no te molestaré.

—Ya me estás molestando —replico, y doy un paso atrás al mismo tiempo que él da un paso adelante.

Se detiene y sonríe, y después da otro paso adelante. Yo retrocedo otro

instintivamente. Mi única vía de escape sería por la grupa de *Hierbabuena*, y pasar por detrás de un caballo es algo que debe evitarse a toda costa. Pero parece que ahora el coste es mi dignidad, porque si me quedo aquí un segundo más, hay muchas posibilidades de que agarre a Josh Jameson y lo derribe sobre el heno. Cuando este hombre está cerca, pierdo el control. Es peligroso. Probablemente más peligroso que escapar por detrás de la grupa de *Hierbabuena*.

«¡Maldita sea!»

—Ni siquiera te darás cuenta de que estoy aquí. —Se lleva los dedos a la boca y simula cerrarla con una cremallera.

—Lo veo difícil —murmuro, enfrentándome a mis miedos y echando a andar.

Me detengo ante su pecho cuando él no se mueve. Alzo la cabeza y me resisto al deseo que me devora. Sabía que esto iba a pasar. Sabía que si lo veía de nuevo, volvería a desearlo y no lo entiendo.

—Si me disculpas —le digo, educadamente.

Josh se echa hacia atrás, abriéndome paso, y yo escapo con rapidez del establo tras recoger la silla y los aperos. El enorme caballo no es lo único que ocupa el espacio del establo, que también está lleno de una química tan potente que resulta abrumadora. Huyo a la sala de aperos, sosteniéndolo todo con fuerza para disimular los temblores. Dios, ¿por qué él? ¿Por qué su sola presencia hace que el corazón se me dispare como si fuera una patética colegiala delante del chico que le gusta?

—Estás impresionante con el traje de montar, por cierto —comenta, tan tranquilo.

Dejo la silla en el soporte con menos delicadeza de la que debería y cuelgo los aperos de un gancho que pende del techo.

—Gracias.

Me dirijo al lavadero y lo lleno de agua caliente.

—¿Necesitas ayuda? —Josh aparece a mi lado.

Cuando su brazo roza el mío, me obliga a poner espacio entre los dos.

—¿Quieres ayudarme a limpiar los aperos? —le pregunto, divertida, mientras cojo una esponja y la sumerjo en el agua.

La escurro y me acerco a la silla de montar, con Josh pegado a mi grupa.

—Sí, quiero ayudarte.

Empiezo a frotar el cuero, paseando la mirada entre la silla y Josh, que está recorriendo la habitación con las manos en los bolsillos de los chinos,

observando a su alrededor.

—¿Y qué sabes tú de caballos y de los cuidados que necesitan?

—Nada —admite, volviéndose hacia mí.

Hoy sus ojos son de un azul brillante. Podría derretirme bajo su mirada. Fácilmente.

—Pero podrías enseñarme.

Me echo a reír y aparto la vista antes de derretirme de verdad, concentrándome en limpiar la silla de *Hierbabuena*.

—¿Quieres que te enseñe cosas sobre caballos?

—Me parece justo, ya que anoche yo te di un par de clases.

Dejo de frotar y lo miro a los ojos.

«No preguntes, no preguntes».

—¿Clases?

La sonrisa que me dirige es engreída y victoriosa.

—Clases de sumisión, alteza.

—¿Perdona?

—Ya me has oído.

—Sí, creo que te he oído.

—Oh, sí, lo has hecho.

Se acerca a mí dando un rodeo y se coloca al otro lado de la silla de montar. Hay un gran soporte de madera entre los dos, pero solo de pensar que pueda tocarme, un cosquilleo me recorre toda la piel. Él sonríe, como si supiera exactamente cómo me siento.

—La escandalosamente tozuda princesa de Inglaterra es sumisa —susurra Josh—. ¿Quién se lo iba a imaginar?

—Yo no soy sumisa —protesto en voz baja, mientras recuerdo cómo me plegué a cada una de sus exigencias, cómo acepté todo lo que a él se le antojó y cómo lo animé, incluso rogándole que siguiera.

Me encantó.

Me encantó la sensación de libertad, de ingravidez, el alivio de entregar el control a otra persona. Qué gran descanso no tener que pensar, solo hacer. De estar a la merced de otro y, lo que es más importante, de querer estarlo. Mientras estuve perdida en Josh Jameson, doblegada a su voluntad, me olvidé de las limitaciones de mi vida cotidiana. Me sentí libre. Y quiero volver a sentirme así.

Trago saliva y bajo la vista, aturdida por la revelación. Hasta ahora nunca se me había pasado por la cabeza someterme al poder de ningún hombre en el

dormitorio. ¿Por qué iba a hacerlo con lo mucho que tengo que luchar para mantener el control de mi vida fuera de él? Aunque supongo que, ahora que la revelación es innegable, tendría que preguntarme si es algo intrínseco o si mi aparente naturaleza sumisa es algo que solo reservo para Josh Jameson.

—¿Qué quieres saber sobre caballos? —le pregunto fingiendo calma, aunque mi mente va a toda velocidad.

—Todo lo que puedas contarme.

Acaricia la brida que cuelga del gancho del techo y sé que se está imaginando que me ata y tal vez que me azota el culo con ella. Trago saliva y cambio de postura, sintiendo el roce de los pantalones de montar en mis nalgas sensibles.

—¿Qué es esto?

—La frontalera, la banda que sujeta la frente.

—¿Y esto?

—El ahogadero.

Josh abre mucho los ojos y en mi mente oigo el sonido del cuero de mi cinturón al golpearme los muslos.

—Qué sugerente todo... —murmura.

Huyo cuanto antes de su mirada seductora. Suelto la esponja en el lavadero, cojo el bote de jabón para sillas de montar y paso una esponja limpia por el interior del recipiente.

—¿Algo más? —pregunto mientras froto el cuero de la silla como una demente.

—¿Qué es esto? —Señala una pieza metálica de la brida.

—El bocado. Va dentro de la boca del caballo.

—¿Qué estás haciendo?

—Limpiando la silla con jabón de glicerina.

—¿De glicerina? —Josh alza las cejas mientras acaricia el cuero de la silla —. Es como un lubricante, ¿no?

Me detengo e inspiro hondo para enfrentarme a su sonrisa descarada. Es adorable pero irritante al mismo tiempo.

—Sí, parecido.

—Uau, cintas, ahogaderas, lubricante... —mira a su alrededor con languidez antes de volver a clavar en mí sus ojos brillantes— y una princesa de lo más sexy. Creo que me gustaría vivir aquí.

Me echo a reír porque su descaro no deja de sorprenderme.

—Eres un americano gilipollas muy arrogante, Josh Jameson.

Un instante después, él ha rodeado la silla, me ha agarrado y me está empotrando contra la pared más cercana. No tengo tiempo de prepararme ni de resistirme, pero da igual, tampoco quiero hacerlo. Su cuerpo, duro como una piedra, está pegado al mío, en contacto de arriba abajo, y la sensación es increíble.

Con la nariz tocando la mía y los labios casi rozándose, me susurra a la cara:

—De hecho, si soy del otro lado del charco, deberías llamarme *americano boludo* o *pendejo* en vez de *gilipollas*, pero da igual. Lo que más te ponga.

No puedo detener la sonrisa que se apodera de mi rostro, tan arrolladora como el deseo que me despierta.

—Bésame, alteza —susurra, y no necesito más.

Me da una orden y soy suya. Pego los labios a los suyos mientras suelto la esponja para poder abrazarlo por los hombros. Su suave boca se une a la mía, su lengua se desliza dentro de mí y su cuerpo se funde con el mío, amoldándose a cada curva, encajando a la perfección.

Él sonríe sin despegar la boca de la mía —como si no pudiera contener la felicidad que le provoca tenerme— y me mordisquea el labio inferior. La orden que me ha dado no se parece en nada a las que me dio anoche, pero sigue siendo una orden. Y la sensación de libertad que me recorre el cuerpo de la mano del placer me indica que estoy metida en un buen lío. Me acaricia la mejilla con delicadeza mientras me examina la cara.

—¿Cómo tienes el culo? —pregunta, deslizando una mano hasta allí y acariciándolo suavemente—. ¿Te duele?

—Sí.

—¿Te arrepientes?

—No.

Él sonríe y me da una palmadita.

—Yo tampoco.

—Tú no sufriste. —Me río y le doy un empujón para liberarme de él.

Estamos en los establos; podría entrar alguien en cualquier momento.

—Te aseguro que yo también sufrí.

—¿Cuándo?

—Cuando me fui —responde con sencillez y honestidad, lo que me hace dirigirle una mirada sorprendida.

Se encoge de hombros y sonríe. Por un momento, parece un niño tímido.

—No le des más importancia de la que tiene —dice.

—No he dicho nada.

—Ni falta que hace.

—¿No querías marcharte?

—Nada me apetecía menos.

No sé qué hacer con esa información. Ni siquiera sé qué decir, y al parecer Josh se da cuenta de mi incomodidad porque cambia de tema rápidamente.

—¿Y bien? Vas a enseñarme a montar, ¿o qué?

—Sí —respondo sin pensar, porque, y tal vez debería preocuparme, quiero pasar más tiempo con él.

Y me refiero a tiempo haciendo otras cosas aparte de dejar que me azote para someterme.

Josh sonríe como si supiera lo que estoy pensando, y yo reacciono devolviéndole la sonrisa y negando con la cabeza al mismo tiempo.

«Ay, Dios, este hombre me hace actuar de un modo muy extraño».

—Creo que podemos considerarlo nuestra primera cita —declara, dando una palmada y frotándose las manos—. ¿Por dónde empezamos?

—Hemos de ensillar al caballo antes de montarlo.

Deja de frotarse las manos y alza las cejas, interesado.

—Me gusta cómo suenan esas palabras en tu boca.

—No sé por qué no me extraña.

Me echo a reír, me dirijo a la hilera de colgadores y cojo la silla de *Stan*.

—¿*Stan*? —me pregunta Josh, al leer el nombre que hay escrito sobre el colgador—. ¿Por qué no *Hierbabuena*?

—Lo estamos entrenando. Y hoy ya ha hecho ejercicio.

Dejo la silla de montar en los brazos de Josh y voy a por la brida.

—Además, no lo conozco lo suficiente —prosigo—. No sé cómo reaccionaría ante un novato. *Stan* es de fiar. Lo conozco bien; llevo montándolo siete años.

—Menudo cabrón afortunado es ese *Stan* —bromea, mientras desandamos el camino a lo largo de los establos—. ¿Qué tendría que hacer yo para ganarme ese privilegio?

—¿Cuál? ¿El de montarte todos los días? —le pregunto por encima del hombro, y me echo a reír cuando él se cubre la entrepierna con la silla y me lanza una mirada de advertencia.

La excitante sensación de saber que tengo el mismo efecto sobre él que él

tiene sobre mí me satisface profundamente.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—¿Alguna vez has sentido que estás ante algo de lo que te vas a arrepentir?

Por dentro me echo a reír como una histérica porque hay un enorme arrepentimiento con patas que me está siguiendo ahora mismo.

—Sí, la verdad es que sí.

Suelto la brida de *Stan* y le quito la silla a Josh.

—Te tienes que cambiar de ropa —le digo.

Él baja la vista.

—¿Qué tiene de malo esta?

—Esos pantalones no parecen demasiado elásticos.

Él dobla las rodillas hasta que el pantalón no da más de sí.

—Yo creo que es suficiente.

—Como quieras.

Sigo ensillando a *Stan*, con movimientos rápidos y eficientes tras años de práctica.

—¿Qué haces? —Josh no para de hacer preguntas. Me hace mucha gracia; parece un niño curioso.

—Me aseguro de que la cincha no está demasiado apretada.

Hago pasar dos dedos entre el cuero y las costillas de *Stan* y le explico:

—Tienen que caber dos dedos.

—Dos dedos, ¿eh? Esto me gusta cada vez más.

—Eres incorregible.

Se me escapa la risa mientras le hago un gesto con la cabeza para que abra la puerta del establo.

Él lo hace rápidamente, con una sonrisa encantadora.

—Alteza.

—Gracias —contesto, mientras paso por su lado, tirando de las riendas de *Stan* hasta que él se pone en movimiento—, señor.

—Adeline.

Mi nombre es una advertencia, serena pero clara, y sonrío por dentro porque jugar al juego de Josh Jameson me resulta fácil, muy fácil.

—Si tienes suerte —añade, situándose a mi lado y agachando la cabeza para susurrarme al oído—, a cambio de que tú me dejes montar a tu caballo, yo dejaré que me montes a mí.

—Qué afortunada me siento —le contesto, también susurrando, mientras

cada terminación nerviosa de mi cuerpo chisporrotea de un modo electrizante.

Estoy luchando con todas mis fuerzas por repeler el efecto que causa en mí. Es demasiado fácil rendirse a su juego; es demasiado divertido, y la sensación de abandono, demasiado adictiva. Hago que *Stan* se detenga frente al lugar donde se guardan las gorras de montar. Cojo la mía y luego elijo una que creo que puede irle bien a Josh.

—No sé si vamos a tener alguna lo suficientemente grande para tu cabezota —le digo, muy seria, revisando la hilera de gorras.

Él me agarra por la cintura y me embiste, hundiendo la cara en mi cuello, haciéndome gritar de sorpresa y de placer.

—Muy graciosa.

Sonrío como una loca y cuando lo miro a los ojos, quedo cegada por su brillo. Sin apartar la mirada de los ojos del otro, respirando con dificultad, permanecemos quietos mientras la sonrisa se va desvaneciendo poco a poco.

«Es un juego, Adeline. Josh siempre juega», me recuerdo, pero mi argumento hace aguas cuando él se inclina hacia mí con la intención de besarme y, de repente, el único pensamiento que queda en mi cabeza es lo delicioso que va a ser volver a tener sus labios en los míos, probarlo, saborearlo. Cuando su carne apenas ha rozado la mía, un gran estruendo me recuerda dónde nos encontramos y que estoy siendo muy poco cuidadosa. Me aparto de él y miro alrededor por si alguien nos ha descubierto. Estamos solos.

Santo cielo, qué idiota soy. Pero es que es tan fácil ser idiota al lado de Josh... A su lado ser idiota es casi... lo correcto. Cojo una gorra y se la ofrezco, pero él no la acepta.

—Creo que esta te irá bien.

—Quiero que me la pongas tú —me pide en voz baja, eliminando la distancia que nos separa.

Intento que su petición no me altere demasiado y le entrego mi gorra para poder ponerle la suya. Él la coge y agacha un poco la cabeza para ayudarme a colocársela.

—Levanta la barbilla —le ordeno con suavidad, y tengo que controlar la oleada de admiración que me invade cuando estira el cuello.

No recorrerle con la lengua la piel cubierta de su barba incipiente me supone un auténtico desafío. Le ajusto las cintas tan deprisa como puedo, pero el dichoso temblor regresa y me pone las cosas difíciles. Lo miro a los ojos y veo que él me está examinando atentamente.

—Concéntrate —me ordena, con una sonrisita—. Si me pellizcas con ese cierre, me va a doler como una cosa mala.

—Por favor, no me tientes —le advierto, frunciendo los labios con ironía.

Sería un pequeño precio que debería pagar por la tortura a la que me sometió anoche. Y no estoy hablando de dolor.

—¿Me sienta bien?

—Mucho.

—¿Y por qué tu gorra es roja con un emblema dorado y la mía es aburrida, negra y sin emblemas?

—Porque yo soy una princesa. —Doy un paso atrás, recupero mi gorra y me la pongo—. El emblema es el escudo de armas de la monarquía británica. La gorra es de seda.

—Seda, cuero...

Sonrío y tomo las riendas de *Stan*.

—Vamos.

—Sí, señora.

Dirijo a *Stan* hacia el escalón de montar mientras Josh me sigue, tocándose la cinta bajo la barbilla y estirando el cuello, provocándome, como si supiera la batalla que tengo que luchar para no quedarme embobada mirándolo, o tocándolo, o lamiéndolo.

—Monta —le ordeno, librándome de los pensamientos inadecuados.

—¿En eso? —Mira sorprendido el gran bloque de hormigón.

—Sí.

—Estoy viendo otra cosa donde preferiría montar —murmura, rodeando a *Stan* por la grupa.

Me cuesta mucho obviar sus indirectas, sobre todo después del beso que acabamos de darnos, pero lo consigo.

—Cuando pases por detrás de un caballo, deja siempre espacio.

Josh se aparta con rapidez y mira a *Stan* con cautela.

—Es un tipo grandullón, ¿no? —dice, y sube los escalones del bloque de hormigón.

—Diecisiete palmos.

—Disfrutas hablándome en clave, ¿eh?

—En absoluto. Pon el pie en el estribo. —Se lo señalo.

—Ya sé lo que es un estribo.

—Pues hazlo.

—¿Me estás dando órdenes?

—Sí, y lo estoy disfrutando. No me estropees la diversión y haz lo que te digo. —Le dirijo una sonrisita—. Por favor, señor.

Entorna los ojos a modo de advertencia y casi puedo ver cómo está ideando mentalmente su venganza. Una venganza de la que sin duda voy a disfrutar. Desliza el pie en el estribo y busca algún lugar al que agarrarse.

—Aquí. —Le tomo la mano izquierda y se la coloco en el borrén delantero—. Agárrate aquí para darte impulso y pasa la pierna por encima de la silla.

Josh lo hace con un estilo sorprendente.

—¿Así? —me pregunta.

—Así. Mantente agarrado al pomo.

Hago que *Stan* camine unos cuantos pasos para alejarlo del escalón y poder acceder a él por los dos lados.

—¿*Pomo*?

—Sí, no hay ningún sentido sexual que puedas sacarle a esa palabra, así que ni lo intentes. —Lo miro con ironía.

—Oh, no sé... Deja que piense un poco.

No puedo evitar echarme a reír otra vez. Este hombre es excesivamente descarado. Y guapo. Y talentoso.

—Baja las piernas.

—¿Qué? —Josh me dirige una mirada de sorpresa... que no puede ser más falsa.

—Saca los pies de los estribos y deja caer las piernas. Tienes las rodillas demasiado altas; debo ajustarte las correas de los estribos.

Josh sigue mis instrucciones y yo le echo la pierna hacia atrás para poder levantar el faldón de la silla.

—¿Estás tratando de separarme las piernas, alteza?

Sonrío mientras suelto las hebillas de las correas para alargarlas varios centímetros antes de volver a colocarle los pies en los estribos.

—¿Mejor así?

—Mucho.

—Bien.

Rodeo al caballo y repito la operación con el otro estribo. Luego me pongo delante de la cabeza de *Stan* y me aseguro de que las piernas de Josh estén a la misma altura.

—Perfecto —digo, y cojo las riendas y alzo la vista—. ¿Estás listo?

Él me sonríe.

—¿Lo estás tú?

Me estoy preparando alguna réplica aguda, no sé, algo que lo haga callar, pero me interrumpe el sonido de unos cascos a mi espalda. Al volverme, me encuentro con el senador Jameson, que conduce por las riendas a *Bob*, otro de nuestros caballos.

—¡Hola a todos! —nos saluda con su fuerte acento sureño, tan diferente del elegante acento de Josh.

—Papá. —Josh no puede evitar soltar un suspiro.

—Buenos días, senador Jameson —lo saludo educadamente.

—Alteza. —Inclina la cabeza—. Es un placer. No tuve la oportunidad de hablar con usted durante su fiesta de cumpleaños.

Mira con interés a su hijo, montado en *Stan*. Yo sigo la dirección de su mirada y, curiosamente, Josh, que de repente aprieta mucho los labios, ya no parece el mismo hombre arrogante de hace un momento.

—¿Va a dar un paseo? —le pregunto en voz alta al senador, mientras por dentro me pregunto por qué Josh se ha quedado tan callado de golpe.

—Sí. —El padre de Josh monta a *Bob* y se coloca en posición con facilidad y seguridad—. Hoy en día me cuesta encontrar el momento de montar a caballo. No lo hago tan a menudo como me gustaría.

Lo único que le falta a ese hombre es el sombrero de vaquero, pero entonces, como por arte de magia, saca uno de una alforja y se lo pone en la cabeza.

—¡Ah! —exclama satisfecho—, siento que vuelvo a mis raíces en el rancho. —Me guiña un ojo y señala a Josh con la cabeza—. Veo que mi querido hijo le ha echado el lazo.

«¿*Echado el lazo*? Pero ¿qué afición tiene esta familia a las cuerdas?»

Dirijo una mirada nerviosa a Josh, que, por supuesto, me devuelve una sonrisa canalla.

—Me ha pedido que le dé una clase de equitación —le aclaro.

—¿*Clase de equitación*? —El senador Jameson se echa a reír a carcajadas. Mira a su hijo y niega con la cabeza—. Serás animal...

Miro a Josh con el ceño fruncido y él me devuelve una mirada de cordero degollado. Y entonces me doy cuenta.

—¡Serás idiota! —Le doy con la palma de la mano en la pierna—. Sabes cabalgar perfectamente.

—Gracias, papá —murmura Josh, y baja del caballo con un movimiento ágil,

casi acrobático—. Pensaba que ya estabas cabalgando.

—No, salgo ahora. —Dirige una mirada de advertencia a su hijo antes de espolear a *Bob*—. Pasadlo bien.

Miro a Josh con los ojos muy entornados.

—Eres un farsante.

Él se echa a reír y se encoge de hombros.

—No puedo evitarlo, me gusta jugar contigo.

—La clase ha terminado —anuncio, indignada, alejándome con *Stan*.

—Eh, eh, eh. —Josh me agarra de un brazo, obligándome a detenerme—. No he acabado de jugar.

—Bueno, pero yo sí.

—Vamos, Adeline, no seas tan estirada. Montemos juntos.

Cuando frunzo el ceño todavía más, él agacha la barbilla.

—En *Stan*, me refiero, por supuesto.

Estoy a punto de decirle que *Stan* no puede cargarnos a los dos, pero, ahora que sé que es experto en caballos, la excusa no me sirve. Cualquier experto sabría, solo con echar una mirada al fornido animal, que es capaz de llevarnos a los dos sin problemas.

—No lo veo.

—Pero yo sí.

Josh desata la silla de montar de *Stan* con movimientos rápidos y seguros.

—¿No pretenderás que montemos a pelo?

Cuando Josh se echa a reír a carcajadas, yo me encojo y deseo poder atrapar las palabras que acabo de pronunciar y metérmelas otra vez en mi boca de idiota. Sé lo que va a soltar antes de que lo haga. Acaba de quitar la silla, entre risas, y dice:

—Espero que lo hagamos algún día.

Todo este ambiente ecuestre está haciendo que la conversación con Josh sea más complicada de la cuenta.

—Mientras tanto, ¿te ocupas tú del control de natalidad?

Doy un paso atrás. Creo que es el tipo más arrogante que he conocido en mi vida.

—Estás dando por hecho que volveremos a estar juntos.

—Sí, es que estoy convencido de que volveremos a estar juntos.

Libera las riendas de las anillas, saca la silla y me la entrega.

—Vamos a dar un paseo romántico, alteza. Ve a por una silla para montar en

tándem.

Frunzo los labios. ¿Romántico? Tengo la sensación de que Josh es incapaz de hacer algo romántico, pero entonces me acuerdo de que me abrazó después de haberme follado hasta hacerme perder el sentido. Y recuerdo que quiso traerme un vaso de agua. Son tonterías, pero, aun así, me gustó. Y luego me acuerdo de todo lo que vino antes de ese pequeño paréntesis de afecto. La dominación. El control que me arrebató con tanta facilidad... y lo mucho que disfruté rindiéndome a ese control. El corazón me empieza a latir como si fuera una mariposa batiendo las alas. Y ese aleteo desciende hasta el vientre...

—No, gracias —rechazo su invitación, dando otro paso atrás.

A su lado puedo caer en desgracia de una manera brutal. Lo sé y, lo que es peor, quiero caer si es con él. O lanzarme yo sola desde el precipicio. Y esas ideas son del todo obscenas porque sé que lo único que me espera al fondo del abismo es un choque dolorosísimo. Este hombre me gusta. Me gusta más de lo que debería gustarle a alguien de mi posición, porque nunca será mío.

—¿De qué tienes miedo, Adeline? —me pregunta en voz baja—. ¿Tienes miedo de divertirme de verdad en vez de fingir esa diversión que, según tú, te mantiene libre?

—Me divierto de verdad —contesto, pero no me lo creo ni yo.

Él resopla y niega con la cabeza. Luego inspira hondo, alarga un brazo y me acaricia la mejilla con el pulgar. Cierro los ojos y disfruto de su delicada caricia, olvidándome de todo menos de él.

—Voy a estar una semana en Londres. Me gusta estar contigo. Aprovechemos el tiempo, ¿vale?

Estoy disfrutando de su compañía más de lo que he disfrutado de la compañía de un hombre desde... ¿que nació? Estoy con la persona con la que más me apetece pasar el rato. ¿Qué daño puede causar una semana?

—Vale —respondo sin dudar.

—Ve a buscar la silla —repite, pero esta vez más suavemente.

Me alejo y hago lo que me resulta más fácil hacer siempre que Josh está cerca: lo que me dice. Vuelvo a los establos, le entrego la silla de *Stan* a una de las chicas que trabajan allí y pido una silla para montar en tándem. Luego paso los minutos que tarda en traérmela procurando no pensar en los potenciales peligros de la situación en la que me estoy metiendo. Solo es una semana. Y solo estamos pasando tiempo juntos, como dice él.

—¿Quiere que lo ensille yo, señora? —me pregunta la chica cuando regresa.

—No hace falta.

Cuando vuelvo al patio, veo que Josh está charlando con *Stan*. Me mira cuando me acerco, me coge la silla y la coloca en su sitio.

—*Stan* es mi mejor amigo —anuncia Josh.

—*Stan* ya tiene un mejor amigo, que soy yo.

Frunciendo el ceño, le ofrezco un terrón de azúcar.

—Vaya, conquie jugando sucio, ¿eh?

—No, ese es tu juego, Josh.

Pone un pie en el estribo y monta con elegancia antes de ofrecerme la mano.

—¿Quiere montar de lado, mi señora?

Me echo a reír y le doy la mano.

—No.

—¿Te gusta montar de cara pues?

—Sobre un caballo, sí. ¿Prefieres que me coloque delante o detrás?

Se le iluminan los ojos.

—Después de lo de anoche, creo que va a ser mejor delante.

Me levanta y yo me río como una colegiala boba. No entiendo cómo consigue transformarme de esta manera. Las mariposas, las risitas, la ligereza que me asalta siempre y cuando no piense demasiado en qué demonios estoy haciendo. Así que ya sé lo que toca: no pensar en ello.

Al sentarme, suelto aire entre los dientes cuando noto en las nalgas el dolor que no me deja en paz.

—¿Aún te duele? —me susurra al oído.

—Mucho.

Él se ríe y noto la satisfacción en su voz. Me agarro del pomo mientras Josh se echa hacia delante, pegando su pecho a mi espalda. Trago saliva y me enderezo cuando él alarga los brazos y se apodera de las riendas. Lo oigo respirar y también lo noto en la espalda.

—No te muevas demasiado —me advierte—. Ya estamos bastante apretados; no hay sitio para otro invitado.

Echa las caderas hacia delante para dejar claro su mensaje y yo miro al cielo, pidiéndole ayuda.

—¿Estás lista?

Supongo que al final todo se reduce a esas dos palabras.

—Estoy lista —respondo.

Y él espolea a *Stan*, que se dirige hacia la pista que nos llevará al camino de

herradura. *Stan* adopta un paso relajado, serpenteante, y yo empiezo a relajarme contra el pecho de Josh, totalmente conforme con que él tome las riendas, y no solo en sentido literal.

Es que lo hace tan bien... Al parecer se le da bien tomar las riendas en todas las facetas de la vida. Me siento muy cómoda con él. Es un alivio no tener al lado a uno de esos hombres que no me dejan en paz ni un momento tratando de impresionarme y de llamar mi atención.

—¿Es ese tu coche? —me pregunta Josh.

Veo que, efectivamente, el coche se acerca.

—Sí.

Me había olvidado por completo de Damon, igual que me había olvidado de que se supone que no puedo alejarme de los establos sin él. Y el culpable de mi descuido está sentado a mi espalda.

—Damon debería acompañarme.

—Esto va a ser aún más romántico de lo que pensaba —bromea Josh, mientras Damon se acerca.

La ventanilla baja automáticamente y asoma el pulgar de Damon, que no apunta ni arriba ni abajo.

—¿Ese es vuestro código secreto? —me pregunta Josh, divertido.

Sonrío y le muestro al jefe de seguridad el pulgar hacia arriba mientras pasamos por su lado.

—¿Lleva el móvil encima? —me interroga Damon, y yo asiento, palmeándome el chaleco—. No salga del terreno cercado —nos ordena en un tono ligeramente amenazador—. Tiene media hora.

—Gracias, Damon.

Sonrío y él asiente antes de seguir su camino hacia los establos.

—¿Pulgar hacia arriba? —Josh me murmura al oído, provocándome una serie de sensaciones interesantes en todo el cuerpo—. ¿Significa eso que voy a conservar la cabeza?

—Sí.

Me río mientras él guía a *Stan* hacia el camino de herradura.

Josh suspira y se echa un poco más hacia delante en la silla, como si la distancia que nos separa fuera excesiva.

—Y entonces ¿por qué tengo la sensación de que la estoy perdiendo?

Sonrío frente al amplio espacio que se abre ante nosotros.

—¿Qué? ¿Tú? ¿El rompecorazones de Hollywood? Haz el favor... Con la

cantidad de mujeres que se arrojan a tus pies, seguro que pierdes la cabeza cada semana.

—Él me da un beso suave en la mejilla.

—Estoy soltero, tengo citas.

—Con un montón de mujeres.

—Me aburro con facilidad.

Frunzo los labios. Esa es otra buena razón para echar el freno.

—Lo tendré en cuenta —digo en voz baja.

—Creo que nunca podría cansarme de ti, cariño.

No quiero que sus palabras me calienten las entrañas, pero lo hacen.

—Y eso es una muy mala noticia —añade.

—¿Por qué?

—Porque tú eres literalmente la única mujer en todo el mundo que está fuera de mi alcance.

—Una semana. Divertirnos. —Me obligo a pronunciar esas palabras a pesar de que se me está formando un nudo en la garganta.

Josh no responde y no puedo dejar de darle vueltas a qué debe de estar pensando.

Paseamos tranquilamente durante un rato, en un silencio cómodo. El aire es fresco y agradable; el cielo, una mezcla de azul y blanco por las nubes algodonosas que lo salpican. El resultado recuerda al estampado de esas camisetas que se tiñen con nudos. La brisa primaveral me da lametones en las mejillas mientras paseamos sumidos en una acogedora nebulosa de placer. Los únicos sonidos a nuestro alrededor son los de la naturaleza. No hay nada que pueda rivalizar en belleza a la campiña inglesa con sus variados tonos de verde —desde el más sutil hasta el más vívido— de las copas de los árboles que se mecen sobre nuestras cabezas. Se oye un tractor a lo lejos, las vacas pastan y los pájaros se lanzan en picado en el cielo, tan libres como me siento yo en este momento. De vez en cuando, un conejo cruza el camino y un par de veces Josh tiene que calmar a *Stan* cuando este se sobresalta por culpa de una de esas veloces criaturas.

—Vaya. —Josh tira de las riendas cuando un cisne sale con sus andares de pato de un claro cercano y se planta en medio del camino.

—Sostenlo, que se esté quieto —le digo a Josh cuando *Stan* empieza a caminar en el sitio—. Hay un lago al otro lado de esos arbustos.

El cisne empieza a graznar, advirtiéndonos.

—Qué tipo tan desagradable —murmura Josh—. Si estuviéramos en casa, podría usar mi pistola. Bang bang y adiós, señor Cisne.

—No puedes matarlo —le advierto, riendo.

—¿Por qué no?

—Porque pertenece al rey.

—¿El rey tiene un cisne como mascota?

Niego con la cabeza porque su ignorancia me resulta francamente divertida.

—El rey es el dueño de todos los cisnes mudos sin marcar que se encuentren en aguas abiertas del Reino Unido.

—¿Ah, sí? Joder, pues tiene que estar entretenido. —Me empuja con la pelvis, haciéndome reír otra vez.

Es que le resulta tan fácil hacerme reír... Tan fácil como volverme loca de deseo.

—Bueno, ¿y qué hacemos? —pregunta.

—¿Con el cisne?

—No, con esto.

Vuelve a empujarme con la pelvis.

—¿Quieres parar?

Le doy una palmada en la mano y grito cuando él me clava los dientes en el cuello.

—¿Estás disfrutando? —me pregunta, sin soltarme el cuello—. Me refiero a disfrutar de verdad.

—Sí. —Pego la cara a la suya—. Puedes seguir —le digo cuando el cisne se cansa de nosotros y sigue su camino.

—Deberíamos volver antes de que envíen una partida en tu busca.

Me dejo caer sobre su pecho, desanimada. Tiene razón, claro. Hace veinte minutos que hemos salido y tardaremos el mismo tiempo en regresar. Ya llegamos tarde.

—No, sigue un poco más. —No quiero que esto se acabe todavía—. Le enviaré un mensaje a Damon.

—No pienso discutirte —contesta, y espolea a *Stan* mientras yo le escribo un mensaje a Damon, diciéndole que estoy bien y que tardaré media hora más en volver.

—El acento de tu padre es distinto del tuyo —comento, mientras le doy a enviar y me guardo el móvil en el bolsillo del chaleco.

—Soy un chico del sur, cariño —dice él, con un acento tan cerrado como el

de su padre—. Nací y crecí en el sur, pero tras quince años viviendo a caballo entre Nueva York y Los Ángeles el acento se me ha diluido un poco. Crecí en el rancho de mi padre, en Alabama.

—Entonces ¿eres un vaquero de verdad? —Sonrío al imaginarme a Josh con botas y un sombrero Stetson.

La imagen es disparatadamente sexy.

—Hasta los dieciocho años. Viví entre rodeos, montañas... el pack completo, en doscientos acres de belleza virgen.

—Suena maravilloso.

Él inspira hondo. No es que lo oiga, más bien lo noto cuando su caja torácica se expande contra mi espalda.

—No todo lo era.

El silencio se alarga y acabo dándome la vuelta para mirarlo a la cara.

Él sonríe, pero no con los ojos.

—¿Estás bien?

—Sí, estoy bien —responde con la vista al frente, animándome a seguir su ejemplo.

Lo hago, pero a regañadientes, porque me gustaría saber qué le pasa por la mente.

—Es curioso cómo, a veces, demasiado espacio puede llegar a asfixiar —dice al fin.

—Conozco esa sensación.

Fijo la mirada en la amplia campiña, delante de nosotros. Sentirse condenado y bendecido al mismo tiempo es una sensación abrumadora.

—Mi pueblo estaba en mitad de la nada. La población total era de 1.341 almas.

—Qué pequeño. ¿Cómo lo hacías para conocer gente?

—Era imposible. Todo el mundo conocía a todo el mundo. Y no solo eso; todos estábamos emparentados de alguna manera.

—¿Y cómo es que acabaste de actor?

—Cualquiera diría que quieres conocerme mejor... —murmura, burlón—. ¿No es terreno vedado para ti?

—Todo lo que se refiere a ti es terreno vedado Y, sin embargo, aquí estoy, dando un paseo romántico contigo por la campiña inglesa.

Lo noto sonreír, con la cara pegada a mi mejilla. Sostiene las riendas con una sola mano y con la otra me levanta la manga del suéter.

—Menudo contraste con ayer noche, ¿no?

Bajo la vista y veo que me está acariciando los habones enrojecidos que me rodean las muñecas.

—Un gran contraste, sí.

—¿Te duelen?

—No tanto como el culo —respondo, mientras él me levanta la mano y besa delicadamente las rozaduras, haciendo que el ardor vuelva a avivarse—. Siempre eres igual de... —me quedo buscando la palabra adecuada.

—¿Pervertido? —propone él.

—Brutal.

Me estremezco exageradamente y él vuelve a castigarme mordiéndome el cuello.

—Te encantó.

No puedo rebatírselo.

—Entonces ¿siempre has sido un perverso?

—En realidad, no. Supongo que mis gustos han ido evolucionando con la edad. Mi primera vez fue un auténtico desastre.

—¿Con quién viviste tu primera vez? —le pregunto, disimulando una sonrisa.

—Te lo diré, pero recuerdas que te he contado que vengo de un pueblo muy pequeño, ¿no?

Frunzo el ceño.

—Sí.

—Mi primera vez fue con mi prima tercera. —Lo noto estremeciéndose a mi espalda—. Bonito, ¿eh?

—No me parece tan grave. Mis bisabuelos eran primos carnales.

—¿Ah, sí? Pero eso no está... ¿mal?

Me encojo de hombros.

—Entre la realeza no es tan raro. Ayuda a conservar fuerte la sangre real.

—¿En vez de diluirla con plebeyos americanos vulgares como yo?

Me apoya la barbilla en el hombro.

Lo miro con el rabillo del ojo y sonrío.

—Tú no eres vulgar.

—Vaya, gracias, alteza. ¿Significa eso que te gusto?

—Supongo que no estás mal. —Vuelvo a fijar la vista al frente, pero por dentro sonrío como una loca cuando él echa de nuevo la pelvis hacia delante—.

Cuéntame cosas de tu vida como actor.

—Dejé Alabama cuando cumplí los dieciocho. Me contrataron en una serie de bajo presupuesto. La verdad es que nadie tenía mucha confianza en que la cadena comprara la serie tras ver el piloto. —Se echa a reír—. Cuando la veo ahora, me llevo las manos a la cabeza. Era una auténtica mierda, pero la compraron. Seis años y seis temporadas más tarde dio la campanada.

—¿Cómo se llamaba?

—*El vagabundo*. Yo era un cazador de recompensas en los últimos años del siglo diecinueve. Mi caballo y yo vagábamos por el Oeste creando el caos entre los vigilantes... y entre las mujeres.

Detecto la sonrisa en su voz y me doy la vuelta para verla en su rostro. Él se encoge de hombros.

—No se me daban mal los caballos.

—Ni las mujeres.

—Era todo un profesional. —Me muerde la nariz—. Cuéntame cosas sobre ti.

—¿Sobre mí? —Me vuelvo bruscamente hacia delante—. ¿Acaso el mundo no lo sabe todo sobre mí?

—No te estoy preguntando por la princesa Adeline de Inglaterra, la que sale en los periódicos; yo te estoy hablando de la auténtica tú.

—Esa es la auténtica yo.

—¿Ah, sí? ¿Eres ese icono de estilo? ¿O la princesa rebelde que no cree en el matrimonio?

—Creo en el matrimonio si es con alguien a quien ame. No creo en casarme con alguien que no es adecuado para mí, por mucho que mi familia lo considere adecuado.

—¿Haydon Sampson es inadecuado?

—Sumamente inadecuado —murmuro.

—La monarquía británica no opina lo mismo.

—¿Qué sabrán ellos? —Mi voz suena resentida—. La mitad de los matrimonios de mi familia no han sido por amor. Son matrimonios de conveniencia ideados para fortalecer la corona.

—Tú quieres ser amada por ser quien eres, no quien tu familia quiere que seas.

Sus palabras me toman por sorpresa.

—¿Es una pregunta o una afirmación?

Él no titubea.

—Una afirmación.

—Eres muy observador.

—No hace falta ser muy observador para darse cuenta de eso.

—Y entonces ¿cómo es que nadie más se ha dado cuenta?

—Porque no les has dejado que se acerquen lo suficiente a ti.

Tira de las riendas para que *Stan* se detenga y vuelve a sostenerlas con una mano mientras con la otra me rodea la cintura y me atrae hacia su calor. Yo no me resisto, a pesar de que no me gusta el rumbo que está tomando la conversación. Me acaricia la cara con la nariz hasta que me veo forzada a mirarlo a los ojos. Su mirada es tan profunda que temo que haya visto mi alma amargada.

—La pregunta es: ¿la mujer que he conocido es la auténtica Adeline?

No me doy cuenta de que mi mano está sobre la suya hasta que él entrelaza los dedos de ambos y me aprieta. Y no me doy cuenta de que estoy conteniendo el aliento hasta que lo suelto para contestar.

—Ya no sé cuál es la auténtica Adeline.

Él no dice nada, solo me besa. Me separa los labios con los suyos y su lengua invita a la mía a una danza delicada, una danza de ensueño.

—Creo que nunca lo has sabido —murmura.

Y sé que tiene razón. Aún no lo sé. Pero ahora mismo no estoy en posición de descubrirlo, ya que en este momento estoy totalmente entregada a este beso profundo y elocuente. No sabría decir qué faceta de Josh me gusta más, si la de amante controlador, dominante y brutal, o la de caballero delicado, educado y generoso. Ambas me hacen sentir bien, me calman de un modo o de otro. Gimo de satisfacción y me hundo más y más en el beso.

—Sabes muy bien, alteza.

Estoy flotando en sueños, pero de repente la realidad tira de mí con crueldad cuando oigo el sonido de un motor. Me aparto, sin aliento, pestañeando para librarme de las estrellas que me nublan la vista hasta que distingo un Land Rover que cruza la campiña a lo lejos. Estoy a punto de maldecir al conductor ya que, si sigue acercándose a esa velocidad, *Stan* se va a asustar y no va a ser fácil controlarlo con dos personas sobre él. Pero entonces el vehículo reduce la velocidad y la figura borrosa tras el volante se convierte en Damon. En todo el tiempo que lleva a mi servicio, solo lo he visto enfadado una vez. No fue una visión agradable y la visión actual tampoco lo es: está furioso.

—¿Damon? —lo interrogo cuando baja del Land Rover, hundiendo sus brillantes zapatos de piel en el suelo embarrado.

Baja la vista y suspira. Cuando alza la mirada, veo que aprieta la mandíbula.

—Alteza —se dirige a mí con educación, pero muy tenso—. Habíamos acordado media hora.

—Pero te envié un mensaje —trato de defenderme. Saco el móvil del bolsillo y busco el mensaje para demostrárselo—. Vaya... —Me quedo mirando el icono rojo que me indica que no se pudo enviar el mensaje—. No tengo cobertura.

Le enseño el teléfono a Damon mientras le dirijo una sonrisa arrepentida. En ese momento, con el móvil en alto, parece que recupero el servicio. El móvil de Damon suena y en el mío entran una docena de llamadas perdidas.

Él niega con la cabeza.

—Creo que es hora de volver, señora. —Aunque ahora habla en un tono calmado, se nota que no lo está—. Kim va de camino a los establos. Quiere verla urgentemente.

—¿No podía esperar a que regresara a Kellington?

—Al parecer, no, señora. Creo que Felix la acompaña.

Felix. Mi cabeza trata, estúpidamente, de encontrar otro Felix que trabaje para mí. Cualquier Felix. Cualquiera que no sea el director de comunicación de Kellington... el que arregla los problemas graves.

Sin duda, Damon ha leído las preguntas y las dudas en mis ojos porque se aclara la garganta y me dice:

—Algo relacionado con un banco, señora.

Me echo hacia atrás de manera instintiva y choco contra Josh, que me agarra con más fuerza.

«¿Un banco... o un banquero?»

—Oh, mmm, sí. —Asiento con decisión—. En ese caso, más vale que regrese.

«Mierda, mierda, mierda».

Solo hay una razón por la que Felix se desplazaría a los sucios establos, donde su ropa a medida y sus mocasines italianos podrían contaminarse con estiércol animal. Hay una crisis que debe ser resuelta de inmediato. Con un banquero.

—Sospecho que ya deben de haber llegado. ¿Puedo sugerir que su alteza vuelva conmigo? —Busca a Josh con la mirada, y le comunica en silencio un montón de cosas que no dice en voz alta.

Tiene toda la razón, como siempre. Tengo plena confianza en Kim, pero si me ve volviendo a los establos con Josh Jameson abrazándome, después de haberme visto las marcas de las muñecas y de haber respondido a una llamada suya esta mañana, me iba a estar leyendo la cartilla hasta el día del juicio final. Y Felix lo mismo.

Miro a Josh, que ha permanecido en un respetuoso silencio, y veo que me observa, indeciso.

—¿Te importa? —le pregunto.

—Claro que no. —Me da un casto beso en los labios y me ayuda a bajar de *Stan*—. Todavía no ha podido cabalgar a gusto. Yo me encargo de que lo haga a la vuelta.

—Gracias.

Josh hace que *Stan* gire en el sitio y lo espolea, poniéndolo al trote y, poco después, al galope. Permanezco inmóvil, observando embobada cómo se aleja cabalgando como un profesional, levantándose de la silla sin esfuerzo con sus largas piernas.

—¿Señora? —Damon me devuelve a la realidad.

Suspiro y me quito la gorra mientras me acerco al Land Rover.

—Lo siento, Damon.

Sé que ha tenido que estar pasándolo muy mal mientras yo disfrutaba de un paseo por el campo.

«Me gusta el Josh romántico».

—Está bien, señora. No le demos más importancia de la que tiene.

Me echo a reír por dentro y me muerdo la lengua para no comentar la velocidad épica a la que ha aparecido por el horizonte, como si hubiera llegado persiguiendo a mi secuestrador. Estoy segura de que estaba sudando mientras me buscaba. Si el rey hubiera descubierto que me había dejado ir a cabalgar sin él, probablemente lo habría despedido. Que yo no estuviera sola no le habría dado igual. De hecho, creo que habría empeorado la situación.

Cuando Damon se detiene frente a los establos, me asalta una sensación de terror, especialmente cuando veo a Kim y a Felix salir de un Mercedes reluciente, con caras de póquer.

—Estoy metida en un lío —murmuro, desabrochándome el cinturón.

—Yo me ocupo de esto —dice Damon, y coge la gorra que tengo en el

regazo.

—¿No podrías ocuparte también de ellos? —Le dirijo una mirada suplicante

—. ¿Por favor?

Él se ríe discretamente, pero enseguida recupera la solemnidad.

—No —responde tajante, mientras sale del Land Rover.

—Genial.

Normalmente no esperaría a que Damon me abriera la puerta en un sitio tan informal, pero hoy sí, aunque solo sea para ganar unos segundos en los que poder montar mi defensa.

—Gracias.

Bajo del coche y enderezo la espalda para transmitir confianza... pero sigo sin saber qué decir.

—Alteza. —Felix me saluda con una inclinación de cabeza mientras me acerco.

Tan formal como siempre, hace una pequeña mueca al ver una mota de suciedad en sus mocasines.

—Felix. —Lo saludo antes de volverme hacia Kim con cabeza ladeada.

Ella me responde abriendo mucho los ojos, pero no dice nada. Suspiro y añado:

—¿Qué es tan urgente que te ha hecho venir a los establos? Estaba disfrutando de un paseo a caballo.

Felix se aclara la garganta.

—Es un tema preocupante, señora.

—¿De qué se trata? —Me preparo para el golpe.

—De Gerry Rush, señora.

«El banquero».

—¿Qué pasa con él?

Trato de no mostrar preocupación, pero se me ha formado un nudo en el estómago y mi falsa tranquilidad queda en entredicho cuando intento tragar saliva y me cuesta. Me habían dicho que habían interceptado las fotos; no sé cómo, porque procuro no hacer preguntas.

—El señor Rush ha estado tratando de ponerse en contacto con usted, señora.

—¿Perdón?

—Le gustaría verla.

No hace falta que diga que eso no va a pasar.

—¿Para qué?

—Al parecer, lo ha hechizado, señora.

Me echo a reír.

—¿Tras una noche?

—Sí.

—Eso es del todo ridículo.

Se miran de reojo, como si fuera yo la ridícula.

—Señora —insiste Felix—, hemos bloqueado sus intentos de llegar hasta usted, por supuesto, pero parece que no tiene intención de detenerse. Como sabe, el señor Rush está casado. —Alza una ceja con sarcasmo.

No me hace ninguna gracia y resoplo para hacérselo notar.

—No hace falta decir que hemos de poner fin a esta situación —prosigue—. Le aseguro que haremos lo necesario para tratar el tema con rapidez y discreción.

—Trátelo con rapidez y discreción, pues —replico, con más brusquedad de la debida. Sé que solo intentan evitar que me vea envuelta en un escándalo—. Gracias. A los dos.

Me desabrocho el chaleco porque tengo un poco de calor. Me lo quito y luego me deshago la coleta. Pero mis movimientos se vuelven lentos cuando me doy cuenta de que probablemente no han venido hasta aquí para decirme eso.

—Hay otro asuntillo, señora —dice Felix, sin darme tiempo a preguntarles qué pasa.

—¿Qué pasa? —digo, con cautela.

—Hemos de hablar de cómo vamos a manejar la situación.

—¿Ah, sí?

No es lo normal. El equipo de comunicación se encarga de hacer su trabajo y no suelen consultarme los métodos que usan para hacer desaparecer los escándalos. De hecho, ni siquiera me preguntan si estoy de acuerdo con que lo hagan o no.

—Sí, señora. Al parecer, el señor Rush ha estado disfrutando de algunas actividades extracurriculares. —Algo en el modo de hablar de Felix me dice que no se está refiriendo a mí.

—Pero no conmigo...

Felix me entrega una carpeta. La abro y veo que contiene unas fotografías.

—¿Qué es esto? —le pregunto, ojeándolas y tratando de entender qué estoy viendo en las imágenes demasiado oscuras.

Kim alarga una mano, coge una de las imágenes y le da la vuelta. De repente,

la imagen aparece con claridad ante mis ojos. Demasiada claridad.

—Eso, señora —me explica Kim—, es Gerry Rush en un arrebató de pasión.

Pues sí, tal cual. Con el rostro contraído y el cuerpo rígido se agarra con fuerza a las caderas de una mujer que está inclinada sobre una silla. Con el corazón desbocado, me acerco la foto a los ojos tratando de distinguir su rostro.

—Es una prostituta, señora —me aclara Kim, tranquilamente.

La miro, porque aunque quiero tranquilizarme, aún no puedo. Ella da un paso atrás, como si estuviera nerviosa.

—¿Cómo? —Suelto la carpeta y me llevo las manos al pecho—. ¿Una puta? ¿De cuándo son estas fotos?

De repente, siento muchas ganas de ducharme.

—De hace unas semanas, señora. Hemos pensado que debería estar al corriente por si...

—¿Por si qué? ¿Por si quisiera volver a verlo? —Me echo a reír, pensando que este par deberían de conocerme mejor—. Os aseguro que eso no va a pasar. —Miro las fotografías poniendo mala cara mientras Kim las recoge—. Ya había decidido no volver a quedar con él después de ver la foto con su esposa. Y ahora aún menos.

—Solo queríamos asegurarnos —comenta Kim.

No lo entiendo. Gerry Rush es un hombre respetado, con hijos y una carrera brillante. Si no deja de buscarme, sé que las fotos que acabo de ver acabarán en la mesa del editor de algún periódico sensacionalista de Londres y estará acabado. ¿Es que no piensa? Bueno, teniendo en cuenta que me llevó a la habitación de su hotel y que ha tratado de ponerse en contacto conmigo, está claro que mucho no piensa. No voy a preguntarle a Felix de dónde ha sacado esas fotos, porque sé que no me lo dirá. ¿Una prostituta?

Pongo cara de disgusto.

—Haz lo que sea necesario para librarte de él —ordeno antes de darme la vuelta y alejarme a toda prisa, estremeciéndome.

¡Será asqueroso y mujeriego! Y eso que siempre presenta una imagen impecable. No puede una fiarse de nadie. ¿Y dice que quiere verme..., que lo dejé hechizado? ¡Menudo caradura!

Dejo de darle vueltas al tema y aminoro el paso cuando veo que Josh se acerca al trote, montado en *Stan*. Ambos respiran de forma agitada. El enfado que se había apoderado de mí se diluye al instante cuando Josh me ve y me

sonríe. Cuando pone a *Stan* al paso, lo miro abriendo mucho los ojos y ladeo la cabeza discretamente, indicándole que vaya con cuidado con la compañía.

—Alteza —me saluda formalmente y, sin embargo, diga lo que diga, su voz me resulta una caricia.

—Señor Jameson —lo saludo con una inclinación de cabeza mientras pasa por mi lado, camino de los establos.

Dejo que Kim y Felix se aparten antes de seguir a Josh para ayudarlo a desensillar a *Stan*, pero cuando llego a su lado, ya está acabando.

—Ha sudado a gusto —comento, empezando a cepillarlo.

—Se lo ha pasado estupendamente. ¿A que sí, chico? —Josh le da una palmada suave en el cuello—. ¿Estás bien? Pareces estresada...

—Todo bien.

—Entonces, tu equipo ha venido hasta aquí para tomar el aire, ¿no? Porque no me han parecido aficionados a la equitación.

—Un asuntillo, pero ya está resuelto.

—¿Un *asuntillo*? ¿También llamas así a lo nuestro? —Es evidente que Josh ha intuido de qué iba la cosa.

Siento una mezcla de vergüenza, remordimiento y culpabilidad. No lo entiendo. ¿Por qué me importa lo que Josh piense de mis aventuras? Ni que él fuera un santo. Él mismo ha admitido que se acuesta con un montón de mujeres y que se aburre de todas. Además, no sabía que Gerry Rush y su esposa se iban a reconciliar, ni que le iban las prostitutas. Me estremezco al recordarlo.

—Un asunto familiar —miento, titubeante, lo que hace que me gane una mirada de reojo de Josh.

Aparto la vista y noto que me ruborizo por la dichosa culpabilidad.

—¿Has disfrutado del paseo?

—Sí. Gracias por dejarme tu caballo —dice, y sonrío mientras se coloca las bridas de *Stan* enroscadas sobre el hombro.

—De nada.

Me encojo, queriendo parecer despreocupada, pero dudo que lo consiga. Maldita sea, Josh me gusta; me gusta demasiado. Siempre logra hacerme sonreír y me calma cuando el mundo me estresa. Muy pocas personas de mi entorno me causan ese efecto. Aunque me lo guardo para mí, por dentro deseo que Josh venga a los establos cada mañana para que cada día sea maravilloso.

Se saca el teléfono del bolsillo cuando este empieza a sonar.

—¿Sí? —Responde con fastidio y se echa a andar de un lado a otro,

arrastrando las botas y levantando el heno—. Vale, dame cinco minutos. —Cuelga y me muestra el móvil—. Era mi chófer. —Mira el reloj y se ríe sin ganas—. Llego pronto.

Trato de disimular la decepción que siento.

—Ha sido agradable volver a verte.

Él me dirige una mirada irónica.

—¿Ha sido *agradable* verme?

Me encojo de hombros.

—Pues sí.

—¿*Agradable*?

Avanza hacia mí al mismo tiempo que yo retrocedo hasta que choco con un montón de paja y me caigo de espaldas. Josh se lanza sobre mí como si fuera un lobo y me sujeta las muñecas por encima de la cabeza.

—¿*Agradable*? —repite, apartándose un mechón de pelo de la cara con la nariz.

Contengo el aliento. Me encanta notar la dureza de su cuerpo empujándose contra la suavidad del heno. Antes de que pueda encontrar otra palabra con la que sustituir esa que, evidentemente, le molesta, asalta mi boca con una fuerza que me resulta familiar, explorándola profundamente con la lengua. Me pregunto si sentirá celos por el *asuntillo* y ha decidido marcar su territorio. No me extrañaría nada.

Su potencia y pasión me dejan sin aliento. Ni siquiera cuando aparta con brusquedad los labios de mí soy capaz de recuperarlo.

—*Agradable* —repite, jadeando y marcándose con su entrepierna.

Arqueo la espalda y le clavo los pechos en el torso.

—Buscaría otra palabra —susurro—, pero es que me he quedado en blanco.

—Pues veamos si consigo poner en marcha tu mente —murmura, sosteniéndome las dos muñecas con una mano y levantándose el jersey de cuello alto por la cintura.

En cuanto su piel roza la mía, mi mente se despierta, por supuesto, pero las únicas palabras que se me ocurren son de súplica.

—Josh —digo, y no sé si le estoy rogando que pare o que continúe.

Cualquiera nos podría sorprender.

Me levanta el jersey, me baja el sujetador y, un instante después, me está devorando los pechos, haciendo girar esa lengua que es un regalo de Dios alrededor de los pezones. Luego me clava los dientes en el pezón endurecido y

yo pego un brinco, corcoveando a lomos de ese peligroso filo que hay entre el dolor y el placer.

Él gime, jadea, gruñe.

—Sabes deliciosamente bien...

—Alteza. —Oigo la voz de Damon, pero esta no logra penetrar lo suficiente en la nebulosa de placer que se ha apoderado de mi voluntad.

No hago ningún intento de apartarlo de mí ni de levantarme. Estoy perdida.

—¡Mierda! —murmura Josh, sin soltarme.

Luego me besa la punta del pezón antes de colocarme bien el sujetador y de bajarme el jersey.

—Se ha acabado el recreo.

Yo frunzo los labios porque ya lo echo terriblemente de menos.

—¿Señora? —La voz de Damon suena preocupada y, ahora que la lengua de Josh ya no me distrae, me doy cuenta de que está muy cerca.

—Rápido, arriba.

Josh me levanta del heno y me sacude la ropa rápidamente antes de darme la vuelta y empujarme por los hombros en dirección a la puerta.

—Esperaré un rato aquí.

Me repongo y enderezo la espalda, finalmente consciente de la cantidad de gente que frecuenta los establos. Durante unos momentos, me he olvidado de todo. Tengo que recuperar el control.

Miro a Josh por última vez mientras me alejo, y desearía poder embotellar la sonrisa que me dirige para poder guardarla eternamente. Tengo unas ganas locas de preguntarle cuándo volveré a verlo, pero mi orgullo —así como una pizca de sentido común— me lo impiden.

—Hasta pronto.

—Hasta pronto —repite él pensativo, dibujando una sonrisa.

Doblo la esquina, esforzándome en borrar la sonrisa bobalicona que se me ha instalado en la cara y los escalofríos que me recorren la piel.

—Ahí está —murmura Damon, que parece harto de que lleve el día desapareciendo—. Hora de volver.

—¿Toca regresar a la cárcel? Aleluya.

Me dirige una mirada irónica y me indica que me detenga.

—¿Qué pasa?

—Nada.

Damon ha adoptado su postura profesional, con las manos unidas a la

espalda y la barbilla ligeramente alzada.

—¿Y por qué me miras así?

—¿Se lo ha pasado bien en los establos?

—No sé de qué me hablas.

Echo a andar de nuevo hacia el coche, tratando de no ruborizarme.

—¿Señora?

—¿Sí?

—Tiene paja en el pelo —responde, abriéndome la puerta.

Levanto las manos y me sacudo la melena, aunque el rubor ya es incontrolable.

—¡Maldición! —exclamo al ver la sonrisa irónica de Damon.

—¿Se lo ha pasado bien?

—Vamos, compórtate, Damon —susurro mientras me siento, aunque no estoy preocupada en absoluto.

Tengo plena confianza en él. No solo le confío mi vida, sino también mis secretos, y Josh Jameson es un gigantesco secreto andante.

Cuando el coche sale del recinto de las caballerizas, veo que se acerca un Range Rover con los cristales tintados. Me acomodo en el asiento y juego con los dedos en el regazo, porque no quiero que la mente se me vaya a sitios donde no debería. Sitios donde no pinto nada y a los que, normalmente, no tendría ningún interés en ir. Pero Josh está derribando todas mis barreras y no puedo darle acceso a mi corazón. Porque si me lo arrebatara, se podría romper.

8

Al día siguiente vuelvo a los establos, pero el día no es tan maravilloso ni por asomo. Ensillo a *Hierbabuena*, distraída; lo monto, distraída, y limpio sus aperos, distraída. Me paso el rato esperando la aparición de una visita sorpresa que nunca llega, así que me marchó de las caballerizas reales sintiéndome abatida.

Cuando estamos a punto de llegar a Kellington, suena el teléfono y pongo los ojos en blanco al ver quién es.

—Madre —digo, mientras bajo del coche, dándole las gracias a Damon con una inclinación de la cabeza.

Cuando entro en el vestíbulo, Olive me quita la chaqueta de los hombros mientras escucho a mi madre, que me hace un informe detallado de todo lo que pasó durante la merienda en el palacio de Claringdon en honor a Helen.

—Siento habérmelo perdido —miento, dándole el bolso a Olive con una sonrisa.

La flor y nata de las damas inglesas reunidas en la misma habitación me parece el infierno en la Tierra. Todas ellas lanzando exclamaciones de entusiasmo al ver los preciosos pastelitos, sorbiendo té Earl Grey con los labios fruncidos en la porcelana más delicada y riéndole las gracias a mi cuñada, ya de por sí mimada en exceso. No, gracias.

—Me han dicho que has pasado mucho rato en las caballerizas con tu nuevo caballo —comenta, como de pasada.

Yo me tenso un poco y espero antes de contestar. ¿Se lo han dicho? ¿Quién?

—Tomé el té con Sabina ayer tarde.

Me relajo, aliviada.

—Nos estamos conociendo.

Pongo los ojos en blanco al ver que Damon me dirige una sonrisa irónica.

—Me dijo que muestra un gran potencial.

—Así es.

—Cambiano de tema, quería hablar contigo antes de que Kim te lo comente.

—¿El qué? —pregunto justo cuando Kim aparece por el pasillo que lleva a los despachos del personal.

Sostiene la abultada agenda en los brazos y un bolígrafo en la boca mientras habla por teléfono.

—Le han pedido a tu padre que vaya a Madrid, a inaugurar un monumento en su honor.

Se me hunden los hombros, porque presiento lo que se avecina.

—Qué bien.

Hace años que llevan preparando ese homenaje en España, un tributo a la unión de los dos países gracias a la boda de mi madre con el rey.

—Me parece bastante injusto que se le haga un homenaje a mi esposo en mi tierra natal, ¿no crees?

Mi madre se echa a reír y yo sonrío, porque sé que a ella no le importa en absoluto.

—En cualquier caso, ¿por dónde iba? Ah, sí. Tu padre no va a poder acudir a la inauguración ya que le coincide con un compromiso previo. Y España no puede cambiar la fecha, porque quieren que coincida con una festividad local y tu padre no puede cancelar su compromiso; por eso se ha decidido que vayas tú en su representación.

Gruño entre dientes mientras me dirijo al salón, con Kim siguiéndome.

—¿No puedes ir tú, madre?

—Yo estaré con tu padre en las islas Vírgenes Británicas.

—¿Y John?

Me dejo caer en el sofá y le dirijo una mirada suplicante a Kim para que me ayude. Pero ella se encoge de hombros, porque cuando el personal que está a mi servicio recibe órdenes de más arriba, las cumple.

—Nos ha pedido que reduzcamos un poco sus actividades oficiales, a causa de la afección de Helen.

«¿Afección? ¡Está embarazada, no enferma, por el amor de Dios!»

—¿Y Eddie?

Uso la última carta, aunque no tengo la más mínima fe en que funcione.

—Adeline, querida, Edward lleva meses sirviendo al país. Sería injusto que lo enviáramos a cumplir compromisos reales cuando acaba de regresar.

Pues ya solo quedo yo, que no tengo nada que hacer aparte de estar presentable, sonreír y contar maravillas de mi familia a todo el que quiera escucharlas. Tengo una misión en la vida: obedecer cuando me dan órdenes.

—¿Cuándo es?

—Kim tiene los detalles.

Miro a Kim con el ceño fruncido, no porque se lo merezca, sino porque a alguien tengo que hacerle saber que no estoy contenta con la situación.

—Hablaré con ella.

—Buenas tardes, cariño.

—Buenas tardes, madre. —Cuelgo el teléfono y agacho la cabeza—. Parece que me voy a Madrid.

—Solo es una semana, Adeline. Tómeselo como unas vacaciones.

—¿Vacaciones? —me echo a reír mientras Olive deja una bandeja con un juego de té en la mesita, delante de mí—. Gracias, Olive. Ya lo sirvo yo —le digo, echándome hacia delante. Sirvo una taza para mí; otra para Kim y se la acerco—. Las dos sabemos que, de vacaciones, nada de nada. Además, a los miembros de la familia real solo se nos permite tomar el sol en Inglaterra, lo que limita mucho el acceso al sol, por supuesto. ¿Cuándo salgo?

—El mes que viene. Confirmaré los detalles del itinerario. —Anota algo en su agenda—. La inauguración de la galería es este viernes.

—¿Y qué problema hay?

—La ropa.

—No he pensado en ello.

—No hace falta. El equipo de Victoria Beckham le va a enviar su nueva colección.

Sonrío. Bien, el viernes acaba de mejorar.

—Fabuloso. ¿Cuándo llegará?

—Mañana por la mañana.

—Genial. —Aplaudo, mucho más animada—. ¿Eso es todo?

—De momento, sí. —Se levanta y coge sus cosas—. ¿Se quedará en casa esta noche?

—¿Por qué me lo preguntas si eres tú la que lleva mi agenda? —Le dirijo una sonrisa sardónica.

—Solo para comprobar que no piensa desmandarse esta noche.

—Damon no trabaja esta noche, así que si quiero desmandarme van a tener que salirme alas. Además, ¿adónde podría ir? —Cojo el teléfono y llamo a mi

prima—. Matilda —canturreo cuando responde.

—No me hablo contigo.

Hago un puchero, sintiéndome solo un poquito culpable por haberla dejado sola para que disfrutara de la encantadora reunión familiar.

—¿Te hablas con una botella de Moët?

—Podría dejarme persuadir.

—Bien. Esta noche vamos a beber Moët y a leer revistas —le comunico a Matilda, mirando el montón de revistas de esta semana que Kim ha dejado en la mesa—. ¿A las siete?

—¿Y cómo propones que vaya? —me pregunta—. Yo no dispongo del lujo de tener un chófer personal, no como otras. La asignación del rey para el ducado no da para tanto, así que debo compartir chófer con el resto de la familia, y mis padres salen esta noche; van a una gala benéfica.

—Oh, qué inoportuno.

—Bastante —murmura.

—Pues le diré a Damon que vaya a buscarte. ¿A Farringdon Hall?

—Divino.

—Un problema.

—¿Qué pasa?

—Damon libra esta noche, así que no podrá llevarte de vuelta a casa.

—No te preocupes, tomaré un taxi.

Se le escapa la risa y yo la imito porque, como todo el mundo sabe, la realeza no usa taxis. Bueno, eso no es del todo cierto. Una vez cogí uno. Sonríó al recordar la última vez que cerraron Selfridges para que yo fuera de compras. Mis empleados estaban esperando a que prepararan las bolsas; las puertas de cristal me llamaron a gritos y no pude resistir la llamada de la libertad. Salí a respirar el aire de la noche y, al ver pasar un taxi, lo paré y dejé que el encantador taxista de Cockney me llevara a casa. Se pasó el trayecto mirando por el espejo retrovisor, con el ceño fruncido, como si estuviera molesto. De vez en cuando negaba con la cabeza, cubierta por una gorra de plato, y yo sonreía. Se notaba que el hombre se estaba preguntando si aquello era una broma, pero no lo era. Lo que tampoco fue ninguna broma fue que al llegar a casa yo no tenía dinero en metálico. Los *paparazzi* sacaron petróleo de la situación y la repercusión en Claringdon fue desproporcionada. El rey se enfureció y Damon también, pero a la gente, en cambio, le encantó. Y lo cierto es que disfruté mucho recorriendo Londres en el taxi negro. Nunca había montado en uno. Aquella noche, durante un rato, me

sentí una persona normal. Me sentí libre. Me olvidé de mi asfixiante existencia mientras descubría una nueva faceta de Londres desde el refugio que me proporcionó aquel taxi.

—Le diré a Olive que te prepare una de las suites de invitados —le digo, recorriendo los pasillos de Kellington en busca de Damon—. Hasta pronto.

Cuelgo y al cabo de un rato lo encuentro en la cocina, sentado en la enorme isla central que domina la estancia. La cocinera, Dolly, está perdiendo el tiempo, como siempre, y Olive está recogiendo una bandeja. Las dos me saludan formalmente antes de volver a sus tareas. Damon se levanta.

—¿Señora?

—Damon, ¿te sería mucha molestia ir a buscar a la duquesa de Kent a Farringdon Hall antes de retirarte hoy?

—Ninguna, señora.

—Gracias, Damon. Olive, ¿te asegurarás de que la suite Albert esté lista, por favor? Mi prima se quedará a dormir.

—Sí, señora.

—Gracias.

—¿Noche de chicas? —Damon vuelve a sentarse en el taburete—. He oído que en el «Graham Miles Live Show» hay un invitado interesante esta noche.

Frunzo el ceño mientras Damon bebe té, como si no acabara de decir algo tan raro. «¿Graham Miles?» No me suena de nada ese programa.

—¿Ah, sí?

—Sí. Se ve que han invitado a un actor de Hollywood muy conocido.

—¡A Josh Jameson! —exclama Olive, antes de llevarse rápidamente la mano a la boca—. Perdón, señora.

Le diría que no se preocupara por esa tontería, pero acabo de quedarme sin palabras. ¿Va a salir en el «Graham Miles Live Show»? De pronto, siento muchas ganas de salir esta noche porque quedarme en casa y no poner la televisión va a ser una auténtica tortura. ¡Mierda!

Olive se escabulle mientras Dolly niega con la cabeza y Damon disimula una sonrisa detrás de la taza.

—¿Van a cenar, señora? En la despensa tengo todos los ingredientes para preparar mi famosa sopa de pollo.

Niego con la cabeza mientras voy planeando mentalmente la noche. Espero que las revistas vengan cargadas de cotilleos bien jugosos para mantenernos entretenidas toda la velada.

—Muy amable, Dolly, pero Matilda y yo picaremos algo.

Me dirijo a la despensa, que está perfectamente organizada, y abro la puerta para echar un vistazo.

—¿Hay algo para picar?

—Hay nachos, señora. Y tengo salsa recién hecha en la nevera.

¡Oh, la salsa de Dolly está deliciosa!

—Perfecto. Gracias, Dolly.

Me dirijo a mi suite para cambiarme y ponerme algo cómodo. Algo más suelto, que no me roce en las zonas que todavía me duelen.

Elijo una camiseta extra grande y unos *shorts*, que me pongo sin bragas. Matilda y yo estamos desparramadas en el sofá, bebiendo Moët, picando nachos y hojeando revistas. Los últimos cotilleos de los famosos me tienen de lo más entretenida: hay divorcios, escándalos, pérdidas de peso, kilos de más...

—Oh, ¿en serio? —Suspiro al volver una página y encontrarme cara a cara con alguien conocido: yo—. Esta foto ya está desfasada.

Matilda se inclina hacia mí y se echa a reír.

—Pareces enfadada.

—Lo estaba.

No me molesto en leer el texto que, sin duda, enumerará los detalles de mi vida «perfecta».

—Era la presentación de la nueva colección primavera-verano de Stella McCartney y luego había una fiesta, pero no me dejaron quedarme.

—Vaya.

Con gesto de fastidio, sigo pasando páginas, ahora con más brusquedad, al acordarme de la rabia que me dio que me comunicaran que el rey había solicitado mi presencia justo cuando empezaban a servir el champán. Y hablando de champán...

—¿Otra botella?

Matilda acepta mi ofrecimiento alzando la copa. Suelto la revista sobre el sofá y me levanto de un brinco.

—Ahora vuelvo.

Voy corriendo a la cocina y abro la puerta de una de las neveras, la dedicada exclusivamente a las botellas de Moët. Sonriendo, cojo una botella. La cocina está tranquila, lo que resulta muy agradable pero no es nada habitual. Por

supuesto, sé que hay personal por alguna parte del palacio, siempre hay alguien, pero por las noches se está mucho más en calma.

Descorcho la botella mientras regreso al salón. Cuando oigo una voz familiar, mis pasos se vuelven cada vez más lentos, porque no se trata de la voz de Matilda, ni de ningún miembro del personal de palacio. Me detengo, confundida, en mitad del recibidor, tratando de averiguar de dónde procede la voz, pero no veo ni un alma. La piel se me ha erizado, porque ha reconocido la voz antes incluso que mi cerebro.

«¿Josh?»

Unas risas escandalosas siguen a sus palabras. Persigo el ruido y me encuentro a Matilda delante del televisor con el mando a distancia en la mano. La imagen de Josh ocupa la colosal pantalla de sesenta y cuatro pulgadas y los números que ascienden a la izquierda me indican que Matilda está subiendo el volumen, como si necesitara oírlo aún más fuerte.

Siento un nudo en el corazón al verlo, tan elegante, con un traje de tres piezas, sentado en un sofá con un pie apoyado en el tobillo contrario. El público, en gran parte femenino, se vuelve loco cuando él les dirige una sonrisa tímida. Graham Miles suspira como si fuera una más de ellas, señalando a Josh con las manos, como si estuviera diciendo: «¡Mirad quién ha venido!». Vamos, que Josh Jameson no está en el salón con nosotras literalmente, pero es como si lo estuviera, a juzgar por el abanico de reacciones físicas que está sufriendo mi cuerpo.

—¡Adeline! —grita mi prima—. ¡Oh, Dios mío, Adeline! ¡Ven rápido!

—Estoy aquí —murmuro, con la vista clavada en el televisor. O, mejor dicho, clavada en él. Dios, ¡qué guapo está!

—Es él.

—Apaga la tele —digo, y me obligo a apartar la vista de la pantalla antes de fundirme.

Busco la copa de champán como si me fuera la vida en ello y la lleno a toda prisa.

—¿Cómo? —Matilda me mira como si acabaran de salirme diez cabezas y le estuviera escupiendo fuego con ellas.

—Que la apagues —repito, y me bebo la copa de un trago.

—¿Qué?

—Matilda, por favor.

Vuelvo a llenarme la copa.

—Vale, vale.

Apunta hacia el televisor con el mando a distancia justo cuando el público se calla y Graham Miles cruza una pierna sobre la otra.

—Creo que les gustas —le dice, a bocajarro—. No entiendo el por qué.

Se oyen más risas y Josh se ruboriza de un modo adorable.

—Espera —le ordeno, de repente, haciendo que Matilda se vuelva hacia mí—. No, no, apágala.

Hago un gesto con la mano en dirección a la pantalla y mi prima me mira, exasperada, dejando caer el brazo.

—¿La apago o no?

—Sí.

Vuelve a apuntar.

—No, déjala.

—Adeline, ¿en serio?

Me siento en el sofá y me quedo de nuevo embobada contemplando la divina criatura que adorna la pantalla.

—Lo siento —murmuro, mientras ella se sienta a mi lado.

No necesito mirarla para saber que tiene el ceño fruncido.

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado?

—No me ha picado ninguna mosca, pero sí un moscardón —respondo sin pensar—. Ese de ahí, concretamente.

—¡Oh, Dios mío!

—Chis —le palmeo el muslo, tratando de escuchar el programa.

Matilda se apodera de la botella y se une a mí en la tarea de vaciar una copa detrás de otra. Estamos sentadas en el borde del sofá, como si el volumen no estuviera lo bastante alto como para oírlo desde la otra punta del palacio.

—Bueno, Josh Jameson...

Graham parece estar de lo más relajado, como si no tuviera al hombre más guapo del mundo al alcance de la mano. Ojalá yo pudiera mostrarme igual de tranquila cuando estoy con él.

—Has venido a Londres a promocionar tu última película, *The Underground*.

El público aplaude cuando aparece un cartel promocional detrás de Josh. Me arden los ojos mientras devoro la imagen en todo su esplendor, la de Josh con una mujer preciosa acurrucada a su lado, aunque él no le devuelve el abrazo.

—Sin embargo, por el cartel diría que no va sobre transporte público —continúa Graham.

Josh se echa a reír a carcajadas mientras se vuelve para mirar el cartel.

—No, no tiene nada que ver con trenes que van bajo tierra.

—Háblanos sobre ella. Está basada en una historia real, ¿verdad?

—Exacto. Interpreto a Austin Tate, un hombre que vivió en Nueva York en los años sesenta. Tenía autismo severo, y su vida no fue fácil.

—Así que, además de poder disfrutar de tu glorioso cuerpo a lo largo de la película —Graham se vuelve hacia el público—, y créanme, señoras, es realmente glorioso —se abanica la cara poniendo expresión soñadora antes de volverse de nuevo hacia Josh—, hay una emotiva historia detrás.

—Desde luego. —Josh cambia de postura en el sofá—. Como muchas otras personas que tienen autismo, Austin luchó por aprender a reconocer y entender las emociones de los demás, pero a un nivel extremo. Trataba muy mal a todo el mundo, se encerraba en la biblioteca días y días para investigar el comportamiento de los seres humanos «normales» y se machacaba en el gimnasio por las noches, casi hasta morir. Le servía para liberar tensiones. No interactuaba con nadie hasta que conoció a Wendy. —Josh sigue hablando sobre el trasfondo del personaje, el trabajo de investigación que hizo antes de interpretarlo, y el entreno al que se sometió para estar en plena forma—. Seis horas al día, tío. —Flexiona el bíceps, que se le marca claramente a pesar del traje, provocando un nuevo alboroto entre el público—. Y me he hartado a comer huevos. No quiero volver a ver otro huevo en toda mi vida. —Se estremece.

—Bueno, creo que todos estamos de acuerdo en que tanta disciplina ha valido la pena.

Graham carraspea y sonríe a cámara con descaro. Charlan un poco más y luego pasan el tráiler de la película, por si no hubiera tenido ya suficiente tortura. Josh con gafas. Y luego, desnudo, visto por detrás. El público se vuelve loco, igual que mis entrañas.

—Madre del amor hermoso... —susurra Matilda, dándome unas palmadas en el muslo, sin mirarme, a ciegas.

—¿Y qué has estado haciendo en Londres? —pregunta Graham cuando el público se ha calmado un poco y han dado la fecha del estreno de la película—. ¿Te gusta estar aquí?

—Adoro Inglaterra —dice con convicción—, me gusta la comida, la gente...

—Un pajarito me ha contado que estuviste nada más y nada menos que con la familia real.

Siento que la sangre se me retira de la cara por completo mientras Matilda vuelve a darme palmadas sin parar, tan concentrada en la entrevista como yo.

¿Cómo demonios se ha enterado de eso? Josh se revuelve en el sofá, buscando la manera de salir del paso con elegancia.

—¿Te refieres a la fiesta en los jardines?

—No era una fiesta cualquiera, era la celebración del trigésimo cumpleaños de la princesa Adeline en el palacio de Claringdon. ¿Cómo conseguiste entrar ahí *de estrangis*?

Al ver que Josh se relaja un poco, le doy a mis pulmones la orden de volver a llenarse de aire.

—¿*De estrangis*?

Graham se echa a reír.

—Sí, *colarte*.

—Ah, vale. —Josh coge el vaso de agua y da un sorbo—. Es que los europeos tenéis palabras muy curiosas.

—¿Así que has estado familiarizándote con nuestro vocabulario? ¿Qué palabras has aprendido? Danos algún ejemplo.

—Llamáis *patatas fritas* a las *chips* —responde, haciendo reír a Graham— y *bragas* a los *calzones*.

Mis ojos se abren como platos y Graham salta como un resorte.

—¿Has visto algunas bragas durante tu estancia en Londres?

—Por desgracia, no. —Josh se sacude la descarada pregunta de encima con un gesto de la mano.

—Estoy seguro de que podremos ponerle remedio a eso.

Graham mira al público y las mujeres empiezan a chillar mostrando su acuerdo.

—Yo lo vi primero —les dice, chasqueando la lengua y poniendo los ojos en blanco. Luego se vuelve hacia Josh—. ¿Por dónde íbamos? Tanto hablar de bragas, me despisto.

—El palacio.

—Ah, el palacio, es verdad. ¿Cómo lograste entrar? ¿Escalaste los muros, cavaste un túnel...?

Josh sonríe y deja el agua en la mesita.

—Mi padre también está en Londres, en visita de trabajo por temas políticos. Su majestad el rey Alfred y él se conocieron durante su juventud en el ejército y han mantenido el contacto. Fui como acompañante de mi padre.

—¿Sabes? A mí también me invitaron.

—¿Y por qué no fuiste?

—Como muestra de protesta.

—¿Contra qué? —le pregunta Josh, genuinamente interesado.

—El rey ha vuelto a dejarme fuera de la lista de condecoraciones. —Suspira, exasperado.

—Vaya, qué fastidio.

—¿Podrías hablarle al rey de mí?

Josh se echa a reír, y es un sonido celestial.

—Sin problemas.

—Genial. Te invitaré a la fiesta cuando me nombren caballero. Pero, hablemos de ti. Has sido elegido el hombre más sexy del planeta. Has ganado un Oscar, que se dice pronto. Probablemente tienes más dinero que Dios mismo y un cuerpo que podría rivalizar con el de un gladiador.

—Gracias —contesta Josh, riéndose.

—¿Qué hay, pues, de tu vida amorosa? —Graham suelta la bomba y se echa hacia atrás, esperando.

—¿Qué quieres saber exactamente? —La risa de Josh se ha vuelto nerviosa.

—La prensa siempre está especulando, Josh. Vemos fotos tuyas con una mujer, luego con otra, y otra...

—Ya veo que vas al grano.

Josh cambia de postura en el sofá y yo me tenso. Sé que Matilda lo nota porque se vuelve hacia mí. Yo permanezco con la vista clavada en la pantalla, apretando la copa con fuerza. Josh se aburre enseguida; que no se me olvide.

—¿Hay alguien especial en tu vida? —insiste Graham.

Josh mira a cámara y yo me echo hacia atrás, con la vista fija en sus ojos.

—No hay nadie especial —le comunica al mundo entero, antes de volverse hacia el presentador.

No sé cómo interpretarlo. ¿Me está diciendo que no hay nadie especial en su vida aparte de mí, o me está diciendo que yo no soy nadie especial en su vida? No lo sé, y odio, odio, odio la necesidad que tengo de saberlo.

—Apaga eso.

Le quito el mando a Matilda antes de que pueda obedecer mi abrupta orden, y apunto con él hacia la pantalla mientras aprieto el botón con firmeza. La pantalla se apaga, dejando el salón en silencio... aunque no por mucho rato.

—Cuéntamelo todo —dice Matilda, que se vuelve hacia mí.

Y yo me rindo a la presión. Necesito hablar con alguien; alguien en quien pueda confiar y que no sea mi chófer. No es que se lo haya contado a Damon, pero es que el pobre hombre se entera de las cosas aunque no quiera, porque es prácticamente mi sombra. Y me estoy volviendo loca.

—Cuando vino a la fiesta privada en casa, acabamos en mi habitación.

Tengo los ojos fijos en el regazo, pero un rápido vistazo de reojo me confirma que he dejado a Matilda con la boca abierta.

—Dijiste que estabas cansada; que te ibas a la cama.

—Y me fui a la cama, con él. —Me encojo de hombros—. Y ayer se presentó en los establos.

—Te gusta.

Me echo a reír, pero, en vez de responder, me zambullo en el refugio del champán.

—Ya me conoces; no me encariño de nadie. Sería absurdo.

—Te estás enamorando de él —afirma, sin venir a cuento, y me la quedo mirando, desconcertada.

—Eso es totalmente ridículo; apenas lo conozco.

—Te estás enamorando de él.

—¿Puedes dejar de decir eso?

Cojo la botella de Moët y me pongo a beber a morro.

—Adeline, sé perfectamente que tú nunca te encariñas de los hombres con los que... —se interrumpe para buscar la palabra correcta.

—¿Follo? —propongo.

—Compartes tu tiempo.

—¿Ves? Tú serías mucho mejor princesa que yo.

Brindo por sus buenos modales y vuelvo a sorber de la botella.

—A lo que me refiero es que tú nunca te encariñas de esos hombres porque ya sabemos lo que pasaría si lo hicieras. Si no te los quitas tú de encima, lo harán los hombres del rey.

—Nunca he conocido a un hombre de quien me apeteciera encariñarme —murmuro, sin alejar mucho la botella de la boca.

—Porque no te das permiso para hacerlo. Pero Josh Jameson te ha tomado por sorpresa, ¿o no? Y ahora te estás volviendo loca, porque te estás enamorando de él y es evidente que nunca podrás tenerlo en tu vida. —Matilda se echa a reír, pero se detiene en seco y niega con la cabeza, asustada—. Dios mío, si se entera el rey, se enfurecerá.

—Gracias por recordarme mi bonita realidad.

—De nada. ¿Qué piensas hacer?

—Nada.

Cojo otra revista y empiezo a hojearla, como si la mente no me fuera a toda velocidad y no tuviera el corazón desbocado.

—Y no me estoy enamorando de él. Solo me he estado divirtiendo un poco, ya que es tan difícil pasar un buen rato por aquí. Se marcha la semana que viene.

—Bueno, no hace falta que te recuerde que estás en terreno peligroso —dice, y se deja caer en el sofá y apoya los pies en la mesita.

No, no lo necesito, pero lo cierto es que esto es distinto de las arenas movedizas en las que suelo moverme. No estoy actuando por pura rebeldía ni para demostrarme a mí misma que soy una mujer independiente que hace lo que quiere. No, esta vez, estoy adentrándome en esta ciénaga porque me apetece. Sé que no tiene ninguna lógica. Sé que en cuanto se corra la voz de que estoy liada con Josh Jameson y se enteren en palacio se tomarán las medidas necesarias para que no pueda volver a acercarse a mí. Y, por primera vez en mi vida, me preocupa lo que puedan hacer el rey y sus secuaces.

¿Por qué? ¿Por qué me importa ese hombre? Me llevo una mano al pecho y me lo froto; no me gusta el dolorcillo que se está instalando ahí. ¿Me importa? Pero si apenas lo conozco. No, me gusta, eso es todo. Es normal que me guste porque es un hombre divertido. Sonríó al recordar el rato que pasamos juntos en mi habitación entre pañuelos, cinturones y una tiara. Pero luego mi sonrisa muere cuando recuerdo el paseo a caballo. Josh es un hombre de múltiples facetas y, de momento, me gustan todas. Hacía tiempo que no me divertía tanto como a su lado. Mucho tiempo. En realidad, nunca había disfrutado así, porque, tal como dijo Josh, a su lado me divierto de verdad, no tengo que fingir nada.

Me quedo mirando la pantalla apagada y veo sus ojos clavados en los míos mientras anuncia al mundo que no hay nadie especial en su vida. Y no puedo evitar volver a preguntarme si se estaba dirigiendo a mí. Y, si fuera así, ¿qué demonios pretendía? Suelto un gruñido y dejo caer la cabeza hacia atrás. Me estoy obsesionando demasiado. Estoy celosa, celosa de todas las mujeres que han pasado por su vida. De todas las que se han colgado de su brazo en las alfombras rojas, de todas con las que ha trabajado, porque ninguna de ellas ha tenido que esconderse para poder estar con él.

Pero ¿qué tonterías estoy pensando? ¿Qué más da todo eso? John me advirtió que se aburría enseguida de las mujeres. ¿Se ha cansado ya de mí? ¿Tan pronto?

Olive entra con una bandeja. Me siento y veo que trae un plato cubierto por una campana metálica.

—Gracias, Olive, pero le dije a Dolly que no íbamos a cenar —le comento, mientras ella deja la bandeja en la mesita.

—No lo ha preparado Dolly, señora.

—¿Ah, no? Y entonces ¿quién ha sido?

—Lo han traído a domicilio; ya venía preparado.

—¿Cómo?

Miro a Matilda sin dar crédito. ¿Comida a domicilio servida en el palacio de Kellington?

—Seguridad ha revisado el paquete, señora. No iban a permitirle el paso, pero Damon dijo que era seguro. —Se dirige a la puerta—. Volveré luego a recoger los platos y me iré a dormir.

—¿Qué es? —pregunta Matilda, pero no le respondo porque en ese momento suena mi teléfono.

—No lo sé.

Mientras levanto la campana que cubre el plato, respondo al teléfono.

—¿Hola?

—Buenas noches. —Su voz ronca envía unas descargas de placer que van a parar directas a mis nervios.

Sin fuerza en la mano, la campana cae ruidosamente sobre el plato.

—Buenas noches.

Me echo hacia atrás en el sofá, olvidándome por completo de la comida sorpresa que acabo de recibir. Matilda me da una palmada en la otra mano, y yo la miro y asiento, confirmándole que sí, que la llamada es de quien se imagina. Leo en su expresión una mezcla de excitación y pánico, que es un poco como me siento yo ahora mismo.

—¿Cómo estás? —pregunto.

Él se ríe por lo bajo; su risa es como un buen whisky, intensa y con cuerpo.

—Acaban de interrogarme en directo en televisión. Ahora, con una copa en la mano, estoy bien.

No digo nada sobre la entrevista; no quiero que descubra que la he visto.

—Suena bien.

—¿Alguna vez has tomado una hamburguesa?

—¿Disculpa?

—Una hamburguesa. ¿Las has probado?

—¿Me llamas para preguntarme eso?

—Apuesto a que cenas a la carta todas las noches. Seguro que nunca le sirven hamburguesas de queso grasientas a la princesa.

Su tono de voz me molesta.

—Pues claro que he probado las hamburguesas.

—No sabrás lo que son las hamburguesas hasta que no hayas probado mi hamburguesa de queso favorita, extragrasienta. Espero que tengas hambre.

Me echo hacia delante y levanto la tapa. Debajo encuentro una enorme y chorreante hamburguesa de queso, ensartada con un pinchito de pepinillos con la bandera de Estados Unidos en el extremo.

—¡Uau, qué pinta! —exclama Matilda, que se echa hacia delante y se apodera de unas cuantas patatas.

—¿Me has enviado tu hamburguesa favorita? —pregunto, sin poder apartar los ojos del plato. No me lo puedo creer.

—¿Te estás estremeciendo al verla? ¿Es demasiado cochinada para ti?

Sé que me está hablando de la hamburguesa, pero en sus palabras hay un deje erótico que no se me escapa, y que me está poniendo mala.

—Creo que nunca había visto una tan grande y cochina.

Me levanto para alejarme de Matilda, que sigue comiendo patatas fritas.

—Toda mujer necesita comerse una bien grande de vez en cuando. Cuanto más grande y más mala para la salud mejor, alteza.

—¿Me estás diciendo que eres malo para mí? —Voy directa al grano, aunque conozco la respuesta.

Por supuesto que es malo para mí. No es miembro de la realeza, para empezar.

—Creo que somos malos el uno para el otro.

—Creo que tienes razón. Pero entonces ¿por qué me has enviado la hamburguesa? ¿Es una especie de última cena o algo así?

—Me lo pasé muy bien ayer.

El cambio de tema es tan brusco que cierro los ojos, sintiendo que esta es su manera de decirme adiós. El mensaje de hace un rato, mirando a cámara, iba dirigido a mí. No soy nadie especial; ya se ha cansado de mí. La hamburguesa es una ofrenda de paz. Acaba de decirme que se lo pasó bien ayer y, aunque no lo ha dicho en voz alta, he oído el *pero* que venía después. Sé que nos está haciendo un favor a los dos. No lo culpo. Sé que el sexo es solo sexo y él solo necesita chasquear los dedos para acostarse con quien le apetezca, sin tener que

actuar a escondidas y sin necesidad de enfrentarse a la ira de la corona británica. ¿Cómo no entenderlo? Al menos ha tenido la decencia de llamarme para despedirse.

—Fue bonito mientras duró —digo, y corto la llamada antes de que Josh pueda pronunciar las palabras que no quiero oír, por mucho que me repita que es lo mejor para todos.

Es mucho mejor dejarlo aquí antes de que me encariñe demasiado. Y debo ser yo la que ponga fin a la relación porque así mantengo el control. Lo que no entiendo es por qué siento que mi corazón se está hundiendo en el océano. Es un misterio y un fastidio. Pero, aunque odio reconocerlo, sé que él tiene razón. Somos malos el uno para el otro. Esto es lo mejor que nos puede pasar. Dejarnos ir antes de que crezca algo entre nosotros que no podamos soltar. Listo. Me sacudo el polvo de las manos.

—¡Mierda! —exclamo, y lanzo el móvil contra uno de los sofás.

—No te estás enamorando de él, ¿verdad? —pregunta Matilda, antes de meterse otra patata frita en su boca de tarada.

Cierro los ojos y me esfuerzo por volver a la Tierra tras el corto período que he pasado volando entre las nubes.

«Ante todo eres una princesa, Adeline. Luego, una mujer».

Y a mi corazón, que le den.

9

No me comí la hamburguesa. Mi estómago no lo habría tolerado, y no porque mi pancita real no esté acostumbrada a ese tipo de comida, sino porque estaba mareada. Matilda, en cambio, no tuvo el menor reparo en zampársela de unos pocos bocados. Y luego me aseguró que, efectivamente, era la mejor hamburguesa que había probado en su vida, aunque estuviera un poco fría por culpa de los controles de seguridad. Pero, vaya, que tampoco es que haya probado tantas...

Me fui a la cama y di vueltas durante buena parte de la noche. Cada vez que rozaba una de las marcas que me dejó de recuerdo, la sangre me latía con más fuerza al acordarme de él.

Cuando al fin llegó la mañana, me estaba volviendo loca. Por eso, cuando Kim apareció con un perchero lleno de vestidos, cortesía de Victoria Beckham, agradecí poder distraerme con algo. Pero no podía desnudarme delante de Jenny y de Kim, así que las hice salir de la habitación antes de empezar a probarme los modelos. Me puse los diez vestidos, dos veces cada uno. Caminé por la suite y los combiné con una docena de zapatos distintos, decidida a alargar la tarea lo máximo posible. Así podría cenar pronto y matar el resto de la jornada en mi despacho, revisando correspondencia oficial y otras cartas que hubieran pasado el control de seguridad y hubieran llegado a mi mesa.

A las cinco en punto di por conseguido mi objetivo, aunque Kim y Jenny parecían perplejas mientras recogían los vestidos que había tirados por todas partes y los zapatos desaparejados antes de meterlos en las cajas y guardarlos en el vestidor.

Dolly siempre sirve la cena a las seis y, cuando llego, veo que ha puesto la mesa para dos personas.

—¿Quién viene a cenar? —le pregunto a Olive, mientras deja ante mí un plato de salmón al vapor, decorado con mucho gusto, antes de servirme el agua

mineral.

—El príncipe Edward, señora. Vendrá enseguida.

Olive sale del comedor justo cuando Edward entra por las puertas situadas en el extremo opuesto de la sala.

Sonrío al verlo, aliviada por no tener que quedarme a solas con mis pensamientos durante la cena. Recorre el enorme comedor hasta que llega a mi lado. Va vestido con unos vaqueros oscuros y una camisa de Vivian Westwood.

—Buenas tardes, hermanita.

Me da un beso en la mejilla y se sienta frente a mí, a dos metros de madera resplandeciente de distancia.

—Buenas tardes.

Espero a que Olive sirva la cena a Eddie antes de coger los cubiertos y cortar el salmón, aunque está tan tierno que apenas tengo que hacer fuerza. Me quedo observando el plato fijamente y la carne rosada se transforma en una hamburguesa grande y jugosa, aderezada con pepinillos y rezumando queso. Se me hace la boca agua y mi mente vuela muy lejos de aquí. Malo. Es muy malo para mí. Debería empezar a tomar mejores decisiones.

—¿Adeline?

Alzo la vista hacia Eddie, que me está mirando con los cubiertos en la mano, listo para empezar a cenar.

—Lo siento, estaba distraída.

Eddie corta una patata lentamente mientras yo tomo el primer bocado de salmón.

—¿Qué has hecho hoy? —me pregunta.

—Me he probado vestidos. Voy a inaugurar una galería el viernes por la noche, en favor de una organización benéfica a la que apadrino.

—Te veo eufórica.

Me doy cuenta de mi falta de entusiasmo y trato de rectificar.

—Es una organización fantástica.

Fracaso estrepitosamente.

Eddie deja los cubiertos en la mesa, coge el vaso de agua y se echa hacia atrás en la silla.

—Vamos, cuéntame qué te pasa.

Suspirando, yo también dejo los cubiertos. Tengo un nudo en el estómago que me impide comer.

—No sé cuánto tiempo más voy a aguantar. Tú lo tienes bien. Sales a

cumplir tus misiones, sirves al país, tienes un objetivo en la vida, pero yo no. Bueno, sí, pero el objetivo que se me ha asignado consiste en casarme con un hombre por el que no siento nada, tener unos cuantos niños y ser una esposa complaciente. Gracias, pero eso no es para mí.

Eddie me dirige una mirada compasiva, esa que me lanza cada vez que me recuerda que no tenemos escapatoria. No soy dueña de mí misma, soy propiedad de la familia real. Lo único que importa son sus expectativas, sus tradiciones, sus obligaciones.

—El pueblo te adora.

—El pueblo adora a la princesa refinada pero rebelde, que no se casará hasta que encuentre al hombre adecuado. Pero no adorarían al zorrón que se acuesta con hombres con los que no debería.

—Adeline, no eres ningún zorrón, déjate de tonterías. ¿Qué pasa? ¿Por qué estás así? Siempre has sido una mujer segura de ti misma.

—Lo que me pasa es que estoy harta de fingir, Eddie. Yo no soy ninguna de esas mujeres: no soy el zorrón, pero tampoco soy la princesa refinada, ni...

—Eres la princesa a la que el pueblo adora, la mujer de espíritu libre. Todos sabemos que si alguna vez tomas una decisión equivocada es por tu espíritu rebelde, pero no necesitas pasarte el día de fiesta salvaje en fiesta salvaje para dejar eso claro. Lo único que vas a ganar con eso es una resaca tremenda.

—¡Mira quién fue a hablar! —Recupero el tenedor y pincho el salmón—. Tus fiestas son más salvajes que las mías.

—Yo bebo con mis colegas.

—Ah, claro; me olvidaba de que los escándalos del príncipe soldado están socialmente aceptados. Pero no te olvides de que, bajo ninguna circunstancia, voy a casarme con Haydon Sampson y eso ya me convierte en la princesa rebelde; no necesito las otras cosas para ganarme esa fama.

—¿Qué otras cosas?

—Los hombres, la bebida, las fiestas...

Mierda. Ojalá hubiera quedado con alguien esta noche. Así estaría distraída con otras cosas y no tendría que estar enfrentándome a todo lo que hace aguas en mi vida, sentada en un rincón de un lujoso comedor diseñado para albergar a cientos de personas, tratando de no desentonar con el entorno.

Qué tonta he sido de alegrarme al ver a Eddie.

—Da igual, dejemos de hablar de mí y de mis penas. ¿Qué tienes previsto hacer mientras dure tu permiso?

—Ir a la inauguración de la galería, el viernes.

—¿Perdona?

—Que te acompañaré.

Enderezo la espalda.

—¿En serio? ¡Ay, Eddie, me encantaría!

—Y a mí me encantará acompañarte.

Sigue cenando y yo lo imito, porque acabo de recuperar el apetito.

—Por la mañana iré a la Asociación de la Marina Real —me explica—, a reunirme con los familiares de los soldados caídos por la patria, pero volveré con tiempo de sobra.

—¿Te gusta ir a ese tipo de actos? —le pregunto mientras me llevo un trozo de espárrago a la boca y lo mordisqueo—. ¿No son terriblemente deprimentes?

—Son actos tristes, claro, pero lo que importa es que las familias sepan que la pérdida que han sufrido no ha sido en vano. Hay una gran red de apoyo que no los abandona. Ya sabemos que nada compensa la pérdida de un ser querido, pero bueno... —Se encoge de hombros—. Deben saber que son héroes.

Vuelvo a comer con una sonrisilla triste en los labios. Yo aquí quejándome de las constricciones de mi vida cuando no debería hacerlo, al menos tengo una vida.

—¿Sabías que nuestro padre conoció al senador Jameson cuando estuvo en el ejército? —Por lo más sagrado, no sé a qué diablos ha venido esto.

—Sí, lo sabía.

Eddie me dirige una sonrisa interesada y yo trato de mantenerme impasible.

—¿Por qué me lo preguntas?

Bajo la vista hacia el plato.

—Por curiosidad.

—Por curiosidad —repite él.

Suelto los cubiertos y exhalo con fuerza. No lo soporto más.

—¿Por qué invitaste a Josh Jameson a la fiesta?

—Por fin llegamos al fondo del problema. —Eddie sigue mi ejemplo y suelta también los cubiertos—. ¿Por eso estás tan deprimida?

—No estoy deprimida.

—¿Qué pasó entre vosotros?

—Nada.

Tomo la servilleta que tengo en el regazo, la doblo y la dejo junto al plato, dirigiéndole una sonrisa tímida.

Eddie alza tanto las cejas que casi se le juntan con el pelo.

—¿Nada?

—Nada.

—Te has colado por él.

Suelto un resoplido.

—No digas tonterías. ¿Para qué iba a colarme por nadie? ¿No ves que el rey se encargaría de alejar de una patada en el culo al que se atreviera a acercarse a mí?

—Vaya, así que ahora no estás jugando con algo que no puedes tener; ahora deseas algo que no puedes tener. —Se echa a reír y el sonido, unido a lo que acaba de decir, se me clava en el pecho como un puñal—. Cómo ha cambiado el juego, Addy.

Me levanto, dispuesta a poner fin a esta absurda conversación.

—Estás muy equivocado, Edward.

Mis palabras solo sirven para que se ría con más ganas.

—Addy, solo me llamas *Edward* cuando te pones a la defensiva.

—Buenas noches, hermano.

Me marcho del comedor, furiosa, y lo oigo suspirar.

—¿Adeline?

—¡¿Qué?! —grito, desde la puerta.

Me está mirando muy serio. No me gusta; no me gusta nada.

—Olvídate de él antes de que te obliguen a hacerlo.

Inspiro bruscamente, y entro en un duelo de miradas con mi querido hermano, pero lo único que le digo es:

—Estaré en mi despacho.

Me vuelvo y me alejo con las piernas temblorosas. Cuando llego a mi despacho, me dejo caer en la silla como si fuera un ladrillo. Me pesa el cuerpo, pero todavía me pesa más el corazón. Me pesa la vida.

«No pienses, no pienses, no pienses».

Me acerco la caja de la correspondencia y hojeo los papeles. Encuentro el itinerario del viaje a Madrid, los planes detallados de la inauguración del viernes, una petición para que vaya de visita a un refugio municipal para mujeres. Lo suelto todo, incapaz de centrarme en nada con la mente como la tengo. Apoyo la cabeza en las manos, me encorvo y me hundo cada vez más en la desesperación.

Josh Jameson ha sido como poner un trapo rojo delante de un toro. Era una amenaza y lo sabía. Sabía que solo podía permitirme un poco de diversión con

él, y está claro que él ha sabido hacerlo. A la mañana siguiente de nuestro «juego», me llamó sin parar hasta que finalmente me localizó en los establos. Anoche le di las gracias por todo y me despedí antes de que él pudiera hacerlo. Y no he vuelto a saber nada de él.

«Creo que nunca podría cansarme de ti, cariño», me dijo. Bonita frase, pero fue solo eso, una frase bonita. ¿Acaso me lo creí? ¿En qué estaba pensando? ¡Maldita sea! ¿Qué esperaba que pasara entre nosotros?

Aparto esas ideas de la cabeza. ¿Qué más da ya? Se ha terminado.

10

—¿Está lista, señora? —me pregunta Damon, al verme bajar la escalera, preparada para pasar una mañana en los establos, seguida de una tarde en los establos.

Voy a pasar allí todo el tiempo que pueda hasta que sea hora de volver para prepararme para el evento de esta noche.

—¿Por qué dejaste pasar la hamburguesa por el control de seguridad? —Lo miro, disgustada.

Damon no vino ayer, así que no he podido preguntárselo hasta ahora. A ver qué responde.

Se encoge de hombros.

—Tenía una pinta espectacular. Y sabía que el señor Jameson no iba a ponerle veneno.

Me río en voz baja mientras meto los brazos en las mangas de la chaqueta Barbour que Olive sostiene en el aire. Luego me da la bandolera.

—Gracias, Olive.

Me siento en el asiento de atrás y saco el móvil. Tengo una llamada perdida de Josh. Y un mensaje en el buzón de voz. ¡Y yo que pensaba que no iba a volver a ponerse en contacto! Con el corazón desbocado, hago desaparecer las notificaciones de la pantalla al ver que Kim baja la escalera.

—¿Va todo bien? —le pregunto.

—No localizo a Sabina para avisarla de que se dirigen hacia allí. —Kim vuelve a marcar y refunfuña cuando de nuevo le salta el buzón de voz—. Le he dejado un mensaje; espero que lo vea antes de que lleguen.

—No me importa ensillar a *Stan* yo misma.

—Tal vez tenga que hacerlo. —Kim me entrega una hoja de papel—. Es el horario de esta noche. La llegada al evento es a las ocho, es decir, que tendrá que

salir de aquí a las siete y media como muy tarde. Jenny vendrá a las cuatro para peinarla y maquillarla.

¿A las cuatro? Me quedan siete horas por matar.

—Por favor, avisa a Dolly de que comeré en las caballerizas.

—De acuerdo. El vestido está listo. ¿Ha elegido ya los zapatos?

Vuelvo a pensar en las opciones.

—No lo sé —admito—. El vestido necesita unos zapatos de tacón. Los Jimmy Choos le quedarían perfectos, pero son negros y ese vestido está pidiendo unos zapatos rojos a gritos.

Kim pone los ojos en blanco ante mi sugerencia tan poco sutil.

—Me ocuparé de conseguirlos en rojo.

Le dirijo una sonrisa agradecida.

—Te quiero.

La mirada que me lanza es de lo más sarcástica.

—¿No podía habérmelo dicho cuando se probó el vestido? —se lamenta, y se dispone a llamar por teléfono, sin duda a aquella persona que siempre lo consigue todo.

—Nos vemos a las cuatro.

Subo la ventanilla y Damon se pone en marcha, pero, en vez de girar a la izquierda cuando cruza la verja, gira a la derecha. Me echo hacia delante en el asiento para decirle:

—A los establos, Damon.

Él me mira por el espejo retrovisor y leo una disculpa en sus ojos.

—Ha llamado el mayor Davenport, señora. El rey quiere verla.

Gruño y me hundo en el asiento. Acabo de salir de Kellington y el día ya ha empezado a empeorar. Esto no pinta bien. La única razón para que Davenport se ponga en contacto con Damon es para que mi chófer me lleve al palacio de Claringdon sin excusas. A diferencia de mí, Damon no puede negarse. Para él supone perder el empleo.

—¿Para qué quiere verme?

—Yo no hago preguntas, solo cumplo órdenes.

Damon mantiene los ojos clavados en la calle.

Miro por la ventana, tratando de sacar fuerzas de algún sitio para recibir otra bronca relativa a Haydon. ¿O será por el banquero?

Me sorprende que Davenport no esté esperándome cuando llegamos al palacio de Claringdon. En vez de él, es Sid, el mayordomo, quien me aguarda con paciencia.

Damon abre la portezuela y yo lo miro, con el culo pegado al cuero del coche. Me dirige una pequeña sonrisa para animarme, pero no funciona.

—Señora —insiste, sutilmente.

—Gracias, Damon.

Suspiro y salgo del coche a regañadientes. Inspiro hondo y pongo una bota de montar delante de la otra hasta llegar a lo alto de la elegante escalinata.

—Buenos días, Sid —lo saludo al pasar, y entro en el gigantesco y ajetreado vestíbulo del que es el hogar de mis padres.

Miembros del servicio cruzan los pulidos suelos de mármol, todos impecablemente vestidos con sus uniformes reales. En un minuto me encuentro con un par de docenas de empleados, lo que no es nada, teniendo en cuenta que la plantilla consta de unos quinientos. No todos ellos, pero sí una parte, viven en las noventa habitaciones del servicio. Sus vidas consisten en servir a la familia real, de un modo o de otro.

—Alteza —me dice Sid, cuando me alcanza—, por aquí.

Mientras camino tras él, no puedo evitar poner los ojos en blanco. «¿Por aquí? ¿En serio? Como si no conociera cómo llegar al despacho de mi padre».

—¿Cómo está, Sid?

—Muy bien, señora.

Eso es todo lo que voy a obtener de él, como siempre, nada con lo que iniciar una conversación.

—Su majestad la está esperando —me informa, mientras subimos la escalera que lleva al enorme descansillo de la galería.

—Sí, me imagino, ya que me ha hecho llamar —murmuro, saludando con la cabeza a una de las criadas que, con un montón de sábanas recién planchadas en los brazos, se detiene y se inclina ante mí al verme pasar—. ¿Está mi madre en palacio?

—Sí, señora. Está desayunando, si no me equivoco.

Sid llega al despacho de mi padre y oigo voces al otro lado de la puerta. Voces elevadas. Voces enfadadas. El corazón se me cae a los pies mientras Sid abre la puerta.

—Su alteza real la princesa Adeline de Inglaterra —me anuncia.

Al entrar me encuentro a mi padre andando de un lado a otro y a Davenport

de pie junto a la chimenea, tan tieso y envarado como siempre. El palo que lleva metido por el culo está creciendo, o eso supongo, porque cada vez que lo veo me parece más alto e intimidante. Cuando mi padre se vuelve hacia mí, arruga su redonda cara en una mueca de enfado. No agacho la cabeza por respeto ni por sentido del deber; lo hago para huir de su furiosa mirada, que me ha dejado clavada en el sitio.

—Su majestad —murmuro, mientras con el rabillo del ojo distingo a David Sampson sentado en uno de los sillones de fumador que hay frente al lujoso escritorio de mi padre.

Haciendo un gran esfuerzo, logro no fruncir el ceño. ¿Qué hace aquí el padre de Haydon? Mi preocupación va en aumento cuando veo también a sir Don. ¡Fantástico! Mi padre ha hecho venir a la plana mayor al completo.

—Siéntate, Adeline —me ordena el rey.

Su voz hace que mis pies se pongan en movimiento. Me siento al lado de David y, mientras lo hago, me fijo en que él también parece estar terriblemente enfadado. Pues ya son cuatro contra una.

—¿Va todo bien? —pregunto, apoyando las manos en el regazo.

Nadie dice nada, lo que crea un silencio de lo más incómodo. Antes de que pueda romperlo diciendo cualquier cosa para acabar con esta reunión cuanto antes, mi padre coge algo de la caja roja que llega a su despacho cada mañana. La caja contiene documentación oficial sobre todas las materias que deben ser consultadas con el soberano antes de ser aprobadas o, simplemente, comunicadas. Por eso, cuando me cae un periódico sensacionalista, doblado, sobre el regazo, me quedo sorprendida. Pero luego veo, en la mitad inferior, la foto que ocupa la portada. Reconozco esos vaqueros. El corazón, que se me había caído al suelo, vuelve a subir y se me queda atascado en la garganta. ¡Oh, no! Esas son mis piernas y al lado están las de un hombre cubiertas por unos pantalones de combate. También reconozco el escenario de fondo: es el comedor de Kellington.

Al verme incapaz de moverme, ni siquiera para desdoblar el periódico y confirmar mis temores, David se toma la libertad de ayudarme. Se inclina hacia mí y lo abre. La imagen se muestra ante mí en todo su terrible esplendor. Hago una mueca y contemplo la escena con los ojos casi cerrados, como si de alguna manera así fuera a disminuir el impacto. ¡Dios mío! Ahí estoy, encima de la mesa, con una botella de Belvedere en una mano y un hombre en la otra. Nuestras bocas están firmemente fundidas. El titular dice:

FIESTAS SALVAJES, VODKA A PALO SECO Y ORGÍAS.
ASÍ ES LA VIDA DE UNA PRINCESA CUANDO SE APAGAN
LAS CÁMARAS.

Trago saliva y me alejo del periódico, porque no quiero seguir leyendo. Qué más da, si uno de estos cuatro hombres se va a encargar de ilustrarme sobre el contenido del artículo. Con la cabeza gacha, espero a que el mal humor de mi padre se manifieste en un huracán.

—¡No tienes solución, Adeline! —grita—. ¡Eres una deshonra para la familia real!

Tiemblo ante la dureza de sus palabras, pero no me molesto en defenderme. Sé que no serviría de nada. Seguro que el periodista que lo ha publicado se ha encargado de adornar la noticia cargando las tintas. Seguro que se cita una fuente cercana a mí que no quiere ser nombrada, pero que ha confirmado la información. No importa si la fuente es inventada, si no me conoce de nada o si es alguien que está mintiendo. La gente cree lo que ve escrito, y en ese artículo se me pinta como una princesa descontrolada, alcohólica y adicta al sexo. Sé que lo habrán exagerado todo al máximo.

«¿Cómo ha podido pasar?»

Vi cómo Eddie destrozaba el móvil, y el idiota que hizo la foto fue expulsado del palacio y salió sin él.

—Estamos en una lucha constante contra los republicanos —el rey vuelve a hablar, iniciando lo que sé que será una bronca de las grandes—, y tú no ayudas en nada.

Con el rabillo del ojo veo a David y a sir Don negando con la cabeza. Me cuesta la vida misma mantenerme en silencio.

—¿Y cómo crees que se sentirá Haydon? —continúa mi padre—. Ese chico está esperando pacientemente a que entres en razón y tú sigues comportándote como si no estuvieras prometida.

Aprieto los dientes con tanta fuerza que siento que se me van a romper. La sangre me arde en las venas.

—No estoy prometida a nadie —replico con calma, aunque por dentro tengo un tornado retorciéndome las entrañas.

—Incorrecto —se limita a decir mi padre, apoyándose con las dos manos en el escritorio e inclinándose hacia mí de manera amenazadora—. No voy a seguir

tolerando esto ni un minuto más. Vas a comportarte como lo que eres, una princesa, y vas a cumplir tu obligación como hija del rey, ¿me oyes?

Cierro los ojos e inspiro despacio, tratando de controlar la rabia que se está apoderando de mí.

«No discutas. No respondas. No te va a servir de nada».

Pero lo que tampoco pienso hacer es doblegarme ante esta locura. No voy a aceptar nada, así que permanezco sentada en silencio.

Mi padre coge el periódico y lo tira lejos, resoplando furioso, cada vez más alterado. Un día de estos le va a dar un infarto.

—Davenport, una copa —ordena, sin tan siquiera mirar al mayor.

Debería sentir lástima de él; menuda vida estar constantemente recibiendo los gritos del rey..., pero es la vida que él ha elegido. Ser el secretario personal de su majestad no es tan glamuroso como la gente piensa.

—¿Puedo retirarme?

Me pongo de pie, ignorando las miradas desdeñosas de los cuatro hombres. No me hace ninguna gracia que me miren así, por supuesto, pero al menos estoy agradecida por una cosa: que no son mis encuentros con Josh Jameson la causa de esta reunión. El soldado que aparece en la foto recibirá su castigo por haberse atrevido a besar a una princesa. Lo expulsarán del ejército y buscarán información comprometedor en su pasado. Y si no encuentran suficientes secretos, se los inventarán. Dirán que es un defraudador o algo por el estilo; lo que sea con tal de desacreditarlo y dejarme a mí en buen lugar. Dirán que me echó droga en la bebida, que me engañó o incluso algo peor. Y prefiero no imaginarme qué le pasará a la serpiente que vendió la foto a la prensa.

—Una cosa más.

Mi padre se deja caer en su silla y saca un puro de la brillante caja de teca que tiene junto al teléfono. Corta la punta con el cortador de puros, lo enciende y da una calada profunda antes de relajarse.

—Colin Sampson murió anoche —lo dice sin emoción, como si no acabara de comunicarme que Sabina ha perdido a su esposo, David a su padre y Haydon a su abuelo.

—¿Qué? —Miro a David, esperando ver en su rostro una expresión de dolor, pero lo único que encuentro es indiferencia—. David, lo siento mucho. ¿Cómo está Sabina?

—Afligida.

Siento mucha pena por ella.

—¿Y Haydon?

—¿Le importa?

—¡Por supuesto que me importa! —respondo, muy ofendida.

Que no lo ame y no quiera dirigirme al altar de su brazo no significa que no me importe.

—En ese caso, tal vez podría demostrárselo estando a su lado en un momento tan duro.

«Vaya, uf».

¿El padre de David acaba de morir y él está aprovechándose de la circunstancia para empujarme en brazos de su hijo?

—Por supuesto. Lo llamaré enseguida. Y a su madre.

David inspira, alzando la cabeza con desdén, y aparta la mirada.

—Tal vez su compasión y apoyo sirvan para redimirla a ojos de mi hijo después de la deshonra que ha traído a esta familia.

«¿A esta familia? ¿Perdón?» ¿Por qué habla como si él fuera un miembro más de esta familia?

—Buenos días. —Fuerzo una sonrisa y me dispongo a marcharme, antes de que pierda la poca paciencia que me queda y suelte algo inapropiado.

—Hablaremos otra vez cuando hayas tenido tiempo de reflexionar sobre tus actos —dice mi padre, en un tono seco y cortante.

Apoyo una mano en el tirador de oro macizo.

—¿Por qué haces esto? —le pregunto, entre dientes.

Él me ignora, volviéndose hacia Davenport, que le entrega su copa, dando nuestra conversación por terminada. Coge algunos papeles de la caja roja, los mira por encima y los vuelve a soltar.

—¿Qué tengo que leer sin falta? Me gustaría ir al campo de tiro.

—Señor.

Davenport se acerca a la caja y saca una carpeta. La abre y se la ofrece.

—Estos papeles requieren su firma.

Dejo a mi padre firmando papeles sin saber qué está firmando y cruzo la puerta hirviendo de furia, no solo por mí sino por Sabina y su familia. Colin sirvió a mi familia durante años y mi padre lo trata como si fuera un extraño. A estas alturas de mi vida cualquiera podría pensar que tendría que ser una experta en el arte de disimular mis emociones, que debería haber aprendido a llevar siempre una máscara inmutable de serenidad, pero hoy me han atacado por algo que nunca debió salir en la prensa. Cuatro hombres odiosos me han juzgado y

me he sentido totalmente amordazada. Piensan que la única manera de limpiar mi reputación es casándome con Haydon.

«Si me acepta», ha dicho su padre.

Esto es insufrible. Siento como si me aplastaran el corazón y una vez más pienso en lo horrible que debe de ser estar atrapado en un matrimonio sin amor, como tantos miembros de mi familia. Nunca me van a permitir casarme con alguien que no pertenezca a este pequeño y asfixiante círculo. Hasta ahora nunca me había dado cuenta del coste real: mi corazón. Pero ahora soy consciente y estoy muy preocupada por mi futuro. Y como si fuera un presagio o algo parecido, mi móvil me anuncia que Josh me está llamando. Rechazo la llamada y me paso unos segundos contemplando el gigantesco retrato de mi abuelo que cuelga de la pared de enfrente, el anterior rey de Inglaterra, con la noble nariz apuntando en el aire y el robusto cuerpo engalanado con terciopelo rojo. Al igual que mi padre, su sucesor, mi abuelo siempre se ocupó de que la familia diera una imagen perfecta para obtener el favor de los monárquicos, sin preocuparse por la felicidad de sus miembros. La nuestra es una vida de servicio. Estamos aquí para servir, es así de simple.

—¿Alteza?

Pestaño y veo que el doctor Goodridge se acerca.

—Me alegro de que haya venido —murmuro, apartándome de la puerta—. A su majestad le vendría bien un Valium.

Sid frunce los labios y el doctor el ceño mientras paso por su lado, de vuelta al coche. Por el camino llamo a Kim.

—Acabo de verlo —me dice cuando responde—. Felix está al borde del colapso.

—¿Cómo puede ser que no nos hayamos enterado?

—El editor de *The National* es un republicano acérrimo y lo grita a los cuatro vientos a la menor ocasión. No podemos controlarlo.

—Pues esta vez se ha quedado a gusto gritando —murmuro—. Acabo de salir del despacho de mi padre, donde el barro está mejor considerado que yo ahora mismo.

—Nos han llamado de la revista *Hello!*, y también de varios canales, como la BBC e ITV. Quieren entrevistarte para conocer tu versión de la historia.

—No hay ninguna historia, joder. Besé a un hombre mientras me bebía unos vodkas, por el amor de Dios...

—Bueno, da igual, porque el rey ha vetado cualquier entrevista.

—¿Están preparando una nota de prensa?

—Sí, van a decir algo como que están muy disgustados porque un editor que odia a la familia real ha convertido una fiesta de cumpleaños inocente en algo sórdido.

Me echo a reír.

¿Sórdido? Pues si supieran lo que pasó después... verían que es cierto que la parte de la fiesta que ha aparecido en los medios de comunicación fue de lo más inocente.

—Me imagino que la prensa está sacando petróleo de todo esto.

—Bueno, vuelves a ser *trending topic* en Twitter y, la verdad, la mayoría de los comentarios son positivos. Incluso algunos republicanos opinan que eres la más humana de toda la familia, así que no te machaques demasiado.

Resoplo con ironía, pero agradezco que trate de animarme viendo el lado positivo.

—Lo que me preocupa no es lo que la gente pueda pensar de mí; lo malo es que el periodista que ha publicado eso me ha complicado mucho la vida. El rey me va a encerrar en la Torre de Londres y va a tirar la llave.

—Estoy segura de que las redes sociales lanzarán una petición para que la liberen.

Sonrío.

—¿Encontraste los Jimmy Choo en rojo?

—Ya los han enviado.

—Gracias, Kim. Me voy a los establos. Volveré a las cuatro, que no se preocupe Jenny. El marido de Sabina ha muerto esta noche. Quiero enviarle flores y una tarjeta lo antes posible para que sepa que pienso en ella.

—Dios mío, con razón no la localizaba... Yo me encargo.

Kim cuelga y poco después veo a Damon. Por la cara que pone, sé que estaba informado del motivo por el que el rey me ha hecho acudir a palacio.

—Traidor —murmuro, cuando llego a su lado.

—Todavía conserva la cabeza —contesta, con una sonrisilla—. El chico tenía el Dropbox sincronizado con el móvil. El príncipe Edward destrozó el teléfono, pero la foto ya había saltado al ciberespacio. Lo siento.

—No podías saberlo.

Damon asiente con la cabeza indicando un punto a mi espalda. Me vuelvo y veo que Sid baja la escalera.

—Alteza, su majestad la reina Catherine ha solicitado que se reúna con ella

para desayunar.

Trato de que no se me note el desánimo, pero no puedo evitarlo. Quiero alejarme de este asfixiante montón de ladrillos, pero no me veo capaz de decirle que no a mi madre sabiendo que está desayunando sola, como casi siempre.

—La esperaré aquí —dice Damon, mientras desando mis pasos y sigo a Sid hasta el comedor, que hace que el de Kellington parezca diminuto en comparación.

—Adeline. —Mi madre alarga una mano hacia mí—. Gracias por venir.

—No hace falta que me lo agradezcas. —Me agacho para darle un beso en la mejilla y le tomo la mano—. Estaba aquí.

Ella me la aprieta y señala la silla a su lado.

—Siéntate.

Hago lo que me ordena y dejo que me sirvan una taza de té. Mi madre parece tan serena como siempre. Su piel olivácea brilla y lleva el pelo recogido en un moño impecable a la altura de la nuca. Le preguntaría si se ha enterado de lo que ha salido en la prensa, pero es *The National*, todo el mundo se ha enterado.

—Madre. —Suspiro y me dispongo a contarle mis penas, aunque solo sea para quitarme este peso del pecho.

Sé que ella no puede hacer nada, pero, como suele decirse, las penas compartidas pesan menos.

—Mi título simboliza estatus, cariño; no lo confundas con poder. —Mi madre me mira por encima de la hermosa cucharita de plata con la que está trazando una línea sobre el borde de la taza—. Hoy no pienso acercarme a tu padre.

—Lo han exagerado todo, madre.

—Por supuesto, ya lo sé. Eso hace la prensa todos los días. —Se lleva la taza a los labios y bebe delicadamente—. Nuestra relación con la prensa es muy frágil, cariño. Muchas veces pende de un hilo. No debemos tirar de él. Les damos miguitas de información para mantenerlos tranquilos, pero no podemos darles un banquete porque se pasan de la raya.

Cojo el cuchillo, unto un poco de mantequilla en la tostada y le doy un mordisquito, pensando en que no voy a conseguir nada tratando de razonar con ellos, porque la razón no pinta nada aquí. Somos miembros de la realeza, y la realeza cumple con las tradiciones y las expectativas.

—Hemos estado discutiendo sobre nombres de bebé.

Mi madre deja la taza con suavidad sobre la mesa y empieza a jugar con

las perlas que rodean su delicado cuello.

Me río un poco.

—¿Discutiendo? ¿Por qué?

Todos sabemos cómo se llamará ese bebé si es niño y cómo se llamará si es niña. Yo me llamo como la madre de mi padre y mis otros dos nombres son los de mi madre y mi abuela materna. Adeline Catherine Luisa Lockhart. Por lo tanto, si John y Helen tienen un niño, se llamará como su abuelo Alfred y sus otros dos nombres serán John y Harold. Si fuera niña, se llamaría Catherine Helen Elizabeth. Todo el mundo lo sabe, incluso el pueblo. ¿Por qué perder el tiempo hablando de eso?

Mi madre me dirige una mirada cansada, pero no añade nada. Acabamos de desayunar charlando sobre el evento en la galería de esta noche. Mi madre básicamente se preocupa por mi ropa, como siempre. Algo que mi madre y yo tenemos en común, aparte de nuestra apariencia española, es la pasión por la ropa bonita. Aunque mi pobre madre está aún más limitada que yo en lo que a romper moldes se refiere. Tiene muy buen tipo, pero siempre lo lleva oculto con los trajes de chaqueta tan formales que debe combinar con sombreros a juego o, al menos, un tocado.

Nos despedimos con nuestro beso de rigor y finalmente puedo dirigirme a las caballerizas. Paso el mediodía haciéndome amiga de *Hierbabuena* y notando mucho la ausencia de Sabina. Espero que esté bien. Odio imaginármela afligida. Por fin me armo de valor y llamo a Haydon mientras cabalgo a *Stan* con Damon siguiéndome en el Land Rover.

—Siento mucho lo de tu abuelo —le digo, sintiéndolo de verdad. Era un buen hombre—. ¿Cómo está Sabina?

—Ya conoces a mi abuela. Es tan fuerte como esos caballos que entrena cada día. Le he tenido que prohibir que fuera a las caballerizas esta mañana.

Sonrío.

—¿Y tú? ¿Cómo estás tú, Haydon?

—Estaría mejor si mi maldito padre diera la cara. Se fue una hora después de que muriera mi abuelo y aún no ha vuelto.

En este momento, me doy cuenta de que Haydon aún no ha visto los periódicos. ¿Qué hago? ¿Le digo algo o no? Me muerdo el labio, preguntándome qué debo hacer. Contarle que su padre lleva toda la mañana en palacio ocupándose de una crisis absurda no me parece muy buena idea. Nada debería ser más importante que estar con su madre y su hijo.

—¿Estaba bien? —le pregunto para ganar tiempo.

—No mucho.

Se hace el silencio entre nosotros porque no sé qué más decir al respecto, así que me lanzo:

—Haydon, hoy ha salido una historia en el periódico. Creo que...

—La he visto.

Tiro de las riendas para que *Stan* se detenga poco a poco.

—Vaya...

—Todos sabemos que los periódicos adornan mucho las cosas.

Frunzo el ceño, porque su reacción me toma por sorpresa.

—Así es —contesto, insegura. ¿Eso es todo?—. Por favor, si hay algo que pueda hacer por vosotros, cuenta conmigo.

—Gracias, Adeline. Lo haré.

Haydon cuelga y yo me quedo dándole vueltas al teléfono, un tanto confundida por la conversación que acabamos de mantener. Haydon se presentó en Kellington la noche de la fiesta; sé que me estaba vigilando. No descubrió a Josh Jameson en mi habitación azotándome con un cinturón, pero supo que pasaba algo. Ahora la prensa lo ha confirmado, aunque se haya centrado solo en una parte de la fiesta y se haya fijado en el hombre equivocado. Que la princesa Adeline bese a un soldado no es nada comparado con que la princesa Adeline se deje atar y azotar por una estrella de Hollywood de la talla de Josh Jameson. Pero me extraña que Haydon haya reaccionado como si lo del beso no fuera nada.

—¿Desea regresar, señora? —me pregunta Damon, deteniéndose a mi lado con el brazo apoyado en la ventanilla bajada.

—Sí, creo que ya he tenido bastante por hoy.

Hago girar a *Stan* y lo espoleo para que vuelva trotando hacia los establos. Sentir el viento en la cara suele hacerme sonreír, pero hoy no es el caso. Hay algo en todo esto que no acaba de encajar.

11

No importa que cada vez lleve un vestido distinto. O que los zapatos sean diferentes. O que el pelo y el maquillaje hayan cambiado. Yo siempre veo a la misma mujer hueca.

Hago una mueca cuando Jenny me tira del pelo y lo hace pasar por detrás de la oreja antes de sujetarlo con fuerza con las horquillas y rociar el moño bajo con laca.

—¿Los labios?

—Rojos —respondo.

Sé que debería decantarme por un color más sutil e inocente, más adecuado para una representante de la monarquía, pero la rebelde que vive en mí se niega. No pienso consentir que los zapatos no hagan juego con los labios para complacer a la casa real. Y los zapatos son rojos, de un rojo chillón, putón. Los abro mientras Jenny los perfila y los rellena con el tono de rojo que combina a la perfección con los zapatos. Me separo del espejo y me contemplo. Las marcas de las muñecas ya casi han desaparecido, aunque son detectables si te fijas mucho.

—Estoy pasable. —Cojo la cartera de mano roja que me entregan y dejo que Jenny aplique los últimos retoques al maquillaje—. Gracias.

Kim aparece en la puerta de la suite.

—Hora de irnos, señora.

—Ya voy.

Aire. Mucho aire. Lo hago entrar en los pulmones y salgo, seguida de Kim.

—Ponme al día —le pido.

—El dueño y el resto de su plantilla la estarán esperando para darle la bienvenida. Harán una presentación y luego puede decir unas palabras, si quiere, antes de destapar la placa y declarar inaugurada la galería. ¿Ha preparado algo?

—¿Algo? —Me agarro a la balaustrada cuando llegamos a la escalera—. Pero ¿qué se supone que tengo que decir?

—Le pasé un discurso preparado esta mañana. Me dijo que añadiría algunas palabras de su propia cosecha.

Por mucho que me esfuerzo, no logro recordar esa conversación. Me disculpo encogiéndome de hombros, y Kim suspira y me entrega una hoja de papel.

—Tome.

—Gracias. ¿Habrá alcohol?

—Puede tomarse una copa.

—Eres tan generosa, Kim...

Podría tomarme una botella. O diez.

—Suponemos que entre la prensa habrá *paparazzi* de las revistas del corazón —me advierte mi secretaria, mirándome de reojo mientras baja la escalera a mi lado—. Seguridad intentará mantenerlos tan alejados como sea posible, pero seguro que le harán preguntas sobre los últimos titulares. Ignórelos. Estaba previsto que el recibimiento oficial fuera en la calle, pero hemos cambiado el protocolo.

—Muy bien.

Sonrío a Damon cuando me abre la portezuela.

—Está preciosa, señora.

—Muy amable por tu parte, Damon. —Me siento en el asiento trasero y le dirijo ahora una sonrisa discreta—. Lástima que nadie vaya a disfrutarlo.

Él alza las cejas como si no estuviera de acuerdo.

—Si usted lo dice...

La puerta se cierra, Damon vuelve a su sitio y Kim se sienta en el asiento del copiloto. Se pega al móvil y se pasa el camino comprobando que todo esté a punto.

Me fijo en que vamos a llevar un coche de escolta delante y otro detrás. De repente, la puerta se abre y Eddie se sienta a mi lado, echándose el pelo hacia atrás con las manos. Está muy guapo y elegante con el esmoquin.

—Hola —me saluda, y se inclina para darme un beso en la mejilla.

Me agarra una mano y la aprieta; es su modo de decirme que todo está bien entre nosotros.

—¿Cómo has visto a nuestro padre esta mañana?

—Ah, ¿te has enterado? —Le devuelvo el apretón de mano—. Pues tu nombre ni siquiera se ha mencionado durante toda la real bronca que me ha caído.

—Porque a mí no me pillaron zampándome a ningún tío.

Me echo a reír.

—Eso sí que causaría una debacle en los medios.

—Dejaremos eso de zamparse hombres para tío Stephan.

Eddie sonrío, yo sonrío y luego me concentro para añadirle un toque personal al discurso prefabricado.

Oh, Dios mío, la calle frente al edificio de la galería está abarrotada de prensa. Las cámaras disparan los flashes sin parar tras las vallas para contener a la gente a distancia. Kim maldice entre dientes:

—Mierda. —Se desabrocha el cinturón de seguridad y se vuelve hacia nosotros—. Damon los acompañará.

—¿No hago el paseíllo hoy? —bromeo.

La cantidad de prensa que hay es exagerada, igual que el público que se ha acercado a curiosear.

Damon se lleva una mano al pinganillo y da instrucciones a sus hombres, que están repartidos por las inmediaciones, vigilando.

—¿Todo listo? —pregunta—. Bien.

Cuando se vuelve hacia mí, le hago la señal convenida de los pulgares hacia arriba y respiro hondo.

Él asiente y sale del coche, seguido rápidamente por Kim. Segundos más tarde, mi puerta se abre y los flashes me ciegan.

—Deprisa pero con calma, señora —me ordena Damon, con una mano en la parte baja de mi espalda—. Y recuerde sonreír.

—Como si necesitaras recordármelo...

Me pinto la sonrisa oficial en la cara y la multitud estalla en gritos y aplausos mientras Damon me acompaña hasta la galería.

—¡Princesa Adeline, princesa Adeline! —gritan.

Saludo con la mano al mar de gente contenido tras las vallas. Veo que la policía mantiene alejada a la prensa a empujones. Miro por encima del hombro y veo bajar a Eddie del coche. En cuanto pone un pie en el suelo, dos miembros de seguridad lo flanquean. Ante la inesperada aparición del príncipe Edward, la excitación de la multitud sube varios grados.

—¡Cásate conmigo! —grita una.

—¡Te quiero! —exclama otra.

Me río mientras entro en la galería, donde me espera una hilera de gente.

—¿Todo bien? —me pregunta Damon mientras se vuelve hacia Eddie.

—Sí, gracias.

Me preparo colocándome la cartera de mano bajo el brazo mientras él da un paso atrás, desapareciendo de la primera línea, pero permaneciendo cerca y siempre presente.

Kim se reúne conmigo, más nerviosa de lo habitual.

—¿Lista?

Asiento y renuevo mi sonrisa mientras Kim se adelanta y saluda a la primera persona situada en la recta cola, un hombre bajito y bastante rechoncho, al que reconozco: es el director general de la organización benéfica. Kim lo señala.

—Alteza, él es Gary Perkins, el fundador de High Spirits.

—Alteza. —Inclina la cabeza y toma mi mano cuando se la ofrezco—. Muchas gracias por compartir con nosotros una noche tan especial.

—El placer es mío —contesto, apartando la mano mientras él endereza la espalda y me mira.

Veo en su cara que está nervioso, como le pasa a casi todo el mundo en este tipo de eventos formales, así que rápidamente me encargo de tranquilizarlo. Si algo he aprendido a lo largo de estos años es a hacer reír a la gente. Es la manera más rápida de conseguir que se relajen, lo que me permite relajarme a mí. Me inclino hacia él, como si quisiera contarle un secreto.

—Espero que no le importe, pero esta noche mi hermano se ha quedado colgado. Le he dicho que a usted no le importaría que se colara en su fiesta.

Tal como me imaginaba, Gary se echa a reír a carcajadas y los nervios desaparecen al instante.

—Ningún problema, señora.

—Menos mal. Normalmente se porta bien. —Más risas—. Aunque sería prudente por su parte mantenerlo alejado de esa fuente de champán.

—Gracias por el consejo, señora. Y gracias también por ser una extraordinaria mecenas de la organización.

—De nada. —Sonrío, pero me siento un poco culpable.

Soy mecenas de más de cien organizaciones benéficas, y la verdad es que solo me comunican lo justo en cada caso, que es poco. A las organizaciones les da igual; en realidad lo que quieren es mi cara, ya que les proporciona visibilidad y prestigio. Los tuits, los mensajes de apoyo y los artículos que aparecen en la

prensa no los escribo yo; los escriben mis asesores. Hay gente que se encarga de escribirlos, igual que me escriben los discursos.

—Permítame decirle que el trabajo que realizan con los jóvenes es tremendo, francamente tremendo.

—Es mi pasión, señora. La creatividad, el arte y la expresión son una terapia maravillosa y, como puede ver —señala a su alrededor, y yo sigo la dirección de su brazo y veo las paredes adornadas con lienzos y el suelo salpicado de bases donde se exhiben esculturas—, los resultados no engañan.

—Es verdad. Lo felicito por dar a estas personas vulnerables una oportunidad tan valiosa.

Él asiente y señala la fila.

—¿Le parece que le presente a los miembros más importantes de nuestro equipo, señora?

—Por supuesto.

Examino la fila con disimulo para calcular la longitud. Es larga, vamos a estar un buen rato, pero al final de la hilera nos aguarda la fuente de champán.

—Le presento a la profesora Lennington. —Gary se dirige a la primera integrante de la fila.

Ella hace una reverencia y el pelo rizado le cae hacia delante igual que las gafas, que le van a parar a la punta de la nariz. Mientras se las recoloca, me da la mano.

—Es una pintora de gran talento —añade Gary mientras noto temblar la mano de la profesora Lennington dentro de la mía.

Apoyo mi otra mano encima de la suya, haciendo un poco de presión.

—Espero que su mano esté más firme cuando sujete el pincel —bromeo.

Ella se echa a reír.

—Alteza, es un gran honor tenerla entre nosotros.

—La profesora Lennington ha donado su tiempo y su valiosísimo conocimiento al proyecto. Sin ella no lo habríamos logrado. —Gary sonrío orgulloso.

—Qué generoso por su parte. —Le suelto la mano.

—Ha sido una experiencia maravillosa ver a estos jóvenes expresarse de un modo tan ingenioso.

—Tal vez a Edward y a mí no nos vendría mal explorar esas posibilidades de expresión.

Me vuelvo hacia mi hermano, que me dirige una sonrisa descarada mientras

saluda a la profesora Lennington.

—Soy tremendamente torpe con las manos —se excusa Eddie.

Brotan más risas y mi hermano me guiña el ojo con discreción.

Durante la hora siguiente nos presentan a las veinte personas que estaban en la fila y luego a una docena más antes de ofrecernos una copa de champán. No hemos acabado, pero al menos puedo ir dando sorbos mientras hacemos la visita guiada a la galería. Nos muestran una cantidad inacabable de cuadros y de esculturas mientras nos cuentan la historia de los artistas, que son jóvenes, gente sin hogar o con dificultades de aprendizaje. Escuchar tantas historias inspiradoras hace que no me cueste nada mantener la sonrisa en la cara.

Cuando acabamos la visita, Kim se acerca con disimulo.

—¿Necesita algo? —me pregunta.

Niego con la cabeza mientras Eddie se acerca a la fuente de champán y se pone a charlar con algunos de los representantes. Yo sigo escuchando educadamente a Gary, que me cuenta cómo funciona el proyecto y el porcentaje que reciben los artistas de todas las ventas para animarlos a seguir con su nuevo hobby.

Estoy a punto de anunciar la intención de comprar una de las esculturas —una sencilla pero muy bonita de una mujer desnuda— cuando se oye una ovación en la calle. Está claro que la multitud no ha abandonado el fuerte.

Busco a Damon con la mirada, que se lleva una mano al pinganillo y escucha con atención. Asiente, me mira y me tranquiliza negando ligeramente con la cabeza.

—Es el momento de decir unas palabras —me dice Kim, y me lleva hacia una pared cercana donde hay un par de cortinillas de terciopelo rojo cubriendo lo que sin duda será una reluciente placa grabada.

Me coloco en posición, me vuelvo hacia la multitud y espero a que se haga el silencio.

Luego me aclaro la garganta.

—Gracias. —Sonrío y recorro con la vista las caras de los reunidos—. Estoy muy contenta de estar hoy aquí para... —Mis palabras se pierden en medio de la enorme ola de sorpresa que me engulle cuando veo aparecer algo para lo que no estaba preparada. O, mejor dicho, a alguien.

Sin aliento, observo a Josh Jameson, que se ha quedado al fondo, pero al que veo perfectamente porque le saca la cabeza y los hombros a todos los demás asistentes. Está muy serio y me observa atento con sus ojos azules. La sangre me

empieza a chisporrotear y el corazón se me ralentiza. Lo flanquean dos hombres vestidos de oscuro, altos y amenazadores. Una tos me saca de mi aturdimiento. Trago saliva y aparto la vista de él. Tengo la mente en blanco. ¿Dónde estoy? ¿Qué se supone que tenía que hacer? Todo el mundo me está mirando. Eddie frunce el ceño y se vuelve hacia atrás para ver qué me pasa.

—Estoy muy contenta —empiezo de nuevo, tratando de controlar los temblores— de ser una de las mecenas de la organización High Spirits. —Respiro hondo y mantengo la vista apartada de la pared del fondo.

«¿Qué está haciendo aquí?»

—Su trabajo es realmente inspirador.

Me obligo a sonreír, pero tengo el cuerpo tenso, paralizado por la sorpresa, el miedo... y el calor. Las palabras que he memorizado en el coche se me han olvidado por completo. Cojo la cadena plateada que hay junto a las cortinillas y tiro de ella con las manos temblorosas. Saltándome todo el discurso avanzo hasta la frase final:

—Estoy encantada de declarar inaugurada la galería High Spirits.

Las cortinas se abren dejando al descubierto una placa plateada con mi nombre grabado y la fecha de hoy. Los presentes aplauden y Damon acude inmediatamente a mi lado.

—¿Va todo bien, señora?

—¿Qué hace él aquí? —le pregunto con los dientes apretados.

Siento pánico al ver que Josh se abre camino entre la multitud, dejando a su paso un mar de gente con el ceño fruncido.

—Sé lo mismo que usted, pero me lo puedo imaginar.

Le dirijo una mirada incrédula; Damon apenas logra aguantarse la risa.

—Ja, ja, muy gracioso —murmuro, indignada.

—¿Soy el único que está al corriente de los numerosos encuentros que ha tenido con el señor Jameson? —me pregunta entre dientes.

—Matilda también, pero solo vosotros dos. Y, por favor, que siga siendo así.

—Por supuesto.

Josh se acerca con su paso seguro y su rostro demasiado hermoso. Va vestido elegante pero informal con un traje y la camisa abierta, sin corbata. ¡Maldito sea su atractivo natural!

—Alteza —ronronea, inclinando ligeramente la cabeza.

Su acento y su modo de pronunciar las palabras me dejan convertida en un charquito de deseo cada vez que me habla. Es como un chute de adrenalina que

me despierta todo el cuerpo.

Soy consciente de que todo el mundo está mirando hacia aquí, sin perder detalle del actor de Hollywood y la princesa que conversan. ¿A qué está jugando? Le ofrezco la mano y le sonrío, aunque me cuesta la vida. Me ha pillado por sorpresa, desprevenida.

—Señor Jameson, qué placer verlo —logro decir con la voz temblorosa.

Me dirige una mirada de complicidad mientras me besa el dorso.

—Siempre —susurra.

Y se me contrae el vientre al notar el roce de su lengua húmeda y caliente en la piel. Aparto la mano y hago un esfuerzo por no abrir mucho los ojos. Me vuelvo hacia Gary, que está asombrado por la aparición de Josh Jameson en su galería. La atención que los medios de comunicación le van a dedicar va a ser asombrosa.

Miro a mi alrededor y veo que la gente está charlando en pequeños grupos, aunque no apartan la mirada demasiado tiempo de nosotros. Kim me observa con curiosidad y Damon se aparta un poco para darnos intimidad, aunque preferiría que no lo hiciera. Ahora no. Aquí no. No busco a Eddie porque sé que, esté donde esté, no nos quitará los ojos de encima.

Me vuelvo y me dirijo a la escultura de la mujer desnuda, la que había pensado comprar. Es minimalista, solo se distingue la silueta de su cuerpo alargado como un junco. Tal como esperaba, Josh me sigue y finge admirar la estatua a mi lado.

—Has estado ignorando mis llamadas.

—Correcto.

—¿Por qué?

—No hay nadie especial —sin pensar, repito las palabras que dijo en televisión y cierro los ojos al momento, arrepentida.

Nos hemos visto muy pocas veces, por supuesto que no soy nadie especial.

—¿Querías que le contara al mundo entero que estamos saliendo?

—No, porque no es verdad —le respondo, con una voz mucho más firme y decidida que lo que siento por dentro—. ¿Eres consciente de que mañana la prensa va a estar llena de imágenes de los dos? —le recuerdo en voz baja, molesta por el truco que ha usado para verme.

—He venido a comprar arte, nada raro. Además, hemos llegado por separado, así que no habrá fotos de los dos juntos.

—Claro, porque Josh Jameson apareciendo por sorpresa en la inauguración

de una galería es lo más normal del mundo. —Me río porque es absurdo—. La prensa va a enloquecer.

—Hablando de la prensa...

Me empiezan a picar los ojos de tanto mirar fijamente el punto de la escultura donde reposa la mano de Josh. Esa mano. Esa mano llena de talento y pecado.

«Hablando de la prensa, dice». Yo me mantengo en silencio; no pienso ponérselo tan fácil.

—¿Así que la noche que te follé hasta dejarte bizca, otro hombre tuvo sus labios pegados a los tuyos antes de que yo llegara?

Trago saliva y pestañeo lentamente.

—¿Y qué?

—¿Y qué? —repite él, riendo mientras acaricia las caderas de la escultura—. Pues, para empezar, si lo hubiera sabido te habría azotado ese precioso culito tuyo con mucha más fuerza, joder.

Inspiro hondo, sorprendida, y miro a nuestro alrededor, por si alguien está lo bastante cerca como para oírnos. Estamos a salvo, pero, igualmente, esto no puede seguir así. Me aclaro la garganta, tratando de calmarme.

—Creo que ya es hora de que te des una vuelta por la galería en la que, aparentemente, estás interesado.

—En esta galería solo hay una cosa que me interesa.

Me da vueltas la cabeza. Ha cambiado de idea. Una gran satisfacción me recorre el cuerpo, pero me apresuro a controlarla, recordándome que lo de Josh y yo es imposible. Él no tiene espacio en mi vida. Y se aburre de todo con facilidad.

—Bueno, pues esa «cosa» no está interesada en ti.

—¿Por qué me rechazas?

—Si no lo hago yo, lo harán ellos —respondo, sin filtrar lo que digo.

Noto sus ojos clavados en mi perfil mientras repaso mentalmente todas las razones por las que debo mantenerme lejos de Josh Jameson. Hay muchas, demasiadas, y una de las más importantes es la sensación de libertad y de alivio que siento cada vez que estoy con él.

Como ahora. Hay un ejército de curiosos y de prensa fuera, una multitud a nuestra espalda y, sin embargo, no oigo a nadie, no veo a nadie. Lo único que mis sentidos captan es a Josh. Es maravillosamente terapéutico y no se parece a

nada que haya experimentado antes. Pero también es algo a lo que no debo acostumbrarme.

Una tos escandalosa me devuelve al presente. Josh sigue a mi lado, acariciando la escultura de la mujer desnuda.

Su mano se detiene y da un paso hacia mí.

—Te estás imaginando que te lo hago a ti, ¿no es cierto?

—Sí —confieso en un susurro, de nuevo sin pensar, sin filtrar, por instinto; alzo los ojos hacia él, que me dirige una mirada inexpresiva—, pero no puede volver a suceder.

Me vuelvo y me alejo, y un desconocido aprovecha la ocasión para echarme el lazo.

—Alteza —me saluda—, ¿disfrutando del champán?

—Disculpe, ¿quién es usted? —le pregunto, mientras Damon se acerca rápidamente.

—Supongo que preferiría tener una botella de Belvedere entera, ¿no?

Frunzo el ceño y bajo la vista hacia mi copa, confundida. Es entonces cuando veo que lleva la funda de una cámara colgando a la altura de la cadera. Mi corazón empieza a latir con fuerza.

—¿Con cuántos hombres se acostó, alteza? ¿Dos, tres? Nos han contado que fueron tres. ¿Puede confirmarlo?

—¿Disculpe? —casi me atraganto, asombrada por su falta de educación.

—También nos dijeron que había cocaína. ¿Algún comentario?

Se acerca a mí, teléfono en mano.

—Estaba disfrutando de mi fiesta de cumpleaños. No hubo drogas ni sexo.

—Y el hombre de la foto, es su amante, ¿verdad? ¿Qué pasa con Haydon Sampson? ¿No hay boda a la vista?

—Ya basta —dice Kim, a mi lado, mientras Damon se encarga de neutralizar al periodista, que se resiste mientras sigue gritando preguntas comprometedoras.

—Ay.

Me tambaleo cuando recibo un golpe durante el forcejeo.

—Te tengo.

Josh me agarra y me endereza con facilidad. Cuando lo miro, veo en sus ojos preocupación y rabia.

—Estoy bien —murmuro, bajando la mirada—. Gracias.

Él no me suelta, pero sigue con la vista a Damon, que saca de la galería al periodista y le arrebató el teléfono por el camino.

—Sin comentarios, señora —me susurra Kim, molesta—. Siempre hay que decir «Sin comentarios». —Y maldice entre dientes.

Inspiro hondo para calmarme, pero no puedo parar de temblar.

—No doy crédito.

—¿Todo bien? —me pregunta Josh, antes de soltarme con delicadeza.

—Sí, todo fantástico —responde Kim con ironía—. ¿Qué le ha dicho?

—Nada. Solo trataba de poner en mi boca palabras que yo no he dicho.

—Malditos republicanos. —Kim mira a su alrededor—. Tenemos que irnos. ¿Dónde está Damon, por el amor de Dios?

—Yo la acompaño —interviene Josh.

La cara de Kim transmite lo que opina de esa idea sin necesidad de pronunciar una palabra.

—No necesitamos echar más leña al fuego, gracias —dice, mientras Damon regresa, abriéndose paso entre la gente con una mano pegada al oído—. Nos vamos —lo informa Kim.

Josh se inclina hacia mí rápidamente, agarrándome por la muñeca y pegándome la boca a la oreja:

—Dime que volveremos a vernos —susurra—, dímelo.

—No... no puedo.

—Sí puedes.

—No, yo...

Damon tira de mí y me aparta de Josh. Sin decir nada, me apoya una mano en la zona lumbar y me empuja hacia delante. Miro por encima del hombro mientras me dirigen a la salida y veo que Josh viene hacia nosotros, no muy lejos, con los dientes apretados. Kim está tratando de convencerlo para que no nos siga. Otros invitados empiezan a reconocerlo y se acercan a él, que trata de abrirse paso cada vez con más esfuerzo. Sus ojos nunca se apartan de los míos.

—Preste atención, Adeline —me ordena Damon cuando salimos a la calle, lo que me obliga a romper el contacto visual con Josh.

Uno de los hombres de Damon me abre la puerta mientras él examina la zona. Me siento y rápidamente me muevo más al fondo cuando veo que otro de los agentes de seguridad acompaña a Eddie. Él se sienta a mi lado y empieza a interrogarme, pero en vez de ocuparse de lo importante, me acusa:

—Tú y Jameson.

Cuando la puerta se cierra, dejamos al otro lado los miles de flashes de las cámaras.

Yo me echo hacia atrás en el asiento y clavo la vista en el cogote de Damon.

—Jameson y yo, nada.

—Pues ya me dirás qué demonios estaba haciendo aquí.

—Comprar arte, supongo.

El coche se pone en marcha en cuanto Kim se sienta en el asiento del copiloto.

—Addy, sé lo que acabo de ver y vas a tener problemas. —Se lleva una mano a la frente y se la frota—. Sabes que no lo van a permitir.

—No hay nada que permitir —replico, con los dientes apretados, cada vez más y más frustrada.

Sé que mi hermano solo trata de protegerme de la mano dura de la casa real y, de paso, proteger a Josh. Él también tiene mucho que perder. Si la casa real británica se empeña en desacreditarlo...

—Eso espero —murmura Eddie mientras yo busco el móvil en mi bolso porque acaba de llegarme un aviso.

Aparto la pantalla de Eddie disimuladamente al darme cuenta de quién me ha enviado el mensaje.

O le dices a Damon que pare o seré yo quien os haga parar en medio de Oxford Circus.

Tú eliges, alteza.

Miro por la luna trasera, mientras el corazón se me ralentiza. Solo veo luces.

—Sí —le dice Damon a uno de sus hombres por el pinganillo, mirando por el espejo retrovisor—. Comprueba la matrícula.

—¿Qué pasa? —pregunta Eddie, preocupado, echándose hacia delante en el asiento.

—Nos acompaña un vehículo no identificado —le informa Damon, calmado pero directo.

Eddie se vuelve a mirar también por la luna trasera y yo empiezo a sudar mientras releo el mensaje de Josh. El vehículo desconocido es él. Tiene que ser él. En ese momento, mis ojos coinciden con los de Damon en el espejo retrovisor y noto que alguien acaba de confirmarle la identidad del vehículo. Me obligo a sonreír, y él niega con la cabeza y mira de nuevo al frente.

—Joder... —murmura.

Es rarísimo oír a Damon decir tacos. Que lo haga significa que está exasperado, y no me extraña. Josh tiene que poner fin a esta locura antes de que explote.

—¿Qué? —pregunta Eddie, con la atención dividida entre la luna trasera y la cabeza de Damon—. ¿Qué pasa?

—Un fan —bromea Damon.

—Sigue conduciendo —le ordeno, pero un semáforo cambia a rojo y Damon empieza a frenar—. No, no pares.

—Señora, estamos en Oxford Circus. ¿Quiere que atropelle a alguien?

Me vuelvo despacio y veo que varios hombres de Damon bajan del coche e impiden que alguien se acerque a nosotros. Pero ¿qué hace? Lo llamo rápidamente y él responde igual de rápido.

—Josh, ¿estás loco?

—Sí, lo estoy.

Oigo sonidos de lucha y unos cuantos tacos. El equipo de seguridad de Josh se está enfrentando al mío.

—¡Suéltame, joder! —oigo gritar a Josh.

—Dios mío... —susurro.

Eddie se ríe sarcástico y dice tratando de imitar una voz femenina:

—Jameson y yo, nada.

Apoyo una mano en la maneta de la portezuela para salir a la calle, pero Eddie se lanza sobre mí para impedírmelo.

—¿Se puede saber qué haces?

—Voy a solucionar esto.

—Adeline, no seas idiota. Estamos en medio de Oxford Circus, por el amor de Dios. Josh está montando una escena. Y solo falta que aparezcas tú para que acabe de liarse del todo.

Me echo hacia atrás en el asiento y admito a regañadientes que tiene razón, aunque me guardo mucho de reconocerlo en voz alta.

—Llévame a casa —ordeno, antes de que baje del coche y dé a los transeúntes el espectáculo del año. O de la década.

Josh Jameson, mi droga favorita, está a pocos metros de distancia, tratando de llegar hasta mí y no puedo hacer nada. O al menos, no debo. Siento un agudo y repentino síndrome de abstinencia. Lo quiero desesperadamente. No, peor aún: lo necesito desesperadamente.

Cuando finalmente llego a mi suite, tras haberme pasado el resto del trayecto sin escuchar a nadie, veo que tengo varias llamadas perdidas de Josh, pero es que

necesitaba privacidad para hablar con él.

Niego con la cabeza cuando veo que Olive va a entrar en el dormitorio. He pasado por su lado como una exhalación en la entrada, donde me estaba esperando para llevarse mi abrigo. Cierro la puerta, me quito los zapatos y acepto su siguiente llamada.

—Josh.

Me dejo caer en el sofá de mi habitación y espero, sin aliento, a que diga lo que tenga que decir.

—Me vuelves loco —me informa, con franqueza.

—Esto tiene que acabar.

—No.

—Te irás de Londres la semana que viene igualmente.

—Esto no va a acabar aquí. Tú no quieres que acabe y yo tampoco. Reconozco que al principio fuiste un desafío enorme, Adeline, joder, aunque eso no quita que me sintiera atraído por ti. Pero ahora...

Deja la frase a medias y yo me obligo a mantener las esperanzas bajo control.

«¿Ahora? ¿Ahora, qué?» Sé que no debo preguntarlo.

Me llevo las puntas de los dedos a la sien, desesperada.

—Ellos...

—Ellos me importan una mierda —me interrumpe Josh, enfadado—, y pensaba que a ti también.

—Normalmente es así.

—¿Y por qué ahora no es así?

Mi única salida es decir la verdad.

—Porque creo que ahora me importará demasiado si me apartan de ti.

Se hace el silencio al otro lado de la línea, un silencio que parece alargarse eternamente. Al final, pregunta:

—¿Lo crees?

Cierro los ojos y me masajeo el pecho. Esta situación me supera. Siento que vuelo y que me ahogo al mismo tiempo y eso me afecta la capacidad de pensar.

—Lo sé.

—Seremos discretos.

Abro mucho los ojos.

—¿Perdón? ¿Discretos como cuando has tratado de asaltar mi coche en mitad de Oxford Circus? ¿O como cuando te has presentado en una galería que

estaba inaugurando?

—Ya te he dicho que me vuelves loco. Y por si acaso no te has dado cuenta, eres la princesa de Inglaterra, Adeline, joder. Si quiero llegar hasta ti tengo que saltarme unas cuantas normas.

Me echo a reír porque no puedo contenerme.

—Y tú eres Josh Jameson. ¿No ves que es imposible que esto funcione?

—No, solo te veo a ti. Al parecer te has convertido en mi talón de Aquiles, alteza.

Me levanto; el corazón me palpita irregularmente. Empiezo a pasearme por la habitación, con la cabeza dándome vueltas como si estuviera ida.

—Josh, yo...

—¿Quieres verme?

Me detengo y cierro los ojos con fuerza. Mi mente me exige a gritos que diga que no.

—Sí. —Mi corazón gana por goleada.

Josh suelta el aire que había estado conteniendo.

—Por Dios, Adeline. Ni te imaginas lo pillado que me tienes. Quiero atarte y azotarte ese precioso culo hasta el día del juicio final.

—Josh...

—No intentes hacerme creer que no disfrutas con la sensación de libertad que te da que te ate, que tenga el control sobre ti.

Tiene razón. Entro en el baño y me pongo frente al espejo mientras me quito el vestido. Luego me vuelvo para contemplar la evidencia del paso de Josh por mi trasero. Las marcas desaparecerán pronto.

—¿Por qué te gusta? —le pregunto—. ¿Por qué te gusta azotarme?

Él guarda silencio unos instantes, pensando en la respuesta.

—Porque lo necesitas.

Una vez más, tiene razón. Cuando lo hizo, desconecté de todo y encontré paz en mi mundo de locos. Y él sabe el efecto que causó en mí.

—Sal a cenar conmigo —me ruega.

No puedo evitar que se me escape una risa incrédula.

—¿Dónde? No puedo entrar en el primer restaurante que encuentre y pedir el menú del día.

Cojo la bata y me la pongo.

—En mi hotel. Estoy en el Dorchester, en la suite Arlequín. Nadie se enterará, te lo prometo. Mañana por la noche. Di que sí.

—Sí.

No me cuesta nada decirlo. Probablemente es el *sí* que menos me ha costado pronunciar en toda mi vida. No soy capaz de decirle que no a Josh, y es que, además, no quiero hacerlo.

—Dile a Damon que te lleve a la entrada de servicio a las ocho en punto. Mi equipo de seguridad se reunirá contigo allí.

Entro en mi dormitorio y me apoyo en el borde de la cama.

—De acuerdo.

—¿Adeline? —murmura suavemente, y espera.

—¿Sí?

—Tengo muchas ganas de que llegue mañana.

Sonrío y me miro el regazo con timidez. Cientos de mariposas echan a volar en mi vientre cuando pienso en quedarme a solas con él.

—¿Ya estás calentándote la palma de la mano?

—Seré delicado.

—Tal vez no quiero que lo seas.

—Eres una chica muy mala, ¿lo sabes?

—¿Ah, sí?

Pienso que es él quien ha destapado esta faceta mía, mi lado malo. Pero ¿es realmente malo? Quizá sea lo mejor que me haya pasado nunca. O tal vez lo peor. Me dolería demasiado que fuera esto último, así que prefiero no pensar en ello. Prefiero disfrutar de la compañía de mi último vicio mientras pueda.

—Buenas noches —susurro.

—Dulces sueños, alteza.

—Dulces sueños, mi chico americano.

Él se ríe por lo bajo y cuelga. Y mi corazón está en paz. Su llamada, sus palabras, saber que estaré con él, me han calmado y al fin puedo respirar tranquila. Quiere que esté con él.

«Ni te imaginas lo pillado que me tienes».

«No intentes hacerme creer que no disfrutas con la sensación de libertad que te da que te ate, que tenga el control sobre ti».

Acaba de entrar en mi vida y me conoce. ¿Cómo es posible?

Sigo dándole vueltas a nuestra conversación hasta bien entrada la noche.

«¿Por qué te gusta? ¿Por qué te gusta azotarme?»

«Lo necesitas».

Es verdad.

Lo necesito.

Y también lo necesito a él.

12

El día siguiente lo paso en las caballerizas, ocupándome de las cosas que normalmente realizan los mozos y mozas de cuadra. Limpio los establos, las sillas de montar, incluso ordeno la sala de los aparejos. Me paso las horas sumida en el mundo de la hípica y en mis pensamientos, y cuando estoy a punto de volver al coche, veo a Sabina por primera vez desde que me enteré de lo de Colin.

Me quito los guantes y me acerco al henal.

—Será un momento, Damon —le digo al pasar junto al vehículo, y echo a correr tras ella.

Cuando me acerco a la puerta, oigo voces y aflojo el paso. Una de las voces está claramente enfadada y no es la de Sabina; es la de David.

—¡No me lo puedo creer! ¡Todo este tiempo...!

Me asomo discretamente y veo que Sabina lo tiene agarrado por los hombros, tratando de calmarlo.

—David, por favor. Debes tranquilizarte.

Él se libra de malas maneras del agarre de su madre y se dirige al otro extremo del henal.

—¿Pensabas contármelo alguna vez?

Se vuelve de repente hacia ella, y yo escondo la cabeza para que no me vea.

—Tenía derecho a saberlo.

—Algunos secretos nunca deben revelarse —dice Sabina, en voz baja—. Deberías estar velando a tu padre a mi lado, ayudándome a preparar su funeral.

David hace un ruido para mostrar desprecio. Mi mente va a toda velocidad, espoleada por la curiosidad, y, en mi entorno, la curiosidad es algo muy peligroso.

—Estoy ocupado —le suelta él, de un modo despiadado.

Y yo no puedo evitar torcer los labios en un gesto sarcástico. Desde luego que está ocupado, metiéndose constantemente en mi vida.

Oigo sus pasos, cada vez más cerca.

Echo a correr hacia el coche sin hacer caso de Damon, que me pregunta si estoy bien. Junto cuando me siento en el asiento de atrás, David aparece en la puerta del henal. Sabina lo sigue de cerca, pero no están hablando. No, claro. Nunca en presencia de los demás.

—¿Se encuentra bien, señora? —Damon logra atraer mi atención.

—Sí, muy bien. —Clavo la mirada en el reposacabezas—. A casa, Damon, por favor —le pido cuando se sienta al volante, alterada, con la cabeza que no para de dar vueltas a lo que acaba de oír.

«¿Qué diablos está pasando?»

Cuando Damon detiene el coche ante las puertas de Kellington, mi mente no se ha calmado demasiado. Olive me saluda y alarga los brazos hacia mi chaqueta.

—¿Cenará con el príncipe Edward, señora?

—Esta noche no —respondo, dejando que me quite la chaqueta de los hombros—. Por favor, Olive, dile a Dolly que cenaré fuera.

La expresión de sorpresa de Olive me hace sonreír por dentro. Es lógico que se sorprenda. ¿Desde cuándo ceno yo «fuera», y con tan poco preaviso?

—Como desee, señora.

Se retira a toda prisa y al volverme me encuentro a Damon, que me mira, a la espera de explicaciones.

Ay, es verdad, aún no le he comentado mis planes a Damon. Para ser más precisos, no se lo he comentado a nadie. Cuanta menos gente esté al corriente, mejor, pero Damon tiene que acompañarme por razones obvias, así que en algún momento tengo que decírselo. Le dirijo una sonrisa nerviosa y él pone los ojos en blanco.

—¿Adónde tengo que llevarla?

—Al Dorchester. A las ocho.

—Me imagino que no lo sabe nadie.

Asiento con la cabeza.

—Y me imagino que vuelve a verse con el señor Jameson.

Asiento de nuevo con la cabeza.

—Necesito saber estas cosas con más antelación, señora. —Se saca el móvil

del bolsillo y marca—. He de colocar hombres en posición, registrar el lugar...

—Lo siento, Damon. Se me pasó.

No es verdad. No he pensado en nada más aparte de mi cita con Josh esta noche, pero no me he atrevido a decírselo antes, por miedo.

Me doy cuenta de que se muere de ganas de darme consejos, aunque sabe que no me gustará oírlos.

Le dirijo una sonrisa conciliadora.

—Trata de mantener las cosas lo más discretas posible.

—¿*Discretas*? —Damon se echa a reír—. Adeline, ¿de verdad tengo que recordarle quién es?

—No, no hace falta —refunfuño—. Lo único que pido es no tener a la mitad del MI6 pisándome los talones. Déjame en la puerta de servicio del hotel y ya está.

—*Y ya está* —repite Damon, negando con la cabeza sin dar crédito.

Sé que piensa que soy una ingenua. Se aleja de mí y empieza a planificar las medidas de seguridad. Lo dejo a lo suyo y me dirijo a mis habitaciones para empezar a prepararme, pero encuentro el camino bloqueado.

Mi hermano, que por lo general se toma la vida con calma, no parece precisamente tranquilo. Me he pasado el día evitándolo, pero, por la cara que tiene, veo que se ha hartado de esperar.

—Vas a verlo, ¿no?

No pienso mantener esta conversación, y menos con la de oídos que podrían escucharnos en esta casa. Lo esquivo y subo la escalera, sin hacer caso de sus pisadas, que me siguen.

—Me temo que no cenaré contigo esta noche.

—Sí, eso me ha quedado claro, Addy. Por favor, escúchame.

—No pienso escucharte. —Insisto, comprobando desde el descansillo que no haya ningún miembro del servicio en la planta baja—. Ya lo he decidido, voy a cenar con él.

—Nuestro padre no lo permitirá, Adeline, ya lo sabes.

—Nuestro padre no lo sabe y no lo sabrá. —Cuando llego a la puerta de la suite, me detengo y me vuelvo hacia él—. ¿O sí? —le pregunto, ladeando la cabeza—. Damon y tú sois los únicos que estáis al corriente, así que mi secreto debería estar a salvo.

—Se entera de todo, por mucho que trates de mantenerlo en secreto. Yo no diré nada, pero eso no significa que no se vaya a enterar, y lo sabes.

Aprieto los dientes y entro en la suite, negándome a aceptar que tiene razón. Nunca me he esforzado como pienso hacerlo ahora para mantener lejos de los oídos del rey mis encuentros con Josh. No se enterará. Cierro la puerta, pero Eddie entra tras de mí. Está claro que no ha tirado la toalla. Sé que lo hace para evitarme que sufra, pero igualmente, no me gusta que se meta en mi vida.

—Adeline —me dirige una mirada suplicante—, yo solo...

—No, Eddie. —Levanto una mano—. No pienso hablar más del tema, ahórratelo.

Entro en el baño, cierro la puerta con pestillo para que no me siga y empiezo a prepararme para mi cita con Josh. Tengo un nudo en el estómago, una mezcla de nervios y excitación. Y así, sin esforzarse, Josh logra ocupar mi mente por completo y hace que me olvide de la realidad.

No sé si Damon me ha hecho caso a lo de ser discretos porque yo se lo he pedido o porque es más seguro así, pero el caso es que salimos en un convoy de dos coches en vez de la habitual caravana de tres. Yo no hago preguntas. Además, tengo el estómago revuelto de tantos nervios, y cada vez me cuesta más pensar en cualquier cosa que no sea la noche que se avecina.

Cuando Damon se detiene en la parte trasera del hotel y apaga el motor, le hace una señal a su hombre para que haga lo que sea que tiene que hacer antes de dejarme salir del vehículo. Se comunican mediante los pinganillos: hablan, confirman, debaten, aunque la parte de la conversación que yo oigo no cala en mi cerebro. Estoy demasiado ocupada poniéndome nerviosa y dándome consejos sobre cómo comportarme esta noche.

—¿Preparada? —me pregunta, y baja del coche antes de que pueda responderle.

Es una buena pregunta. Soy consciente de que me la estoy planteando fuera del contexto en que la ha formulado Josh. Mi cuerpo está más que preparado, pero mi corazón tiene sus dudas.

Se abre la puerta y salgo, mientras Damon no deja de examinar la zona de lado a lado. Me pongo las gafas oscuras, a pesar de que el sol ha abandonado el cielo hace rato, y me cubro la cabeza con la capucha de mi larga gabardina de seda. No me muevo hasta que Damon no ha colocado la mano en el sitio habitual, en la parte baja de mi espalda. Hasta hoy nunca me había planteado cómo un contacto tan ligero puede hacerme sentir tan segura. Me conduce por

los pasillos, por las entrañas del hotel. Uno de sus hombres nos abre camino, otros dos nos siguen. Cuando llegamos a un ascensor de servicio, nos encontramos con dos hombres vestidos con traje, tan serios como enormes. El equipo de seguridad de Josh.

Uno de ellos da un paso adelante y le ofrece la mano a Damon.

—Me cago en la mar —dice, sonriendo—. Damon, viejo amigo, me alegro de verte.

—Bates —saluda Damon; es una de las pocas veces que lo he visto sonreír estando de servicio.

—¿Os conocéis? —pregunto, mirándolos a los dos.

—Bates y yo estuvimos sirviendo juntos en el MI6 —responde Damon—. Debe de hacer, ¿cuánto?

—Quince años —responde Bates—. Quince años que se me han hecho muy largos —bromea, y le da al botón para llamar al ascensor—. ¿Sube, señora? —me pregunta, con un brillo descarado en la mirada.

No sé por qué reacciono así, pero el caso es que me ruborizo.

—Sí, por favor.

—Su carroza la espera.

Señala el ascensor y Damon no puede aguantarse la risa, lo que me hace reír a mí también. Entramos en el enorme ascensor, aunque no parece tan grande con estos seis hombretones corpulentos que casi lo llenan. Me flanquean por todos los ángulos, quedo totalmente escondida entre ellos. El trayecto hasta lo alto del hotel es lento; el ascensor avanza tembloroso, dándome tiempo para ponerme aún más nerviosa. Trato de respirar hondo para calmar un poco los latidos del corazón, que me va a toda velocidad, pero no sirve de nada. Nunca había estado tan nerviosa en toda mi vida. No soy tan idiota como para preguntarme por qué tengo los nervios a flor de piel, ya lo he averiguado.

Por primera vez me gusta un hombre; me gusta de verdad. Por eso estoy tan ansiosa.

Las puertas se abren y los hombres de Damon encabezan la comitiva. Damon va a mi lado y el resto nos sigue de cerca. Cuando una de las puertas del pasillo se abre, agacho la cabeza instintivamente. Damon se acerca más a mí y el resto de los hombres nos rodean, haciendo que la persona con la que nos cruzamos no pueda verme. Se dispersan un poco cuando salimos de la zona de peligro y nos detenemos poco después, frente a otra puerta. Una tarjeta entra en la ranura, la puerta se abre y me hacen entrar en la habitación. Me quito la gabardina y las

gafas, me atuso el pelo y me miro en un espejo cercano para asegurarme de que estoy presentable y no se me ha arrugado el ceñido vestido dorado de Hervé Léger que me deja los hombros al descubierto. Pero no, es demasiado ceñido, no se ha arrugado. Mi melena oscura me acaricia la espalda y llevo los labios pintados de color nude. Me siento preciosa, pero, aunque he elegido este vestido pensando en que a Josh le gustaría, ahora me asaltan dudas. Los nervios; son los nervios.

Al oír que alguien se aclara la garganta, me vuelvo rápidamente. El pelo me golpea la cara antes de asentarse sobre uno de los hombros.

—Me cago en la hostia —Josh, que está detrás de todos los hombres que me han acompañado hasta aquí, no disimula lo mucho que le gusta lo que ve.

Se toma su tiempo en recorrerme con los ojos de arriba abajo y volver a subir hasta encontrarse con los míos.

Me alegra ver que él se ha tomado tantas molestias como yo y se ha puesto un traje Wentworth gris de tres piezas. Sonrío cuando veo que lleva el pañuelo rosa metido en el bolsillo superior. El pelo parece a medio secar y no se ha afeitado. ¡Dios! Está buenísimo y esta noche es solo para mí.

—Gracias, chicos —les dice a sus hombres inclinando la cabeza y le da la mano a Damon—. Yo me encargo a partir de ahora.

Damon me mira, no del todo convencido. No sé qué decir. Sé que Damon no se va a alejar demasiado y no me parece bien que se pase la noche montando guardia en el pasillo, aunque sé que lo haría sin dudarlo.

Josh parece darse cuenta de nuestro conflicto y nos ofrece una solución.

—Hay una habitación allí. Podéis jugar a las cartas, hacer lo que queráis.

Le muestro a Damon los pulgares hacia arriba, contenta de que tenga un sitio donde esperar cómodamente.

—Estaré bien.

—Yo me ocuparé de ella —comenta Josh.

Damon se echa a reír, alzando las manos mientras retrocede lentamente.

—Demasiada información, amigo.

Ya estamos otra vez, tengo las mejillas rojas como tomates. Los hombres entran en la habitación y yo no soy capaz de sostenerles la mirada. Veo que el antiguo colega de Damon lo abraza por los hombros y le pide que le cuente todo lo que ha pasado en su vida desde la última vez que se vieron. ¿Quince años, ha dicho? Van a tener charla para rato.

—Dame eso.

Josh me quita la gabardina de las manos y se me queda mirando, aparentemente muy satisfecho con lo que ven sus ojos. No puedo negar que me encanta que me mire así. Creo que es la primera vez que un hombre me mira así, admirándome sin disimularlo. Admirándome a mí por ser yo, no por ser la princesa Adeline. Solo yo.

Sigue contemplándome unos segundos más tarde y me pongo nerviosa.

—¿Qué? —digo, sacándolo del trance en el que se encuentra.

Me mira a los ojos.

—Estás impresionante. Jodidamente preciosa.

—Gracias —murmuro.

—Había previsto seducirte durante la cena, pero ahora... —Niega con la cabeza en silencio.

—¿Ahora qué?

—Ahora estás aquí con este vestido que marca cada una de las curvas que adoro y la idea de invitarte a cenar no me resulta tan atractiva. —Lanza la gabardina hacia una silla cercana—. Ven aquí.

Camino hacia él, que me agarra, rodeándome la espalda con un brazo. Me da un beso casto pero intenso en los labios, me toma en brazos y cruzamos así la suite.

—¿No vamos a cenar entonces? —le pregunto, sonriendo como una lunática contra sus labios.

—Oh, sí, te aseguro que yo voy a comer.

Me da un mordisco en el cuello y yo grito sin dejar de reír, mientras el vestido me sube por los muslos. Cuando llegamos al lujoso dormitorio, Josh se detiene y me mira a los ojos. Dejo de reír al ver la solemnidad con la que me observa.

—Me estoy muriendo de hambre, joder —susurra—. Estoy hambriento de ti, Adeline.

Yo sonrío muy levemente y asiento para que sepa que yo siento lo mismo por él.

—Y me preocupa —sigue diciendo, tras darme un suave beso en los labios—, porque sé que, por mucho que me harte de ti, nunca me voy a saciar.

Trago saliva y aparto la mirada.

—No será posible saciarse si nuestra aventura sale a la luz.

—¿Aventura? —Josh me obliga a mirarlo a los ojos—. ¿Es eso para ti?

—Es todo lo que puede ser, ¿no?

Acabar una frase con otra pregunta no es muy sensato. Muestra inseguridad, necesidad de que alguien confirme lo que piensas, lo que crees que sabes.

—Sí —susurra Josh, mirándome fijamente.

El dolor que me parte el pecho en dos es algo desconocido. Algo que odio con todas mis fuerzas.

—Pues vamos a jugar. —Me obligo a pronunciar las palabras mientras le agarro el pelo húmedo con las dos manos—. Señor.

Suelta un gruñido posesivo y me mira con dureza. Me deja en el suelo y encuentra la cremallera con facilidad. Pensaba que me tiraría el vestido hacia abajo, pero no lo hace. Lo desabrocha muy despacio, respirándome al oído mientras baja la cremallera. Apoyo una mejilla en su pecho, sintiendo electricidad en todos mis nervios. Con los ojos cerrados, llevo las manos a sus hombros. Tengo todos los sentidos exacerbados gracias a su respiración en mi oído. Con los labios encuentra el hueco bajo el lóbulo de mi oreja y me besa con dulzura. A partir de ahí empieza a descender y yo echo la cabeza hacia atrás para darle pleno acceso a mi cuello. Entro en trance, perdida en mis pensamientos, con el cuerpo encendido y extremadamente sensible.

—Josh —susurro, acariciándole los brazos por encima del traje.

—Estoy aquí —es lo único que dice antes de buscarme los labios y besarme, profunda pero brevemente.

El vestido va a parar al suelo y él da un paso atrás, aunque se nota que le cuesta. Respira deprisa, su cuerpo se ondula a cada respiración; tiene los ojos entornados. La pasión y el sexo se han personificado ante mí, dispuestos a llevarme hasta las nubes, donde soy ligera y no existen las preocupaciones. Salgo del vestido y me quito los zapatos con la vista fija en su nuez, que no para de moverse bajo la barba, porque traga saliva constantemente. Mientras se desnuda, devora mi ropa interior de encaje con la mirada. A cada centímetro de su piel que se revela ante mí, mi impaciencia crece y crece. Su ropa va cayendo al suelo, una prenda detrás de otra. Me humedezco los labios, y con la lengua recorro mentalmente todos y cada uno de sus rincones. Podría echarme a llorar al ver su cuerpo, ese cuerpo duro, hermoso, perfecto. Espero sus instrucciones, conteniendo a duras penas la impaciencia. Su magnetismo es tan grande que me tienta a apoderarme de él.

Y cuando nuestras miradas se encuentran, pierdo la voluntad y no logro mantener por más tiempo la distancia que nos separa. Me lanzo hacia sus brazos y nuestros cuerpos chocan, igual que nuestros labios, haciendo que la pasión se

dispare. Me levanta del suelo y le rodeo la cintura con las piernas, con firmeza, mientras nuestras lenguas bailan, giran y se zambullen en la boca del otro. Su tacto es divino, igual que su sabor.

Él es mi paraíso.

Estamos tan desesperados que nuestra unión es caótica.

—Joder, Adeline —murmura sin dejar de hundir la lengua en mi boca—. Joder, joder.

Caemos sobre la cama y rodamos hasta que yo quedo debajo de él. Josh gruñe, frustrado, separa la boca de la mía y me levanta los brazos por encima de la cabeza. El corazón me late desbocado, respiro ruidosamente.

—¿Dónde están tus modales, alteza? —jadea, mientras se monta sobre mi cintura con una sonrisilla en los labios—. Si deseas algo, tienes que pedirlo con educación.

—Por favor —le ruego, con la voz entrecortada. Haría cualquier cosa que me pidiera. Rogar, robar... lo que fuera—. Llévame a las nubes.

Su sonrisilla se desvanece mientras me observa. Mis palabras parecen haberlo afectado de alguna manera.

—Las nubes —repite, apretándome las muñecas con más fuerza—, como si fuera el cielo.

—Mejor que el cielo —le confirmo, levantando la cabeza para recuperar el contacto de sus labios.

Él no me los niega, y se abalanza sobre mi boca gimiendo y soltándome las muñecas para permitirme que lo abraze.

—Estoy goteando —dice, frotando su entrepierna contra mi muslo—, ardiendo.

Me levanta de la cama y me lleva con urgencia hasta una cómoda cercana, donde me sienta. Me arranca las bragas de un tirón y me baja el sujetador, dejándome los pechos expuestos. Un segundo más tarde me los está devorando mientras desliza los dedos entre los labios para comprobar si estoy lista.

—Y no soy el único.

No, no lo es. Dios, estoy totalmente empapada y el sexo me late descontrolado.

—Fóllame —le ordeno—. Duro. Como si te perteneciera. —Las palabras salen de mi boca sin pensar, soy prisionera del deseo—. Hazlo, Josh.

Le rodeo las caderas con las piernas y lo atraigo hacia mí.

—¿Como si me pertenecieras? —repite, clavándome los dedos en una

embestida brutal.

Yo grito y dejo caer la cabeza hacia atrás.

—Me perteneces desde el momento en que te arrodillaste ante mí, alteza.

Saca los dedos de mi interior, separa las piernas y se clava en mí, echando las caderas hacia delante y soltando un rugido. La penetración me deja sin aire en los pulmones; mi mente desconecta.

—¡Josh! —grito, agarrándome de su espalda húmeda y hundiendo la cara en su cuello.

—¿No he sido lo bastante duro? —me pregunta, retirándose y volviendo a embestirme—. ¿Todavía no sientes que me perteneces?

Le clavo los dientes en el hombro, pero mi cuerpo está a su merced. El brutal mordisco no parece afectarlo, me clava los dedos con más fuerza en el culo, impulsándome hacia delante y hacia atrás y ensartándome con su polla. Sus embestidas son implacables, el sonido de nuestros cuerpos sudorosos al chocar llena la habitación. Logro levantar la cabeza y me echo hacia atrás hasta que noto la pared a mi espalda. Tengo los brazos estirados y las manos enlazadas tras su nuca. Su rostro, firme, severo y goteando sudor; el pelo, revuelto; las venas del cuello, hinchadas; la mandíbula, tan apretada que parece a punto de romperse; el pecho, que sube y baja; los bíceps, prominentes. Es lo más hermoso y erótico que he visto en la vida.

Cada vez que embiste contra mí, grito. Con cada movimiento de sus caderas, gimo. Tengo el corazón desbocado, la piel me cosquillea, me vibra el cuerpo entero. Tengo los sentidos saturados por los sonidos, las sensaciones, las imágenes. Estoy a punto de estallar, luchando contra el clímax solo por alargar el momento.

—Vas a correrte conmigo —gruñe él, sin perder el ritmo ni por un instante.

Los dedos se me resbalan y me apoyo en la cómoda para mantener el equilibrio.

—Dios mío, Josh.

Me estoy yendo.

—¿Lista?

—Sí.

Mi confirmación hace que aumente el ritmo todavía más. Los gritos suben de volumen, el placer es inimaginable. Contengo el aliento, con los ojos clavados en Josh mientras él me observa alcanzar la cima del placer. No puedo seguir reteniéndolo. Echo la cabeza hacia atrás y suelto el aire, gritando en dirección al

techo mientras el orgasmo se apodera de mí sin piedad. Mi cuerpo se descompone en mil pedazos, acosado por la intensidad que lo presiona por todos los ángulos. El grito de Josh atraviesa el zumbido de mis oídos mientras me clava los dedos en el culo brutalmente y empuja las caderas hacia delante, derramándose por completo dentro de mí.

—Dios mío —jadeo, sin apartar la vista del techo, cuando la cara de Josh cae sobre mi hombro.

Separo las manos de la cómoda y las llevo a su espalda, que sube y baja como si hubiera corrido una maratón. El peso de Josh me mantiene clavada a la pared, donde reposo la cabeza. Estoy exhausta.

—Me perteneces —dice, entre jadeos, volviendo la cara y mordiéndome ligeramente el cuello.

Yo sonrío, tocándole con una mano el pelo y peinándoselo con los dedos.

—Me parece bien —contesto, en voz baja, y cierro los ojos.

No me importaría que nos quedáramos así el resto de la noche, íntimamente unidos, pero Josh no opina lo mismo. Se retira de mi interior y ambos hacemos una mueca cuando su pene, que empieza a reblandecerse, sale deslizándose. Dirige la mirada a su entrepierna y yo hago lo mismo.

—Me temo que lo hemos hecho a pelo.

Me echo a reír, incapaz de sentir remordimientos por la falta de protección. Las ansias mutuas no nos han dejado pensar en nada.

Josh se une a las risas y me ayuda a bajar de la cómoda. Coge un pañuelo de papel de una caja cercana y me limpia.

—¿Te enfadarías conmigo si te dijera que no me arrepiento?

Me toma la cara entre las manos y me mira a los ojos.

—Yo tampoco me arrepiento. —Me encojo de hombros. Dios, si no volvemos a usar preservativo nunca más, por mí genial—. Ha sido... irreal. Y tomo la píldora.

Él sonrío y, con los labios pegados a los míos, confiesa:

—Me he vestido de gala por ti.

Por dentro me desmayo, pero le digo:

—Me gustas más sin ropa.

—Menuda coincidencia; a mí me pasa lo mismo contigo.

Se echa hacia atrás y me contempla, sonriendo al ver las copas del sujetador aún por debajo de mis pechos. Pongo los ojos en blanco y voy a colocármelo bien, pero él me lo impide, agarrándome las muñecas.

—Quítatelo.

—¿Y qué hay de lo de seducirme mientras cenamos?

—Sospecho que ya no voy a tener que seducirte, ¿no crees?

Señala la cómoda, con una ceja alzada, y yo sonrío como una idiota.

—Supongo que no.

Me desabrocho el sujetador y dejo que caiga al suelo.

Josh me devuelve la sonrisa, me abraza por los hombros y me acompaña al baño.

—Te ofrecería una ducha, pero resulta que me gusta notar mi olor en todo tu cuerpo.

Coge un albornoz mullido y blanco del colgador y lo abre para que me lo ponga. Cuando me doy la vuelta para meter los brazos por las mangas, me veo en el espejo.

—Dios, tengo pinta de...

—De que acaban de follarte, sí. Estás preciosa.

Josh alarga los brazos hasta encontrar el cinturón del albornoz y me lo ata a la cintura.

—No te hagas nada. —Me da un beso en la mejilla—. Te sienta bien.

No estoy de acuerdo. No me queda ni rastro de maquillaje en la cara y tengo el pelo hecho un desastre. Cuando Josh coge otro albornoz y se lo pone, hago una mueca de fastidio al dejar de ver su impresionante desnudez.

—Ven.

Me da la mano y me lleva hasta la habitación principal. Por el camino, dejamos atrás una mesa para dos, puesta con todo lujo y cuidado.

—Qué desperdicio —comento, mientras él me empuja hacia uno de los sofás.

—Más desperdicio habría sido no aprovechar la oportunidad de follarte.

Se deja caer en el otro extremo del sofá y levanta el teléfono.

—Sí, hola, servicio de habitaciones, por favor. —Me mira—. Me están pasando la llamada.

Me echo a reír. Este americano está loco...

—Tengo que ir al lavabo —le informo.

Me levanto y vuelvo corriendo al baño. Cierro la puerta y uso el váter, pero, en cuanto he relajado los músculos de mi vejiga, Josh entra sin llamar ni avisar.

—¡Josh! —grito, sin poder detener el flujo, lo que me obliga a permanecer donde estoy, sentada en el maldito váter, meando delante de Josh Jameson.

Cierro los ojos, como si al no verlo yo a él, él no me viera a mí.

Josh se echa a reír y abro uno, abochornada, aunque él está tan tranquilo.

—Estás monísima, sentada en la taza.

Apoya la espalda en la puerta, poniéndose cómodo.

—¿Podrías darme un poco de intimidad, por favor? —le pido, con la vejiga ya vacía.

—¿Qué pasa? —Señala el rollo de papel de váter—. Nos saltamos la primera, la segunda y la tercera base y casi hice un *home run* la primera vez que nos vimos. Creo que esto es lo que tocaría ahora, ¿no?

Cojo el papel y me tapo con el albornoz mientras hago algo inaudito: secarme delante de Josh Jameson. Me vienen ganas de borrarle la sonrisa de la cara de una bofetada. Moviéndome inquieta de lado a lado, le pregunto:

—¿*Lo que tocaría ahora?* ¿Y qué viene después de mear delante de ti?

—Pues lo normal, ya sabes: instalarte en mi casa, casarte conmigo, tener unos cuantos enanos juntos...

Me pongo de pie de un brinco con los ojos muy abiertos.

—¿Qué?

—Era broma.

Levanta las manos, riendo.

Suelto el aire y tiro de la cadena. Me lavo las manos y mientras me las seco, contesto:

—No tiene gracia.

Me acerco a él, que imita mi ceño fruncido, y grito cuando me levanta en brazos y me deja suspendida en el aire.

—Tienes razón, tengo que follarte el culo antes de que nos planteemos irnos a vivir juntos.

Se traga mi exclamación de sorpresa besándome. Sonríe y, a pesar de que me ha sorprendido, también me río, porque ese es el efecto que Josh causa en mí.

Me devuelve al suelo, me aparta el pelo de la cara y se me queda mirando unos segundos.

—Dime, Adeline, ¿con qué sueñas?

—Con la libertad —respondo honestamente, sin tener que pensar.

Josh sonríe y me lleva a la cama. Nos tumbamos de lado, uno frente al otro, observándonos.

—Y si la obtuvieras, ¿qué harías con ella?

—¡Uf, de todo! —exclamo, imaginándome lo distinta que sería mi vida—.

Volvería a la universidad y estudiaría algo que me interesara de verdad.

—¿Como qué?

—Moda, diseño textil, arte, historia antigua... —Sonríe y yo le devuelvo la sonrisa—. Cuando estuve en la universidad, eligieron las asignaturas por mí.

Josh alza una ceja.

—Historia Británica, que es la historia de mis antepasados, Geografía, Matemáticas, Lengua, básicamente lo necesario para convertirme en la princesa inteligente y bien hablada que deseaban que fuera; nada que me ayudara a convertir mi sueño en realidad.

—¿*Inteligente*? —pregunta.

Le pego en el brazo porque se lo ha ganado y él se echa a reír.

—¿Y cuál es ese sueño?

Me encojo de hombros. Nunca he dedicado mucho tiempo a pensar en ello porque, total, ¿para qué serviría?

—No lo sé. Tal vez diseñar ropa, abrir una tienda o quizá visitar las culturas antiguas.

—Suena genial.

—Suena perfecto, pero no está a mi alcance. Dime, ¿qué harías tú si no actuaras?

—Llevaría un rancho —responde sin dudarlo, tumbándose de espaldas. Está claro que él le ha dado muchas vueltas al tema—. No aprecié lo maravilloso que es el espacio y la paz del rancho hasta que dejé Alabama. Pero ahora me llama a gritos.

Vuelve la cara hacia mí y me mira a los ojos. Y la veo. La misma sensación de ahogo que tengo yo la sufre él también.

—Así que, un día, tendré mi rancho y tú podrás diseñar tu ropa. Recorreré el mundo a tu lado. Y tal vez te preste uno de mis establos para que lo uses de almacén.

Sonríe y él también.

—Vale.

¿Cómo es posible que este hombre comprenda tan bien mis sueños? Y no solo los comprende, sino que los aprueba. Este es el tipo de hombre con el que he soñado. Alguien que me vea y me escuche de verdad.

—Bien. —Se inclina sobre mí y me besa la punta de la nariz—. Pronto nos traerán comida. Haremos un pícnic en la alfombra, ¿qué te parece?

—Nunca he hecho un pícnic en una alfombra.

—¿Cómo? —Parece horrorizado—. ¿Nunca?

Me encojo de hombros.

—Siempre ceno en lugares elegantes, con porcelana fina y cubiertos de plata maciza tan brillante que puedes verte la cara reflejada en ellos.

—Pues esta noche le pondremos remedio a eso.

Tira de mí hasta que me levanto y me lleva hasta el salón.

—Pon los cojines en el suelo.

Él coge una manta y la extiende en el suelo mientras yo recojo todos los cojines del sofá. Miro como Josh se pone a cuatro patas y tira de los extremos de la manta antes de colocar bien los cojines.

Lo observo con una sonrisa enorme en la cara, fascinada por lo mucho que se concentra.

—Estás haciendo un muy buen trabajo —le digo, y borro la sonrisa cuando él se detiene en seco y me mira.

Entorna los ojos y, moviéndose a gran velocidad, me atrapa por la muñeca y me tira al suelo. Grito, sorprendida, y me encuentro de espaldas, aprisionada por su cuerpo. No me quejo, ni se me pasa por la cabeza quejarme. Soplo para librarme de un pelo que me hace cosquillas en la nariz y sonrío.

—Te estás riendo de mí.

Se inclina y me muerde la punta de la nariz.

—Claro que no. —Me río y me retuerzo bajo su cuerpo mientras él me come la cara.

—Te crees que eres demasiado importante para hacer un pícnic en el suelo, ¿es eso? ¿Quieres un trono?

—En absoluto —protesto—, a menos que me ofrezcas tu cara como trono.

Josh se apoya en los brazos y se levanta un poco, atragantándose, con los ojos muy abiertos. Frunzo los labios mientras él me observa todavía en estado de shock, como si no pudiera creerse que algo tan vulgar haya salido de boca de una princesa.

—Creo que acabo de enamorarme de ti.

Ahora soy yo la que me atraganto.

—Caramba, qué enamoradizo eres.

—De hecho, no, nunca me enamoro.

—¿Ah, no?

Niega con la cabeza.

—Nena, puedes usarme como trono siempre que quieras.

—Qué honor.

—El honor es mío. No cada día una princesa de verdad te dice que quiere sentarse en tu cara.

Estallo en una carcajada, con los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás. Mi posición y falta de control le dan a Josh la oportunidad perfecta de devorarme el cuello. Y eso hace, gruñendo escandalosamente, moviéndose, frotándose sobre mí.

—Ay... —Suspiro, dejando de reír.

Lo sujeto por la nuca y lo guío hasta mis labios.

—Sabes tan bien...

Le mordisqueo los labios y lo beso de lado a lado. No hay nada que pueda rivalizar con su sabor, ni el caviar, ni el mejor champán, nada. Gimo y me pierdo en un beso de ensueño.

Pero, de repente, alguien llama a la puerta, arruinando el momento. Josh alza la cabeza y mira hacia la puerta al mismo tiempo que Bates sale de la habitación donde están reunidos. Damon lo sigue de cerca y alcanza la puerta antes que Bates. Carraspeo y me cubro el muslo con el albornoz antes de esconder la cara ruborizada en el cuello de Josh.

—Al menos no estás desnuda —me susurra al oído, haciéndome sonreír a pesar de la vergüenza—, o sentada en tu trono.

Y ya está, me echo a reír de nuevo como nunca mientras Josh se levanta y yo me siento y me apoyo en el sofá. Se acerca a la puerta, donde Damon está mirando por la mirilla.

—¿Ha pedido servicio de habitaciones? —le pregunta Damon.

—Sí.

Coge su cartera y saca un billete, pero Damon no se mueve de donde está. Alarga la mano para que le dé el dinero a él.

—Yo me encargo. Diría que no está del todo presentable, ¿no? —dice, y le señala el albornoz mirándolo con ironía.

—Gracias.

Josh se aleja y deja que Damon acepte la comida y le dé la propina al camarero, pero Damon no abre la puerta hasta que Josh no está de nuevo en el salón conmigo y, cuando finalmente lo hace, no deja entrar al empleado del hotel en la suite. Le da la propina y se encarga él mismo de traernos el carrito.

—La cena está servida —dice mientras se acerca.

Josh se ríe y yo dirijo una sonrisita tímida a mi jefe de seguridad. Ay, madre,

la de cosas que tiene que aguantar por mí.

—Eh —dice Josh—, si tenéis hambre, pedid lo que queráis. Que lo carguen a la habitación.

—Nunca como pasadas las nueve.

Damon baja la vista hacia mí, que sigo sentada en el suelo. Sonrío, y al ver cómo le cuesta mantenerse serio y no devolverme la sonrisa que le asoma a los ojos, me doy cuenta de que sabe lo feliz que soy. Y es que soy tan feliz ahora mismo... Es una locura, pero no quiero pensar en ello. Me niego a planteármelo, porque plantearme nada sería estropearlo.

Damon nos deja solos y Josh coloca el banquete en el suelo. Sirve el champán y me pasa los cubiertos.

—¿Son de plata maciza? —le pregunto, golpeando el tenedor en el dorso de mi mano—. Solo puedo comer con plata maciza.

Josh sonríe mientras devuelve la botella de champán a la cubitera con hielo.

—¿Y bien? ¿Qué tenemos de cena?

Miro los dos platos, preguntándome qué habrá debajo de las dos campanas de plata que los cubren.

—Esto.

Josh levanta las dos tapas a la vez y sonrío con ganas al ver las dos hamburguesas. Quito la banderilla de encima y me meto uno de los pepinillos en la boca. Mastico y trago, y acepto el plato cuando me lo entrega. Estudio la monstruosa hamburguesa con todo el cuidado que se merece, preguntándome cómo demonios voy a comerme eso sin mancharme la barbilla de salsa. No es un plato muy adecuado para una dama. Ni para comer delante de un hombre que me gusta de verdad. Probablemente no me den las manos para rodearla del todo; es un monstruo enorme. Miro los cubiertos que tengo en la mano y luego a Josh, que me está dirigiendo una sonrisa deslumbrante.

—Por mí no te cortes.

Coge su hamburguesa y hunde los dientes en ella, haciendo caer churretones de salsa por todas partes.

—Mmm —dice, con la boca llena.

Me encojo de hombros y me lanzo de cabeza. Que les den a los buenos modales, se me está haciendo la boca agua. Doy un buen bocado y suspiro. Los ojos se me cierran de placer al decir adiós a años y años de etiqueta y decoro que me han inculcado a la fuerza.

—Oh, está buenísima —murmuro y me río mientras cazo una gota de salsa

que me resbala por la barbilla.

—Esta es mi chica.

Josh me alcanza una copa de champán mientras alaba mi falta de modales.

—Para que la hagas bajar.

—¿Una hamburguesa grasienta con Dom Pérignon?

Hago un brindis al aire y doy un sorbo.

—Perfecto —digo.

—Solo lo mejor para mi chica —contesta él como si nada, sin tan siquiera mirarme porque tiene toda su atención puesta en la grasienta y goteante hamburguesa que aguanta con la mano.

Mastico más despacio cuando sus palabras calan en mi mente.

Mi chica.

Lo ha dicho como si nada, pero me ha sonado tan bien... Sonrío por dentro, aunque es una sonrisa teñida de una cierta tristeza.

—¿Estás bien? —me pregunta, deteniendo un momento la demolición de su hamburguesa.

Asiento, luchando contra el abatimiento con todas mis fuerzas.

—Sí.

Seguimos comiendo, y mis gemidos de placer son constantes. Esto está de muerte y Josh parece estar disfrutando muchísimo de verme disfrutar a mí, porque no puede parar de sonreír, ni siquiera mientras mastica. Más de una vez alarga una mano para quitarme salsa de varias partes de la cara y después lamerse el dedo. Estoy en mi elemento. Es agradable poder relajarme a tantos niveles, con el sexo, la comida, las risas... Esta soy yo. No me puedo imaginar la cara que pondría cualquier hombre de mi entorno si me viera chorreando salsa de hamburguesa y devorándola como si no hubiera comido en un año. Pero a Josh no le importa en absoluto, así que yo tampoco pienso preocuparme por si tengo las manos sucias o el vientre hinchado por haber comido tanto.

—Estaba delicioso.

Dejo la punta de pan que me queda en el plato y me echo hacia atrás, a punto de reventar. Nunca me he sentido tan llena.

Lo observo mientras él recoge los platos y los deja en el carrito antes de sentarse a mi lado. Me da mi copa de champán y la hace chocar con la suya.

—Por portarse mal.

Yo también brindo por eso, aunque sé que no se está refiriendo al millón de calorías que acabamos de engullir en minutos.

—Por portarse mal —susurro, preguntándome qué hay de malo en lo que hemos hecho.

Josh y yo. Una princesa y un *sex symbol*. A la monarquía le parecería mal, a parte de la prensa también, tal vez a la mitad de la población del país, pero... ¿por qué? ¿Por la tradición? ¿Por las reglas? ¿Por la pureza de la sangre? Todo son apariencias. Ser o no ser adecuado. ¿Quién decide eso? ¿Quién fue el primero en la historia de Inglaterra que decidió que los miembros de la familia real no podían casarse por amor?

Frunzo los labios alrededor del borde de la copa.

«¿Por amor?»

—¿Adeline?

Me sobresalto.

—¿Sí?

Josh sonríe, pero tiene el ceño ligeramente fruncido.

—¿En qué estabas pensando?

Se va moviendo hasta que queda tumbado en el suelo, de lado, mirándome. Da palmaditas en la manta para que me tumbe a su lado.

Lo imito y me quedo en el suelo frente a él. Se le ha secado el pelo, y ahora que no hay agua ni ningún producto que lo humedezca, se ve más claro y menos rígido. Y el pelo más claro hace que sus ojos parezcan más verdes y su piel más bronceada.

—Pensaba que me lo estoy pasando muy bien.

Y es la verdad. Ese es el motivo que ha inspirado los pensamientos menos agradables que han venido a continuación, pero no quiero enturbiar el ambiente.

—Yo también. —Me toma la una y se la lleva a los labios para besarme delicadamente el dorso—, pero, ahora, ¿me vas a contar lo que estabas pensando de verdad?

Aparto la mirada, porque no quiero que la conversación estropee la noche. Por un lado, me encanta que me entienda tanto, pero otras veces, como ahora, no me gusta.

—Estaba pensando eso, de verdad —insisto en voz baja.

—No te creo. —Me devuelve la mano y se aparta un palmo, más o menos, dándome un poco de espacio—. Me gustaría hacerte algunas preguntas.

Me quedo inmóvil y en silencio, un silencio que supongo que resulta de lo más elocuente.

—¿Qué preguntas?

—Y a cambio yo responderé a lo que tú quieras saber.

—¿Cualquier cosa? —pregunto para ganar tiempo, ya que de pronto estoy más interesada en lo que voy a preguntarle a Josh que en lo que él pueda preguntarme a mí.

Él asiente, sonriendo.

—Cualquier cosa —responde en voz baja.

Tengo la sensación de que sonrío porque sabe lo que le voy a preguntar.

Por eso me lanzo de cabeza:

—¿Por qué me azotaste la primera vez que nos vimos?

—¿Quién ha dicho que tú puedas preguntar primero? —Ladea la cabeza.

Pongo cara de disgusto.

—¿Nunca has oído lo de «Las damas primero»?

—Oh, sí. Lo he oído y soy un gran defensor del concepto. —Levanta la copa y da un sorbo, antes de añadir—: Cuando estoy en compañía de damas.

Me echo hacia atrás, muy ofendida.

—Yo soy una dama.

—Te estoy tomando el pelo, Adeline. No seas tan estirada.

Me ofendo aún más. Para ser miembro de la familia real, no creo que sea estirada en absoluto. Yo no soy de las que parece que lleven un polvorón en la boca cuando hablan.

—No soy estirada.

—Tal vez un poco menos ahora que te he desatascado con mi polla americana. —Se la agarra y la menea un poco mientras me dirige una sonrisa canalla y añade—: ¿Quieres un poco más?

Estoy a punto de soltar un ¡Sí! que se habría oído en toda la suite, porque su sucia boca me ha encendido como una antorcha, pero logro controlarme justo antes de lanzarme sobre él para comérmelo crudo.

—Eres lo peor. —Le doy una palmada en la cadera—. No te creas que me vas a distraer tan fácilmente. Responde.

—¿A qué?

—¿Por qué me pegaste en el culo?

—¿Por qué te gustó tanto que lo hiciera?

—Eh, eso no es lo que hemos acordado.

Niego con la cabeza. No pienso dejar que me devuelva las preguntas, al menos no antes de que responda él.

—Tú has sido el que ha propuesto el juego; pues ahora juega.

—Vale, tú ganas —refunfuña, pero se rellena la copa y se toma un buen rato para acomodarse y beber lentamente.

Parece estar disfrutando mucho con esto.

—Sinceramente, te vi tan segura de ti misma, que me tocó los cojones. —Su respuesta me sorprende tanto que el champán que tengo en la boca sale disparado—. No estoy acostumbrado a encontrarme mujeres tan arrogantes. Quise bajarte un poco los humos.

—¿Qué? —pregunto, con la barbilla llena de champán.

Él se echa a reír y se inclina hacia mí para secármela mientras yo sigo observándolo, incrédula. Mi mente está en shock y no sé ni qué decirle. ¿Quiso castigarme por ser... yo misma? ¿Acaso no se dio cuenta de que mi arrogancia no era más que una fachada tras la que me protegía? Un escudo, una armadura.

—¿Me estás diciendo que me azotaste porque tu ego castigado lo necesitaba?

Me agarra por la cadera y tira de mí hasta que estamos frente a frente, casi pegados.

—Pues sí, algo así. Me esfuerzo mucho por tener el control en todos los aspectos de mi vida, pero no suelo lograrlo. Siento que mi vida y mi carrera son como un tren que ha descarrilado. Siempre estoy bajo presión y lo odio.

Me río por lo bajo, porque sé cómo se siente.

—Pero con las mujeres siempre llevas el control de todo —suelto sin pensar.

¿Qué le pasa a mi filtro cuando estoy con este hombre? Al parecer, ha derribado mis murallas y no puedo volver a levantarlas.

—Sí. —Me toca la nariz con la suya—. Hasta que te conocí.

—Así que decidiste bajarme los humos...

—Exacto, pero ¿sabes qué?

Su pregunta me da un poco de miedo. Observo su rostro serio mientras él se asoma a mis ojos. ¿Me atrevo a preguntar?

—¿Qué?

—Contigo no disfruto tanto teniendo el control. Cuando estoy contigo lo importante no es tener poder sobre ti.

Frunzo el ceño.

—No sé si te entiendo.

—Enseguida me di cuenta de que contigo las cosas eran distintas. Tú no aceptabas todo lo que te ordenaba para complacerme. Lo aceptabas porque lo necesitabas, y eso hizo que mi atracción por ti aumentara hasta ponerse en órbita.

Me agarra por la nuca y me acerca a su boca, rozándome con los labios.

—Conmigo haces lo que te piden el cuerpo y el corazón, no lo que te grita tu mente retorcida. Te encanta decirle adiós al poder que luchas por mantener cada día de tu vida. Te encanta dejar que sea yo quien mande sobre ti. Y eso, alteza, me excita más que nada en la vida.

—Buen resumen —murmuro, porque estoy de acuerdo con sus palabras.

O tal vez porque me estoy enamorando de él. O porque hasta ahora ningún hombre, ninguna persona, de hecho, se ha tomado la molestia de mirar dentro de mí. De entenderme. Trago saliva y aparto la mirada, cada vez más asustada.

Josh me sacude hasta que vuelvo a mirarlo.

—Quiero lo que hay entre nosotros, Adeline. Me gusta ser tu libertad. Quiero ser tu libertad.

—Pero no eres mi libertad, no del todo. ¿No ves que tenemos que escondernos en un hotel para pasar tiempo juntos?

—¿Quieres que todo el mundo se entere de que te azoto el culo?

Alza una ceja con descaro, aligerando una conversación que se estaba volviendo demasiado seria.

Niego con la cabeza, aunque en realidad el tema sexual es una anécdota. Lo importante es poder salir a la calle del brazo del hombre que elija. Un hombre que sea bueno para mí. Quiero subir al tejado y gritarle al mundo que Josh y yo estamos saliendo... o lo que sea que estamos haciendo. Quiero que vayamos de la mano en público para que todo el mundo sepa que es mío. Pero no está a mi alcance. El abatimiento amenaza con destrozar la alegría de estar con él. No puedo consentirlo. Si lo permito, mi condición de miembro de la realeza habrá ganado la partida. Me cuesta horrores, pero expulso los pensamientos negativos de mi mente y me armo de valor. Esta noche ha sido maravillosa y no se merece que nada la estropee. No quiero pensar en que no podemos estar juntos.

—Háblame de tu infancia —le pido, para poder pensar en cosas más agradables—. Quiero saberlo todo sobre ti.

—¿Mi infancia?

—Sí, tu madre, tu padre...

Josh se aparta de mí y da otro trago. De repente, parece muy incómodo, lo que hace crecer mi curiosidad.

—El senador no es mi padre biológico.

La mirada de Josh se pierde en algún punto de la pared y vuelvo a quedarme sin palabras.

—Mi auténtico padre era un alcohólico. Un abusón y un mujeriego. Un criminal. —Me mira y sonrío, alzando la copa—. Era un cabrón asqueroso. Brindo por eso. —Luego suelta el aire, echa la cabeza hacia atrás y se queda mirando al techo.

—Lo siento mucho —digo, y me arrepiento en cuanto las palabras salen de mi boca, porque sospecho que a Josh no le gusta que sienta lástima de él.

—No lo sientas. Mamá debió dejarlo.

—¿No lo hizo?

—Al final no hizo falta. Una noche, mi padre volvía a casa desde el bar en su camión y atropelló a alguien. Estaba borracho. Mató a una mujer, madre de tres hijos menores de cinco años.

Josh se estremece y yo me llevo una mano a la boca, asombrada.

—Lo condenaron por homicidio y, ¿sabes qué?

Me mira y veo en su rostro la lucha que tiene lugar en su interior.

—Que probablemente fue el día más feliz de mi puta vida y la culpabilidad que eso me hace sentir, sabiendo que tres niñas pequeñas perdieron a su madre, todavía hoy me rompe por dentro si pienso demasiado en ello. Por eso no lo hago.

Asiente con decisión, cambia el vaso por la botella y bebe a morro. Me siento como una mierda por haber sacado el tema.

—Mi madre se sintió segura solo cuando mi padre estuvo entre rejas. —Sonrío y su rostro muestra el cariño que siente por ella—. Luego conoció al senador y él la hizo increíblemente feliz, la hizo sentir como se merecía y me acogió bajo su protección. No fui un niño fácil, pero él nunca se rindió y eso no lo olvidaré jamás.

Le busco la mano y entrelazo nuestros dedos. El senador Jameson me había parecido un buen hombre. Desprende un cariño auténtico hacia Josh.

—Es admirable.

—Es un buen hombre. Me dijo que necesitaba algo que me ayudara a expresarme y tenía razón. Resultó que tenía una facilidad innata para actuar. Él llamó a alguno de sus contactos en Nueva York y el resto es historia.

—Una buena historia.

Sonrío y mi sonrisa despierta otra en Josh.

—Las cosas podrían haber salido mucho peor. Aquí me tienes, sentado junto a un miembro de la familia real, joder. ¡Brindo por mí!

Me río y me acerco más a él. No ha mencionado a su madre en presente en

ningún momento. Casi me da miedo preguntar.

—¿Y tu madre?

—Murió cinco años después de escapar de mi padre; solo dos años después de casarse con el senador. Cáncer. La vida es la hostia de cruel, ¿no crees?

Le aprieto la mano, pero me muerdo la lengua para no decirle que lo siento. Él ya lo sabe.

—Sí que lo es.

Se vuelve hacia mí y me sonríe.

—Nunca se lo había contado a nadie —me confiesa.

La sensación de ser alguien privilegiado me abruma. Tenemos que poner fin a este momento; hemos de volver al presente. Me pongo de cuatro patas, avanzo hacia él y lo empujo hasta tumbarlo de espaldas en el suelo.

—La terapia ha acabado, señor Jameson. Al menos, la parte hablada.

Desciendo hasta rozarle la boca con los labios mientras me desabrocho el albornoz.

Él me coloca las manos en el culo y me ayuda a avanzar hasta que mi entrada queda a la altura de su boca.

—Su trono espera, alteza.

Sopla sobre mi carne sensible y mi cuerpo se desmadeja de placer al notar el aire frío.

Gruñendo, me sujeto del brazo del sofá para no perder el equilibrio. Lentamente dejo de hacer fuerza con los muslos y me dejo caer sobre su lengua, que me espera. El éxtasis me envuelve de inmediato y tengo que echar la cabeza hacia atrás.

—Oh... Dios, sí.

Con su lengua me da suaves sacudidas en el clítoris, constantes y consistentes, dejándome deshecha, enfebrecida. Me agarra los pechos, los moldea y amasa con saña. Los pequeños golpecitos se convierten en mordisquitos, seguidos por lametones largos. Y esos lametones se transforman en círculos firmes. Se está dando un banquete con mi carne. Se ha vuelto frenético y me está poniendo frenética a mí también. Gime de placer y luego me envuelve totalmente con su boca, disfrutando de mi rincón más privado como si me estuviera besando con pasión. Mis caderas no pueden estarse quietas y empiezan a dar vueltas, igual que todo mi mundo, que gira envuelto en una nebulosa de hedonismo. Estoy en llamas, presa de un éxtasis arrebatador. La cabeza se me cae hacia delante y grito. Josh tiene los ojos abiertos y me mira

fijamente mientras yo llego al punto de no retorno. Y cuando vuelve a rodearme con los labios y succiona, salgo disparada y estallo, viendo las estrellas mientras me corro en su boca. Él succiona y succiona hasta que no queda de mí más que una muñeca desmadejada y sin aliento, que cae sobre él tratando de respirar.

—Dios —jadeo, totalmente sudada.

Josh se desplaza lo justo para que el vértice entre mis piernas quede en lo más alto de su pecho, lo que significa que tiene una visión privilegiada de mi carne palpitante. Se la queda mirando con una sonrisa en la cara y me acaricia las caderas mientras admira mi centro tembloroso.

—Madre de Dios...

Aunque estoy exhausta, no puedo evitar reírme un poco al notar su acento sureño en esas tres palabras que pronuncia cargadas de lujuria.

—Mi chico americano parece saciado.

Maniobrando mi cuerpo inútil, me pone de lado y me atrae hacia él. Me planta un beso cariñoso en el pelo y me relajo contra su cuerpo, sintiéndome serena y feliz. Muy feliz. Y de repente agotada. Me pesan mucho los ojos, pero una pequeña parte de mi cerebro me recuerda que debería devolverle el favor. Sin embargo, él está satisfecho porque yo estoy saciada. Nunca he conocido a un amante tan generoso como él.

—Mañana por la noche es el estreno de *The Underground* —me dice en voz baja—. Me encantaría que vinieras.

Me río con todas las fuerzas que me permite mi cuerpo exhausto.

—Madre mía, la prensa se volvería loca.

—Lo sé —dice, rindiéndose enseguida—, pero la idea es bonita, ¿verdad?

—Sí. —Suspiro, demasiado cansada para que el desánimo estropee mi estado de relajación—. Muy bonita.

Mis ojos pierden la batalla y se cierran. Me duermo entre sus brazos, esperando que en mis sueños pueda asistir al estreno de su película y pueda disfrutar de caminar de su brazo para que todo el mundo lo vea.

13

—Despierta, bella durmiente.

Pestaño con rapidez mientras las palabras luchan por abrirse camino en mi mente. Me estiro y noto el suave roce de las sábanas de seda. La visión borrosa de alguien sentado en el borde de la cama se aclara lentamente.

«Josh».

Inspiro hondo, sonrío y me vuelvo de lado para verlo mejor.

—Buenos días.

Suelto el aire en un suspiro. Va cubierto solo con una toalla enrollada a la cintura. Tiene el pelo mojado y su pecho está tan cerca que me atonta.

—Y que lo digas.

Su sonrisa es tan brillante que podría hacer que volviera a quedarme inconsciente.

—Se te veía tan relajada y en paz que no me he atrevido a despertarte.

De repente me asaltan los recuerdos de quién soy y de dónde estoy. Y al recordar también que me quedé dormida en brazos de Josh, el pánico sustituye a la tranquilidad y me siento bruscamente.

—¡Damon!

—Eh, tranquila.

—Dios mío, el pobre va a parecer un zombi esta mañana.

—No ha querido irse y tampoco ha querido despertarte. Cuando te llevé a la cama, ni te enteraste. —Sonríe—. Pero te agarraste a mí con mucha fuerza.

Pongo los ojos en blanco y de nuevo me echo de espaldas en la cama para disimular mi sonrisa.

—Es un viejo testarudo.

—No, te protege. —Josh ladea la cabeza y alza una ceja—. Cumple con su deber, tienes suerte de contar con él.

Frunzo el ceño.

—Ya lo sé, no hace falta que me lo digas.

Damon es una bendición en mi asfixiante vida. No hay día en que no dé gracias por tenerlo a mi lado, pero la tierna regañina de Josh hace que me plantee si Damon sabe lo mucho que lo valoro. Lo dudo, así que me prometo que se lo haré saber en cuanto lo vea.

—Tengo que irme antes de que el palacio de Kellington presente una denuncia por desaparición. —Bajo de la cama y miro a mi alrededor—. ¿Dónde está el vestido?

—Colgado en el armario.

Josh se levanta, se acerca al armario y lo saca.

—Ya que vas a tener que ponerte la misma ropa que ayer —alza las cejas con ironía—, no podemos consentir que lo hagas con un vestido arrugado, ¿no crees?

Con los ojos fruncidos, me acerco a él, desnuda, y le arrebato el vestido de la mano.

—¿Por qué tengo la sensación de que te divierte que todo el mundo se entere de que he pasado la noche fuera de casa?

—Porque has pasado la noche en mi habitación, por eso.

Lentamente, se quita la toalla de las caderas y frunce los labios.

—Aunque no hace falta que te vayas si no quieres...

Mis ojos hambrientos se desploman por su pecho hasta llegar a su entrepierna. Una vez allí, caigo en un estado de ensoñación y trato de encontrar alguna buena excusa para no tener que marcharme. Se me ocurren unas cuantas razones para justificar mi desaparición y así poder quedarme aquí con Josh, disfrutando de la paz que me proporciona su compañía, pero antes de poder decir nada, la puerta se abre de golpe.

Me sobresalto y me doy la vuelta sin recordar que no llevo ropa y, por lo tanto, le regalo al recién llegado un desnudo integral delantero. Me quedo con la vista fija en unos ojos asombrados, los de una chica que lleva un montón de sábanas limpias en las manos. Su mirada salta de mí a Josh y vuelve a mí, pero, cuanto más nos mira, más confundida parece. ¡Mierda! Distingo el momento en que la joven cae en la cuenta de lo que está viendo. O, mejor dicho, de a quién está viendo. Reacciono cubriéndome con el vestido y luego, al ver que Josh no hace nada, cojo la toalla y se la tiro al pecho.

—¡Oh, Dios mío! —La chica pierde los papeles, y suelta las sábanas para cubrirse la boca con las manos.

Cierro los ojos, desesperada. No puedo culpar a la chica por reaccionar así al

encontrarse cara a cara con dos de las personas más famosas del mundo. De momento está tan sorprendida que aún no se ha preguntado qué hacemos los dos juntos en la misma habitación de hotel, pero pronto lo hará. ¡Qué horror! ¿Cómo ha conseguido entrar?

Mientras estoy pensando esto, los encargados de seguridad de Josh entran en la habitación y Josh comprende al fin la gravedad de la situación porque se pone en movimiento.

Niega con la cabeza mirando a uno de sus hombres mientras se sujeta la toalla alrededor de las caderas.

—¡Dios mío, Dios mío, Dios mío! —La camarera no deja de gritar.

—Ven, querida.

Los hombres de Josh la sacan con delicadeza de la habitación. Uno de ellos nos dirige una mirada de disculpa por encima del hombro.

Cuando la puerta se cierra, soy yo la que me vengo abajo.

«Ya está. Hasta aquí ha llegado mi aventura en el cielo de Josh. ¡Puf! Se desvaneció».

—Esto es un desastre —suelto, y empiezo a recorrer la habitación de lado a lado, al mismo tiempo que me peleo con la ropa interior.

Josh se planta delante de mí y me detiene, agarrándome por los hombros.

—No te pongas histérica.

—¡No estoy histérica! —grito, atacada, pero consigo al fin abrocharme el sujetador. Me pongo el vestido por los pies y me lo subo hasta la cintura—. ¡Esa chica irá corriendo a las oficinas del primer diario de tirada nacional que encuentre y mañana saldremos en la portada! ¡Tú y yo! ¡Desnudos! ¡En una habitación del Dorchester! —Me quedo sin aliento por culpa de los gritos, pero inspiro hondo porque no he acabado de hablar.

Josh me tapa la boca con una mano y los ojos muy abiertos.

—¿Quieres calmarte?

Le aparto la mano.

—¿Cómo quieres que me calme? Esto es lo peor que podía pasar.

Su mirada de sorpresa se transforma en una de... ¿qué es eso? ¿Enfado?

—¿Qué pasa? —me pregunta con los dientes apretados—. ¿Te da vergüenza que te asocien con un humilde actor?

¿Está de broma?

—No seas ridículo. —Me alejo de él, aguantándome el vestido con las manos para que no se me caiga—. Es solo que... —Miro al suelo.

—¿Solo qué?

—Es que... —¿Qué puedo decir?

—¿Qué? ¡Maldita sea, Adeline! ¿Qué?

Estallo y dejo salir mi frustración e impotencia sin poder controlarme.

—¡Cuando se enteren, no dejarán que vuelva a verte! —grito, haciendo que Josh se eche hacia atrás, con cautela.

Sin embargo, no sé si su actitud se debe a mis gritos o a lo que estoy gritando. Inspiro hondo, tratando de calmarme.

—Y eso es lo peor que podría pasar —repito, pero esta vez en voz baja, mirando al suelo y reprendiéndome por no pensar antes de hablar. Pero ahora ya es tarde; me he tirado a la piscina, así que acabo lo que he empezado—: Me gustas. —Frunzo el ceño, porque me suena raro—. Nunca nadie me había gustado tanto. Es una sensación bonita, pero al mismo tiempo aterradora.

Se hace el silencio, un silencio largo, doloroso y muy incómodo, y pronto me arrepiento de haber sido tan bocazas. Soy una idiota. Es el actor más famoso de Hollywood, por el amor de Dios. Y el hombre más deseado del planeta. Es libre para estar con cualquier mujer que le apetezca. En cambio, yo no tengo libertad en mi vida sentimental. Ahora más que nunca odio mi existencia. Para él no soy más que una muesca en el cinturón, un desafío cumplido. Un logro que deberá mantener en secreto, pero un logro al fin y al cabo.

Me aclaro la garganta porque se me ha formado un nudo de lo más idiota, y me agacho para recoger el bolso de la mesita de noche.

—Tengo que irme.

No logro dar dos pasos, porque él me lo impide.

—Espera.

—No, de verdad, tengo que irme.

Lo esquivo y abro la puerta.

Josh la cierra de golpe y yo me quedo encerrada con él. Contengo el aliento cuando me empotra contra la puerta con todo su cuerpo.

—Alguien ha olvidado las reglas de nuestro juego —dice en voz baja y muy serio, y con el acento más marcado que nunca.

—Esto no es un juego, Josh.

No estoy segura de cuándo se ha convertido en algo más, al menos para mí, pero así es.

—Es un juego, alteza —me susurra al oído.

Trago saliva, con la vista clavada en la madera que tengo delante.

—Y vas ganando.

Me mordisquea el lóbulo y me traza todo el contorno de la oreja con la lengua. Sin poder evitarlo, me apoyo en su pecho, su atracción es demasiado intensa.

—Vas ganando de largo, Adeline, joder. Tal vez incluso ya hayas ganado la partida.

—¿Cómo?

Me da la vuelta, me acaricia el pelo y me sujeta la cara entre sus manos.

—Me gustas. —A diferencia de mí, los ojos de Josh se mantienen clavados en los míos mientras lo confiesa—. Mucho. Me gustas un montón.

Mi estómago brinca y empieza a dar vueltas.

—¿En serio?

—¿Me lo estás preguntando de verdad? Eres la princesa de Inglaterra, joder. La experta seductora. ¿Y me preguntas si me gustas?

No hago caso de sus halagos ni de sus preguntas, no me interesan; lo único que me interesa es una cosa.

—¿Te gusto?

Quiero oírlo. Necesito que me lo confirme. Necesito algo que me haga creer que esto no ha sido cosa de mi imaginación, sino que lo ha sentido tan profundamente como yo, que no estoy sola en esta vorágine de sentimientos.

Él sonríe y me recorre el labio inferior con el pulgar.

—Me has dejado ciego a todo lo que no seas tú, mujer. ¿Te vale con eso?

Aprieto los labios con fuerza, en un estúpido intento de evitar que vea lo feliz que me ha hecho.

—Borra esa sonrisa bobalicona de la cara —dice, riendo.

Parece que he perdido la batalla. Mi sonrisa es tan grande que no la puedo esconder, pero pronto se me borra cuando recuerdo por qué estamos teniendo esta conversación.

—La camarera.

Ahora estoy incluso más ansiosa que antes, y más decidida a mantener lo nuestro en secreto, ya que ambos parecemos estar en la misma página de esta relación y nos gustamos un montón.

—Si vamos a salir juntos, no podemos ocultarlo eternamente.

Me echo a reír.

—Oh, sí que podemos.

Me llevo las manos a la espalda y me abrocho la cremallera hasta donde

llego, hasta que Josh se da cuenta de mi lucha y me da la vuelta para ocuparse del resto.

—Eso es una tontería. —Su tono es de reprimenda—. Es imposible.

—No es ninguna tontería —le aseguro, y me horrorizo al pensar que puedan descubrirnos.

Me da un suave beso en el hombro y suspira, algo exasperado.

—Tal vez deberíamos dejar esta conversación para después de hablar con la camarera.

—Creo que es muy buena idea.

Me vuelvo para mirarlo mientras se pone unos vaqueros y una camiseta.

—Nunca he salido con una mujer que necesitara más seguridad que yo. —Su preciosa frente se arruga—. Es... raro.

Suelto un resoplido burlón.

—Yo me inclino más por la palabra *fastidioso*, pero si te gusta *raro*...

Me sacudo el vestido con las manos y me echo el pelo por encima de los hombros.

—Dios santo, seguro que me veo atroz.

Josh se echa a reír y lo miro, preocupada.

—¿Qué mosca te ha picado?

—Una mosca real, alteza. —Me da la mano y me acompaña fuera de la habitación—. Me hace gracia como hablas, eres tan británica y tan... pija.

—Bueno, yo hablo así.

—Y me encanta.

Encontramos a los hombres de Josh en la habitación donde se quedaron anoche, todos reunidos y hablando en voz baja. Damon no está con ellos.

—Disculpen —los interrumpo, haciendo que rompan el pequeño círculo—. ¿Dónde está Damon?

—Aquí. —Su voz ronca me llega desde atrás.

Me vuelvo y lo veo entrar en la suite.

—¿Qué pasa?

Bates da un paso al frente.

—Una empleada del hotel ha entrado en la habitación y ha descubierto a la princesa Adeline con el señor Jameson.

Damon se pone en alerta inmediatamente. Y se enfada. Se enfada muchísimo.

—¿Cómo ha podido ocurrir algo así?

—Recibí una llamada diciéndome que una fan estaba tratando de entrar en la suite del señor Jameson. Salí para ocuparme del tema. —Bates mira a los otros dos hombres—. Pensé que los dejaba en buenas manos.

Los dos hombres retroceden un poco, y aún retroceden más cuando Damon les dirige una mirada asesina.

—Espero que tengáis otras perspectivas profesionales —dice con los dientes apretados—. Haré que te manden unos contratos de confidencialidad. Haz que los firmen antes de despedirlos.

Doy un paso hacia él con cautela.

—Damon...

Pero cierro la boca de golpe cuando esa misma mirada asesina cae sobre mí. Saca el móvil del bolsillo y sé que está a punto de llamar a Felix.

—¿Acaso el hotel no conoce el protocolo para clientes de perfil elevado?

—La camarera es nueva —responde Bates—. Al parecer no recibió el dossier. Estoy hablando del tema con la dirección.

—Bien.

Me suelto de la mano de Josh y miro a Damon con preocupación.

—¿Dónde estabas? —le pregunto.

Es tan raro que haya dejado su puesto...

Me muestra el móvil, con la mandíbula apretada. Se nota que está furioso consigo mismo.

—Era el mayor Davenport. Al parecer, el rey ha decidido desayunar con su hija en Kellington esta mañana. Está ahí ahora, pero usted no.

—Ah.

Damon se vuelve hacia Bates.

—Pensaba que estos tipos estaban entrenados por el MI6.

—Y lo están. Y ahora podrán volver a entrenar, con la de tiempo que les va a quedar libre.

Suena mi móvil. Lo saco del bolso y veo que es Eddie. Me siento fatal por hacerlo, pero rechazo la llamada. Tengo que ponerme de acuerdo con Damon antes de hablar con nadie.

—No creo que debamos preocuparnos por la camarera —nos asegura Bates, volviendo al problema original, pero a Damon no se le ve convencido—. Parecía más preocupada por la posibilidad de perder su trabajo que por otra cosa. No hablará.

—Yo no sé vosotros, chicos... —Los señala con el móvil—. Pero en mi

equipo no funcionamos a base de *yo creos*. Que baje cuando nos hayamos ido y que firme un contrato de confidencialidad.

Empieza a hacer una llamada y me levanto, poniendo una mano encima del móvil para que no llame a Felix.

—No nos apesuremos —le digo, mirando a Josh—. Tal vez involucrar a Felix en esto sea un poco exagerado.

Aunque estoy muy preocupada, trato de pensar con sensatez. Cuantas más personas estén al corriente de lo sucedido, más fácil será que las noticias lleguen a oídos de mi padre. Al fin y al cabo, Felix da cuentas al rey, no a mí.

—Hablares en el coche. ¿Dónde está su abrigo?

—Aquí. —Josh va a buscar la gabardina a la silla y me ayuda a ponérmela—. Me llamas, ¿vale?

Asiento con la cabeza.

—Diviértete en el estreno.

—Lo intentaré.

Me da un beso delicado en la mejilla y cuando se aparta, mi mirada se cruza con la de Damon. Veo en sus ojos que sabe que estoy muy pillada por Josh. Está preocupado por mí y eso hace que la realidad se presente aún más amenazadora.

Nos dirigimos al coche; voy flanqueada por los hombres de Josh y los míos y solo suelto el aliento cuando estoy segura en su interior. Al fijarme en la palidez y los ojos cansados de Damon y los demás hombres, me siento culpable.

—Siento que no hayáis podido dormir esta noche.

—Hicimos turnos, no ha sido nada —contesta Damon, quitándole importancia.

—Quiero que sepas que agradezco todo lo que haces por mí.

Él me mira por el retrovisor.

—Lo sé.

—Bien, me alegro.

Sonrío y disfruto de la sonrisa que él me devuelve.

—¿Qué voy a decirle al rey? —Me doy cuenta de que sueno desesperada, pero es que lo estoy.

—Le dije a Davenport que fue a los establos antes de lo habitual. Es lo primero que se me ocurrió. Si logramos hacerla llegar a sus habitaciones sin que nadie se dé cuenta, todo irá bien, señora.

—Eres un genio, Damon, gracias.

—Va con el sueldo —dice, y me dirige una mirada cómplice—, si me

permite la inmodestia.

Me agunto la risa y me acomodo en el asiento mientras miro por la ventanilla.

—Creo que hoy me voy a tomar el día de descanso —anuncio—, así que tómate el día libre, si quieres. Nos vemos mañana por la mañana.

—Como desee, señora.

—Lo deseo así.

Deseo muchas más cosas, y ahora que sé que a Josh le gusto un montón, no puedo evitar desearlas con más fuerza. Pero también me dan mucho más miedo. Tenemos que pensar bien en los siguientes pasos que vamos a dar. Sería fantástico poder hablar con mi padre y decirle que he conocido a un hombre maravilloso, uno con el que me gustaría salir y que a él le encantaría para mí, pero mi padre no es solo mi padre. También es el rey de Inglaterra y, en nuestra familia, lo primero es la lealtad al trono, luego a nuestro cónyuge y, en raras ocasiones, a nuestro corazón. La felicidad no existe, es una ilusión.

Cuando llegamos a la verja de Kellington, clavo la mirada en la entrada, atenta para no encontrarme con las personas a las que no deseo ver. El primero de ellos, mi padre.

—¿Sabemos si el rey sigue aquí? —le pregunto a Damon, pero no necesita responderme porque un instante después veo su Bentley.

—¡Maldita sea!

Bajo la vista y suspiro. ¿Qué posibilidades hay de que pueda llegar a mi habitación sin que me vea mi padre o alguno de sus esbirros? Muy pocas.

—Nadie se creerá que vengo de montar si me ven vestida así.

—Nada que un poco de previsión no pueda solucionar.

Damon sale del coche y veo que Olive baja la escalinata a toda prisa con mi ropa de montar, mirando hacia atrás constantemente por si alguien la descubre.

—Oh, Damon, eres un ángel.

La puerta trasera se abre y Olive me pasa la ropa con una sonrisilla cómplice.

—Olive, gracias. Muchas gracias.

—Señora. —Hace una pequeña reverencia y se va corriendo.

La puerta se vuelve a cerrar y Damon se planta ante ella, cubriéndome con su cuerpo mientras yo me peleo con la ropa, mirando constantemente por encima del hombro para asegurarme de que no viene nadie. Sé que es absurdo, que

Damon me avisaría. De hecho, mientras me estoy acabando de poner las botas, oigo un golpecito en la ventanilla.

Alzo la mirada y veo que Davenport está bajando la escalera. El corazón se me embala. Meto el vestido de Hervé Lédger y los zapatos bajo el asiento del conductor y me recojo el pelo en una coleta alta. Tras plantificarme en la cara la sonrisa oficial, golpeo la ventanilla para que Damon abra la puerta.

—Mayor —lo saludo, mientras él se acerca mirándome de arriba abajo con desconfianza.

—Alteza —contesta, tenso, y cambia de dirección rápidamente para seguirme al interior del palacio de Kellington.

—¿A qué debo el placer? —le pregunto, quitándome los guantes que acabo de ponerme a toda prisa y devolviéndoselos a Olive con una sonrisa.

—Sí que ha madrugado para ir a las caballerizas, señora... —dice, esquivando mi pregunta.

Le dirijo una sonrisa, satisfecha por haber logrado escapar de sus garras.

—Hacía una mañana tan bonita que me ha parecido un crimen desaprovecharla.

Me dirijo hacia el comedor, porque sé que allí es donde encontraré a mi padre. ¡Qué rabia! Tras una noche tan bonita, odio tener que volver a enfrentarme a la odiosa realidad.

Cuando entro en la sala, me encuentro no solo a mi padre, sino también a Eddie y a John. Mi hermano mayor me dirige su mirada de suficiencia habitual y el pequeño me mira con cautela, algo también habitual en él. Sé que me pedirá explicaciones más tarde. A él no le puedo mentir, porque vive aquí. Cuando mi padre levanta la cabeza de su taza de café, inclino la mía con educación, pero él no responde al gesto. Se vuelve hacia Davenport y le pregunta:

—¿Has dado con David Sampson?

—Aún no, señor.

—Cuando lo encuentres, comunícamelo al momento. ¿Dónde demonios puede estar?

—Por supuesto, se lo haré saber en cuanto logremos localizarlo. — Davenport sale de la habitación y mi padre se vuelve hacia mí.

—¿Hay algún problema? —le pregunto, recordando la última vez que vi a David y lo raro que estaba.

—La vagabunda ha regresado... —comenta mi padre, ignorando mi pregunta.

Siempre hace lo mismo. Para él, yo no tengo voz en temas de negocios.

—Estaba en las caballerizas. —Me siento mientras me sirven una taza de café—. *Hierbabuena* está progresando muy deprisa, padre.

A John se le escapa la risa y me vuelvo hacia él:

—¿Cómo está Helen? —le pregunto, toda dulzura.

—El primer trimestre le está pasando factura. Los médicos le están haciendo un seguimiento riguroso.

Por dentro pongo los ojos en blanco.

—Normal —digo—. Un embarazo en una mujer de casi cuarenta años se considera de alto riesgo.

Me llevo la taza a los labios y doy un sorbo, buscando los ojos de Eddie. Él me está dirigiendo una mirada consternada mientras niega con la cabeza, pero no puedo evitar meterme con John. Diría que se da aires de superioridad, pero teniendo en cuenta que la única persona superior a él es nuestro padre, tal vez sea comprensible. Aunque eso no hace que sea menos molesto. Si no me tratara siempre con tanto desprecio, no me metería con él. Odio imaginarme el momento en que John sea el rey y Helen la reina consorte. Sé que ambos disfrutarán del poder y que se pasarán el día ejerciéndolo sobre todos los miembros de la familia, probablemente más que mi padre. Será una nueva vuelta de tuerca en este infierno en el que ya me encuentro.

—Ya basta, Adeline —dice mi padre, levantándose de la mesa.

Estupendo, se marcha.

—Me habría gustado desayunar con mis tres hijos esta mañana, pero, qué le vamos a hacer, una no estaba en casa cuando he llegado.

—Siempre decepcionando; la historia de mi vida. —Suspiro—. Si hubiera sabido que nos honrarías con tu presencia esta mañana, habría estado aquí.

No soy adivina, y todo esto es muy raro. Mi padre nunca desayuna con nosotros en el palacio de Kellington. Si quiere vernos, nos cita en Claringdon con, al menos, veinticuatro horas de antelación. ¿Y qué demonios hace aquí John? No ha puesto el pie en mi casa desde hace... ni me acuerdo.

—En adelante, recordaremos concertar las citas teniendo en cuenta tu frenética agenda —dice John, mientras dobla la servilleta y la deja en la mesa antes de levantarse.

El veneno de sus palabras me ataca todos los nervios del cuerpo. Su mensaje está claro.

—Es muy exigente pasarse el día sentada, luciendo guapa. —No logro

morderme la lengua—. Ni te lo imaginas.

Le sonrío y me echo el pelo por encima del hombro.

John apoya las manos en la mesa y se inclina hacia mí.

—Cásate de una vez y haz algo útil —me espeta, con una mueca despectiva.

—John —me defiende Eddie, poniéndose en pie de un salto—. No le hables así.

Aunque le estoy muy agradecida por su intervención, sé que no servirá de nada.

—Bueno —refunfuña John—, es que todos trabajamos duro, mientras ella se pasa el día contoneándose sin más, haciendo lo que le apetece y dejando un reguero de desastres a su paso que los demás deben arreglar.

—Nunca le he pedido a nadie que resuelva mis desastres. —Yo también me levanto y adopto la misma pose amenazadora que John—. Me da igual si nadie lo hace. ¿A quién le importa si tengo una cita con un banquero o con un abogado de Shoosmiths? Que se entere el mundo entero.

—¿Una cita? —John se echa a reír—. ¿Así llamas tú a abrirte de piernas para el primero que se cruza en tu camino?

—Por el amor de Dios... —susurra Eddie, claramente furioso.

La sangre me empieza a hervir. Y cuando miro a mi padre y veo que tiene la mirada clavada en mí, como interesado en ver cómo voy a defenderme de la acusación de John, aún me hierve más.

—No me abro de piernas ante el primero que se cruza en mi camino —replico, echando humo—. Y me encantaría salir a cenar con hombres como una persona normal y no tener que esconderme, pero no se me permite hacerlo porque soy miembro de esta maldita familia.

—¡Ya basta! —brama mi padre, con su furia dirigida hacia mí en exclusiva. No es que esperara otra cosa, por supuesto.

—¡No toleraré que hables en esos términos de la monarquía!

Me vuelvo hacia el rey con las ventanas de la nariz muy abiertas, mientras cala en mi mente una vez más lo imposible de mi situación. Mi hermano acaba de tratarme como a una puta delante de él. Y no debería haberlo consentido, pero no ha movido un dedo. Quiero gritarle, contarle dónde he pasado la noche, pero eso no solo me perjudicaría a mí, sino también a Josh. Así que hago lo único que puedo hacer. Le hago una reverencia al rey y salgo del comedor con los ojos llenos de lágrimas. Aunque lo veo todo borroso, no se me escapa la expresión desolada de Damon cuando paso por su lado en el vestíbulo. Lo ha oído todo.

Todo el mundo en Kellington se ha enterado. Subo corriendo la escalera con la cabeza baja para evitar las miradas del servicio. Cuando llego a mi habitación, cierro de un portazo y hago algo que llevo mucho tiempo sin hacer.

Lloro.

Con la cara entre las manos, lloro como un bebé, sintiéndome triste y desconsolada. Me gustaría tanto salir huyendo y desaparecer en algún lugar donde no pudieran encontrarme... Algún sitio donde ser anónima y libre. Es una idea maravillosa, aunque completamente utópica. Da igual adónde vaya, siempre me reconocerán.

Y siempre me encontrarán.

14

—Esa no es una comida demasiado nutritiva —me dice Doris, al verme desplomada sobre la isla central de la cocina, con un vaso de merlot en la mano y unas aceitunas enfrente—. ¿Por qué no me deja que le prepare algo de cena antes de que me vaya a casa?

Suspiro, mirando la aceituna que tengo entre los dedos.

—No tengo hambre.

Me la meto en la boca, la mastico y la hago bajar con otro trago de vino tinto mientras Olive entra en la cocina con una bandeja y la deja cerca del fregadero.

—Gracias por lo de antes, Olive.

La pobre chica lo ha pasado mal sacando mi ropa a escondidas para que no me metiera en un lío.

—De nada, señora.

—¿De qué hablan? —pregunta Doris, quitándose el delantal.

—Nada, nada.

Le resto importancia al tema con un gesto de la mano y cojo la botella para rellenar el vaso. Si Dolly se enterara de que Olive ha sido cómplice de mis fechorías, le caería una buena bronca. Inclino la botella y frunzo el ceño al ver que no cae nada.

—¿Otra? —me pregunta Olive.

La miro y veo que lleva una nueva botella en la mano antes de que se lo confirme.

—Gracias.

Empujo la copa hacia ella y dejo que me la llene antes de seguir ahogando mis penas.

—Toma, una oliva, Olive.

Me río como una idiota y Dolly suspira.

Olive es demasiado educada para decirme nada, pero sé que ha oído esa broma ridícula mil veces.

—Lo siento. —Me encojo de hombros y vuelvo a hundirme en el vino.

—Pues yo ya he acabado por hoy —declara Dolly, frotándose las manos—. Nos vemos mañana tempranito.

—Adiós, Dolly.

Se marcha y veo que lo único que está fuera de sitio en la cocina reluciente es el vino y las olivas. Ah, y yo.

—Yo también tendría que marcharme.

Olive sigue los pasos de Dolly y yo le dirijo la mejor sonrisa que soy capaz de forzar, pero ella se detiene en la puerta:

—Discúlpeme, señora. Sé que no es de mi incumbencia, pero ¿está bien?

Esta vez mi sonrisa es genuina. Esta chica es un encanto.

—Nunca te disculpes por preocuparte por alguien, Olive —la reprendo con delicadeza—. Estoy bien. —Sé que no engaño a nadie con mis palabras—. Asuntos familiares, tonterías de política.

Ella asiente y se queda pensativa unos instantes antes de añadir:

—Quiero que sepa que la admiro mucho. Creo que es muy valiente por defender sus ideas.

Si no fuera porque no sería apropiado, la abrazaría, aunque se equivoque. Yo de valiente no tengo nada. Soy una cobarde. Si fuera valiente, lo enviaría todo a freír espárragos, saldría con Josh y dejaría que todo el mundo lo viera. Pero me aterran las consecuencias. Me aterra perderlo, no volver a verlo, no volver a flotar ni a perderme en él. Mi padre y su ejército de consejeros se asegurarían de ello y le arruinarían la vida; y eso no puedo consentirlo. Le dirijo otra sonrisa para tranquilizarla. No sé si lo consigo.

—Yo creo en dejarse guiar por el corazón, pero mi corazón está encarcelado, y solo puedo liberarlo bajo ciertas condiciones.

—Pues espero que él sea capaz de hacerlo.

Se retira en silencio y yo me quedo observando la puerta vacía durante mucho rato. La dulce Olive es más lista de lo que aparenta.

Vuelvo a perderme en el vino y en mis pensamientos. Y las lágrimas se me agolpan en los ojos. Tengo la desquiciante sensación de que estoy fracasando al permitirme caer presa de la melancolía, pero, francamente, cada vez que me enfrento a esta institución con argumentos, me apartan de un plumazo y me

siento impotente. Hacen que me plantee si vale la pena porque, haga lo que haga, nunca voy a ganar. Tal vez consiga ganar una batalla, pero nunca la guerra.

Me sobresalto un poco cuando noto que el móvil empieza a vibrar y el corazón me da un vuelco al ver que es Josh. Frunzo el ceño. ¿No era esta noche el estreno de la película?

—¿Hola?

—Hola, mi chica.

Mi corazón alborotado se amansa al oír su voz. Todo recobra el equilibrio y vuelve a estar en paz en el universo.

—Hola, mi chico americano. —Apoyo el codo en la mesa y la barbilla en la mano, feliz y soñadora—. Corrígeme si me equivoco, pero ¿no se suponía que tenías que estar en un sitio especial esta noche?

—Y lo estoy. ¿Tienes una tele cerca?

—No, estoy en la cocina. ¿Por qué lo preguntas?

—Ve a buscar una y enciéndela, rápido. Parezco un idiota aquí, hablando por teléfono.

Intrigadísima, me acabo el vino y voy corriendo al salón más cercano. Busco el mando a distancia y enciendo la tele.

—¿Has encontrado ya un televisor en ese palacio tuyo? —me pregunta.

—Sí.

—Pon *El News*.

Me peleo con los botones del mando y al fin encuentro el canal.

—¡Ay, si eres tú! —exclamo, cuando veo a Josh en la pantalla.

No lo están enfocando directamente, pero está en un lado de la alfombra roja, en la puerta del Odeon, en Leicester Square, rodeado por su equipo. Está hablando por teléfono. Conmigo.

—¿Es en directo?

Me siento en la mesita baja, frente al sofá.

—¿Cuántos dedos estoy levantando?

Hace el signo de la paz mirando a cámara y me echo a reír.

—Dos.

—Afirmativo.

Me dirige una sonrisa radiante, mientras la presentadora, una mujer muy glamurosa vestida para matar con un modelo rojo, habla y no deja de mirar en su dirección, tal vez para ver si ha acabado de hablar por teléfono para poder atraparlo y hacerle algunas preguntas.

—Estás muy guapo —le digo, devorándolo con la mirada.

Josh, con esmoquin, es una exquisitez. Y lleva el pelo muy bien arreglado, nada que ver con el que tenía esta mañana cuando lo he dejado en su hotel.

—Gracias, alteza —contesta mientras alguien aparece a su lado y le dice algo al oído.

No oigo el qué porque él tapa el teléfono, pero luego asiente y le muestra un dedo.

—¿Quién es? —le pregunto.

—Mi publicista. Las cadenas de televisión quieren hablar conmigo.

—Creo que la mujer del vestido rojo también quiere echarte el lazo.

Veo que la presentadora vuelve a buscarlo con la mirada mientras les dice a los espectadores que va a hablar con Josh Jameson en breve. La envidio.

—Lo sé, tengo que irme. Me encantaría que estuvieras aquí.

—Es posible, pero me apuesto las joyas de la corona a que el resto de las mujeres ahí presentes se alegran de que no esté.

Se echa a reír y tengo el placer de oírlo por el teléfono mientras lo veo en pantalla.

—Te llamaré mañana.

Cuelgo y observo a la presentadora, que se acerca a él. Josh la atiende mientras la publicista se mantiene a unos metros de distancia.

—Tenemos con nosotros al protagonista de la noche. Nada más y nada menos que Josh Jameson. —La presentadora lo anuncia con entusiasmo y una sonrisa en la que muestra todos los dientes—. Estás radiante.

¿Radiante? Pongo los ojos en blanco. Las mujeres estamos *radiantes*, no los hombres.

—Gracias —dice, y a juzgar por su expresión, parece que a él también le ha extrañado.

—¿Tiene algo que ver la dama con la que estabas hablando? —Frunce los labios y le planta el micro debajo de la nariz.

—Siento la espera. —Hace un gesto con el pulgar, señalando con él por encima del hombro—. Uno de los chicos con los que estudié en la universidad me ha llamado; me ha dicho que te pida el número de teléfono, para él.

La presentadora se pone tan roja como su vestido o sus labios, pero pronto se recupera. Admiro a Josh por su inteligente maniobra de distracción. Me imagino que, para reaccionar con tanta soltura, ha tenido que lidiar en el pasado con cientos de preguntas indiscretas.

—Vamos —ronronea ella—, no juegues conmigo. La he oído hablar. Era una mujer, ¿verdad?

—¿No te enseñó tu madre que escuchar conversaciones ajenas es de mala educación?

—Sí, pero luego me hice periodista. —Se encoge de hombros, con descaro—. ¿Estás saliendo con alguien, Josh?

La publicista de Josh se acerca, dispuesta a intervenir, pero Josh la detiene.

—Estamos empezando.

El corazón se me para en el pecho. La presentadora se entusiasma tanto que me contagia su estado de ánimo. No me extraña, acaba de conseguir una exclusiva inesperada. Estoy en shock, en parte extática, pero también aterrada. Acaba de decirle al mundo que sale con alguien, y ahora el mundo se volverá loco por averiguar de quién se trata. Pero me cuesta enfadarme con él cuando me siento tan eufórica.

—¿Demasiado pronto para traerla al estreno de tu nueva película? —insiste la presentadora.

Él se ríe y aparta la mirada.

—Ella está a otro nivel. Esto es poco para ella, francamente.

Me quedo embobada, con la vista fija en la pantalla. Josh vuelve a mirar a la cámara, que ha centrado el plano en él. Será bandido... Eso no es poco para mí. Cojo el teléfono y le envío un mensaje de texto, diciéndole exactamente eso.

—¿Poco? —La presentadora casi se atraganta—. ¿Una alfombra roja, un estreno mundial y entrar de tu brazo es poco para ella?

Josh sonrío, baja la vista y me imagino que acaba de leer mi mensaje.

—¿Vamos a hablar sobre la película? ¿No hemos venido a eso?

La publicista lo agarra y lo conduce hasta el siguiente periodista de la cola antes de que la presentadora pueda responderle, pero no parece importarle. De manera inesperada ha conseguido la exclusiva de la noche. Tal vez del año.

En lo más hondo de mi ser, sé que Josh ha hecho una tontería lanzando carnaza a los medios. Ahora que saben que hay una mujer en su vida, no se van a conformar con las migajas. Van a querer el menú completo. Pero no puedo evitar la sensación de profunda euforia que se ha apoderado de mí al saber que esa mujer soy yo. Y por eso no le hago mucho caso a la parte de mi cerebro que quiere que me centre en su estupidez. Me cuesta mucho menos ponerme del lado que piensa que Josh está haciendo una declaración de intenciones. Está demostrando valentía, marcando actitud.

Tal vez yo debería seguir su ejemplo y ser valiente, pero es más fácil imaginarlo que hacerlo. El vino que he bebido se me revuelve en el estómago cuando pienso en lo que puede pasarle a Josh si cae en manos de mi padre y sus consejeros. Lo que le ha pasado a Gerry Rush con la prostituta es solo un ejemplo. Aunque, si Josh no tiene ningún cadáver en el armario que puedan descubrir, ¿qué daño podrían hacerle? Me echo a reír sin ganas. Todo el mundo oculta cadáveres en el armario. Y Josh es una estrella de Hollywood. Sin duda tendrá secretos succulentos y, si no los tiene, alguien se encargará de que los tenga.

Apago el televisor y me dirijo a mis habitaciones, dándole vueltas al concepto de ser valiente. De plantarme ante la gente que me mantiene prisionera. Me lavo, me cepillo los dientes y me meto en la cama.

Tengo la cabeza demasiado llena de cosas para poder dormir y me paso varias horas dándoles vueltas. Nunca me había sentido así. No encontrar la respuesta a mi problema me está volviendo loca.

Estoy a punto de rendirme y de buscar algo para leer cuando, de repente, la oscuridad de la habitación se ilumina con la luz de la pantalla del teléfono. Me vuelvo hacia la mesita de noche y lo cojo.

¿Despierta?

Me olvido inmediatamente de las ideas que me embarraban la cabeza y observo esa sencilla pregunta. Respondo con un «Sí» y me quedo esperando una respuesta, con el estómago dando vueltas y una sonrisa de oreja a oreja. En vez de responderme, me llama por teléfono.

—¿Hola?

El sonido de la música de fondo es ensordecedor, así como los gritos. Tanto que tengo que apartarme el móvil de la oreja.

—¡¿Hola?! —grita Josh—. ¡¿Adeline?! ¡¿Hola?!—

—Estoy aquí, pero casi no te oigo.

—Espera, estoy buscando un sitio tranquilo.

La música sigue sonando de fondo mientras Josh continúa su búsqueda.

—¡¿Sigues ahí?! —grita.

—Sigo aquí. —Me río.

—Joder, esto es un puto laberinto.

—¿Dónde estás?

—En el *after-party*. Espera, creo que lo he encontrado.

La música ensordecedora se convierte en un zumbido apagado.

—Mejor así. ¿Me oyes?

—Sí. —Su voz suena más grave de lo habitual, seguro que de gritar para que lo oigan—. ¿Dónde estás?

—No lo sé —responde—. No veo nada.

—Pues enciende la luz.

Me echo a reír, imaginándomelo buscando un interruptor a ciegas.

—No importa. Oigo tu voz, es la única luz que necesito.

Me derrito. Acabo de convertirme en un charco de suspiros.

—¿Te lo has pasado bien?

—Mucho. ¿Y tú?

—Bueno, lo normal. Ya sabes. Aquí de fiesta, sola en mi habitación —bromeo, y de pronto me alegro de no haber podido conciliar el sueño porque si no no habría oído su llamada.

—Ven a verme.

Me echo a reír ante lo ridículo de la situación.

—¿Y cómo sugieres que lo haga?

—¡Joder! —exclama, frustrado—. Esto es insoportable.

Mi alegría se apaga.

—Lo que has hecho antes ha sido una tontería.

—¿Quieres que me arrepienta? Pues no lo vas a conseguir.

—Todo el mundo se preguntará quién es esa persona que al parecer está por encima del brillo y el glamur de un estreno mundial.

—Pues que se lo pregunten. —Se saca de encima mi preocupación como si nada y yo se lo permito—. Tengo que volver a Estados Unidos dentro de unos días.

Me tenso. ¿Tan pronto? Se me ha pasado el tiempo volando.

—Vaya —digo, y el corazón se me cae a los pies.

Ya sé que es muy idiota por mi parte; sabía que solo iba a quedarse unos días, pero no puedo evitarlo.

—He cambiado de planes.

—¿Y eso? —Examino la oscuridad que se abre ante mí.

—Bueno, tengo un rodaje en Nueva Zelanda dentro de dos semanas. Iba a volver a Los Ángeles para hacer el equipaje y descansar allí unos días, pero

puedo descansar aquí... Y en Londres hay tiendas. Compraré ropa nueva. Tiene todo el sentido del mundo salir directamente desde aquí.

Aprieto los labios con fuerza para contener un grito de alegría.

—Sí, me parece muy sensato.

—Eso mismo pienso yo. Así que si tú estás libre, yo también.

No puedo seguir manteniendo a raya la sonrisa.

—Revisaré mi agenda.

—Ay.

Me echo a reír.

—Era broma. ¿No sabes que mi única misión en el mundo es guardar las apariencias?

—No es verdad. Tu única misión en el mundo es mantener la sonrisa en mi cara.

—Josh Jameson, esta noche estás que te sales. ¿Has bebido?

—He probado algo que es mucho más adictivo que el alcohol —me responde con suavidad, despertándome un agradable calorcillo por dentro.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo se llama eso?

—Adeline Catherine Luisa Lockhart.

No puedo parar de sonreír.

—He oído decir que te gusta un montón —digo, tratando de imitar su acento americano, pero debo de hacerlo fatal porque se echa a reír a carcajadas. No me importa. Su risa hace que mi felicidad crezca todavía más.

—Sí, es verdad. Se lo demostraré cuando vuelva a verla.

Me muerdo la lengua para no preguntarle cuándo será eso. No es que pueda salir por la puerta para verlo cuando me apetezca, ni que él pueda entrar. Si me permitiera pensar en ello, me entristecería, pero no puedo permitírmelo porque, de momento, está al otro lado de la línea, hablando conmigo.

—Estoy deseando comprobarlo.

—Más te vale. Y bien, ¿cuándo vas a hacer que mi cambio de planes valga la pena? —me plantea con franqueza.

—¿Mañana?

—Nada me gustaría más, pero tengo entrevistas programadas para todo el día. ¡Menudo coñazo! ¿Qué tal pasado mañana?

—Tengo un partido de polo. Se celebra la Cartier King's Cup. Es muy importante en el mundo del polo.

Matilda y yo nos pasamos casi todo el día tomando el sol y bebiendo

champán, así que es uno de los eventos a los que no me importa ir. El rey y los demás están demasiado ocupados batiendo tacos y egos en el campo para preocuparse de mí. Pero ahora...

—De polo, ¿eh?

—Sí, es el deporte de los reyes, ¿no lo sabías?

—¿Tú juegas?

—Uf, no. El campo de polo es terreno de hombres, pero se espera que dé la cara.

—Entonces, tendrá que ser al siguiente.

¿Dentro de tres días? Dios, se me va a hacer eterno.

—Vale.

—¿Me llamarás?

—Sí. Disfruta de lo que quede de fiesta.

Cuelgo y me doy la vuelta. Me ha llamado desde el estreno de su película. Dos veces. Quería que estuviera allí con él. Sonrío. Me gusta el Josh Jameson al que Adeline Lockhart le gusta un montón.

15

Jenny se afana en colocarme bien la coleta alta en el asiento trasero mientras, desde el asiento del acompañante, Kim me pone al día de todos los asistentes que van a acudir a la copa Cartier de este año. Básicamente todo el mundo que es alguien. Inspiro entre dientes cuando Jenny me tira un poco demasiado fuerte del pelo.

—Perdón, es que no sé dónde poner este mechón.

—Pues déjalo suelto —protesto, cansada.

Voy informal pero elegante, con un vestido de las hermanas Zimmermann, de seda georgette bordada en color crema y combinado con unas sandalias planas de tiras plateadas. Es un conjunto cómodo y adecuado para un día soleado de primavera.

—Hay una invasión de fotógrafos —dice Kim.

—Pues habrá que estar perfecta para ellos, ¿no? —ironizo, pasándome el bolso de borlas por encima de la cabeza y cruzándolo sobre la cintura.

Jenny protesta cuando le muevo la mano con el bolso, y vuelve a intentar recolocar el mechón rebelde.

—Está bien así —digo, y me miro en el espejo retrovisor.

No hay ni un pelo fuera de sitio. La coleta está perfecta; se está pasando de escrupulosa.

Salgo del coche cuando Damon me abre la puerta y lo primero que veo es el batallón de fotógrafos en la distancia, que parecen estar divirtiéndose mientras capturan a los miembros de la realeza disfrutando de una tradición pasada de moda.

Mientras examino la multitud, veo un mar de sombreros elaborados y copas de champán en todas las manos. Camino sobre la hierba con Damon a mi espalda, y veo a todos los miembros de mi familia excepto al que quiero ver:

Matilda. Mi madre me llama con la mano. Está en medio de un grupo en el que distingo a mi sarcástica cuñada y a los padres de Matilda. Pero ¿dónde está ella?

—Me alegra que hayas llegado al fin —me dice mi prima, que aparece a mi espalda.

—Aquí estás.

Me da una copa.

—¿Has visto al chico nuevo?

—¿Qué chico nuevo?

Miro hacia el campo, en la dirección que me señala, pero solo veo los caballos ensillados y listos para el partido.

—Mira bien, al otro lado del campo, con John y Eddie.

Localizo a mis hermanos, están hablando con un hombre, pero no le distingo la cara porque le queda cubierta por la visera del casco. Por lo que veo de su cuerpo, debajo de los pantalones ceñidos y la camiseta, está bastante bien.

—¿Quién es?

—Un genio argentino del polo. Santiago no sé qué.

—¿Santiago García?

Me esfuerzo más en distinguirlo, pero es inútil. Debajo de esa visera podría estar cualquiera.

—¡Ese! ¿Sabías que tiene un hándicap de seis goles? Y está para chuparse los dedos.

—Eso he oído.

Me llevo la copa a los labios mientras Matilda mira hacia el campo.

—¿Crees que estaría dentro de la categoría de hombres adecuados? —le pregunto, aunque en realidad no me importa. Puede que este jugador de polo esté para chuparse los dedos, pero no es Josh. Lo pregunto para no despertar sospechas.

—No lo sé. Al parecer su padre es diplomático y su abuela es descendiente de la monarquía española.

—Estupendo, así que somos parientes más o menos lejanos.

—Eso nunca ha supuesto un problema para la realeza —bromea Matilda.

—Es todo tuyo.

Brindo con ella, y me siento muy orgullosa de mí misma por estar actuando como si fuera la de siempre. La verdad es que, si Josh no estuviera en mi vida, ocupando todas mis neuronas, probablemente iría a divertirme un rato con el señor genio del polo.

—¿Sabes algo del señor Hollywood? —me pregunta Matilda, aunque sigue sin quitarle el ojo de encima a Santiago.

—No —respondo como si nada, aunque sigo eufórica por dentro—. La verdad es que era como un deportivo, mucha potencia y poco control.

Nunca he dicho una mentira más grande en toda mi vida y el carraspeo de Damon a mi espalda lo confirma. Miro por encima del hombro, dispuesta a fulminarlo con los ojos, pero él está ocupado observando el entorno.

Matilda se ríe tratando de no atragantarse con el champán que tiene en la boca.

—Qué decepción.

Asiento en silencio y veo que Felix viene a toda prisa hacia mí.

—Maldita sea... ¿Qué está haciendo aquí?

Va vestido con un traje beige, imaculado, y el pelo peinado hacia un lado, con precisión militar.

—¿Viene para chafar terrones de hierba con nosotras entre chukkers, Felix? —le pregunto cuando llega a nuestro lado.

—Alteza. —Saluda inclinando la cabeza—. Creo que eso lo dejaré para las damas y los caballeros presentes.

Se mira los zapatos, sin duda temiendo que sus mocasines se ensucien de tierra.

—Como quiera.

Le hago a Matilda un gesto con la cabeza, indicándole que debemos seguir el rastro del champán sin entretenernos.

—Nosotras nos vam...

Me olvido del champán y de mi necesidad de huir del jefe de comunicaciones cuando veo al otro lado del campo al senador Jameson, totalmente equipado y listo para balancear el taco. ¡Oh, Dios mío! Si él está aquí, entonces...

Mis pensamientos se detienen en seco cuando Josh aparece por detrás del caballo del senador.

—Oh, no.

Una mezcla de sentimientos me atraviesa: alegría, nervios, también decepción. ¿Cómo demonios voy a mantener los ojos apartados de él... por no hablar de las manos? Es increíble. Él sabía que yo iba a estar aquí. Y probablemente también sabía que él iba a venir.

—¿Está usted bien? —pregunta Felix, buscando con la vista qué me ha

llamado la atención.

—Perfectamente, gracias —respondo con la voz muy aguda, mientras me pongo las gafas de sol.

Aunque el sol se tape más tarde, no pienso quitármelas en todo el día para que nadie sepa qué estoy mirando.

Matilda también acaba de ver a Josh. Su gesto, con la lengua en la mejilla, y su ceja alzada me dicen que ha sumado dos y dos.

—Vaya, Josh Jameson —susurra Felix, negando con la cabeza.

En su voz detecto... ¿condena?

—¿Qué pasa con él? —no puedo evitar preguntarle.

—Me sorprende que se atreva a asomar la cara en público.

«¿Cómo?»

Miro hacia Josh, que está charlando animadamente con el senador Jameson.

—¿Por qué?

—Por esto.

Felix hace aparecer un email impreso como por arte de magia y me lo pone casi casi delante de la nariz.

—La portada de mañana; es escandaloso —dice.

Me falta tiempo para leerlo y Matilda se cuelga de mi hombro para leerlo también. El corazón me deja de latir cuando asimilo lo que leo.

SUITE DESTROZADA. JAMESON SE PEGA UNA SOBREDOSIS DE MUJERES, ALCOHOL Y DROGAS EN UNA FIESTA SALVAJE.

Las fotos muestran varias habitaciones de una suite, una que reconozco... porque he estado en ella. Está absolutamente destrozada. En el salón hay vasos en el suelo, sillas rotas y botellas de licor vacías y repartidas por todas partes. Las sábanas de la cama están tiradas por el suelo, el espejo roto y el tocador donde me folló boca abajo. Me fijo en los detalles y distingo varias bragas tiradas por el suelo.

«¿Qué?»

Doy un paso atrás, alejándome de los titulares y de las dolorosas fotos de la suite de Josh. Me niego a leer el texto, por miedo a que lo que encuentre me haga palidecer y perder la compostura. Cuando me llamó no me pareció que estuviera borracho, pero solo eran las once. La noche era joven.

«¿Por qué? ¿Cómo ha podido?»

Le devuelvo el email a Felix con la mano temblorosa.

—¿De dónde has sacado esto? —le pregunto, sintiendo que no me entra aire en los pulmones.

Él parece muy satisfecho de sí mismo mientras lo guarda entre las páginas de su agenda.

—Señora, es mi trabajo estar al corriente de lo que se cuece en los medios. Contactos, contactos, contactos.

—Es despreciable. ¿Cómo se atreve a presentarse aquí? —murmuro, al ver los labios fruncidos de Matilda.

No hago caso de su cara seria y señalo con la copa vacía hacia la carpa donde sé que encontraré la salvación en forma de licor.

—¿Vamos?

Ella asiente mientras Felix responde al teléfono.

—¿Sí? ¿Qué? ¡Maldita sea! —exclama, volviéndose hacia la entrada del club—. Me da igual lo que cueste, que no entre. Voy enseguida. —Cuelga—. Tengo que irme volando.

Lo observo mientras sale disparado, y agradezco a quienquiera que haya provocado la emergencia por habérselo llevado de allí antes de que se diera cuenta de que estoy sudando. Sin embargo, Matilda sigue aquí.

—¿Estás bien?

—Sí. ¿Por qué no iba a estarlo?

Camino sobre la hierba, y con los ojos que se me empiezan a llenar de lágrimas busco a Josh. Ya no está donde lo he visto por última vez, pero eso no hace que me sienta mejor. Sé que está cerca, en alguna parte, aunque no sé dónde. ¿Cómo ha podido? Tras la maravillosa noche que compartimos, las palabras que nos dijimos, nuestra conexión, ¿cómo ha podido hacerme esto? Trago saliva varias veces, tratando de librarme del nudo que se ha apoderado de mi garganta, pero no es fácil. Al menos ya no tengo que preocuparme por tener las manos quietas. No tocar a ese cabrón mentiroso ya no me va a costar nada.

Esquivo a todos los miembros de mi familia, eligiendo con cuidado la ruta que me lleva hacia la carpa, para no tener que hablar con nadie.

—Vamos a achisparnos un poco —anuncio, cogiendo dos copas de champán, una para Matilda y la otra para mí.

—¿Por qué no seduces al argentino y así te olvidas de él?

—No tengo nada que olvidar —le aseguro, aunque el traidor de mi corazón está sangrando por algo que nunca llegó a tener. Vacío la copa y la sustituyo por

otra—. Pero, igualmente, creo que tiene mucha cara al acudir a un evento real después de lo que ha hecho.

El disgusto empieza a transformarse en enfado. Sé mejor que nadie que a la prensa le encanta cargar las tintas y alterar la verdad para que resulte más impactante, pero también sé que cuando el río suena, agua lleva. Cualquiera pensaría que tendría ganas de evitarme, pero no, señor. Aquí está, más chulo que un ocho en una reunión de la realeza. Si las cosas ya eran imposibles entre nosotros antes, ahora... Bueno, pues más imposibles aún.

—No sé cómo no le da vergüenza. —Vacío otra copa—. ¿Mujeres, drogas, vandalismo? Menudo idiota. ¿Quién hace esas cosas? ¿Quién se porta de un modo tan deplorable?

Veo a Damon en la entrada de la carpa, observándome con su rostro estoico, aunque noto la preocupación en sus ojos. Suspiro y aparto la mirada, sintiéndome tremendamente humillada, a pesar del escaso número de personas que saben de las citas entre Josh y yo.

—Necesito un cigarrillo —indico, antes de acercarme a Damon y extender una mano—. Por favor, no digas nada y dame un cigarrillo.

—No tenía intención de decir nada, señora.

Se saca el paquete de tabaco y el encendedor del bolsillo interior y los desliza discretamente en mi bolso.

—¿Quiere estar sola?

—Por favor.

—En la parte trasera de la carpa. Permanezca cerca de los cubos de hielo; queda apartado de la vista.

—Gracias, Damon.

Sé que Matilda me va a seguir y va a tratar de hacerme confesar todos mis pecados, pero Damon la intercepta. Necesito estar sola un rato para calmarme y recobrar el juicio.

Encuentro los cubos con el hielo, me siento en una caja de champán, enciendo un cigarrillo y le doy la calada más larga que puedo.

—Eres una idiota de primera categoría, Adeline —digo, soltando el humo.

Por primera vez en la vida he bajado la guardia, y mira lo que ha pasado. Me duelen partes de mí que no sabía que tenía, me han seducido y humillado. Estoy enfadada. Muy enfadada. Y, además, estoy enfadada por estar enfadada. No debería importarme un pimiento.

Oigo una tos a mi espalda. Es una tos exagerada, de esas que quieren hacer

notar que mi vicio está acabando con la vida de alguien cercano. Estoy a punto de volverme y decirle a quienquiera que sea que vaya a buscarse otro sitio donde ahogarse, pero ese alguien habla antes de que pueda enviarlo a freír espárragos.

—Me dijiste que lo habías dejado.

Haydon aparece en mi campo de visión. Alzo los ojos y me siento como una niña a la que han pillado cometiendo una travesura.

—Ya está bien, Adeline, sabes que es malo para ti.

Me quita el cigarrillo de la mano y se lo queda mirando con asco.

—Tal vez me gusten las cosas que son malas para mí, Haydon —murmuro indignada. Me levanto, saco una botella de champán de la caja y empiezo a quitarle el protector metalizado—. ¿No juegas hoy? —comento, al ver que va vestido con unos pantalones de lino y una camisa de vestir.

—Pensé que sería de mal gusto, por la muerte de mi padre.

—Ay, Haydon, claro. Perdona por ser tan insensible.

Ahora me siento fatal por él. Mierda.

—Tenemos a un invitado especial, así que le he ofrecido mi puesto.

—Ah, el argentino.

Descorcho la botella y me bebo la espuma que sale disparada. Tal vez le dedique algo de atención al señor García, si Matilda aún no le ha puesto las zarpas encima, cosa que dudo bastante. Esa chica pierde mucho el tiempo en cuestión de hombres.

—He oído decir que es un as del polo.

Alzo la botella sonriendo con ironía antes de inclinarla y beber tanto como puedo de un tirón.

—¿Qué mosca te ha picado, Adeline? —pregunta Haydon, sin disimular lo poco que le gusta mi actitud.

Yo me río sin ganas.

—Un americano —murmuro antes de volver a amorrarme a la botella, tratando de ahogar las penas en alcohol.

—¿Perdona?

—Nada. —Suspiro y me obligo a fingir una sonrisa—. Lo siento, no me encuentro del todo bien.

No es ninguna mentira. No soy yo misma desde que puse los ojos encima de Josh Jameson.

—¿Estás enferma? ¿Quieres que llame al doctor Goodridge?

Haydon parece preocupado de verdad, así que me preparo para la que se me

viene encima. Me apoya una mano en la frente y me examina la cara.

—Sí que estás un poco caliente.

Normal. Cómo voy a estar, con la sangre hirviéndome en las venas... Le tomo la mano y la aparto.

—No es nada. —Es el momento de cambiar de tema—. ¿Cómo está Sabina? —le pregunto, y no tengo que fingir preocupación por su abuela, porque me preocupa de verdad.

Ha perdido a su marido, y últimamente ha estado muy rara. Además, la conversación que oí en los establos me hace pensar que hay cosas que se me escapan.

A Haydon le cambia la expresión.

—Estaría mejor si mi padre mostrara un poco de sensibilidad. —Su tono despectivo me recuerda la falta de reacción que mostró David cuando lo vi en el despacho del rey. Acababa de perder a su padre, así que cualquiera pensaría que mis travesuras no ocuparían un lugar importante en sus prioridades; pero ahí estaba, con el resto del comité examinador de Adeline.

—Tal vez está pasando por una fase de negación. —Es la única explicación que se me ocurre—. Las personas expresamos el dolor de formas muy diversas —digo, aunque el recuerdo de las duras palabras que intercambié con su madre hace que lo dude bastante.

—Francamente, no sabría decírtelo, porque hace días que no le vemos el pelo.

—Vaya, ¿y dónde está?

—No lo sabemos.

Me acuerdo del otro día, cuando mi padre vino a desayunar a casa, con John y Eddie. Davenport comentó que no lograba localizar a David.

—Seguro que se ha tomado un tiempo para él —sugiero para tranquilizarlo, aunque Haydon no parece preocupado, sino más bien molesto.

—Eso es lo que le digo a mi abuela.

Le acaricio el brazo en un gesto instintivo de consuelo.

—Probablemente le está costando hacerse a la idea.

Haydon asiente y sus ojos brillan con algo que me temo que es esperanza. Apoya su mano en la mía, pero el miedo de que haya leído en mi gesto de consuelo algo que no es hace que la retire.

—Pasa un buen día, Haydon —le digo, antes de volver con los demás.

—¿Chafaremos terrones juntos? —me pregunta, y su voz muestra la misma

esperanza que sus ojos hace un momento.

Le dirijo una sonrisa falsa por encima del hombro.

—Claro.

¿Qué otra cosa puedo decir? No puedo decirle que no. Sería demasiado cruel sabiendo que tiene problemas familiares. Y, sin embargo, también es cruel darle esperanzas cuando no hay ninguna. No hay esperanza para Haydon y para mí, y ahora tampoco la hay con Josh.

El rencor que había olvidado mientras hablaba con Haydon regresa con toda su fuerza. Las imágenes de la suite destrozada del Dorchester se repiten en bucle en mi cabeza. Y la palabra *mujeres* me golpea sin piedad. En el suelo de la habitación había varias bragas de encaje.

Miro la botella de champán que aún llevo en la mano, como si fuera la única vía de escape de este espantoso chasco. Pero, la verdad, ¿qué esperaba de él? ¿Un romance como el de los cuentos de hadas? Él mismo me advirtió que todo lo aburría enseguida. Me río sin ganas y doy un trago mientras vuelvo la esquina, pero la botella desaparece cuando alguien me la arrebató. Es Damon, que la tira a un cubo de basura cercano.

—No se ponga en evidencia por ese hombre —me dice en voz baja, sin mirarme—. La cabeza alta, para que no se caiga la jodida corona.

Sé que habla metafóricamente, pero se lo agradezco todo. El consejo y los ánimos. Tiene razón, como siempre. No necesito que Josh me ayude a meterme en líos. Según mi padre y sus condescendientes consejeros, yo misma me valgo para tirarme del pedestal.

—Gracias, Damon.

—No me dé las gracias, señora. Solo haga lo que le he dicho.

Sonrío y le doy un empujoncito en el hombro, pero es como empujar un muro de ladrillo. Él no se desplaza del sitio, pero me dirige una sonrisa ladeada.

—¿Puedo beber algo?

—Con moderación. Ya se ha tomado una botella entera de champán en media hora. ¿Puedo sugerir que cambie al zumo de naranja durante un rato?

—Puede. —Unos segundos a solas con mi sensato guardaespaldas me están devolviendo el sentido común—. ¿Damon?

—¿Sí, señora?

—No sé qué haría sin ti.

—Muy bien, señora —se limita a contestar.

—Voy a buscar zumo de naranja.

—Estaré aquí si me necesita.

Separa las piernas, poniéndose cómodo para una larga jornada de polo o, para ser más exactos, una larga jornada de vigilarme a mí.

Tras hacerme con un zumo de naranja, voy en busca de Matilda y la maldigo mentalmente cuando veo que está con todas las mujeres de mi familia. Están todas juntitas formando un corro. Es que no falta ni una... Me uno al grupo recibiendo las habituales miradas acusatorias de la encantadora Helen, así como las de la madre de Matilda, mi divina tía Victoria. Mi madre, al menos, me dirige una mirada cálida cargada de amor, sin hacer caso del desprecio que me demuestran las demás. Aunque agradecería que me apoyara de una manera más abierta y decidida, al menos me alegro de que no me odie.

—¿Zumo de naranja? —Helen no puede ocultar la sorpresa al verme con una bebida sin alcohol en la mano—. ¿Estás enferma? —Se echa a reír y tía Victoria se une a ella. Matilda me sonríe y mi madre adopta su actitud plácida habitual, más neutral que Suiza.

—Ja, ja, ja. —Me río a carcajadas, doblándome por la cintura teatralmente—. Juas, juas, qué bueno.

Tanto Helen como la tía Victoria miran hacia el suelo, sorprendidas por mi reacción; mi madre, en cambio, me sorprende a mí, al dirigirme una sonrisa irónica disimulada. Matilda, por el contrario, no se atreve a desafiar a su madre poniéndose de mi lado, aunque noto que le está costando aguantarse la risa.

—Me ha dicho John que eres tú la que te encuentras mal por las mañanas —contraataco, señalando el vientre de Helen—. Las náuseas matutinas tienen que ser espantosas.

Tía Victoria no tarda en mostrar su solidaridad.

—Yo sufrí muchísimo con Matilda.

—Y yo con John y Adeline —admite mi madre, con la mirada perdida en la distancia—, pero no tuve ninguna molestia con Edward.

Me vuelvo para mirar qué ha llamado su atención y veo que está observando con cariño a Eddie.

—Es tremendamente incómodo —refunfuña Helen, frotándose el vientre—. ¿Cómo se supone que puede una seguir con sus actividades cotidianas?

«¿Qué actividades, si no hace nada en todo el día?»

—Seguro que encuentras la manera —interviene, para mi sorpresa, Sarah, la apocada esposa de mi tío Stephen. Es muy raro oírla hablar en actos sociales—.

Estoy segura de que la bendición de esperar un bebé es mayor que la molestia temporal de unas náuseas. —Sonríe y su sonrisa es sincera.

La pobre está casada con un hombre que no ha salido del armario. A sus cuarenta y seis años, no tiene hijos ni esperanzas de tenerlos. No solo porque mi tío sea gay, sino porque es ocho años mayor que ella y el reloj biológico de los dos corre a toda prisa. Probablemente daría cualquier cosa por volver atrás en el tiempo sabiendo lo que sabe ahora. Estoy segura de que no se habría casado con mi tío, si hubiera podido elegir. No estoy diciendo que sea un mal tipo; no lo es, al contrario. Pero es absurdo que lo hayan obligado a casarse con una mujer.

Le aprieto el brazo a Sarah y le dirijo una sonrisa triste. Ella me devuelve el gesto dándome palmaditas en la mano.

—Ahora mismo solo puedo pensar en lo malísima que estoy. —Helen le dirige a Sarah una mirada burlona—. Aunque, claro, no espero que tú lo entiendas.

Me quedo observando a mi cuñada con los ojos abiertos como platos, pero Sarah me aprieta la mano, como diciéndome que no pasa nada.

Pero ¡no es verdad! Sí que pasa. Pasa que Helen es una idiota arrogante que se cree mejor que nadie. Y dudo que tenga el menor instinto maternal. Ese bebé es su manera de asegurarse de que John heredará el trono.

—Ya empieza el partido —anuncia mi madre mientras me agarra del brazo y me aparta de allí antes de que pueda decir algo que altere las aguas. Enlaza el brazo con el mío y me susurra en confidencia—: Las náuseas matutinas son francamente espantosas. Tal vez algún día lo compruebes por ti misma.

Pongo los ojos en blanco ante la nada sutil indirecta.

—¿Qué se siente al tener a una zorra engreída como nuera? —le pregunto, manteniendo su mismo tono.

—Una princesa no debe hablar así. —Me da un leve empujón con el hombro—. Helen tiene las emociones muy alteradas —añade, como si mi cuñada no fuera siempre una imbécil insensible—. Hemos de ser comprensivas con ella.

—Claro, porque Dios no quiera que se altere mientras lleva en su interior al primer nieto y heredero del rey.

—Vamos, Adeline. No te amargues tanto o te pondrás enferma.

—No es amargura, madre. Es un tema de principios.

Nos acercamos al campo, donde los jugadores están ya montados en sus caballos, esperando a que el árbitro dé la señal para empezar el primer chukka.

—Solo digo que ella debería ser más comprensiva con los demás.

—Vale, cariño. —Mi madre me suelta el brazo y se une al resto del público que ha empezado a aplaudir a los jugadores—. Nos está haciendo un tiempo maravilloso. —Y con esas palabras me da a entender que la conversación ha terminado.

Suspiro hondo y bajo la mirada hacia el zumo de naranja, desanimada. Busco a Damon con la vista y, cuando lo encuentro, se da unos golpecitos en el reloj para indicarme que aún no ha pasado el tiempo suficiente para retomar las bebidas alcohólicas. Su gesto no solo me recuerda que no puedo buscar consuelo en el alcohol; también me recuerda a Josh, dándose unos golpecitos en el reloj para recordarme que teníamos una cita en el laberinto. La piel de las nalgas me arde al rememorarle y miro a mi alrededor, buscándolo. No hay rastro de él.

—Ahora en serio, ¿estás enferma? —me susurra Matilda al oído, poniéndose a mi lado en el campo.

—No, pero estoy muy enfadada —admito antes de filtrar lo que digo.

—¿Puedo preguntar por qué?

—No.

—Ya me lo imaginaba.

Empieza el juego y Eddie le envía la pelota a John con una precisión espectacular, pero cuando John alza el taco, un jugador del equipo contrario se la roba y Eddie grita frustrado por haber perdido la posesión. Sonrío ante su competitividad y sonrío un poco más cuando John gruñe a nuestro hermano. Eddie es un jugador excepcional, y habría podido ganarse la vida como profesional si no hubiera elegido la carrera militar. John, en cambio, es muy mediocre, y odia que su hermano pequeño sea mejor que él en cualquier cosa.

—¡Qué mal, John! —le grito, aguantándome la risa cuando él me fulmina con la mirada—. ¡Ponte las pilas, chico!

—Adeline, compórtate —me regaña mi madre, que cierra los ojos pidiendo paciencia al cielo—. ¿Por qué no podrán llevarse bien mis hijos?

—Yo quiero a mis hermanos, madre —le aseguro, dándole un beso en la mejilla. Y es la verdad, los quiero a los dos; lo que pasa es que John no me cae bien—. No es más que una rivalidad fraternal tonta.

—Adeline, mira. —Matilda me sacude el hombro con tanta fuerza que casi me tira al suelo—. Es él.

—¿Quién? —pregunto, como una idiota.

Solo hay un hombre cuya aparición pueda merecer una reacción como esa. Así que cambio de pregunta:

—¿Dónde?

—Allí. —Matilda señala con su copa de champán y al seguir la dirección de su mano lo veo al momento.

Es Josh y me está observando. Aparto la mirada inmediatamente, con el corazón desbocado. ¿Me estaba sonriendo? ¿Me estaba sonriendo como si se alegrara de verme, como si pensara que no me iba a enterar de la historia que saldrá en los periódicos mañana y explotará como una bomba? ¿Como si no hubiera pasado la noche entre mujeres, alcohol y drogas? Niego con la cabeza, sin dar crédito.

—Creo que necesito una copa —me digo a mí misma, y aprovecho que la multitud se pone a celebrar un gol para desaparecer.

Me abro camino entre la gente, saludando con la cabeza y sonriendo como mejor puedo.

—¿Está bien, señora? —me pregunta Damon, que me ha seguido.

—No lo sé. —Tengo la vista clavada en el suelo. La sonrisa se me ha desvanecido y no me veo con fuerzas para volver a colocarla en su sitio. Alzo los ojos un instante para calcular la distancia que me separa de la carpa.

Y choco con alguien.

Estoy atrapada entre Josh por delante y Damon por detrás.

—Eh, ¿me estás evitando? —me pregunta Josh, que parece francamente perplejo.

Me quedo mirándolo en silencio porque no me salen las palabras.

—¿Señora? —me dice Damon, sujetándome por detrás, igual que Josh, que lo hace por delante.

De repente somos un sándwich, y suerte de ellos, porque si no probablemente me habría caído al suelo. Ordeno a mis piernas que me aguanten y me sacudo para librarme de los dos.

—Perdón —murmuro y me alejo, mirando con disimulo a mi alrededor para asegurarme de que nadie ha sido testigo de ese incómodo momento.

—Eh, eh, espera un momento —me dice Josh, riendo, aunque su risa está teñida de nerviosismo y confusión.

Me agarra por la muñeca para que me detenga, y al darme la vuelta bruscamente, me encuentro con él y con Damon, que nos sigue de cerca.

—¿Qué pasa? —le pregunta Josh a Damon, sin soltarme.

En vez de responderle, Damon me mira y me muestra el pulgar horizontal.

—Pulgar hacia abajo —le respondo, con los dientes apretados.

—No —replica Josh, furioso—. Ni se te ocurra darme un pulgar hacia abajo, mujer. No sin decirme la razón. —Se vuelve hacia Damon—. Pulgar hacia arriba. Pon el puto pulgar hacia arriba.

—Hacia abajo —insisto, tan aterrorizada que apenas puedo hablar.

Josh parece estar a punto de estallar.

—¡Hacia arriba!

Damon nos mira como si quisiera arrancarnos la cabeza a los dos y luego señala a nuestro alrededor, para recordarnos dónde nos encontramos.

—¿Y si siguen con esto en un sitio más discreto, señora? —Me mira muy serio—. Si es que quiere hablar...

Odio que me haga decidir; sin duda se ha dado cuenta de que estoy rota por la desconfianza y el dolor. Supongo que mi falta de respuesta es su respuesta porque no hace nada cuando Josh gruñe y tira de mí, llevándome hacia la zona de los váteres públicos portátiles. ¿Los váteres? Sí, vale, son los más exclusivos del mercado, de lo más pijo que hay, pero no dejan de ser váteres. Y pequeños.

—¿Te lo pasaste bien en la fiesta de anoche? —no puedo evitar preguntar, despechada, mientras él me arrastra.

—Sí, y hablé contigo. ¿Lo has olvidado? ¿Qué demonios ha cambiado desde entonces?

—Sexo, drogas y rock and roll —respondo, tratando de recuperar la muñeca, pero no lo consigo.

Josh me hace subir a rastras la escalera que lleva hasta los váteres, me mete en uno de los lujosos cubículos y cierra la puerta bruscamente. Ambos apoyamos la espalda en la pared, lo que deja un par de palmos de distancia entre los dos. Qué íntimo. Perfecto si quisiera hablar con él, pero no quiero.

—¡¿A qué coño te refieres?! —exclama.

Aparto la mirada de sus ojos azules, pero el reducido espacio no me da muchas opciones. Opto por clavar la vista en sus relucientes zapatos marrones, lo que me parece una opción segura, al menos hasta que veo que se mueven, y eso solo puede indicar que ha dado un paso, acercándose más a mí. No puedo respirar teniéndolo tan cerca, no puedo ni pensar.

—De tu noche salvaje en el Dorchester. De eso estoy hablando. De las mujeres, de la habitación destrozada.

—¿Qué?

Que se haga el despistado me ataca los nervios y me da fuerzas para enfrentarme a él. Pero me arrepiento al instante. Ver su rostro tan atractivo me

provoca lo mismo que un puñetazo en el estómago, porque me recuerda una de las cosas que más me gustan de Josh Jameson: la atracción que me despierta. Y junto a la visión de su rostro, vienen detrás todas las demás cosas que adoro de él: su manera de tratarme, su falta de veneración por mi título, su ternura y su dureza mezcladas, su habilidad para transportarme muy lejos, a lugares donde solo existimos él y yo. Me pican los ojos cuando me embarga una emoción que no tengo ni idea de cómo gestionar.

Josh debe de haberse dado cuenta de que se me empañan los ojos porque frunce el ceño y me da un poco de espacio.

—Háblame, Adeline. Dime qué pasa.

—El jefe de comunicaciones de Kellington me ha mostrado el artículo que saldrá en los periódicos de mañana.

Josh se tensa y da otro paso hacia atrás hasta que vuelve a apoyar la espalda en la pared.

—¿Qué artículo?

—Uno en el que cuentan cómo llevaste a varias mujeres a tu habitación, os emborrachasteis y lo destrozasteis todo.

Josh se queda boquiabierto. Gira la cara hacia la puerta del cubículo y la frente se le llena de arrugas.

—Yo no he destrozado la habitación.

Como es lógico, en lo único que me fijo es en que no ha negado haber estado con otras mujeres. Ya, o sea que puede decirme cosas bonitas, dejar que me haga ilusiones, decirme que todo saldrá bien, pero no tiene inconveniente en follarse a otras mujeres mientras tanto. Soy una idiota. Se acabó.

—Vi las fotos, Josh. Y tal vez ya lo has olvidado, pero he estado en esa suite, así que sé que las fotos no son falsas. No me trates como a una idiota.

Intento irme, pero él me lo impide, agarrándome el brazo con la fuerza de unas tenazas. Le dirijo una mirada asqueada.

—Solo tengo que gritar y Damon estará aquí en un segundo.

—¡Pues grita, joder! —Me provoca, metiéndose la otra mano en el bolsillo para sacar el móvil.

Y lo hago.

—¡Damon!

La puerta del lavabo se abre un segundo después y Damon aparece llenando el espacio.

—Sácame de aquí, por favor —le ruego, casi llorando, soltándome de Josh y

pasando por delante de mi jefe de seguridad.

—¡Adeline! —grita Josh, pero no me detengo.

Corro hacia el campo para mezclarme con la gente y que Josh no pueda acorralarme. Al volver la esquina, miro por encima del hombro y veo que Damon le está bloqueando el paso para darme tiempo de huir. Tengo que irme a casa, necesito salir de aquí. Eso es lo que pienso hacer en cuanto Damon regrese.

—Estás rarísima hoy. —Matilda me mira con el ceño fruncido cuando reaparezco a su lado, sofocada y sin una copa en la mano. Para remediar la situación, le quito la suya—. Sírrete —me dice, con ironía—. ¿Qué te pasa? ¿Has hablado con él?

—¿Y por qué iba a hablar con él? Lo que haga o deje de hacer no es asunto mío.

A ella se le escapa la risa por debajo de la nariz ante mis patéticos intentos de fingir indiferencia. Sin embargo, su incredulidad no me anima a contarle nada más. ¿Qué le voy a decir? Ya no hay nada entre nosotros.

—Te acostaste con él, Adeline.

En qué momento se me ocurrió explicárselo... ¡Qué idiota soy!

—¿Y qué? Me he acostado con otros hombres antes. ¿Adónde quieres llegar?

—A ninguna parte. —Se encoge de hombros—. Lo que pasa es que este es distinto porque estás totalmente colada por él. Así que casi mejor que haya resultado ser un soplagaitas. Lo vuestro no tenía ningún futuro. —Ladea la cabeza, examinándose con interés, y recupera su copa—. Salud.

Me la quedo mirando mientras ella se vuelve hacia el campo. Mis conflictos internos me paralizan.

Tiene toda la razón, ya lo sé. Es lo mejor que podría pasar. O lo sería si no estuviera enamorada hasta las trancas.

—Santiago García es un dios a caballo, por cierto. —Matilda pone morritos y logro fijarme en el campo—. ¡Bravo! —grita mi prima cuando el dios a caballo hace oscilar el taco y golpea la pelota, enviándosela directa a Eddie.

Mi hermano culmina la jugada, haciendo que entre en la portería justo cuando el árbitro señala el final del segundo chukka. Eddie se acerca a Santiago, que se quita el casco y deja a la vista sus atractivos rasgos mientras le tiende una mano a mi hermano.

—¿Acabo de oír el latido de tu corazón? —le tomo el pelo—, ¿o eran tus muslos vibrando?

—Adeline —me riñe Matilda, aunque no deja de sonreír en dirección al

argentino.

—Lo sé —contesto en voz baja, tras mirar a mi alrededor—. Soy la vergüenza de la familia.

—Sí que lo eres.

—Bien.

La multitud se dispersa durante el descanso, y casi todo el mundo aprovecha para visitar la carpa del champán. Yo permanezco en el sitio, preguntándome dónde se ha metido Damon; me muero de ganas de largarme de aquí. Al fin aparece, como si hubiera leído mis pensamientos, y se acerca.

—Señora, ¿podemos hablar un momento?

—Pulgar hacia abajo —respondo, por si necesita que le refresque la memoria.

—Soy consciente de los deseos de su alteza.

—Bien.

—Pero le ruego que me acompañe al coche.

Damon me apoya una mano en la espalda para que me ponga en movimiento.

—¿Para qué quieres que vayamos al coche? —le pregunto, mientras muevo las piernas a toda prisa para seguirle el paso.

—Kim quiere hablar con usted. Algo relacionado con un banco.

Casi me rompo el cuello cuando levanto la vista bruscamente hacia él. ¿Gerry Rush? ¿Acaso no ha desaparecido en el agujero negro lleno de prostitutas del que nunca debió salir?

—Pues qué día tan agradable en el campo de polo... —refunfuño.

—Y que lo diga, señora.

Damon abre la portezuela y entro en el coche, preparándome para lo que sea que me espere dentro. Tal vez debería rendirme a los deseos de mi padre y casarme con Haydon porque, de repente, me siento agotada de vivir en esta tensión permanente. ¿Por qué no aprendo a conformarme? ¿Por qué no finjo como el resto de mi familia?

Cuando la puerta se cierra tras de mí, apenas me da tiempo de acomodarme en el asiento cuando oigo:

—Y ahora ¿vas a escucharme?

Ahogo una exclamación de incredulidad y alargo una mano para escapar de esta trampa, pero los seguros se cierran antes de que me dé tiempo a abrir la puerta.

«Pero ¿qué hace él...?» Trato de abrir igualmente, varias veces, aunque no

sirve de nada, y maldigo a Damon por haberme traicionado.

—¡Pulgar hacia abajo! —le grito a la nuca, para que me oiga a través del cristal que nos separa.

—Déjate de pulgares hacia abajo —dice Josh con calma—, y escucha lo que tengo que decir.

—No me interesa. —Me rindo y apoyo la espalda en el asiento—. Esto le va a costar el trabajo.

—No es verdad, lo quieres demasiado.

Josh me acaricia la rodilla con una mano y yo se la aparto de inmediato.

—No me toques.

—Me pertenece, así que la tocaré cuando quiera —me hace saber, totalmente serio y volviendo a apoyar la mano en la rodilla, hasta que siento que nuestra carne se ha fundido.

Noto su calor en cada vena, cada músculo, cada nervio. ¿Cómo puedo ser tan sensible a su contacto? ¿Cómo puedo reaccionar así estando tan enfadada? La cabeza me da vueltas.

—No te pertenezco —le digo con la voz cargada de veneno.

—Te equivocas —afirma tranquilo, sujetándome la barbilla con la mano que le queda libre para obligarme a mirarlo a los ojos azules, que brillan de rabia—. Fuiste mía desde el momento en que te arrodillaste ante mí, alteza.

Sacudo la cabeza desafiante, liberándome de su mano.

—Y tú te convertiste en un capullo desde el momento en que vi las pruebas de tu fiestecita.

Él suelta el aire por la nariz y aprieta los dientes.

—Ah, eso.

«¿Ah, eso?» De verdad, qué cara más dura tiene este hombre.

—Sí, eso.

—¿Te refieres a esto?

Se saca el móvil del bolsillo interior de la chaqueta y me lo tira sobre el regazo.

Bajo la vista y veo una imagen en la pantalla, una imagen que ya he visto. Cojo el móvil y lo tiro sobre el asiento, entre los dos.

—Vale, te agradezco que me refresques la memoria por si se me había olvidado que eres un capullo integral.

Vuelvo a intentar abrir la puerta, pero es en vano.

—Léelo.

El móvil vuelve a aterrizar en mi regazo.

—Ahora.

—Que te jodan —le digo con rabia.

—¿Sabes? Para ser una princesa, a veces tu lenguaje es muy vulgar.

Suelto la maneta de la puerta y me inclino hacia él.

—Que. Te. Jodan —digo, e inspiro hondo tratando de controlar las ganas que tengo de cruzarle la cara de una bofetada.

—Y me encanta —admite él con un gruñido.

Luego me agarra bruscamente por la nuca y me inclina hacia él.

Ya no hay remedio.

Nuestras bocas chocan y se funden; nuestras lenguas conectan como si nunca se hubieran separado. Y vuelvo a estar flotando en el aire, en ese lugar al que me lleva siempre, con la sensación de que jamás lo he abandonado. Un instante más tarde, me encuentro sentada en su regazo. Es un beso violento, desordenado, lleno de lenguas que chocan, igual que los dientes, lleno de gemidos y gruñidos. Es un beso furioso. No me opongo a que me devore entera. No me opongo a que sus dedos asciendan por mi muslo y se cuelen bajo la goma de mis bragas. Hasta furiosa y confundida, sigo humedeciéndome para él.

Una imagen de la suite del hotel se cuela en mi mente. Las bragas. Las mujeres. Es un cruel recordatorio de la razón por la que estoy aquí, discutiendo con Josh.

—¡No! —Inspiro hondo y me aparto de él, volviendo al asiento—. Eres un mentiroso y un falso.

Echa la cabeza hacia atrás, con la respiración tan trabajosa como la mía.

—No me gusta que me acusen de cosas que no he hecho, Adeline.

—No es ninguna acusación, hay pruebas.

Él recupera el móvil, que ha ido a parar al suelo durante los momentos en que he perdido el control, y me lo plantifica en el pecho.

—No, lo que hay es un montón de basura prefabricada, *alteza*. Lee la fecha, joder, y dime cuándo sostienen que tuvo lugar esta orgía salvaje en la que me tiré a un montón de mujeres.

Me echo hacia atrás, mirándolo fijamente a sus ojos grises.

—Léelo.

Me toma la mano y me coloca el teléfono encima.

Bajo la vista y me estremezco al leer el titular y ver las imágenes. Me doy prisa para buscar en el texto y tengo que enfrentarme a detalles demasiado

gráficos antes de llegar a la parte que responde a lo que Josh me ha pedido que lea. Pero cuando llego me quedo totalmente perpleja. En el artículo no se dice que todas esas actividades deshonorosas se llevaran a cabo durante la noche de la fiesta. Se dice claramente que la fiesta salvaje y la orgía tuvieron lugar la noche antes del estreno. Me cubro la boca con una mano y levanto los ojos hacia Josh, que me está mirando expectante, con las cejas alzadas.

—Pero ¡si yo estuve contigo en la suite! —exclamo, mirando las imágenes de la habitación destrozada—. Estuve contigo toda la noche.

—Así es. —Recupera el teléfono—. Ayer no volví de la fiesta hasta las cuatro. Cuando llegamos, habían saqueado la habitación, aunque te aseguro que no había bragas por el suelo. Nos imaginamos que había entrado un ladrón o un fan loco y llamamos a la policía, pero no se habían llevado nada, ni siquiera unos bóxers o una colonia. No le vi ningún sentido. —Niega con la cabeza con los dientes apretados—. Pero ahora lo entiendo todo, joder.

«¿Ah, sí?»

—¿Qué entiendes? —le pregunto.

Porque yo no entiendo nada. Vale que los periódicos adornan las historias... pero ¿inventárselas del todo?

—No pueden decir que pasó la noche del estreno porque muchas personas vieron que estuve en la fiesta hasta la madrugada. Salen fotos en todas las revistas. —Josh me mira mientras se masajea la nuca—. Parece que hay alguien que está empeñado en desacreditarme, alteza. ¿Alguna idea de quién puede ser?

Me tenso.

—¿Crees que esto tiene algo que ver conmigo?

—¿Con quién si no?

—Pero si nadie lo sabe... —susurro, buscando en mi mente otra explicación lógica, pero no encuentro ninguna.

«Tiene razón».

¿A quién podría interesarle ensuciar su reputación? Solo porque mi padre y sus secuaces no me hayan dicho nada, no significa que no estén al corriente. La cabeza me da vueltas a toda velocidad y siento claustrofobia. Lo que tanto miedo me daba está sucediendo. Esta es la razón por la que debí mantenerme alejada de él. Lo destrozarán antes de permitir que estemos juntos. Con la mirada fija en el asiento del conductor, trago saliva, tratando de librarme del dolor que me atenaza.

—Deberías dejarme —digo, aunque me duele pronunciar las palabras.

Me duele como nunca me ha dolido nada. No puedo permitir que los cabrones que asesoran al rey destruyan su carrera y su reputación. Me importa demasiado.

—Te destruirán.

—Nunca.

Josh me agarra y vuelve a sentarme sobre su regazo, aunque esta vez hace que lo monte, con una pierna a cada lado de sus caderas. Y yo no me resisto.

—¿Me oyes? —Me sujeta la cara entre sus grandes manos y me mira fijamente a los ojos—. Nunca. —Acerca su nariz a la mía y me recorre el rostro con la mirada, como si quisiera memorizar cada detalle. Una ligera sonrisa lucha por abrirse camino en su boca—. Estamos hechos el uno para el otro, Adeline. Y no voy a consentir que la fama o la sangre azul se interpongan entre nosotros.

Sus palabras me abruman.

—¿En serio?

—Nunca he hablado más en serio. Ese precioso culito real tuyo es mío y solo mío.

Sus palabras suenan perfectas en mis oídos.

—¿En serio? —repito, porque no sé qué decir.

—En serio.

Pega los labios a los míos, gruñe y me besa, sellando su autoridad sobre mí. Y yo se lo permito. Pero, poco después, me separo porque no logro librarme de la preocupación y el miedo. Las cosas pintan mal y el artículo que saldrá publicado mañana es la prueba de que lo nuestro no tiene futuro. Josh no es consciente de lo que le espera. Ninguno de nosotros lo somos del todo.

—Josh, no podemos detenerlos.

—No puedes creer eso.

—Pues lo creo.

—Entonces no eres la mujer que yo pensaba.

Dejo caer la cabeza hacia delante.

—Eso no es justo —protesto, desolada, con la voz cargada de emoción—. No puedes defenderte de sus acusaciones porque, si lo haces, revisarán las grabaciones de seguridad y verán que yo estuve contigo.

—¿No estás dispuesta a luchar por esto? ¿A luchar por la felicidad? ¿A luchar por mí? —Me obliga a mirarlo a la cara—. Porque yo estoy dispuesto a luchar por ti, Adeline. Ya estoy armado y listo para la batalla, y no pienso renunciar a la victoria, porque la recompensa eres tú.

Su valor es admirable pero inútil.

—¿A qué precio, Josh? ¿Tu carrera, tu reput...?

Me interrumpe tapándome la boca con una mano.

—No me importa. —Suenas tan convencido...—. Siempre y cuando el coste no sea perderte.

Me lo quedo mirando, tratando de entender lo que eso significa. Me gustaría pensar que significa que voy a quedarme flotando con él en el aire para siempre, pero sé que, antes de conseguirlo, habrá guerra. Una con varios frentes. Mi familia contra mí. Josh contra mi familia. Pero ¿si la recompensa es seguir con él? ¿Conservar esta sensación de libertad? Sé que suena absurdo porque él ha declarado que es mi dueño, pero el quid de la cuestión es que me siento libre cuando Josh me posee. Libre de las ataduras de mi vida; del agobio y las restricciones. Su facilidad para hacerme salir de mí misma y llevarme a ese lugar especial me anima a seguir. Igual que su fe en mí, su amistad, su fe en *nosotros*. Sé que él me dará las fuerzas necesarias para luchar.

—Solo dime que saltarás a mi lado —me suplica, pero no necesita hacerlo, porque ya he saltado.

He saltado y es lo mejor que he hecho en la vida. Porque hay que luchar por las cosas que valen la pena. Me resulta insoportable pensar que Josh podría dejar de formar parte de mi vida. Da igual si es porque yo me rindo y me retiro de la lucha antes de que empiece o porque me lo arrebatan durante el combate, no puedo soportarlo.

—Mi pregunta solo tiene una respuesta correcta —susurra—. En esta guerra solo habrá un bando vencedor... y no será el suyo.

—Saltaré contigo —susurro a mi vez, y siento que el compromiso que acabo de adquirir aligera la carga de desear a Josh con tantas ansias—. ¡Ya he saltado!

—Me dejo caer hacia delante y me hundo en su pecho. Necesito notarlo en todo mi cuerpo.

—Respuesta correcta. —Sus labios vibran contra mi cuello.

Cierro los ojos, sumergiéndome en él, tratando de no pensar en lo que se nos viene encima. No me da miedo no tener fuerzas para el combate, ni me angustia lo que pueda venir. Lo único que temo es llegar al otro lado de esta travesía sin Josh. La agonía de que no vuelva a tocarme, ni a hablarme con su adorable acento americano, de no poder rendirme a él con una simple orden o mirada. De no poder bromear y reír juntos. No poder dejar que me libere del peso de las tensiones cotidianas, tomando el control. No pienso sacrificar ninguna de estas

cosas por nada ni por nadie y, desde luego, no pienso hacerlo por un trono. Estoy a su lado. Hemos saltado juntos y no me importa si en el fondo del precipicio no hay agua, siempre y cuando Josh no me suelte de la mano.

—¿Sabes, alteza? —me dice, con los labios pegados a mi piel, dándome besos entre palabra y palabra—. Este hechizo que me has lanzado es la hostia de potente.

Permanezco quieta entre sus brazos.

—No te he lanzado ningún hechizo.

—No me discutas.

—Vale. —Sonríó—. Lo que tú digas.

—Aprendes rápido.

Aunque me encanta estar aquí, acurrucada en su regazo, bromeando con él, sé que pronto me echarán de menos. Suelto un suspiro que me nace del fondo del alma.

—Tendría que regresar antes de que noten mi ausencia. ¿Qué vas a hacer con lo del artículo?

—No eres la única que tiene un genio dedicado a lidiar con la prensa —dice Josh—. Mi reputación seguirá intacta mañana.

A regañadientes, apoyo las manos en su cálido pecho y me impulso para levantarme. A regañadientes, él me deja ir.

—No entiendo cómo ha podido pasar.

Nada me hacía sospechar que el rey conociera mi relación con Josh. Nada. O... ¡un momento! ¿La visita sorpresa a Kellington para desayunar? Pero nadie mencionó el nombre de Josh. Dios, siento como si fuera a estallarme la cabeza...

—Nadie sabe nada. Solo Damon, Kim y Matilda. Y me fío plenamente de ellos. Y Eddie nunca me traicionaría, por muy preocupado que estuviera por mí.

—Pues eso ya son cuatro personas, sin contar los dos equipos de seguridad que nos siguen a todas partes.

Niego con la cabeza, incapaz de creer que alguien de mi entorno haya divulgado mi vida privada.

—No tiene sentido. Si mi padre sospechara algo, me habría hecho ir a palacio para leerme la cartilla.

—Seamos cautelosos hasta que decidamos cómo actuar, ¿de acuerdo?

Asiento porque no puedo hacer nada más. Josh da unos golpecitos en el cristal y me ayuda a bajar de su regazo.

—Me quedaré aquí un rato hasta asegurarme de que nadie está espiando.

Se da unos toquecitos en la mejilla y yo obedezco su orden silenciosa dándole un beso en el lugar indicado.

—Disfruta del resto del día —me dice.

—Lo haré.

—Ah, por cierto... —Su rostro se contrae en un gesto de repulsión—. Ese tal Haydon se está ganando un puñetazo.

—Está mal asesorado. —Lo defiendo, suspirando—. No es culpa suya. Además, está pasando por un momento personal delicado. No seas muy duro con él.

Damon abre la puerta y salgo. Mientras me aliso el vestido, le echo en cara su engaño.

—Con que un banco, ¿eh? Eres lo peor.

—No olvide, señora, que yo estuve en la suite del señor Jameson esa noche. Se merecía tener la oportunidad de explicarse. Le han tendido una trampa.

—Pero ¿quién? Nadie en las altas instancias me ha hablado de él.

—Lo sé —dice, tan sorprendido como yo por los acontecimientos, mientras regresamos al campo de juego.

—No sé qué hacer —admito, jugueteando con las borlas del bolso.

—De momento, sonría. —Me da un empujoncito en el hombro y una sonrisa aparece en mi cara como por arte de magia—. Ah, y debe saber que Felix la estaba buscando. Le dije que había desaparecido en combate.

—Gracias —digo, riendo—. ¿Qué quería?

—Lo han avisado los vigilantes de la entrada. Gerry Rush estaba tratando de entrar en el recinto.

La sonrisa vuelve a desaparecer de mi rostro.

—¿Qué?

No lo aguanto más. Pero ¿qué diantres le pasa a ese hombre? Está casado, por el amor de Dios.

Damon alza mucho las cejas.

—El señor Rush exigía verla, pero se marchó en cuanto Felix le puso unas fotos ante los ojos.

Siento que me encojo. Siempre siguen la misma dinámica: primero vienen las amenazas y, luego, si no hacen caso de las advertencias, pasan a la acción. Pero me cuesta creer que los consejeros de mi padre sean los responsables del destrozo de la suite de Josh. No es su *modus operandi* habitual. Lo normal habría sido que llamaran a Josh a palacio y lo invitaran educadamente a permanecer

lejos de mí. Ya sé que Josh nunca se dejaría amedrantar por sus amenazas y que yo nunca hago caso a mi padre, pero eso da igual porque nada de eso pasó. Y no creo que se lanzaran a resolver un problema que tal vez no exigiera tantas molestias. La verdad es que todo esto me está dando dolor de cabeza.

—Tenga cuidado, señora —me dice Damon con delicadeza, señalando con la cabeza que estamos llegando a la zona donde ya no nos encontramos solos.

Matilda se une a nosotros y Damon se rezaga.

—Ni siquiera voy a preguntarte nada —dice, altiva—. Me ofende que no confíes en mí.

El partido ya ha acabado. Los jinetes han desmontado y se están estrechando las manos.

—Le han tendido una trampa. Era la habitación de Josh, pero él no estaba allí cuando la destrozaron —le aclaro con la vista fija en el campo—. Sucedió mientras él estaba en la fiesta de después del estreno. Pero en el artículo afirman que sucedió la noche antes, y eso es imposible porque esa noche la pasé con él. Es un montaje.

La miro de reojo para ver su reacción.

Mi prima me está observando como si yo fuera un unicornio y estuviera meando arcoíris.

—¿Cómo?! —exclama, demasiado alto para mi gusto.

—Baja la voz. —Enlazo el brazo con el suyo y echo a andar hacia un rincón más privado.

—No sé por dónde empezar a preguntarte —admite—. Bueno, sí. ¿Pasaste la noche en la suite de Josh Jameson?

—Sí.

No puedo evitar que una sonrisa se apodere de mi cara mientras revivo mentalmente aquella noche. También revivo la charla que acabamos de tener en el coche. Él propone y yo lo sigo en todo. Me resulta tan natural...

—Pero... no te estás enamorando de él, ¿verdad? —Me reta con la mirada.

—No me estoy enamorando... porque ya estoy enamorada... hasta el fondo. Me he caído con todo el equipo... tanto que llevo el cuerpo lleno de moratones.

Me río por dentro por lo irónico de la situación. Mi cuerpo nunca había estado tan magullado, pero mi corazón nunca había estado mejor. Y si me preguntan por el estado de mi cabeza, no voy a saber qué responder.

—¡Ay, Dios, Adeline!

—No hace falta que me recuerdes que me estoy metiendo en un lío, Matilda,

por favor.

—No, no hace falta. Para eso ya tienes las fotos de la habitación de Josh.

—Exacto. Aunque no creo que la maravillosa institución a la que pertenecemos sea responsable de los destrozos. Solo tú, Eddie, Kim y Damon estáis al corriente y pondría la mano en el fuego por todos vosotros. No creo que entraran como una apisonadora, sin una advertencia antes.

—¿Y quién podría estar interesado en hacer quedar tan mal a Josh?

—No lo sé.

Nos detenemos en el extremo opuesto del campo. Miro a mi alrededor y me fijo en mi padre, rodeado de agentes de seguridad.

—El rey me habría echado un buen sermón si se hubiera enterado de que he estado con Josh Jameson y... estoy segura de que no le habría permitido entrar hoy aquí.

—Tienes razón.

Matilda se sienta en el suelo. Me siento a su lado y arranco briznas de hierba mientras contemplo a la gente que hace cola para chuparle las botas a mi padre.

—Ahí está tu amante —dice mi prima, y me da un codazo.

Me vuelvo hacia donde me indica discretamente y sigo a Josh, que se acerca al senador Jameson. Su padre lo saluda con una palmada firme en el hombro antes de dirigirse con él hacia donde está mi padre.

Los observo, absorta. Matilda me agarra del brazo y lo aprieta con fuerza, muy interesada y tal vez un poco nerviosa. Mi sorpresa aumenta cuando el rey dirige a Josh una sonrisa amable y le estrecha la mano con firmeza. En la actitud de mi padre no detecto nada más que cortesía, y cuando los tres hombres se echan a reír, mi opinión se refuerza.

—Parece que a su majestad le gusta —comenta Matilda—, tal vez te estás preocupando sin razón.

—Ay, Matilda, ya sé que dices muchas tonterías, pero... ¿en serio?

—Vale, vale, ¡no digo nada!

Se vuelve hacia mí, cruza las piernas y se tapa las rodillas con el vestido.

—Y ahora quiero saberlo todo.

Me echo a reír. No. Hay cosas que es mejor que no sepa.

—¿Qué quieres que te cuente?

¿Por dónde empiezo? ¿Por los azotes, las órdenes, el romántico paseo a caballo por la campiña, la tiara que me puso en la cabeza mientras me follaba, por cuando me dormí entre sus brazos?

Suspiro como si fuera una adolescente enamorada, ajena a todos los problemas.

—Pues... ¡todo, Adeline!

Se vuelve hacia Josh, que sigue hablando con el rey y el senador.

—Tiene unos ojos muy bonitos —dice.

—Lo tiene *todo* muy bonito —replico, mientras en mi mente aparece un torbellino de imágenes con partes de la anatomía de Josh: sus bíceps, su vientre excepcionalmente duro, sus gruesos muslos, sus musculosos pectorales y...

—No se parece a su padre.

No comparto con ella lo que Josh me contó. No soy de ir contando confidencias.

—Supongo que habrá salido a su madre. Murió.

—Qué pena.

—Sí.

Dirijo una sonrisa afectuosa a Josh desde el otro extremo del campo. No puedo evitar sentirme orgullosa de él por todo lo que ha conseguido. Y, sin embargo, a pesar de su gran éxito, sé que no sería suficiente para mi padre.

—Mira. —Señalo a continuación, indicando a nuestra izquierda, por donde el argentino se acerca con su caballo y con el casco colgando a la altura del muslo.

Sus pantalones ajustados me permiten fijarme en su anatomía y me dan la excusa perfecta para cambiar de tema.

—Menudo paquete.

—¡Adeline, no seas desvergonzada! —Matilda eleva la nariz y se remueve en el sitio, inquieta—. No lo sé, no he mirado.

—Pues hazlo, es todo un placer. —Grito de dolor sin dejar de reír cuando ella me da un codazo en el costado—. Viene hacia aquí —le informo, sonriendo—. Y te está mirando.

—¡Ay, Dios mío! ¿Qué hago? ¿Qué digo?

—Relájate. —Me río mientras la ayudo a levantarse—. Pregúntale por su bestia, y me refiero al caballo, no a su paquete.

—¡Adeline!

Mi sonrisa se agranda cuando Santiago llega hasta nosotras y nos saluda educadamente con la cabeza.

—Señoras —canturrea con un acento tan sexy que noto como mi prima se deshace de gusto a mi lado.

Me encargo cuanto antes de quitarnos de encima las presentaciones, para que mi prima no pueda meter la pata.

—Señor García, encantada de conocerlo. —Le ofrezco la mano.

—Alteza, el placer es mío.

Sonrío y tiro de la mano para recuperarla.

—Ella es su alteza real la duquesa de Kent, pero puede llamarla Matilda.

—Matilda. —Santiago le muestra a mi prima sus dientes blanquísimos, mientras los ojos se le iluminan.

Este hombre es guapísimo, pero, para ser sincera, a mí no me gustan tan bellos.

Cuando Matilda se olvida de ofrecerle la mano, se toma la libertad de apoderarse de ella él mismo y le da un largo beso en el dorso. Ella se queda contemplándole la nuca, petrificada, hasta que la hago reaccionar dándole un codazo en el brazo. Ella me mira, aterrada.

—Pregúntale por la bestia —murmuro y me alejo, sonriendo.

Ella pone los ojos en blanco e inspira hondo.

—Menudo animal más fantástico que tiene ahí... —oigo que dice.

Yo me echo a reír mientras me alejo, tomando nota mental de llamarla más tarde.

Quiero todos los detalles jugosos. Bueno, tal vez los referentes a su bestia no los necesito.

Observo a Josh, fascinada, mientras me acerco al meollo de la reunión. Está riendo junto a mi padre y Eddie, que se ha unido al grupo. El senador Jameson lo felicita por el partido. Siento curiosidad por saber de qué puede estar hablando mi padre con un actor de Hollywood, pero sé que no debo meterme en una conversación de hombres sin que me inviten y por eso me dirijo hacia la carpa. Además, tengo miedo de mi reacción al estar tan cerca de Josh.

—Adeline. —La voz de mi padre hace retumbar el aire y detiene en seco mi visita a la carpa.

Compongo una mueca y, durante un segundo, me planteo la posibilidad de fingir que no lo he oído, pero eso sería muy idiota por mi parte, así que me planto una sonrisa en el rostro y me vuelvo hacia ellos. Los cuatro hombres me están mirando y Eddie es el único que no sonríe. No me gusta.

«Tranquila, tranquila, tranquila».

—Padre —canturreo, acercándome a él.

El rey me dirige una calurosa bienvenida. Me sorprende, tras su actitud de

nuestros últimos encuentros, en los que me ha sermoneado y me ha puesto de vuelta y media.

—Creo que no te han presentado formalmente al senador y a su hijo.

Dios... Me tenso, pero enseguida recupero el aplomo.

—No, creo que no.

Eddie se aclara la garganta y Josh le dirige una mirada de curiosidad.

Mierda, ya sabía yo que no debería haberme acercado a este grupito. Qué incómodo todo...

—Sí, sí nos conocemos —dice el senador—. Nos presentaron en la fiesta del jardín.

«Ay, mi madre».

Estoy tensa como una tabla y no me salen las palabras. Acabo de mentirle descaradamente al rey en su cara. ¿Para qué iba a hacerlo si no tuviera nada que ocultar? Pero él me vio hablando con Josh. ¿Es posible que se haya olvidado? No lo sé, pero tengo que calmarme y actuar con cabeza.

—Ah, es verdad. —Sonríó a Josh, que está mirando a su padre como si quisiera arrancarle la cabeza—. Disculpen.

—Está disculpada —replica Josh, metiéndose las manos en los bolsillos tranquilamente—, alteza.

Y al oírlo, me enciendo como una estufa. ¡Maldito sea!

El rey suelta una carcajada.

—Josh se dedica al cine. Es un actor consumado.

—Encantador. —Sonríó, tensa, tratando de no perder la compostura.

El simple hecho de que mi padre no conozca la fama de Josh es significativo. Las estrellas de Hollywood no forman parte de su universo, por eso no me sorprende que crea que tampoco forman parte del mío. Pero no es así. En mi universo, Josh es como un faro enorme y brillante que me llama a gritos. Me fijo en la actitud de mi padre. Está relajado, sonriente y no muestra ningún tipo de desconfianza hacia el americano que tiene delante. Si tuviera que pronunciarme, diría que a mi padre le gusta Josh.

—Y, por lo que he oído, usted es un tirador consumado —le dice Josh al rey, cuando al fin deja de mirarme.

—Años de práctica tirando al plato, hijo.

—Yo solía disparar. Hace años que no lo hago, pero antes me gustaba ir de cacería de vez en cuando.

—¿Qué cazaba? —le pregunta el rey, interesado.

—Alces, ciervos, cualquier cosa. Si se movía en los bosques, era mío.

Mi padre cada vez muestra más interés.

—Yo una vez cacé alces. Fue apasionante. Tenemos que ir juntos un día. Me gusta poder competir con alguien, pero por aquí nadie está a la altura.

¿Mi padre acaba de invitar a cazar a Josh? Me quedo mirándolo sin dar crédito. Él acepta la invitación real, encantado, porque nadie, da igual quién seas, rechaza una invitación del rey. No estoy segura de lo que acabo de presenciar. Me asaltan ideas absurdas, de mi padre apuntando a un plato y luego, en el último segundo, volviéndose hacia Josh y... ¡bang! Tensa como un arco, me imagino al rey arrojando el cuerpo de Josh a una cuneta. ¡Dios! Me estoy volviendo loca. ¿Y si el rey aprueba mi relación con Josh y nos da su bendición? Me echo a reír para mis adentros porque esa es la idea más absurda que ha cruzado por mi cabeza hasta ahora. Incluso más que la posible muerte de Josh a manos del rey.

Por suerte, la llegada de Davenport me distrae. Se acerca a mi padre y le susurra algo al oído. La expresión del rey pasa de la alegría a la consternación en un instante.

—Muy bien. —Se aleja diciéndonos—: El deber me llama.

Todo el mundo se despide inclinando la cabeza y yo aprovecho la circunstancia para huir.

—Si me disculpan, caballeros... —me despido, haciendo contacto visual con Eddie, el senador y, especialmente, con Josh.

Quiero irme a casa para poder procesar todo lo que ha pasado hoy. Va a llevarme un buen rato. Y un montón de champán, todo el que no he podido tomarme aquí. ¿Qué demonios está pasando?

El día siguiente lo paso casi por completo en las caballerizas. Al salir, recogemos a Eddie en el cuartel y regresamos a Kellington. Llevo esquivándolo desde que acabó el partido de polo, pero ahora...

El ambiente en el coche es incómodo. Trato de romperlo con charla intrascendente, pero él no me sigue. Se pasa casi todo el trayecto mirando por la ventanilla, perdido en sus pensamientos. Odio que se preocupe por mí y por mis problemas. Porque de eso se trata. Aunque suena absurdo, que me haya enamorado de un hombre que es absolutamente perfecto para mí es un problema. Estoy tan preocupada que ni siquiera puedo agradecerle a Eddie que se preocupe por mí.

Lo primero que he hecho esta mañana ha sido revisar la prensa *on line*, buscando noticias relacionadas con Josh y con el asalto a la habitación.

Mientras repasaba todas las publicaciones, el corazón me latía desbocado. Como no he encontrado nada, se me ha calmado, pero solo un poco. Sigo nerviosa.

De vez en cuando, al ver que Eddie bloquea todos mis intentos de iniciar una conversación, miro a Damon por el retrovisor, como pidiéndole ayuda, pero mi jefe de seguridad se encoge de hombros y me quedo igual que estaba. No sé qué decirle a mi hermano; no sé si lo que yo pueda decir hará que cambie de opinión, así que acabo por cerrar la boca y aguantar este odioso silencio.

Cuando llegamos a Kellington, salgo del coche a toda velocidad y, a la carrera, subo la escalera que lleva a la puerta principal para poder al fin entrar en mis habitaciones y huir de este silencio espantoso.

—Alteza. —Olive me recibe con las manos extendidas para coger mi bolso, pero, si dejo que me ayude, tardaré más en llegar a mi estancia. Así que paso por su lado como una exhalación, dejándola con la boca abierta—. Pero, señora, la cena... —dice, a mi espalda.

—No tengo hambre, pero gracias, Olive.

Empiezo a subir los escalones de dos en dos.

—Pero si Dolly ha preparado su plato favorito, señora...

«¿Linguine con langostinos?»

Me detengo poco a poco hasta que me rindo y dejo caer los hombros.

—¿En serio? —pregunto con voz muy aguda, haciendo una mueca, aunque solo los escalones pueden verla.

Dolly únicamente me prepara mi plato favorito cuando no se anda con chiquitas. Sabe que es lo único que logra que me siente a la mesa, por mucho que trate de excusarme con mi falta de hambre. Usa ese plato como un arma, para obligarme a comer cuando no quiero hacerlo. Además, sé que si me niego a comer, se enfurruñará, porque me lo prepara especialmente y le supone apartarse de sus platos tradicionales de toda la vida.

—Vale, cenaré en mi habitación —claudico, porque no quiero que Dolly se moleste, aunque no entiendo por qué hoy ha sacado toda la artillería.

—Pero es que su alteza el príncipe Edward ha pedido que pusiera la mesa, señora. —La pobre Olive suena nerviosa.

Vaya, vaya... Así que no es Dolly sino Eddie quien ha sacado la artillería pesada... Quiere que cene con él. ¿Por qué? ¿Querrá darme la charla? Pero, si acabamos de estar solos en el coche y no me ha dicho ni una palabra...

Me doy la vuelta, atemorizada, y me encuentro a mi hermano al pie de la escalinata, detrás de Olive, observando mi retirada frustrada. Nunca lo había visto tan serio.

—La cena aguarda —anuncia, solemne, señalando hacia el comedor.

Disimulo un suspiro y vuelvo a bajar al vestíbulo. Esta vez sí dejo que Olive se lleve el pañuelo de cuello y el bolso, pero no antes de sacar el móvil. El movimiento no le pasa desapercibido a Eddie.

—Gracias —digo, y le dirijo una sonrisa discreta a Olive, que se apresura a retirarse, notando la tensión en el ambiente.

Qué envidia me da; yo no puedo escapar.

Miro a mi hermano, que me devuelve una mirada impasible. Tengo ganas de decirle que está más feo cuando no sonrío, que su rostro aniñado se echa encima veinte años, pero sería rencoroso por mi parte. Esa mirada seria en su rostro me indica el rumbo que va a tomar la conversación, así que echo los hombros hacia atrás y me dirijo al comedor, para enfrentarme a lo que venga. Le contaré exactamente lo que está pasando si eso es lo que quiere. No es que le haya

ocultado las cosas porque no me fíe de él; lo que pasa es que no tengo ganas de que nadie me diga lo difícil que es todo; ya lo sé.

—Está todo precioso —comento al ver la mesa puesta con esmero.

Me siento y dejo que uno de los lacayos me cubra el regazo con la servilleta de quinientos hilos.

—Gracias. —Le sonrío mientras se retira y apoyo los codos en la mesa, algo que no haría ni en sueños si estuviera comiendo con el rey.

Tampoco se me ocurriría levantar los cubiertos antes de que lo hiciera él, pero, ya que el rey no está aquí, cojo el cuchillo y el tenedor y ataco la cremosa pasta en cuanto me ponen el plato delante, aunque solo sea para dejar de pensar en Eddie, que, sentado frente a mí, me mira fijamente sin probar la cena. Cuanto más se alarga el silencio, más nerviosa me pongo. Y cuando no puedo más, aprieto con fuerza los cubiertos e inspiro hondo antes de mirar expectante a mi hermano con los ojos muy abiertos como diciéndole: «Va, di lo que tengas que decir».

Al fin se lanza. Se lleva un puño apretado a la boca, se aclara la garganta y me mira fijamente.

—Basta de juegos. ¿Qué está pasando?

Con una mirada igual de seria que la suya, busco las palabras adecuadas y la mejor manera de decirlas. No sé si se debe a su expresión de reproche o a que no tengo la cabeza clara, pero las únicas palabras que se me ocurren son negativas, y me cuesta una barbaridad morderme la lengua. Lo que me apetece es gritarle que me deje en paz, que me deje resolver esto a mí. No necesito que me recuerde a lo que me enfrento. Como si no lo supiera.

—Me estoy viendo con él —murmuro, y me enfado conmigo misma cuando aparto la mirada.

Quería mirarlo a los ojos con confianza y aplomo, pero no he podido. ¿Por qué no puedo defender mis ideas con seguridad? Tardo un par de segundos en alcanzar la conclusión correcta y con esa conclusión llega el miedo que acompaña a la decisión que he tomado. Me he enamorado de Josh y me importa lo que pueda pasarle. Me importa si alguien ensucia su nombre de alguna manera. Y eso hace que mi miedo se magnifique y me hace sentir muy vulnerable.

Eddie se ríe, y su risa se convierte en el sonido más condescendiente que he oído en mi vida. Lo ignoro y sigo adelante.

—Trato de sentirme libre cada día —le digo, con la voz calmada, decidida a

no perder la paciencia con el hermano al que quiero tanto—. Yo...

Eddie se echa a reír con más ganas, interrumpiéndome.

—Eres una Lockhart, Adeline. La palabra *libre* no viene con nuestro cargo.

—¿Y si no quiero el cargo? —contraataco, clavándole el tenedor a un langostino para liberar parte de la frustración. No voy a comérmelo. No tengo apetito. Estoy aquí para poner de mi parte.

—No puedes elegir.

Eddie se echa hacia delante en la mesa y, por primera vez, veo a mi padre en él. No porque se parezca físicamente, porque lo cierto es que no se parece en nada, sino porque habla igual. Y no me gusta.

—Esta es tu vida, Adeline, igual que es la mía. Yo ya me he acostumbrado y tú deberías hacer lo mismo. Ya basta de jueguecitos. Llevas demasiado tiempo jugando. Olvídate de él, olvídate de esta aventura absurda. Supéralo y haz lo que Adeline Lockhart sabe hacer tan bien.

—¿Y qué sé hacer tan bien? Vamos, Edward, ¿de qué se trata? ¿De mantener las apariencias? ¿De obedecer siempre al rey y a sus secuaces?

—Ja, como si hicieras alguna de esas cosas...

—Tienes razón, no lo hago. Lo que trato de hacer es sentirme libre. Y he dicho *trato*. Esa es la palabra clave. Me esfuerzo. Hago cosas para no sentirme tan mal con las restricciones con las que tengo que vivir. Mis muestras de rebeldía son mi manera de no perder del todo el libre albedrío.

Inspiro hondo y, al ver que he logrado captar la atención de Eddie, sigo hablando. Quiero llegar hasta el final, sin interrupciones. No quiero que vuelva a recordarme mis obligaciones. Se acabó. Él me ha hecho una pregunta y se la voy a responder. Suelto los cubiertos, me levanto y apoyo las manos en la mesa.

—Con Josh no necesito nada de eso. No necesito esforzarme, ni siquiera tengo que pensar en ello. Me sale del todo natural. No necesito engañarme, porque me hace sentir bien conmigo misma. Me conoce de manera instintiva, me ve tal como soy. No ve a la princesa, me ve a mí, a la mujer. Ve en mí el deseo, la necesidad de que un hombre me diga cómo son las cosas, pero él me lo dice porque sabe que es lo que yo necesito. No lo que necesita el país o el rey o la dichosa monarquía, sino yo. Se trata de mí. Y si eso es malo, si no puedes soportarlo, puedes unirme al ejército de cabrones sedientos de poder que tratarán de impedir que estemos juntos. —Tomo aliento, para asegurarme de que mi siguiente frase me sale tan calmada como las anteriores—. Si lo haces, acabaré contigo igual que pienso acabar con todos los demás. Sin piedad y sin sentirme

culpable; sin mirar atrás. Con esto quiero ser mejor persona, una persona más útil, porque tendré lo que necesito en la vida para funcionar. A él. A Josh. —Veo que Eddie tiene los ojos abiertos como platos—. Prefiero prescindir de mi vida como miembro de la realeza a prescindir de él. Sin él, no valgo nada. Llevo toda la vida sin valer nada. Y por primera vez, me siento valorada. Tengo un objetivo en la vida más allá de responder cartas y mantener las apariencias. Quiero hacer cosas que nunca soñé que podría hacer. Su llegada ha sido una bendición, y no permitiré que ni tú ni nadie lo acuse de ser otra cosa.

Tiro la servilleta encima de la mesa y me alejo, extremadamente orgullosa de mí misma por haber sido capaz de soltar ese discurso sin balbucear y sin que se me rompa la voz. Ya está. Creo que lo he dejado claro.

Olive, que entra en ese momento con una bandeja, se aparta de mi camino al verme salir. Mi teléfono suena y veo que es Josh, así que decido saludarlo por su nombre para que Eddie sepa con quién estoy hablando. Me da igual si le parece desvergonzado por mi parte.

—Josh —digo, subiendo la escalera rápidamente.

—Suenas sin aliento. ¿Estás bien?

—No demasiado. Acabo de tener una discusión tremenda con mi hermano.

—Vaya. ¿Sobre...?

—Nosotros.

—No te preguntaré qué ha dicho sobre mí. Ya me di cuenta de cómo me miraba ayer en el campo de polo. ¿Estás bien?

—No.

Llego a mi suite, me encierro por dentro y me dejo caer en el sofá.

—Eddie es mi hermano favorito, odio pelearme con él. —Me inclino para quitarme las botas de montar—. Y lo peor es que lo de hoy no es nada comparado con lo que me espera.

La fuerza que ayer me contagió Josh se está desvaneciendo. Me dejo caer de nuevo en el sofá, suspirando.

—Tal vez pueda ayudarte.

Me reiría, pero eso sonaría condescendiente, así que me limito a poner los ojos en blanco.

—¿Y cómo te propones ayudarme?

—Mañana iré a practicar tiro al plato con el rey y mi padre.

Me incorporo, con la espalda recta como una tabla.

—¿Mañana? ¿Y cuándo se organizó eso?

—Justo antes de que me fuera del campo de polo. Un tipo viejo, alto y desgarbado, me indicó dónde y cuándo se me esperaba.

—Davenport, seguro. ¿Parecía que se le fuera a romper la cara si sonreía?

—Ese mismo. Tenía cara de que alguien se le hubiera cagado en el café.

Me echo a reír.

—Nunca cambia de cara. Siempre ha tenido la misma, al menos desde que lo conozco. —Me levanto y entro en el vestidor, donde me quito los pantalones de montar con una mano—. Sirvió a mi abuelo antes de servir a mi padre. Es como un mueble más del palacio y estoy segura de que me odia.

—¿Por qué dices eso?

—Por cómo me mira. Soy como una piedra en su zapato.

Suelto el móvil un momento para quitarme el jersey y dejarlo en el suelo. Mientras salgo, para meterme en el baño, veo la tiara de mi abuela española. Me muerdo el labio y sonrío.

—¿A que no sabes qué estoy viendo ahora mismo?

Cojo la pesada joya y le doy vueltas.

—Si me dices que estás desnuda delante del espejo, habrá consecuencias.

—Voy en ropa interior y el espejo que tengo delante está encima de la cómoda, así que solo me veo la parte de arriba.

—Igualmente, estás jugando sucio. Un momento. ¿La cómoda?

—Ajá. —Sonrío, mirando mi reflejo. Los ojos me brillan casi tanto como las piedras incrustadas en la tiara.

—Póntela —me ordena.

Me suelto la coleta y dejo que el pelo me caiga libremente sobre los hombros. Luego me coloco la pesada corona sobre la cabeza.

—Sácate una foto y envíamela.

Ni siquiera me planteo no hacerlo. Abro la cámara, pongo morritos y me saco un selfi antes de enviárselo, con unas palabras adjuntas.

—Hecho. ¿Te ha llegado?

—Dios del cielo —susurra Josh.

—¿Eso es un sí?

—Eso es mi nuevo fondo de pantalla.

—No seas idiota. —Riendo, me quito la tiara y la dejo en su sitio—. La gente lo vería. ¿Cómo ibas a explicarlo?

Él gruñe, fastidiado.

—¿Dónde estás?

—A punto de darme una ducha.

—¡Adeline!

—¿Qué pasa? —Sin dejar de reír, entro en el baño y cojo una toalla—. Voy a ducharme.

—Ven a verme.

—No puedo. —Suspiro y hago un mohín mientras el agua empieza a caer—. Damon se irá a casa pronto; esta noche no salgo.

—Pues voy yo a verte.

—Vale, ven. Ponte la capa de invisibilidad y todo irá bien, estoy segura.

—Joder, Adeline, ¿por qué tienes que ser tan importante?

Suena exasperado y, la verdad, sé cómo se siente. Aunque mira quién fue a hablar.

—No es que tú seas un don nadie, señor Jameson —señalo—. Ya te advertí que esto sería imposible.

—Dios, necesito verte. Mañana me encargaré de deslumbrar tanto al rey que me rogará que salga con su hija. Y si eso no funciona, le pondré la pistola en la cabeza hasta que acepte.

Se me escapa la risa por la nariz.

—Espero que estés dispuesto a perder.

Me miro en el espejo, pensando en las ganas que tengo de verlo. Me muero de ganas. ¿Cómo podría hacerlo? Mirándome a los ojos, se me ocurre una idea muy rara.

—Podría escaparme —murmuro, más para mí que para Josh.

—¿Qué?

—Del palacio —le aclaro—, podría escaparme del palacio.

—¿Quieres que te preste mi capa de invisibilidad?

Miro la hora en el móvil y veo que quedan unos treinta minutos para que Damon acabe su jornada laboral. Tengo que darme prisa.

—Estaré ahí en una hora.

Cuelgo y me hago un nudo con el pelo antes de meterme en la ducha. No tengo tiempo de lavármelo y secármelo, así que me enjabono y aclaro el cuerpo rápidamente.

Compruebo la hora. Me quedan veinticinco minutos. Ay, Dios. Tardaré diez en llegar al garaje, más si tengo que avanzar sigilosamente por el palacio para que nadie me descubra. El corazón me empieza a latir a toda velocidad por la excitación y la adrenalina.

Mientras me aplico un poco de crema hidratante, suena el teléfono. Veo que es Josh, pero no tengo tiempo de hablar ahora, así que dejo que suene. Voy corriendo al vestidor, cojo unos vaqueros pitillo de color negro y una sudadera negra y me los pongo a toda prisa. Me enrolló un pañuelo negro al cuello y me suelto el pelo, que queda de cualquier manera. Espero que a Josh no le importe que vaya con la cara lavada. No llevo ni rastro de maquillaje, pero no me importa. Necesito verlo desesperadamente y la oportunidad de salir de aquí se reduce a cada minuto que pasa.

Me cruzo el bolso por encima de la cabeza y cojo los primeros zapatos cómodos que encuentro. Son mis botas Uggs. Ya sé que no hace tiempo para ponérselas, pero me encojo de hombros y me las pongo de todos modos. Luego busco en el último cajón de la cómoda... Estaba ahí la última vez que la vi.

—Vamos, ¿dónde paras? —pregunto, rebuscando, y sonrío cuando la encuentro. Me acerco al espejo y me pongo la gorra de los New York Yankees —. Perfecto.

Mientras mantenga la cabeza baja, todo irá bien.

Cuando llego al descansillo de la escalera, el móvil vuelve a sonar y aprovecho para ponerlo en silencio. No puedo responder porque podrían descubrirme, así que dejo que vibre. Al cabo de un momento, me llega un mensaje de texto.

Estás de broma, ¿no? ¿Cómo te vas a escapar?

No le hago caso, porque no quiero que me convenza de que estoy cometiendo una locura, y sigo recorriendo el palacio. Elijo una ruta poco directa, atravesando un montón de habitaciones interconectadas para reducir las posibilidades de que alguien me vea. El momento más crítico llega cuando me acerco a la cocina, ya que necesito pasar por ahí para colarme en el garaje. Todas las demás puertas tienen alarmas conectadas con sensores, así que es mi única salida. Oigo a Dolly y a Damon charlando mientras avanzo sigilosamente por el pasillo con la puerta de salida al patio ya a la vista. Silenciosa como un ratón, y con el hombro pegado a la pared, llego a la puerta de la cocina. Me asomo y veo que Damon está de espaldas a mí y Dolly buscando algo en un armario. Cuando estoy a punto de cruzar frente a la puerta, oigo a Olive, a la que no había visto.

—Pues yo voy a irme ya —anuncia.

—Yo también —dice Damon, y oigo como arrastra el taburete en el que estaba sentado.

¡Mierda, es ahora o nunca! Contengo el aliento y me lanzo hacia el final del pasillo rezando para que nadie me siga. Solo vuelvo a respirar cuando llego al patio y cierro la puerta sin hacer ruido. Luego corro hacia el garaje como si me fuera la vida en ello.

Busco las llaves en el armarito, abro el coche y vuelvo a dejar las llaves en su sitio antes de entrar en el asiento trasero y sentarme en el suelo, detrás del asiento del conductor. Estoy muy apretujada, pero solo tengo unos segundos para lamentarme, porque oigo que unos pasos pesados se acercan y me quedo inmóvil. No como mi móvil, que va a su bola y se pone a vibrar justo en ese momento, iluminando el coche con la luz de la pantalla.

—¡Mierda! —susurro, y me contorsiono para cogerlo.

¡Contesta al teléfono!

Josh vuelve a dejarme un mensaje cuando no le respondo. Me disculpo mentalmente por apagarlo y vuelvo a colocarme lo más cómoda que puedo, que no es mucho, porque de contorsionista no tengo un pelo. La puerta se abre y vuelvo a contener el aliento mientras Damon se sienta y pone el coche en marcha. Todo va bien... hasta que decide que está muy cerca del volante y echa el asiento hacia atrás. ¡Ay, Dios! Tengo los hombros pegados a las orejas. Cierro los ojos esperando oír el ruido que indique que se me ha roto algún hueso, pero por suerte no llega. Por un momento, pienso que me he vuelto loca, pero luego me acuerdo de lo que me está esperando al final de este trayecto, que va a ser lo más alejado a viajar en primera clase que pueda existir. En silencio le pido a Damon que se ponga en marcha, pero permanezco totalmente quieta, porque estoy tan encajada en el hueco que sé que él notaría cualquier movimiento por pequeño que fuera. Esto es el infierno, pero Josh es el cielo, así que si tengo que bajar a los infiernos para alcanzar el paraíso, que así sea.

Damon sale del garaje y avanza despacio antes de detenerse una vez más al llegar a la verja. Baja la ventanilla y saluda.

—Que tengas una buena noche —dice, en voz baja y ronca.

—Igualmente, Damon —le responde el vigilante, y oigo que las verjas se abren, chirriando.

El coche aumenta de velocidad y mi incomodidad se aligera un poco cuando Damon enciende el equipo de música y empieza a sonar... ¿Take That? Tengo que hacer un gran esfuerzo para no echarme a reír. ¿Cómo voy a resistirme a tomarle el pelo con esto? El grandullón y amenazador Damon se pone a cantar *Never Forget* y este momento se convierte en uno de los más divertidos de mi vida. Y no porque cante bien. Canta espantosamente mal, me sangran los oídos, pero le pone tantas ganas que la actuación es memorable. Me paso la canción haciendo muecas para que no se me escape la risa. Este hombre tiene el oído musical en el culo. El viaje se me está haciendo eterno, y sé que aún queda mucho para llegar. Sé que Damon vive en Lambeth, al otro lado del río. Y que el Dorchester está a un poco más de un kilómetro de Kellington, al otro lado de Hyde Park. Me estoy desviando mucho de mi destino, pero era la única manera de escaparme de palacio.

Tras diez minutos de camino, me tapo los oídos. Pensaba que estaba sonando Take That en la radio, pero no. Damon tiene el álbum de grandes éxitos conectado al iPhone y se sabe las letras de todas las dichas canciones.

Siento un gran alivio cuando suena el teléfono y la música se interrumpe.

—Hola, cariño —responde, alegremente.

—Hola, ¿estás de camino? —le pregunta Mandy, su esposa.

—Acabo de salir del palacio.

—¿Ha ido bien el día?

—Muy bien, el trabajo siempre es interesante. —Toma una curva con demasiada brusquedad—. ¿Todo en orden?

—Sí. La cena ya está casi lista. ¿Podrías parar a comprar vino?

«¡Sí, que pare y compre vino! Aquí mismo me vendría bien».

—Claro —responde Damon—. ¿Tinto?

—Hay filete para cenar, así que sí, perfecto.

—¿Filete? —El tono interesado de su voz me hace sonreír—. Mi plato favorito.

—Lo sé. —Mandy le sigue el juego—. Y si te lo comes todo como un buen chico, te daré algo especial de postre.

Se me abren mucho los ojos y me ruborizo, aunque nadie me ve.

Noto como el coche acelera.

—Llegaré en nada.

Mandy se echa a reír.

—No corras demasiado. Quiero que mi marido llegue a casa de una pieza.

Guarda tu talento para la conducción rápida para cuando la princesa Adeline lo necesite.

—Vale.

Escuchar a mi guardaespaldas charlar con su esposa como una pareja normal hace que se me hinche el corazón de deseo. Yo quiero eso. Quiero una relación normal. Hablar con mi pareja de lo que hay para cenar y de qué vino tomamos para acompañar la cena.

—Estoy llegando a Sainsbury's. Te veo en casa. —Damon detiene el coche —. ¿Mandy?

—Sí.

—Cuando llegue, quiero que estés desnuda.

Ovillada tras el asiento, me muero allí mismo, cubriéndome la cara como puedo con mi escasa libertad de movimientos. Este viaje ha resultado ser más doloroso de lo que me imaginaba y no solo por haber tenido los brazos y las piernas doblados en ángulos imposibles.

Cuando Damon baja del vehículo y cierra la puerta a toda prisa, suelto el aire que he estado conteniendo y respiro hondo por primera vez en quince minutos. Damon tiene prisa. No tardará mucho en volver con su botella de vino tinto.

Miro por la ventanilla y veo a Damon entrando en la tienda.

—Gracias a Dios. —Suspiro mientras me levanto con dificultad del suelo del coche.

Abro la puerta y casi me caigo a la acera. No tengo tiempo de apreciar la sensación de libertad ni de estirar los músculos porque la alarma del coche empieza a sonar de manera escandalosa. Tensándome, miro a derecha y a izquierda. Hay mucha gente, pero nadie parece particularmente preocupado por el agudo sonido de la alarma.

Me bajo la visera de la gorra y me marcho de allí, sin saber dónde estoy. Y en ese momento, a mis treinta años, soy consciente de la vida tan aislada que he llevado. Hace tres décadas que vivo en esta ciudad y, sin embargo, no tengo ni la menor idea de dónde me encuentro. No reconozco nada.

Busco un cartel indicador tratando de orientarme. Chelsea Bridge. Mi mapa mental de Londres me permite hacerme una idea de dónde estoy. Calculo que tardaré unos cuarenta minutos en llegar al hotel, pero eso no me importa. Lo que me preocupa es tener que pasar desapercibida hasta allí. Pensar eso me hace agachar la cabeza mientras busco un taxi. Veo uno y levanto el brazo, pero pasa

de largo. Lo mismo con el siguiente. El tercero se detiene, pero una persona muy maleducada se cuela y entra antes que yo.

Suspirando, sigo caminando a buen paso hacia el final de la calle con la espalda encorvada y la cabeza agachada. No hago contacto visual con nadie, mantengo la vista clavada en las losas del suelo. La multitud me golpea y me da empujones. A cada paso que doy, me pongo más nerviosa. Me siento muy pequeña aquí fuera, sola en el mundo y muy vulnerable. Al cabo de media hora tengo la respiración muy alterada y no es por la caminata. Un fuerte golpe en el hombro hace que casi dé una vuelta en el sitio. Un hombre trajeado suelta un taco por haberme puesto en su camino.

—¡Mira por dónde vas! —me grita.

Murmuro una disculpa y pego la barbilla al pecho para evitar su mirada, que sé que será de furia.

Choco con otro peatón, y el golpe me hace retroceder varios pasos.

—¡Cuidado!

Los latidos de mi corazón se aceleran a medida que aumenta la ansiedad que me provoca estar fuera de mi elemento. Cojo el teléfono y me doy cuenta de que sigue apagado. Mientras lo enciendo con las manos temblorosas, choco con una chica.

—¡Mira por dónde pisas! —me grita mientras el móvil se me cae al suelo y la pantalla se agrieta.

Ahogando un grito, me agacho a recogerlo y mi cuerpo obstruye el paso de la gente. Alguien me da una patada y otra persona me pisa el brazo mientras recupero el teléfono.

—Lo siento —murmuro, porque me están cayendo insultos desde todas las direcciones.

Las voces furiosas se unen en mi cabeza, convirtiéndose en la voz de un único monstruo. Tengo que llamar a Josh. Necesito que alguien venga a buscarme, porque cada vez tengo más miedo. No se me escapa la ironía de la situación. Yo, que siempre he soñado con la libertad, ahora que la tengo estoy aterrorizada. ¿Y si alguien me reconoce? ¿Y si un periodista me saca una foto?

Me incorporo y salgo huyendo de allí. Trato de encender el móvil, rezando para que no se haya estropeado. Las manos no me dejan de temblar y cuando el teléfono finalmente vuelve a la vida, lo único que veo es una pantalla verde y borrosa. Trago saliva, luchando por contener las lágrimas que se agolpan en mis ojos, y echo a correr, desesperada por escapar del caos de las calles de Londres.

Cuando llego al hotel, aliviada, sigo temblando, pero al menos el corazón se me calma un poco. Me dirijo a toda prisa hacia la entrada, pero mis Uggs se detienen en seco al darme cuenta de lo que se interpone entre el hotel y yo. Hay un grupo de gente, algunos con cámaras, otros con teléfonos móviles, y todos gritan el nombre de Josh. El corazón se me vuelve a disparar. No puedo entrar por aquí de ninguna manera; me reconocerían. Retrocedo y me doy la vuelta antes de que alguien se vuelva y me vea.

Doblo la esquina, pero en el otro lado me encuentro con lo mismo: más gente, docenas de personas armadas con cámaras llenan la acera. Me detengo bruscamente y el pánico vuelve a apoderarse de mí. ¿En qué estaba pensando? ¿Cómo se me ha ocurrido que podría entrar tranquilamente en el hotel y pedir que llamaran a la habitación de Josh? De repente, me siento muy idiota. Miro a lado y lado, buscando la manera de pasar entre toda esa gente, pero no se me ocurre nada.

Sin mirar si viene alguien, cruzo la calle buscando la protección de un portal. Oigo unos neumáticos que chirrían y un claxon que suena con rabia. Me quedo paralizada porque me fallan las piernas, y permanezco quieta en medio del arcén, con el capó del coche rozándome las rodillas.

—¡Serás idiota! —me grita el conductor, haciendo sonar la bocina varias veces más.

Miro hacia el parabrisas, asustada, pero vuelvo a agachar la vista rápidamente y me obligo a salir de la carretera antes de que el conductor se dé cuenta de a quién ha estado a punto de atropellar. Me meto en el portal y me obligo a respirar y a tragar saliva para calmarme.

—Por favor, funciona. Por favor, funciona —le ruego al teléfono mientras lo apago y lo vuelvo a encender, esperando alguna señal de vida.

La pantalla agrietada se ilumina, pero sigue siendo verde. No veo nada, solo los bordes de algunos iconos borrosos.

—No —sollozo, dejándome caer sobre la sucia pared de ladrillo.

Y ahí permanezco durante unos cinco minutos, preguntándome qué voy a hacer. ¿Cómo he podido ser tan estúpida? Está claro que no tengo ni idea de cómo moverme en el mundo real. Me han educado para llevar una vida protegida por mi estatus, no me han enseñado nada de lo que se necesita para vivir en el mundo real. Porque no soy una persona real y nadie espera que viva en este mundo.

Miro a derecha e izquierda, cada vez más desesperada, pero entonces el teléfono suena en mi mano y clavo la mirada en la pantalla distorsionada. No veo quién me está llamando, pero presiono con el dedo por la zona donde debería estar el icono de responder hasta que al fin lo oigo.

—Adeline, Adeline. ¿Estás ahí?

—¡Josh! —No puedo controlar mi voz, que suena histérica.

—Adeline, joder. ¿Pero puede saberse dónde coño estás? —Él suena todavía más fuera de sí que yo.

—Fuera. No puedo atravesar la multitud. Esto está lleno de *paparazzi* y fans.

—¿Dónde está Damon?

Me encojo, riñéndome a mí misma por ser tan irracional.

—Estoy sola.

—¡Por Dios, mujer! —exclama, y oigo que empieza a andar—. Está fuera —dice, con la voz amortiguada, como si hubiera cubierto el móvil con la mano—. ¿En qué parte? Dime exactamente dónde estás.

—No lo sé —respondo con la voz rota, superada por la situación—. En un lado del hotel, pero no veo el nombre de la calle —digo, observando el lateral del hotel, buscando una señal que me diga dónde estoy.

—Adeline, escúchame —me dice Josh, en tono calmado, aunque sé que no lo está—. Desde la puerta principal, ¿hacia qué lado has ido, derecha o izquierda?

Es una pregunta directa, fácil de responder, pero mi cerebro embotado tarda en reaccionar.

—Adeline.

—Derecha.

—No te muevas.

El sonido de un portazo me deja medio sorda.

—Hay prensa por todas partes. —Muevo los ojos de derecha a izquierda constantemente, con miedo a que alguien me vea en la puerta—. ¿Qué ha pasado?

—Llevan montando guardia desde que volví ayer de una entrevista. Quédate donde estás. —Tiene la respiración un tanto alterada; está corriendo—. Sigue hablándome, ¿vale?

—Vale.

—Joder, Adeline. ¿En qué estabas pensando?

—Solo quería verte.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

Me estremezco, consciente de que me va a caer una buena bronca.

—En el coche de Damon.

—¿Y él dónde está?

Vuelvo a hacer una mueca.

—Él no sabía que iba en el coche.

Se hace el silencio mientras Josh trata de asimilar lo que acabo de confesarle.

—¿Te has escondido en el coche?

—Era la única manera de escapar del palacio sin que me descubrieran.

—Por todos los demonios, Adeline. ¿Tienes idea de la estupidez que has cometido?

Oigo que otra puerta se cierra y el ruido de fondo se vuelve ensordecedor.

—Ahora sí —admito—. Lo siento.

—Ya te digo yo que lo sentirás. Mira a tu derecha, hacia la puerta del garaje del hotel.

Levanto la vista sin estar muy segura de lo que voy a encontrarme; tal vez a alguno de sus agentes de seguridad, pero veo a Josh, seguido no demasiado de cerca por dos de sus guardaespaldas. Hoy no van vestidos con traje, sino con vaqueros y camiseta. Suspiro hondo, sin detenerme a pensar en el riesgo que está corriendo; lo único que siento es alivio al verlo tan cerca. Da un amplio rodeo para sortear a la multitud. Va vestido con unos pantalones de chándal y una sudadera con cremallera. Lleva una gorra, igual que yo, y la capucha por encima. Levanta la cara, con el teléfono pegado a la oreja, mientras se dirige hacia mí. Está tenso, tiene los hombros muy levantados y trata de mantener su identidad en secreto, pero, igualmente, me pregunta.

—¿Me ves la cara desde ahí?

—Sí.

—Bien, así verás lo cabreado que estoy contigo.

Me encojo.

—Lo siento —vuelvo a disculparme, de corazón.

Siento mucho el riesgo que he corrido, que estamos corriendo los dos por culpa de un plan absurdo que he tenido y que no podía haber salido peor. Soy una idiota.

—Es que las últimas veinticuatro horas han sido espantosas. Ayer, el polo; hoy, Eddie. Necesitaba verte —susurro.

—Bueno, pues ya puedes verme.

Llega a mi lado y baja la mano en la que lleva el móvil. Se echa hacia atrás la capucha y me mira.

La visión de su rostro, aunque sea enfadado, hace que se me disparen las emociones y el labio inferior me empieza a temblar de manera incontrolable.

—Antes me ha parecido una buena idea.

Se me rompe la voz y las lágrimas que se me han agolpado en los ojos empiezan a caerme por las mejillas. Es inútil tratar de contenerlas, el alivio que siento es demasiado grande. Y me echo a llorar en el sucio portal de una calle de Londres. Por si acaso no iba ya bastante desastrada.

Josh suspira, me agarra por la nuca y me acoge en su cálido pecho.

—Esto no significa que se me haya pasado el enfado —murmura, rodeándome con sus brazos.

Me aferro a él, y la tensión me abandona. No necesito nada más para relajarme. Solo su cuerpo, su abrazo, un afecto sincero, algo que no suelo tener. Debería ser una sensación rara, incómoda —lo de estar atrapada en los fuertes brazos de alguien—, pero no lo es; al contrario, me calma. No me había dado cuenta de lo mucho que me estaba perdiendo hasta ahora. El poder de la calidez es más fuerte que la lujuria. Hace que todo sea mejor.

—Me da igual cuál sea tu estado de ánimo, siempre que estés aquí.

Y no puedo ser más sincera. Si quiere reñirme, que lo haga. Seguiría sintiéndome afortunada por tenerlo a mi lado. Hundo la nariz en su cuello y respiro hondo.

—Josh, tenemos que irnos —dice Bates, haciendo que él se aparte de mí—, antes de que llames la atención de alguien.

En ese preciso momento el grito agudo de una mujer que llama a Josh hace que todo parezca detenerse a nuestro alrededor.

—¡Josh! ¡Es él! ¡Está ahí!

—Mierda. —Josh se quita la sudadera a toda prisa—. Póntela —me ordena metiéndome los brazos por las mangas y bajándome la capucha para que me cubra la cara—. Mantén la cabeza gacha, ¿me oyes?

—¿Y tú?

—Agacha la cabeza, Adeline —susurra con vehemencia, bajándome aún más la capucha, que casi me llega a la boca—. A mí ya me han visto. Hemos de asegurarnos de que no te vean a ti.

Hago lo que me dice mientras Josh me pasa un brazo por los hombros y me atrae hacia él. Me encojo todo lo que puedo, haciéndome pequeñita.

—Camina —me ordena bruscamente, y se vuelve hacia mí, para protegerme con su cuerpo de la muchedumbre.

—Todo recto —indica uno de sus hombres, cuyas botas van un poco por delante de las mías.

—No podemos dejar que la vean, Bates —advierde Josh, abrazándome con más fuerza, como si esperara que alguien tratara de arrebatarme de sus brazos en cualquier momento.

—Manténgala bien sujeta. Los sacaremos de aquí.

De pronto, aparecen muchos más zapatos en mi reducido campo de visión y nos empiezan a hacer preguntas sin pausa.

—Josh, ¿quién está debajo de la capucha?

—¿Es tu nueva novia?

—¿Qué te parece Londres?

—¿Nos regalas una sonrisa, Josh?

—Déjanos ver quién va debajo de la sudadera.

Tengo miedo, sobre todo cuando alguien tira de la capucha, haciendo que la cabeza se me vaya hacia atrás.

—¡Quítale las manos de encima! ¡Déjala! —grita Josh, repartiendo empujones.

—¿Es una chica, pues? Vamos, Josh. Calma nuestra curiosidad y danos un nombre.

Josh acelera el paso y yo con él. Hay flashes por todas partes. Una cámara aparece ante mis ojos y me cubro la cara con el brazo, para que no me vean.

—¡Fuera! —Josh da un golpe a la cámara, que cae a mis pies—. ¡Todo el mundo fuera de aquí, joder!

Cierro los ojos un instante, muerta de arrepentimiento. Esto saldrá en las noticias de mañana. ¿Qué he hecho? Al parecer no ha sido necesario que mi

padre arruinara lo nuestro, me he bastado yo solita. Nunca me he comportado de una manera tan irracional.

Cuando nos libramos de la multitud, echamos a correr y llegamos al garaje relativamente intactos.

—¿Estás bien? —me pregunta Josh, siguiendo a sus dos hombres.

Me limito a asentir con la cabeza, abrumada por todo. ¿Su vida es así siempre? ¿Con este caos? Mis encuentros con la prensa y los fans suelen ser actos tranquilos, donde todo el mundo me trata con respeto. Pero esto ha sido una locura.

Josh espera a que estemos dentro del ascensor de servicio, el mismo que usamos la última vez que estuve aquí, para retirarme despacio la capucha de la cara y devolverme a la luz. Me examina el rostro mientras yo lo miro asustada, con los ojos muy abiertos. Nunca había vivido nada igual, ha sido increíble.

No miro a los hombres de Josh, pero no me hace falta hacerlo para saber que no están contentos. Acabo de provocar un circo. Aprieto los labios para evitar que me vuelvan a temblar.

—Bueno —dice Josh, muy serio—, eso ha sido...

—Horrible. —Seguro que piensa que soy una descerebrada y tendría razón—. Lo siento mucho. No sabía que habría prensa...

Él me coloca un dedo en los labios, haciéndome callar.

—Traté de llamarte para avisarte.

—Se me cayó el móvil y se rompió. Sentí pánico porque la gente empezó a darme empujones y tenía miedo de que me reconocieran. No quería provocar esta locura.

—La locura siempre está ahí.

—Pero yo la he alimentado.

Él me dirige una pequeña sonrisa y me acaricia la mejilla.

—¿Te imaginas lo que habría pasado si hubieran descubierto quién iba escondida bajo la capucha?

—¡No!

Me estremezco, porque las consecuencias de lo que pasaría si nuestra relación se hiciera pública son demasiado reales.

—Estás preciosa, por cierto.

—¿Qué?

Me miro de arriba abajo, hasta las Uggs que llevo en los pies. Voy sin maquillar y tengo el pelo chafado bajo la gorra.

—Así probablemente no me habrían reconocido, aunque me hubieran visto.

Josh se inclina hacia mí para besarme, pero las viseras chocan. Me echo a reír y Josh también, pero enseguida se quita la gorra, me quita la mía y se apodera de mis labios, tragándose mis risas.

El beso es torpe e inseguro, y ambos estamos sonriendo demasiado para poder sellar nuestras bocas.

—Me alegro de que estés aquí —me dice, y sus palabras hacen desaparecer el estrés.

Por fin le encontramos el ritmo al beso, y nuestras lenguas se acarician mientras gemimos de satisfacción. Hasta que un carraspeo nos interrumpe. Me aparto rápidamente, ruborizándome. Es tan fácil olvidarme de dónde estoy cuando Josh me posee...

—Lo siento —murmuro, bajando la cabeza de nuevo, aunque ahora por otra razón.

Los dos hombres se hacen a un lado para dejarnos salir cuando las puertas del ascensor se abren. Josh me da la mano y me guía. Cuando pasamos frente a la puerta de su suite, frunzo el ceño.

—Aún están arreglando los desperfectos que alguien causó tan amablemente —dice, mientras nos dirigimos a otra habitación—. Ahora me alojo aquí. —Abre la puerta y me hace entrar en una suite igual de lujosa que la primera—. Bueno, pues teniendo en cuenta el infierno que me has hecho pasar esta noche, ¿cómo vas a compensarme?

¡Dice que él ha pasado un infierno! «¿Y yo qué?» He sufrido un ataque de pánico en medio de una calle abarrotada solo para poder pasar un rato con él.

—¿Cómo quieres que te lo compense?

Se quita las deportivas mientras lanza las gorras sobre una mesita con una sonrisa endiablada en la cara. El brillo sugerente de sus ojos me basta para hacer que se me olvide el trauma que acabo de pasar. Sin decir nada, se dirige hacia mí caminando lentamente. A cada paso que da me aumenta la temperatura. Josh Jameson es un dios. Es perfecto a todos los niveles, y su perfección viene envuelta en un cuerpo creado para cometer pecados. Fue creado para ser adorado; concretamente, adorado por mí. Solo por mí. Y me muero de ganas de hacerlo.

Se detiene delante y me examina de arriba abajo, sin perder detalle. Tal vez debería sentirme incómoda, sabiendo que estoy hecha un desastre. Tal vez debería estar deseando haberme puesto un vestido de infarto, e ir tan

impecablemente peinada y maquillada como siempre, pero no lo hago. Porque sé que Josh ve más allá de las apariencias. Puede ver hasta lo más hondo de mi alma. Me ve a mí, me conoce y sabe lo que quiero. A él. Lo quiero desesperadamente, con todo mi ser. Estoy dispuesta a caminar sobre brasas por él, y es probable que pronto tenga que hacerlo. Pero no ahora. Ahora estamos solos, a salvo, lejos de las miradas curiosas del mundo entero. No existe nada aparte de nosotros. Solo él, yo y la electricidad que chisporrotea entre nuestros cuerpos ansiosos. El corazón me late erráticamente en el pecho mientras espero a que me diga lo que quiere. Aunque tampoco necesito oírlo para saberlo. Su cuerpo me habla con su propio lenguaje. Pero quiero que me lo diga. Quiero oír las palabras que me confirmen que él está tan pillado y obsesionado por mí como yo por él; que es un adicto igual que yo. Así que espero. Y espero.

—Joder, estás increíble —murmura, con sus ojos hambrientos, que siguen devorándome, ahora de abajo arriba.

Cuando se encuentran con los míos, mis labios se han entreabierto y estoy jadeando. Aunque me muero de ganas de tocarlo, no lo hago porque es a él a quien le corresponde hacerlo. Y, de pronto, me toca.

Con un gruñido digno de un león, me agarra y se me carga al hombro como si no pesara nada. A grandes zancadas, como un militar en misión especial, se dirige al dormitorio. Una hoguera ha empezado a arder en mi interior. Es oficial: cada minuto de mi estresante recorrido por Londres ha valido la pena.

Salgo volando por los aires cuando me lanza sobre la cama y aterrizo ahogando un grito de satisfacción. Casi se arranca la camiseta y se quita los pantalones a patadas, con agresividad. Y de repente está desnudo y es mi turno de comérmelo con los ojos. Ese cuerpo... Aparece en miles de anuncios en todo el mundo, en innumerables revistas, pero nada, y cuando digo nada es nada, puede compararse a tenerlo delante en carne y hueso.

—Oh, Dios...

Inspiro hondo, mientras mentalmente le recorro con la lengua todo el cuerpo y le acaricio las ondulaciones de su tableta de chocolate.

Él da un paso hacia mí, coge una bota en cada mano, me las quita y las tira al suelo. Sus manos hábiles me desnudan despacio. Yo me fijo en ellas y cada roce de sus dedos me despierta la piel, hipersensible. Estoy tumbada ante él, como un cordero dispuesto para el sacrificio, pienso, y me parece una metáfora adecuada porque por él estaría dispuesta a sacrificarlo todo.

Me quita el sujetador con lentitud antes de agacharse y besarme los pezones.

La espalda se me arquea como respuesta y eso hace que la sombra de una sonrisa asome en sus labios. Pero después de quitarme las bragas, me separa los muslos, me deja expuesta ante él y la sonrisa desaparece. Se queda muy serio observando el punto donde los muslos se unen.

—Hay tantas cosas que me gustaría hacerle a este precioso cuerpo... —dice con la voz ronca.

—Pues házselas.

Aceptaré lo que quiera, dejaré que me lo haga todo.

—No te estaba pidiendo permiso.

Apoya levemente la punta de un dedo sobre mi clítoris y siento el pulso latiendo contra su dedo con decisión. Me aferro a las sábanas con las dos manos.

—Haré contigo lo que me dé la gana y tú me rogarás que lo haga.

Saca un cinturón del armario, acaricia el cuero entre los dedos y me mira fijamente para que entienda a qué se refiere.

—Necesitamos relajar tensiones.

Mis ojos se iluminan igual que los suyos.

—¿Cómo? —le pregunto, aunque sé exactamente de qué manera piensa hacerlo.

Él hace resonar el cuero, con una ceja alzada.

—Levántate.

Me dirijo al borde de la cama y obedezco.

—¿Y ahora?

—Date la vuelta y muéstrame ese precioso culo.

Me doy la vuelta y me inclino sobre la cama, alzando el culo a modo de invitación. Cierro los ojos y lleno los pulmones de aire, porque la sensación de ingravidez ya empieza a apoderarse de mí.

¡Zas!

Gruño y me tambaleo hacia delante. La mordida del cuero ha hecho que me olvide de todo lo demás. La paz se adueña de mí.

¡Zas!

Pongo los ojos en blanco aun a pesar de tenerlos cerrados y mi cuerpo se retuerce. La quemazón se extiende, penetrando hasta los huesos.

¡Zas!

Suelto un grito, que suena desesperado y hambriento.

¡Zas!

Cada golpe es más intenso que el anterior. Tengo la carne en llamas.

Noto su respiración trabajosa a mi espalda y cada vez que me azota suelta un grito victorioso.

¡Zas!

Esta vez me alcanza en la parte superior de los muslos, haciéndome caer de rodillas en la cama. Me encojo. Parte de mí quiere gritarle que pare, pero otra, más poderosa, quiere que siga, que me azote hasta que no pese nada.

Tras una larga pausa, abro los ojos, adormilada.

Josh se monta sobre mi cuerpo desplomado, me agarra por el pelo y me despega la cabeza de la cama.

—¿Quién es tu rey, alteza?

—Tú —susurro, sin pensar ni titubear, solo mirándolo.

Se alza sobre mí, majestuoso, exudando poder.

—Por supuesto que lo soy.

Se inclina y me besa, adueñándose de todo mi ser y cimentando su posesión.

—Arriba.

Me levanta, me da la vuelta y me empuja, tumbándome en la cama. Suelta el cinturón y me separa los muslos con firmeza.

—Empapada —murmura, satisfecho, y agacha la cabeza.

Contengo el aliento esperando el calor de su boca sobre mi carne húmeda y palpitante. Me lame, con firmeza, tomándose su tiempo, hasta que se hunde poco a poco y me clava la lengua en el centro.

Grito y echo la cabeza hacia atrás, tensándome, como si la tensión pudiera protegerme de la divina tortura que es su boca. Sale de mí, sin dejar de lamerme. Cuando alcanza la tira de vello que enmarca mi pubis sigue ascendiendo, hasta el ombligo. Se pone a cuatro patas para continuar subiendo y su lengua deja un reguero entre mis pechos. Me recorre el cuello y la barbilla y alcanza mi boca. Su polla encuentra el lugar donde quería estar y se cuela dentro de mí, penetrándome profundamente con un movimiento preciso de caderas, al tiempo que gruñe mientras me besa. La embestida es tan poderosa que me deja sin aliento, pero me importa muy poco no volver a respirar porque esto, ahora, es la perfección. No me importaría en absoluto que este fuera el último instante de mi vida.

Le clavo las uñas en la espalda y los dientes en el cuello. Le rodeo las caderas con las piernas y lo atraigo hacia mí con una fuerza descomunal. Me siento tan abrumada por nuestra conexión —nuestra cercanía— que se me saltan las lágrimas y no puedo evitar ponerme a llorar.

—Yo siento lo mismo —me susurra, inmóvil, clavado en lo más hondo de mí—. Lo siento todo. Todo.

Se aparta, sin importarle que mis dientes sigan clavados en su carne y me mira a los ojos. Aunque veo borroso por las lágrimas, estoy segura de que sus ojos también están húmedos.

—Te has enamorado de mí.

Un sollozo rasgado me ignora cuando trato de contenerlo. Quiere salir, quiere ser oído. Es absurdo, pero cierro los ojos y me escondo en el hueco de su cuello. Aunque no puedo disfrutar de mi santuario demasiado tiempo porque él echa las caderas hacia atrás y vuelve a hundirse en mí, sacándome de mi escondite al alcanzarme con tanta precisión que me desplaza un poco de la cama.

—Mírame —me ordena, seco, brusco, volviendo a quedarse inmóvil.

Abro los ojos y me enfrento a mi debilidad. Mi chico americano es mi debilidad, pero, al mismo tiempo, es mi fuerza. Una fuerza descomunal. Su mirada, viva y centelleante, me mantiene clavada en el sitio.

—Me amas —lo afirma, sencillamente, como lo que es: un hecho.

Y yo asiento y me muerdo el labio inferior. Mi admisión lo hace sonreír mientras su polla palpita contra mis paredes más íntimas. Todo él se ilumina por dentro.

—Dilo.

No necesito pensármelo.

—Te amo —susurro, quedándome desnuda ante él.

—Y yo te amo a ti. —Aunque lo dice en voz baja, nunca nada había resonado en mí con tanta fuerza—. Creo que me enamoré de ti en el momento en que te rendiste a mi orden de arrodillarte.

—¿Porque hice lo que me ordenaste? —le pregunto, con el corazón a punto de estallarme de felicidad.

Encoge los hombros y aparta los ojos un instante.

—Muchas mujeres hacen lo que les ordeno. —Se inclina y me recorre la nariz con la suya—. Pero solo tú me vuelves loco de deseo. Tu cara, tu cuerpo. Solo tú logras monopolizar mis pensamientos. Tu boca, deliciosamente descarada, tu carácter indómito. Que me hayas permitido derribar tus altos muros protectores. —Me lame la boca suavemente y despacio—. Solo tú me haces desear ser un maldito príncipe para poder servirte y ayudarte. Para poder ser tuyo.

Sonrío con la boca pegada a sus labios, sin sentir la necesidad de decir nada,

y levanto las caderas, en un recordatorio mudo de lo unidos que estamos. Él gruñe y sigue mi ejemplo, moviendo las caderas y besándome para llevarme al lugar donde desaparece todo lo que no es Josh.

Somos dos personas que se aman, que sienten lo mismo la una por la otra y eso tendría que hacer que el camino hacia nuestro «felices para siempre» fuera fácil y estuviera lleno de alegría. Pero no somos dos personas normales. Se avecina una guerra y debemos preparar nuestra estrategia. Sin embargo, de momento, podemos amarnos sin pensar en las complicaciones y el dolor que nos espera.

Este hombre es mi rey. Me domina. Dios, estoy tan enamorada de él... Le acaricio la espalda arriba y abajo, explorando con delicadeza sus costados mientras se mueve dentro de mí. Su lengua se retuerce en mi boca y no deja ni un milímetro sin explorar. Arqueo la espalda despacio, rindiéndome al placer, que gana intensidad de un modo imparable.

—Oh, Dios, Josh.

—Mi nombre en tus labios es lo más sexy que he oído nunca.

Adelanta las caderas, embistiéndome con fuerza, y grito en medio de un gemido.

—Cuando te corras, quiero que pronuncies mi nombre una y otra vez.

Aumenta el ritmo de sus embestidas como si quisiera que alcanzara el orgasmo cuanto antes. Por mí, bien.

Me retuerzo y gruño, y mi mente se pierde en una nebulosa generada por el éxtasis. Mis sentidos se intensifican, cada movimiento es más apasionado; cada sensación, más potente.

—Me corro —logro decir mientras me agarro al cabecero de la cama, como si eso fuera a evitar que saliera catapultada por el poder del clímax que está a punto de apoderarse de mí. Me estremezco y una oleada de calor me recorre de abajo arriba—. Josh.

—Otra vez —dice, tranquilamente, bombeando, arrancándome el orgasmo a embestidas—. Dilo otra vez.

—¡Josh! —grito y grito hasta quedarme sin aire en los pulmones.

Inspiro profundamente, aferrándome a la madera del cabecero con tanta fuerza que pierdo la sensibilidad en los brazos.

—¡Otra vez! —brama él, apoyándose en los puños para poder hacer palanca—. Otra vez, Adeline.

—¡Josh!

La potencia de mi orgasmo es casi irresistible. Cada una de mis terminaciones nerviosas echa chispas, se rompe y explota.

—No puedo más.

Es como si él tuviera el control de mis orgasmos y dictara también su duración, como para asegurarse de que no pueda caminar durante una semana cuando acaba conmigo.

—Sí puedes. Y vas a aguantar mucho más que esto, te lo prometo —dice con la voz tan distorsionada como su rostro—. Oh, santo... ¡Joder!

Su cuerpo se queda bloqueado, pega la barbilla al pecho y empieza a temblar de un modo que me parecería irreal de no ser porque estoy justo debajo de él, absorbiendo cada una de sus vibraciones.

Suelto una mano del cabecero y se la apoyo en el cuello, notando cada vez que traga saliva y lucha por respirar.

—Te quiero —me dice, a pesar de que está exhausto, y yo sonrío a pesar de que también lo estoy.

Estamos absolutamente embriagados de placer y es, sin duda, la mejor sensación del mundo.

—Por Dios, mujer. Nunca lo había hecho así. Nunca había sido tan, tan... todo.

Se desploma sobre mi cuello, y noto su aliento ardiente en la piel.

Siento todas las emociones que transmiten sus palabras porque son también las mías. Yo nunca he sido una amante insegura y con Josh eso no ha cambiado, pero con él me entrego por completo y por eso sus palabras tienen todo el sentido del mundo.

Llevo las manos a su cabeza y jugueteo con su pelo.

—Gracias por venir a buscarme.

Me mira y me dirige una de esas sonrisas que tanto me gustan. Genuinas, sentidas. Pero luego la sonrisa pierde intensidad y se queda sumido en sus pensamientos antes de hablar.

—Te quiero tanto, Adeline, que no sé cómo gestionar lo que siento...

Noto que me doblo por dentro. Odio su inseguridad, pero antes de poder decir nada, sigue hablando mientras trata con esfuerzo de mantener los ojos abiertos.

—Me gustaría apartarte de esta locura, nena. Quiero besar el suelo que pisas durante el resto de mi vida. Quiero mirarte todos los días y saber que eres mía. Quiero besarte, hacerte el amor, follarte, azotarte.

—No te cortes —lo animo, lista para lo que quiera darme. Todo. Cinturones incluidos.

Él niega con su preciosa cabeza y me dirige una sonrisa tímida mientras se deja caer sobre mi pecho. Me chafa, pero no tengo sensación de ahogo. No siento el peso, de hecho nunca me he sentido tan ligera y libre.

—Tenemos que hablar —susurra.

Y esas palabras lo ensucian todo.

—¿Es necesario? ¿No puedes meterme en tu *jet* privado y sacarme del país? ¿Por qué no me escondes en tu mansión de Beverly Hills y me adoras día y noche? Yo me apunto, que lo sepas.

Él se echa a reír.

—Nada me gustaría más, pero, francamente, no me apetece estar en la lista de los delincuentes más buscados por haber secuestrado a la princesa de Inglaterra.

—No se lo diré a nadie.

—¿Y crees que nadie te echará de menos?

Se ríe, me da un casto beso en los labios y se tumba de espaldas a mi lado.

Le concedo un par de segundos de paz antes de estirarme encima de él. Se me chafan las tetas contra sus pectorales mientras lo abrazo por los hombros.

—Claro que no. Nadie me echará de menos —afirmo, convencida—. No hago nada útil para el país.

—Eres un tesoro nacional, Adeline.

Josh sonríe mientras me aparta el pelo de la cara.

—No es justo. Yo te quiero y tú me quieres a mí. Debería ser sencillo.

—Pero no lo es.

Frunzo los labios, disgustada.

—¿Y qué vamos a hacer?

—No lo sé.

Parece derrotado y me cuesta reconocer en él a mi americano arrogante y gamberro.

—Has cambiado de discurso. ¿No eras tú el que hablabas de no seguir las normas? —le tomo el pelo.

—Sí, bueno, supongo que ahora tengo mucho más que perder.

Con un movimiento rápido, me da la vuelta, me agarra por las muñecas y las coloca por encima de mi cabeza.

—He cambiado de táctica.

—¿Ah, sí?

—Pienso ganarme a tu padre mañana en el campo de tiro.

Me echo a reír a carcajadas porque creo que es lo más gracioso que he oído en toda mi vida.

—Josh, sé realista. El rey puede parecer alegre y simpático, pero en cuanto sospeche tus intenciones, más te vale estar bien lejos de su escopeta.

—No me disparará. Aunque tal vez no sería tan mala idea que lo hiciera, en la pierna o un sitio así. Lo meterían en la cárcel y asunto resuelto.

—Es una idea buenísima. —Lo deslumbro con mi mayor sonrisa, pero vuelvo a quedarme serio un segundo después y digo—: De no ser porque el rey es la única persona inviolable del país. No se le puede llevar a juicio.

Él abre mucho los ojos.

—¿En serio?

—Sí, es una ley antigua, pero lo importante es que no iría a la cárcel.

—Vale, listilla. ¿Qué propones tú?

Le planto un beso en los labios y lo empujo. Salto de la cama y me dirijo al baño.

—Ya te lo he dicho.

Cuando llego a la puerta, me vuelvo hacia él y alzo una ceja.

—Sácame del país.

Él se incorpora, apoyándose en los codos y poniendo los ojos en blanco.

—Ideas sensatas, por favor.

—Es más sensata que la tuya.

Dejo a Josh mirándome enfadado y entro en el baño.

—Al menos así los dos seguiríamos con vida —añado antes de sentarme en la taza.

Sonrío al darme cuenta de que no me he molestado en cerrar la puerta. Al fin y al cabo, ya me ha visto aliviarme antes porque, según él, era la progresión natural de nuestra relación. Y ahora sé que me quiere, y yo le quiero a él, así que con más motivo la dejo abierta.

Josh aparece y se queda apoyado en el marco, pero no me siento avergonzada; ni siquiera me ruborizo. Es liberador.

—No te pongas tan dramática. Estamos en el siglo XXI, por el amor de Dios. Uno debería poder salir con quien quisiera.

Me encanta verlo tan enfadado; se pone monísimo. Acabo y me lavo las manos, observándolo a través del espejo. Parece un niño malcriado.

—Pues, te guste o no, necesito autorización para poder mantener una relación con alguien. Y si algún día quisiera casarme, también necesitaría la autorización del rey.

Me seco las manos y sonrío al ver que abre mucho los ojos.

—¿Quién ha hablado de matrimonio?

Le dirijo una mirada exasperada.

—Lo he dicho para que te hagas una idea de lo complicado y absurdo que es el protocolo a la hora de salir con un miembro de la realeza.

—Es ridículo.

—Estoy de acuerdo.

—¿Me estás diciendo que, por mucho que le guste a tu padre, me dirá que no?

Me acerco a él y me pongo de puntillas para darle un beso en esa barbilla que pincha. Él reacciona separándose del marco y apoyándose en mí. Lo miro, echando la cabeza hacia atrás.

—Exacto. A menos que escondas en algún rincón de Europa un antepasado de sangre azul.

—Pues menuda mierda.

—Así es mi vida.

Sonrío tristemente al ver su expresión apagada. La gravedad de la situación va calando en su mente y hace que se le hundan los hombros.

—Harán todo lo que esté en su mano para apartarte de mí —añado.

—Pues yo haré todo lo que esté en la mía para mantenerte en mi vida. Te lo dije: yo nunca pierdo.

Sus palabras me calientan el corazón.

—Yo tampoco. Sé que estar contigo tendrá un precio, pero no me importa. De hecho, será un alivio.

—¿Te costará el derecho a la sucesión?

—Y probablemente mi hogar. Y mi familia. Y, sin duda, mi asignación.

—¿Lo perderías todo?

Me mira horrorizado y, en ese momento, salta una alarma en mi interior y doy un paso atrás. ¿Y si mi título y posición son los que hacen que Josh me encuentre atractiva? ¿Y si no es más que una manera de conseguir publicidad a mi costa? Ladeo la cabeza, tratando de poner orden en mis pensamientos

alborotados. Es absurdo, no tiene ningún sentido. No necesita la fama ni el dinero. Josh también ladea la cabeza, examinándose.

—No te atrevas a pensar lo que creo que estás pensando —dice, dando un paso atrás, ofendido.

—No estaba pensando nada —miento, sintiéndome muy culpable.

Me apoya una mano en el pecho y me empuja hasta que quedo empotrada en una de las paredes. Su cara está tan pegada a la mía que no puede disimular lo mucho que le disgusta la situación.

—Me quedaría sin nada —murmuro, para que quede claro—. Sin título, sin dinero, nada.

—Me tendrás a mí. —Su expresión es severa, pero sus palabras, suaves, casi un ruego, hacen que me relaje contra la pared.

—Tienes que saber... —empiezo.

Su boca aplasta la mía, se traga mis palabras y devuelve el orden a mis ideas.

—Ya lo sé.

Josh me levanta del suelo, me lleva al dormitorio y me deja a los pies de la cama.

—Nunca te preguntes qué espero sacar de esta relación. Te quiero a ti. Nada más... y nada menos; solo a ti.

Su teléfono suena en la mesita de noche y ambos nos volvemos hacia el ruido. Con el ceño fruncido, Josh me empuja y juntos nos desplazamos hacia el móvil. Cuando ve quién está llamando, su cuerpo se tensa.

—¿Qué pasa? —pregunto, no me gusta su actitud—. ¿Quién es?

—Mi publicista.

Descuelga y empieza a caminar por la habitación, dándome la espalda.

—¿Sí?

Se detiene junto a la ventana y veo que los músculos de sus hombros se tensan cada vez más.

—¿Qué? ¡Joder! Te llamo luego.

Cuelga y empieza a buscar algo en el móvil. No le pregunto qué le pasa, está demasiado concentrado y furioso. Así que permanezco quieta, nerviosa, mordiéndome el labio inferior. Sigue pegado a la pantalla y lo oigo gruñir. No puedo más.

—¿Qué ocurre? —le pregunto, nerviosa, aunque aún no sé por qué.

Volviéndose hacia mí, levanta el teléfono en mi dirección, con los labios fruncidos.

—Internet está en llamas. Lo bueno es que no saben que eres tú la que se esconde bajo la capucha.

Me acerco y miro la pantalla, donde se ve a Josh metiendo un bulto en el hotel. Y ese bulto soy yo.

—Vaya.

—También hay un vídeo en YouTube. Se ha hecho viral. —Josh desliza un dedo sobre la pantalla y lo oigo gritarle a la prensa que se aparte. Suspira—. Al parecer, *¿Quién va debajo de esa capucha?* es lo más buscado en internet. La multitud que había ante la puerta del hotel se ha multiplicado y el personal no para de recibir llamadas.

—Vaya —repito. Odio verlo tan tenso.

—Tenemos que empezar a pensar en cómo vamos a sacarte de aquí.

Por primera vez desde que me colé en el coche de Damon, se me ocurre que voy a tener que regresar a casa de alguna manera.

—Vaya.

—¿Has perdido la capacidad de formular frases completas?

—No puedo volver al palacio.

—¿Qué?

Empiezo a recorrer la habitación, repreniéndome mentalmente. Estaba tan desesperada por escapar que no pensé en nada más.

—No puedo volver a entrar sin que me descubran y eso hará que se ponga en marcha una investigación sobre dónde he estado y cómo he llegado hasta aquí.

—Tenemos que llamar a Damon —dice Josh, con decisión, como si eso resolviera el problema.

—¡¿Estás loco?! —Ahogo una exclamación y me vuelvo bruscamente hacia él—. Me matará con sus propias manos.

—¿Se te ocurre algo mejor? ¿Una tirolina desde el tejado? ¿Un paracaídas? O tal vez podríamos cavar un túnel.

Se sujeta la barbilla, y finge estar cavilando. Sé que me está tomando el pelo y no me hace ni gota de gracia. Si el deseo que siento por él no me hubiera cegado, tal vez mi cerebro habría sido capaz de pensar cuando ideó el plan de escape.

Fulminándolo con la mirada, me acerco a la cama a grandes zancadas y me siento. Hago un gesto de dolor cuando mi piel dolorida entra en contacto con la tela caliente.

—Odio esto —protesto, jugueteando con los dedos sobre el regazo, cada vez

más enfadada—. Cuando salga de aquí, lo haré con la frente alta. Que me vea todo el mundo. Que se entere mi familia. No pueden impedir que salga contigo.

—Frena —me ordena Josh, acercándose. Se arrodilla a mis pies y me toma las manos—. No es buena idea que se enteren así. No nos ayudará en nada.

—Nada nos ayudará, ¿no te das cuenta?

—¿Por qué no esperas a ver qué tal me va con tu padre? Espera a que pruebe qué tal están las aguas...

—¿Las aguas? —Me cuesta aguantarme la risa—. Ya las probarás cuando el rey ordene que te lancen al río con una piedra atada al tobillo.

—Qué dramática.

—No, Josh, solo realista.

Su teléfono vuelve a sonar y esta vez lo pone en modo altavoz.

—¿Lo has visto? —pregunta una voz femenina.

—Sí, lo he visto.

—¿Quién iba bajo esa capucha, Josh? Y como me digas que era la jodida princesa de Inglaterra, iré a por ti y te mataré yo misma antes de que te encuentre la familia real.

Josh frunce los labios antes de decir:

—Saluda a Adeline, Tammy.

Ella ahoga un grito horrorizado.

—Alteza.

—Hola.

Intento sonreír, pero me sale un gesto de desesperación.

—Tenemos una crisis —anuncia Josh.

—¿No me digas? —Tammy no puede disimular la ironía en su voz.

—No necesito que bromees, Tammy. Necesito que me ayudes.

—¿Cuál es el problema? —Suspira.

—Tenemos que sacar a Adeline de aquí, pero el hotel está sitiado por la prensa y los fans.

—Hay que tenderles una trampa.

—Sí, algo así. —Josh camina por la habitación—. ¿Qué se te ocurre?

—Dame una hora. Te llamo más tarde.

—Gracias, Tammy.

—De nada.

Cuando cuelga, los hombros de Josh se elevan mucho, señal de que está inspirando hondo. Luego se vuelve hacia mí y, por su modo de mirarme, sé que

no me va a gustar lo que va a decir a continuación.

—¿Cuál es el número de Damon?

Inspiro muy hondo, como si fuera mi última oportunidad para respirar.

—No.

Niego con la cabeza furiosamente, no voy a aceptar su propuesta.

—Adeline, apenas tenemos opciones. Tammy tal vez logre dispersar a la multitud, pero no sé cómo demonios vamos a llegar a la verja del palacio. No tenemos elección.

Siento pánico.

—Pero es que está en plena noche romántica con su esposa —le cuento a toda prisa—. Es su noche de filete y sexo.

Josh frunce el ceño mientras se pone los bóxers.

—¿Filete y sexo?

—Sí.

Se pone los pantalones de chándal y poco a poco va cubriendo su cuerpo ante mis ojos. Si pudiera concentrarme en algo, lloraría la pérdida de su desnudez, pero estoy demasiado estresada.

—Pues esperemos que folle rápido y coma aún más deprisa.

—¡Josh!

—¿Qué pretendes que haga, Adeline?

Alza los brazos, con las palmas hacia arriba, y yo vuelvo a tumbarme en la cama, muerta de preocupación.

—Dame su número.

—No me lo sé de memoria. —Alzo una mano lánguida y señalo mis cosas —. Tengo el móvil en el bolsillo, pero está roto.

—¿El pin?

Levanto la cabeza.

—¿Funciona?

—Lo que está roto es la pantalla. Dime el PIN.

—Ocho, cinco, nueve, tres, uno, cero, dos, dos.

Me mira con desconfianza.

—¿Qué coño de pin es ese?

—Seguridad de palacio —refunfuño, mirando al suelo.

Cuando alzo la vista, Josh está tratando de moverse por el móvil a pesar de la pantalla rota.

—Bingo.

Se lleva el teléfono a la oreja y yo me estremezco. Habría preferido que no funcionara.

—¿Damon?

Josh se acerca y se sienta a mi lado en la cama.

—Sí, Josh Jameson. Tenemos una crisis.

Me mira y yo frunzo el ceño. Eso es lo que soy, ¿no? Una crisis.

—¿Ah, sí?

Veo en los ojos de Josh algo parecido a la compasión. Me compadece. A mí.

—Bates te ha llamado —dice lentamente, para mantenerme informada de la conversación.

Preferiría que no lo hiciera. No quiero enterarme de lo furioso que está Damon.

—¿Vienes de camino? —dice en voz baja.

Tiemblo solo de imaginarme la reacción de Damon ante la llamada de Bates.

—Sí, en una suite del Dorchester —sigue diciendo Josh, y le da el nuevo número de habitación—. Dejaré que te lo explique ella misma cuando llegues.

El pie me sale disparado sin control y le doy una patada a Josh en la pierna. Él me dirige una sonrisa sarcástica.

—Hay un circo montado en la puerta. Desde aquí podemos crear una maniobra de distracción, pero tú tendrás que devolverla al interior de Kellington.

—Una pausa—. Sí, gracias, colega.

Josh deja el móvil en la cama.

—¿Cómo sonaba? —No sé para qué lo pregunto.

—Cabreado —me confirma Josh, seco.

Y yo gruño y me tapo la cara con las manos.

—Estoy metida en un buen lío.

No me gusta imaginarme a Damon enfadado. Odio decepcionarlo. Resulta irónico. Me importa una mierda decepcionar a mi padre o a cualquiera de sus consejeros, pero con Damon es distinto. Sé que le he fallado y que he puesto en peligro su puesto de trabajo.

Josh me aparta las manos de la cara y lo veo muy cerca de mí. Está sonriendo.

—Pero valgo la pena, ¿no? —me pregunta.

—No lo sé. Dímelo tú.

Entorna mucho los ojos.

—Dímelo tú.

Me acaricia la cadera y desliza una mano por debajo de mi nalga, y la aprieta. Doy un brinco al notar la presión en mi culo dolorido y él se echa a reír.

—Supongo que eso es un sí. —Me planta un beso intenso en la boca—. Vamos, es hora de que te vistas. La función está a punto de empezar.

Fue magnífico, y al mismo tiempo ridículo, el tiempo y el esfuerzo que tuvieron que dedicar para sacarme del Dorchester. El pobre Josh tuvo que soportar a las masas para que la entrada del personal quedara despejada y yo pudiera escapar por ahí. Los ojos de Damon al verme me recordaron al acero, duros e implacables. Cada vez que nuestras miradas se cruzaron durante el camino de vuelta, tuve que apartar los ojos. No dijo ni una palabra durante todo el trayecto. El silencio era agónico, cargado de furia y desaprobación. Me sentía tan pequeña y problemática que creo que me encogí un palmo en una hora.

A la mañana siguiente, estoy sentada a la mesa, en Kellington, a punto de desayunar. No he tocado los huevos revueltos porque no puedo apartar la mirada de la foto que ocupa la portada de un periódico. Lo único que veo son mis Uggs y mis dos piernas esbeltas saliendo de ellas. La cara de Josh se distingue con claridad, tan nítida como la rabia que contrae sus facciones.

—Dime que no eres tú. —La voz de Eddie me sobresalta tanto que le doy la vuelta al periódico, como si no hubiera un millón de ejemplares más disponibles.

—¿El qué? —Me obligo a comer un poco, para disimular.

Eddie se acerca y vuelve a colocar el periódico con la portada hacia arriba. Señala las botas.

—Tú tienes unas como esas.

—Y un millón de mujeres en Gran Bretaña.

—Pero esas son las tuyas, ¿no?

Suelto el tenedor y lo miro a los ojos.

—Ya que insistes tanto, sí.

Eddie rodea la mesa e inspira hondo antes de decir algo, pero se guarda las palabras y se sienta cuando ve entrar a Kim, muy seria.

—Teléfono nuevo —dice, lo deja y desaparece.

—Gracias —le contesto, haciendo una mueca ante su frialdad.

Sabe que le estoy escondiendo cosas y no le gusta.

—¿Te sentiste libre mientras te zarandeaban en medio de ese caos? —me pregunta Eddie, muy serio, cuando Kim se ha marchado—. Y eso que no sabían quién eras. Imagínate la que se armaría si se enteraran.

—Cuando —lo corrijo con firmeza—. Cuando se enteren.

Dejo la servilleta en la mesa y me levanto porque veo que va a ser imposible llevarme nada al estómago. Tan imposible como razonar con mi hermano.

—Buenos días, Edward —le digo, y me alejo con la cabeza muy alta.

—¿Cómo que cuando se enteren? ¿Vas a decírselo al rey?

—Así es.

No reduzco la velocidad ni dejo que el tono sorprendido de Eddie me afecte. No pienso volver a soportar el estrés de anoche y no me refiero tanto a las hordas que había acampadas en la puerta del hotel como a la logística para llegar hasta allí. Soy una mujer adulta, por el amor de Dios, y tuve que recorrer la ciudad como una adolescente que se ha escapado de casa mientras sus padres duermen para verse con su novio.

—No trates de quitármelo de la cabeza.

¿Lo intentará?

—Adeline.

Eddie se levanta y me sigue.

—Te he dicho que ni lo intentes.

Me vuelvo hacia él, consciente de que hay más gente en el vestíbulo, entre ellos Felix, Jenny y Kim, que levantan la vista de sus móviles desde donde están, junto a la puerta.

Al verlos, Eddie me lleva a un lado.

—No quiero discutir contigo —dice en voz baja.

—Yo tampoco quiero discutir contigo.

—Pues escucha lo que tengo que decirte.

Me echo hacia atrás, cautelosa.

—Ya te escuché.

—Es imposible. Lo vuestro no puede funcionar.

Debo hacer acopio de todas mis fuerzas para no responderle de mala manera. Estoy harta de que trate de hacerme cambiar de idea.

—Estoy enamorada de él —le digo, con esfuerzo, porque tengo los dientes apretados.

Eddie se echa hacia atrás, sorprendido.

—Sí, lo has oído bien. Estoy enamorada de él. Di lo que quieras, Edward, pero será una pérdida de tiempo. Si el rey no me da su bendición, me iré y dejaré todo esto.

Señalo el lujoso palacio en que nos encontramos, las barras de mi celda.

—No lo dices en serio.

—No lo puedo decir más en serio. —Inspiro hondo—. Llevo treinta años viviendo reprimida. Se acabó. Estoy harta de todos, harta de esto. —Alzo los brazos al aire.

—¿De mí también?

Cierro la boca y abro mucho los ojos.

—¡No, claro que no!

—¿Y de mamá?

—¿Qué?

—Lo dices como si fuera tan fácil, pero te olvidas de que, si te vas, no dejarás atrás solo la monarquía. No dejarás al rey, sino también a tu padre. No te alejarás de la reina consorte, sino también de tu madre. ¿Estás dispuesta a sacrificar a tu familia, una familia que te quiere, por él? ¿Por un hombre al que conociste hace unas semanas?

—El amor que me dan mis padres está condicionado —murmuro, como si quisiera convencerme a mí misma—. Me quieren siempre y cuando haga lo que me ordenan. Si yo obedezco, ellos son felices. Todo el mundo es feliz... menos yo. No lo dejaría todo por él. También lo haría por mí.

—No quiero que cometas un error. No quiero que te conviertas en una desterrada.

—Y yo no quiero seguir ahogándome en este mundo. —Me pongo de puntillas y le doy un beso en la mejilla—. Te quiero.

No puedo marcharme porque Eddie me atrapa en un fuerte abrazo. Su gesto me sorprende, pero, sobre todo, me alivia. Aunque no está de acuerdo conmigo, sé que nunca me dará la espalda. Ojalá estuviera tan segura de mis padres.

—Yo también te quiero. —Eddie suspira—. Y a él... trataré de no pegarle un tiro luego.

—Perdona, ¿cómo? —Me libero de sus brazos más rápido que un caballo de carreras sale del establo—. ¿Tú también vas?

Me dirige una sonrisa traviesa y, aunque no debería hacerme gracia que bromea con temas tan serios, me gusta volver a ver a mi hermano de siempre.

—Me voy a Claringdon. Hemos quedado en el cercado antes de salir a

disparar —me dice y se aleja, como si no acabara de soltarme una bomba.

Lo observo con los pies pegados al suelo mientras mi cerebro trata de procesar lo que acaba de descubrir al mismo tiempo que da la orden de caminar. Josh no me dijo dónde habían quedado. ¿Estará en el palacio?

—Eddie, espera. —Corro tras él, con un zumbido en la mente—. ¿Josh estará allí, en el palacio?

Él se detiene en la escalera, se recoloca el cuello y luego se pone una gorra plana.

—Supongo.

—Voy contigo.

Retrocedo hacia el vestíbulo, donde Olive me está esperando con el abrigo y el bolso. Siempre hace lo mismo, es una mujer increíble; parece que me lea la mente.

—Gracias.

Le demuestro mi gratitud mientras me ayuda a ponerme el abrigo y bajo la escalera a la carrera abrochándome los botones.

Eddie me mira, alarmado, cuando lo adelanto y me meto en el coche de un salto. Le dirijo una sonrisilla a Damon, que tiene el ceño algo fruncido. Sé que me lo merezco, eso y más. Nunca podría encontrar a otro guardaespaldas como Damon, así que espero que nuestra relación no haya quedado demasiado dañada. Siento mucho haberlo engañado, pero ahora no es el momento de disculparme porque no estamos solos. Espero que sepa leer el remordimiento en mis ojos.

Eddie se asoma para mirarme.

—Sal de aquí.

Yo me coloco el bolso sobre el regazo con decisión y fijo la vista al frente.

—No.

Con un suspiro largo y dramático, se sienta a mi lado.

—¿No crees que al rey le extrañará ver que su hija rebelde va a palacio sin que la citen oficialmente?

—Voy a desayunar con mi madre. —Asiento, alabando mentalmente mi creatividad.

—Acabas de desayunar.

—No he comido nada —replico, tranquila, y consulto el móvil.

Tengo un mensaje de Josh y sonrío como una loca cuando al abrirlo veo que me ha enviado un selfi en el que solo lleva una toalla atada a la cintura.

—¿En serio?

Eddie me arrebató el teléfono y mira la foto, descompuesto. Trato de recuperarlo, pero es más fuerte que yo y no lo consigo.

—Tú me enseñaste el tuyo —lee el texto que acompaña la foto—, así que yo te enseñé el mío. Aaarg.

—¡Eddie, para!

Intento quitarle el móvil, pero él lo levanta mientras me mantiene a distancia con la otra mano.

—¿Le enviaste una foto desnuda?

—No, claro que no. —Ahogo una exclamación, ofendida, y le arranco el teléfono de la mano—. Estamos jugando, nada más.

—Estáis jugando con fuego, Adeline.

Alzo la nariz y vuelvo a mirar el móvil, lo que me hace recuperar la sonrisa. Ojalá pudiera empapelar mi habitación con esa foto.

—No hay nada indecente en esta imagen.

—Cuéntaselo al rey cuando caiga en las manos equivocadas.

Eddie está a punto de cerrar la puerta del coche cuando Kim aparece y baja la escalera, armada con su teléfono.

—¿Qué pasa ahora? —refunfuño.

—Te has saltado la agenda —murmura Eddie.

—Señora, tiene una cita con los fundadores de Trax. Como mecenas de la organización, le recomiendo encarecidamente que no la anule.

Mierda, lo había olvidado. Normal, en mi cabeza solo hay sitio para un americano.

—¿A qué hora?

—A las dos y media, señora. Jenny llegará a las doce para peinarla.

Sé que no tengo mucho margen, pero Josh está en Claringdon y ardo en deseos de verlo.

—Aquí estaré, Kim.

—Sí, señora.

Asiente, aún tensa, y regresa al interior de Kellington.

Damon pone el coche en marcha y mi estómago da ese maravilloso saltito de siempre cuando sé que voy a ver a Josh. Sé que, por desgracia, no podré tocarlo, probablemente tampoco podré hablar con él; me tendré que conformar con poder verlo. Y tal vez pueda darle algún consejo sobre cómo afrontar este día de tiro con mi padre. Su plan es valiente, no digo que no, pero los dos sabemos

perfectamente que tiene muy pocas posibilidades de funcionar. Sin embargo, sigo teniendo fe en que su magia surta efecto.

19

Creo que nunca había tenido tantas ganas de entrar en el palacio de Claringdon. Bajo del coche en cuanto Damon lo detiene y subo la escalera con la misma impaciencia. Sid parece entrar en shock cuando me ve aparecer corriendo en su dirección; sin duda está buscando mentalmente la circular oficial en la que se lo advertía de mi visita.

—Buenos días, Sid.

Paso por su lado y dejo que uno de los lacayos se lleve mi abrigo.

—¿Dónde está la reina?

—En el comedor, señora.

Llego al otro extremo del gran vestíbulo antes de que Eddie haya cruzado la puerta. Tengo los sentidos en alerta, por si detecto a Josh por alguna parte. Cuando entro en el comedor, mi madre se está levantando de la silla y limpiándose delicadamente las comisuras de los labios con la lujosa servilleta.

—Adeline —dice, con suavidad, sin ocultar la sorpresa que le causa mi aparición—. No me han avisado de tu visita.

—¿Acaso tengo que pedir cita para venir a ver a mi madre? —pregunto, con una displicencia nada habitual en mí.

«Sí, las dos sabemos que tengo que pedir cita».

Mi madre se cruza las manos ante el regazo y me dirige una mirada en la que se mezclan el afecto y la sospecha. La reina consorte conoce a su hija perfectamente y sabe que tiene que haber otro motivo para que haya venido de visita por voluntad propia. Tengo que mantener una apariencia despreocupada como sea.

Le dirijo una sonrisa deslumbrante y mi madre ladea la cabeza.

—Deberías haberme avisado. Me temo que tengo que irme pronto, voy a visitar el Royal London Hospital. —Se acerca y me acaricia la mejilla

afectuosamente—. Acompáñame a mi suite. Mary-Ann tiene que arreglarme el pelo y he de cambiarme.

Le devuelvo la sonrisa y dejo que me tome del brazo y me guíe por el palacio.

—Tu pelo está perfecto, madre.

Ella alza la mano que le queda libre hacia el elegante moño y le da unos golpecitos.

—Unas cuantas horquillas nunca están de más.

Miro con atención a mi alrededor mientras cruzamos el lujoso palacio. Se oyen voces por todas partes, pero ninguna tiene el seductor acento americano que quiero oír.

Cuando llegamos a las estancias privadas de mis padres, miro al otro lado de las enormes puertas dobles que llevan al dormitorio del rey, que está a una distancia considerable de donde duerme la reina. Y es que el rey y la reina consorte no comparten cama. «Oh, no, claro que no». El suyo es otro de los matrimonios sin amor de la monarquía.

Mary-Ann, la camarera de mi madre de toda la vida, la espera junto al espejo de cuerpo entero, armada con horquillas y laca. Me siento en el diván de terciopelo y miro a mi alrededor. Aprovecho que mi madre me ha invitado a su habitación, algo nada habitual, para recordar el esplendor en el que vive. Los ventanales están cubiertos por unos cortinajes enormes y lujosos. Los techos son altos y están decorados. Hay cuatro arañas de cristal que penden de él, y, aunque son enormes, resultan diminutas comparados con la enormidad de la estancia.

—¿Qué opinas? —me pregunta mi madre, interrumpiendo mi observación, mientras señala un traje de dos piezas, de un tono rosa tan pálido que parece desteñido y unos zapatos de salón con tres centímetros de tacón. No tienen ninguna gracia, y, precisamente por eso, son perfectos para la reina consorte.

—Muy bonito —respondo, y siento lástima de ella.

Es una mujer muy bella, y a sus cincuenta y siete años mantiene un tipo envidiable, aunque nadie lo diría porque siempre le cubren la figura con esos trajes de chaqueta tan formales y aburridos. Me encantaría despedir a su peluquera y dejar que Jenny se ocupara de ella. Cuando la viera el rey, no sabría si el aleteo de su corazón se debe al horror o a la admiración. Eso suponiendo que el corazón del rey siga latiendo por su reina.

—Sí, eso pienso yo también —contesta, quieta como una estatua, mientras la arreglan.

Pero no lo piensa. Se convence de que le gusta porque es lo más fácil, porque es su deber. Cuando el rey conoció a la hermosa princesa española en 1977, probablemente ella no fue consciente de lo sometida que iba a estar en adelante. Era joven y vivaracha, un icono de la moda, pero todo eso murió al mismo tiempo que mi abuelo, cuando mi padre heredó el trono y la corona. Y ahora es como una muñeca Barbie. Sin vida. Haciendo siempre lo que su dueño le exige. Me alegro porque no voy a tener que pasar por lo mismo que ella.

Permanezco sentada, pero los ojos se me van hacia la puerta cada dos por tres mientras me exprimo el cerebro intentando dar con una excusa para ausentarme y poder ir en busca de lo que realmente he venido a ver.

—Pareces ausente, Adeline —comenta mi madre.

—Oh, no, para nada.

En ese momento, me suena el teléfono en el bolso. Cuando veo el nombre de Matilda, sonrío y levanto el móvil para que lo vea mi madre.

—Es Matilda. Discúlpame un momento.

Salgo a toda prisa y respondo cuando estoy lo bastante lejos como para que no me oigan.

—Me has llamado en el momento perfecto —le digo en vez de saludarla, mientras cruzo el enorme descansillo.

—Eres tú. La que sale en las portadas de todos los periódicos eres tú, ¿no?

—Soy yo —le confirmo en voz baja.

—Jesús, Adeline. ¿Es que quieres morir joven? ¿Dónde estás?

—En Claringdon.

—¿Para qué? ¡Ay, Dios mío! ¿Se ha enterado el rey?

—Aún no, pero dejemos de hablar de mí.

Llego hasta una ventana que hay al otro extremo del descansillo y contemplo los jardines, donde una docena de hombres se afanan acicalando los parterres y macizos de flores.

—Cuéntame qué pasó con el argentino.

Su risita me llena de esperanza.

—Vamos a ir a cenar juntos.

—¡Hala! —Sonrío como una loca—. ¿Y tus padres le han dado su aprobación?

—¡Claro! Desciende de la nobleza española, ¿no lo sabías?

—Oh, claro, claro.

Esa manía de casarse siempre entre miembros de las familias reales me

preocupa mucho.

—Entonces ¿me voy comprando ya el sombrero?

Matilda se echa a reír y noto que está nerviosa.

—Para el carro, querida prima.

—¡Me alegro mucho por ti!

—¡Y yo! —grita—, pero tengo miedo de meter la pata. Me pongo tan nerviosa cuando estoy con él...

—Pues que no se dé cuenta. Muéstrate tranquila, casi distante; que tenga que esforzarse para conseguir tu atención.

Menuda hipócrita estoy hecha. Yo me arrodillé ante Josh a la primera de cambio. Y eso no puede considerarse *distante*. Lo que pasa es que en aquel momento yo no luchaba por conseguir su afecto. Me bastaba con notar la palma de su mano en mis nalgas. Madre mía, cómo han cambiado las cosas en poco tiempo. Sonríó al notar una calidez que me inunda por dentro.

—Tengo que colgar. —Miro a mi alrededor, fijándome en las puertas de entrada del despacho del rey—. Te llamaré.

—Vale.

Cuando Matilda cuelga, me quedo mordiendo la esquina del teléfono, sopesando las posibilidades de que me caiga una buena bronca por presentarme en el despacho de mi padre sin escolta ni preaviso. ¿Estará Josh ahí? ¿Estarán fumando puros mientras discuten el plan del día? ¿O habrá matado ya a mi americano? Esa idea hace que mis pies se pongan en movimiento hacia el despacho privado del monarca. Ya pensaré en una excusa, algo creíble, que no despierte las sospechas del rey. Cuando levanto la mano para llamar a la puerta, todavía no sé qué excusa voy a dar, pero me olvido de eso al oír la voz de mi padre. Es tan potente que se oye sin problemas desde el otro lado de la puerta. Permanezco quieta, escuchando, con el puño a pocos centímetros de la madera.

—Me da igual cómo lo hagas, pero líbrate de esas cartas.

El rey suena furioso, y siento lástima por la persona que esté en su línea de fuego. Davenport, sin duda. Aunque me da rabia, no puedo evitar sentir curiosidad por saber de qué cartas está hablando.

—Es inaceptable —sigue diciendo mi padre—. Si salen a la luz, habrá graves consecuencias, te lo aseguro. A la reina consorte no le hará ninguna gracia. Han pasado más de treinta años. Es historia... Y ya que hablamos de problemas, líbrate de ese maldito banquero antes de que lo haga yo mismo.

Contengo el aliento y empiezo a retroceder. Oh, oh. Sé que no todo su

discurso se refería a mí, pero solo esa última parte hace que me replantee la idea de visitarlo por sorpresa. Y también me ha confirmado que Josh no está fumando con él.

—¿Escuchando a escondidas de nuevo, alteza?

Me vuelvo de golpe y me encuentro pegada a Davenport. Él no retrocede ni un centímetro y me mira muy serio.

—Por supuesto que no —le discuto, azorada.

Con ojos cansados, levanta una mano y llama a la puerta por encima de mi hombro antes de abrir. Mi padre cuelga el teléfono con brusquedad y Davenport frunce el ceño al notar las vibraciones furiosas que aún resuenan en la fastuosa estancia.

—¿Majestad?

El ceño fruncido de mi padre alcanza proporciones épicas y, por primera vez en mi vida, veo al secretario personal del rey encogerse un poco.

—¡Bien! —exclama mi padre, que suena de todo menos bien.

Miro a Davenport con el rabillo del ojo, que hace lo mismo conmigo. En su mirada pétrea leo que se está preguntando qué he oído. Se está preguntando con quién hablaba mi padre y qué le estaba diciendo. Pues ya puede seguir preguntádoselo...

—¡Tengo que irme! —exclamo, y salgo huyendo de esa incomodísima situación, mirando por encima del hombro.

—La compañía aguarda, señor —le dice Davenport a mi padre desde la puerta.

Lleva mucho tiempo a su servicio y sabe que no debe entrar sin una invitación expresa.

—Enseguida bajo.

—Señor.

Davenport cierra la puerta y yo miro hacia delante y acelero el paso, antes de que el mayor pueda detenerme para tratar de sonsacarme información.

Cuando empiezo a bajar la escalera, veo que alguien acompaña a David Sampson escalera arriba, vestido de cacería. Me detengo bruscamente, sorprendida.

—¡David, ha vuelto! —exclamo, antes de darme cuenta de que no debería haberlo dicho en voz alta.

—Alteza. —Él se detiene a mi lado y me dirige una sonrisa—. Necesitaba unos días lejos de todo.

—Eso es lo que le dije a Haydon. —Le devuelvo la sonrisa—. Debíó de ser un shock terrible perder a su padre.

Se mete las manos en los bolsillos de sus pantalones marrones y noto que se le empañan los ojos.

—Un shock terrible, sí.

—¿Cómo está Sabina?

—Bien. El funeral está previsto para finales de la semana que viene.

—Ahí estaré para presentarle mis respetos, por supuesto.

—Muy amable de su parte, señora. Sé que a Haydon le gustará contar con su apoyo.

Disimulo una mueca asintiendo con la cabeza. Pero cuando Davenport aparece en lo alto de la escalera y vuelvo a componer otra mueca, esta no puedo disimularla.

—Ah, Davenport. Me alegro de verte, viejo amigo. —David sigue subiendo la escalera—. ¿Nos acompañarás esta mañana?

La expresión de Davenport no cambia ni un ápice.

—Acompañaré al rey, efectivamente.

—Muy bien.

David le da una palmada firme en el hombro, haciendo que el mayor se tambalee, aunque su expresión permanece imperturbable.

—¿Está el rey en su despacho?

—No desea que lo molesten —responde Davenport, dirigiéndome una mirada interrogadora.

Yo aparto la vista con rapidez, escapando de su curiosidad como de la peste. Lo malo es que, al perder de vista a Davenport, veo a sir Don. ¡Madre mía, los han soltado a todos hoy!

—Ah, sir Don —dice David al verlo—, Alfred no desea que lo molesten.

—Alteza —gruñe sir Don cuando pasa por mi lado, logrando ser grosero y educado al mismo tiempo.

—Sugiero que esperemos a su majestad en el prado —dice Davenport a sir Don, que pasa de largo también por su lado—. Los Land Rover están listos, igual que el resto de los integrantes de la partida.

—El rey quiere verme —anuncia sir Don sin darse la vuelta.

Davenport parece sorprendido, lo que es normal, ya que cuando el rey quiere ver a alguien es Davenport quien se encarga de avisarlo. Pero hoy no. ¿Sería sir Don quien estaba al otro lado de la línea?

—Sampson, a ti también —refunfuña sir Don.

Y David se apresura a seguirlo con una sonrisa amplia, casi exagerada. Se lo ve demasiado feliz para ser un hombre que acaba de perder a su padre. ¿Y por qué no los acompaña Davenport? ¿Qué está pasando?

No me entretengo demasiado ponderando estas cuestiones.

—Que tengan un buen día —digo, y me alejo rápidamente.

No me apetece pensar en lo que los lleva al despacho de mi padre.

El prado. Todo el mundo está esperando en el prado. Me apresuro para llegar allí antes que Davenport, aunque solo sea para saludar un momento a Josh. Y si puedo, para decirle lo mal que me sabe que tenga que pasar el día con mi padre y su ejército. Con mi padre, que está furioso.

Tomo un atajo y me escabullo por el camino que va por la parte trasera de la finca. Voy pasando junto a un jardinero tras otro. Todos van armados con pequeñas podadoras y recortan las perfectas ramas de los perfectos parterres que no necesitan que nadie las corte.

Cuando me acerco al prado oigo unas fuertes risotadas. Veo al senador Jameson, pero no a Josh. Le envío un mensaje preguntándole dónde está. Tal vez se ha marchado, pensando que ninguna mujer vale tanto como para soportar esa tortura. Pero entonces me llega su respuesta, que desvanece todas mis dudas.

Poniéndome el chaleco antibalas.

Pongo los ojos en blanco, pero me planteo si no sería buena idea.

Estoy en el prado y no te veo.

He ido a mear.

Me aguanto la risa mientras tecleo rápidamente.

Qué bonito. ¿En qué excusado estás?

Él responde igual de rápido.

¿Qué demonios es un excusado?

Se me escapa la risa por la nariz.

¡El váter!

Ah. En la puerta azul que hay al lado del patio pequeño. Estoy solo ;-)

Está meando y me guiña el ojo en un mensaje.

—Qué ordinario —murmuro, sin poder disimular una enorme sonrisa mientras me dirijo a la puerta azul.

No me da tiempo a llamar porque esta se abre, Josh me agarra de la muñeca y me tira hacia dentro mientras yo suelto un gritito asustado.

—¿Por qué has tardado tanto? —me pregunta, y me ataca la boca sin darme la oportunidad de responderle.

Y vuelvo a estar en el cielo. Un cielo puro, hermoso, feliz. Su lengua se mueve firme pero lenta, sus manos se apoderan de mi pelo con delicadeza. Su cuerpo, duro, se amolda perfectamente al mío. Cuando gruñe, me recuerda a un animal. Nos perdemos el uno en el otro, en la pasión, en la química que chisporrotea salvajemente entre los dos.

—Ahora mismo tengo más de un arma cargada —murmura, sin dejar de besarme, echando las caderas hacia delante.

Un ritmo delicioso empieza a latirme entre las piernas. Las venas se me han calentado en segundos.

—Ya veo.

Bajo la mano y la palpo. Está dura y lista.

—Deberíamos aprovecharla.

—Como si no fuera obvio.

Me empuja contra la puerta, baja una mano por mi pierna y me la levanta para que le rodee la cadera con ella. Me sube el vestido hasta la cintura y me aparta las bragas a un lado. Empiezo a jadear y, aunque sé que lo que hacemos es muy peligroso, no puedo impedírselo. Ni quiero.

—Date prisa —le ordeno, ayudándolo a desabrocharse la cremallera del pantalón.

Estoy desesperada por él, siempre lo estoy cuando se trata de él. Entro en contacto con su erección. Mi mano se desliza con facilidad por la punta, ya humedecida.

—Qué mierda de ropa —protesta, antes de separar las piernas y clavarse en mí de una embestida larga y fluida.

Me quedo sin aliento y sin capacidad de razonar. Me quedo también sin corazón. Trago saliva, la cabeza me pesa y me ablando toda yo para amoldarme a su perfección.

—¿Puede haber algo mejor que esto? —susurro, mientras él me sostiene con fuerza y respira en mi cuello, cada vez más sudoroso.

Los sentimientos que Josh evoca en mí son alucinantes. No logro entender lo viva que me hace sentir. Es un disparate estar tan locamente enamorada de él. Nunca había experimentado esta sensación de pertenencia. Con mi familia, desde luego que no. Y, sin embargo, cuando estoy entre sus brazos y sus latidos se mezclan con los míos, siento que estoy en casa.

—Creo que no —dice, y me besa el cuello, intercalando mordiscos con besos—. Pero luego hago esto.

Hace girar las caderas y se clava en mí más profundamente.

—Y todavía es mejor.

Veo estrellitas delante de los ojos y me agarro a su espalda para no caerme. Un gruñido nace en lo más hondo de mí y tengo que esconder la cara en su cuello para amortiguarlo. Señor, ¿dónde habrá metido el pañuelo rosa? Sus meticulosas embestidas van acompañadas de caricias y apretones firmes en las nalgas. Me penetra con un ritmo tranquilo pero constante. No tiene prisa por llevarme al punto de no retorno, que alcanzo antes de lo que me gustaría.

—¿Estás a punto? —susurra y yo asiento—. Yo también. Bésame, alteza.

Esas palabras, dichas por Josh con su voz grave y su acento tan característico, me hacen salir disparada. Me caigo por el precipicio del orgasmo, gimiendo en su boca, sin ser capaz ni de devolverle el beso.

Lo único que registra mi mente aturdida es que aumenta la velocidad de sus embestidas, que pasan de ser tranquilas, a rápidas y feroces. Su cuerpo se tensa y endurece a mi alrededor y un suspiro forzado se derrama entre mis labios. Luego el calor de su semilla me llena y su carne embiste mis paredes internas, mientras deja que el placer lo invada. Ambos temblamos y eso hace que me agarre a él con más fuerza. Nuestras bocas se tocan, pero no nos besamos.

—Princesa Adeline, has vuelto a hechizarme sin remedio.

Me muerde el labio inferior y se aparta lo justo para mirarme a los ojos.

—¿Qué aspecto tengo?

—Sudoroso. —Sonrío al ver que tiene el pelo alborotado—. Y como alguien que acaba de echar un polvo contra una puerta.

Me da un mordisco juguetón en la nariz.

—¿Es malo que no me importe?

—Probablemente.

—Pues, eso, que no me importa. Pero disimularé para no perder mi

reputación ante el rey.

Compongo un gesto burlón.

—No malgastes el tiempo.

—¿Bromeas? Cuando acabe con él, irá corriendo a reservar la abadía de Westminster para nuestra boda y luego me preparará la despedida de soltero. Nadie puede resistirse a mi encanto natural.

Su sonrisa es engreída y arrogante.

Y preciosa.

—¿Quién ha hablado de boda?

—Quiero decir... hipotéticamente.

—Tu cerebro americano te engaña mucho.

—Ya verás. Dame tiempo. ¿Estás lista?

Sujetándome por los brazos, sale de mi interior. Los dos hacemos una mueca al mismo tiempo. Como un caballero, coge un poco de papel de váter y me limpia sin dejar de sonreír. Luego me arreglo la ropa lo mejor que puedo mientras él se abrocha la cremallera.

—Engañado o no, deberías saber que el rey no está de muy buen humor esta mañana.

Me aparto el pelo de la cara y sigo hablando cuando Josh me mira con curiosidad.

—Lo oí gritando al teléfono —le cuento—. Creo que hablaba con sir Don.

—¿Sobre qué?

Solo hay una parte de la conversación que estoy dispuesta a compartir. No tengo ganas de que Josh se entere de la existencia del banquero.

—Sobre unas cartas que quería que desaparecieran. La verdad es que no tengo ni idea de a qué se refería. Lo único que sé es que estaba enfadado y que hizo llamar a sir Don y a David.

—¿Me estás diciendo que voy a tener que esforzarme un poco?

Me echo a reír con ganas. ¿Es que no ha oído nada de lo que he dicho?

—Cariño, no es que vayas a tener que esforzarte, ni poco ni mucho. Es que es imposible. ¿Por qué no me haces caso?

—Porque eres una pesimista. ¿Por qué sois así los británicos, siempre tan reservados y negativos?

—¿Perdona?

Estoy a punto de darle mi opinión sobre el tema, tal vez señalando que es un americano mandón y arrogante, pero enmudezco porque alguien llama a la

puerta. Los ojos se me abren como platos, asustados y muy preocupados.

—¿Está ocupado? —pregunta David, llamando otra vez.

—Sí. —Josh me mira, un tanto alarmado—. Tardaré un poco.

Se encoge y yo también.

—Ah, el americano. Vamos, amigo, estamos a punto de salir. —La voz de David, jovial como pocas veces, me tiene confundida. ¿Por qué diablos está tan contento?—. Iré a otro inodoro.

—¿*Inodoro*? —susurra Josh, poniendo los ojos en blanco—. Menudo capullo.

Tengo que taparme la boca para que no se me escape la risa.

—¿Has dicho algo, amigo? —pregunta David, que parece estar justo detrás de mí, al otro lado de la puerta.

—No, no. —Josh alarga una mano y tira de la cadena—. Ya salgo, amigo. —Su intento de imitar el acento británico de David es desastroso.

—Estupendo. Nos vemos en un periquete.

—Clarinete. —Josh se lleva una mano a la frente, exasperado, mientras los pasos de David se alejan. Mirándome con ojos cansados, me dice—: Voy a ganarte, aunque solo sea para librarte de ese payaso y de su hijo.

—Diviértete —contesto alegremente, pero él me devuelve una mirada malhumorada, que me hace reír—. Ya te estás arrepintiendo de esto, ¿no?

—En absoluto. Te he follado contra la puerta. Morir a punta de pistola sería lo único que lograría estropear me el día.

—No lo descartes —murmuro, colocándole bien el cuello antes de darle un beso en los labios entreabiertos—. Esperaré hasta que no haya nadie a la vista.

Josh se marcha sonriendo y me quedo sola, con la única compañía de una sonrisa que nada podría borrar de mi cara.

20

A las cuatro, después de pasarme casi dos horas escuchando al presidente de la asociación benéfica contarme los proyectos que tienen para recaudar fondos durante el resto del año y cómo puedo ayudar yo, salgo de las oficinas centrales de Trax. La verdad es que cuando me dejo caer en el asiento trasero del coche, estoy exhausta. El esfuerzo que he tenido que hacer para centrarme en las palabras que me decían en vez de pensar en Josh ha sido titánico. Damon sigue sin decirme nada aparte de las formalidades imprescindibles. Antes me ha preocupado, pero ahora estoy demasiado cansada. Mientras se aleja del edificio, apoyo la cabeza en el cristal y pienso en darme un largo baño caliente y pasar una tarde relajada.

—Volvemos a palacio, señora —me anuncia Damon, y algo me dice que no se está refiriendo a Kellington.

No muevo la cabeza, pero sí los ojos buscándole la mirada en el espejo retrovisor.

—¿Al palacio de Kellington? Sí, claro.

—No —replica él, sin inflexión.

Su tono de voz me da fuerzas para apartarme al fin del cristal.

—¿Damon?

—La han citado en palacio, señora.

Ni siquiera me devuelve la mirada por el espejo, como si estuviera evitando ver la preocupación que sabe que sentiré.

—¿Para qué? Si he estado allí esta mañana... —Aún no he acabado de decirlo cuando empiezo a responderme a mí misma.

Oh, no. ¿Habrá hecho Josh alguna tontería? ¿Qué le habrá dicho al rey? ¿Estará vivo? El flujo de preguntas no cesa y cuando no puedo soportarlo más, saco el teléfono y lo llamo. No responde.

—¿Quién te ha llamado? —le pregunto a Damon, echándome hacia delante hasta quedar encajada entre el asiento del conductor y el del acompañante.

—Davenport, señora.

Eso no me aporta demasiada información.

—¿Y cómo sonaba?

—Gruñón, señora —responde, conciso, con la atención puesta en la carretera.

Suspiro.

—Damon, soy consciente de que cometí una estupidez y puse tu trabajo en peligro, pero...

—A mí, mi trabajo me importa poco. Sin embargo, su seguridad me importa mucho. Y su posición no va a impedir que le diga lo que pienso. No vuelva a hacerlo. Nunca. ¿Entendido?

Me echo hacia atrás lentamente, con la cola entre las piernas. Me está bien empleado.

—Entendido —murmuro, sonriendo un poco por dentro.

Estaba preocupado. Por mí. No por la ira de rey, sino por mi seguridad.

—Josh ha ido al campo de tiro hoy con el rey.

—Lo sé, señora.

—Está tratando de ganarse su aprobación. ¿Crees que lo conseguirá?

Mis ojos se cruzan con los de Damon en el espejo y sé que está sonriendo.

—Sí, creo que puede.

Su respuesta me sorprende y me da un poco de esperanza. Vuelve a mirar la carretera, pone el intermitente y gira a la derecha.

—Pero en cuanto su majestad se entere de para qué quiere esa aprobación, la perderá. Y esperemos que sea lo único que pierda.

Me dejo caer, derrotada, en el asiento.

—Gracias por el voto de confianza.

—De nada.

En silencio, repaso lo que he oído en palacio hace unas horas.

—Esta mañana el rey estaba hablando por teléfono en su despacho. — Aunque trato de sonar despreocupada, jugueteando con el móvil, noto que Damon se tensa—. Mencionó al banquero. Me imagino que sigue queriendo ponerse en contacto conmigo, porque el rey le comentó a la persona con la que hablaba que se librara de él.

—Creo que ese hombre es un problema que hay que resolver.

Asiento, y de su respuesta extraigo que está al corriente de todo lo que tiene que ver con el banquero.

—Eso me hace pensar que el rey no sabe nada sobre Josh y sobre mí porque, si lo supiera, también ordenaría que se ocuparan de resolver ese problema. Y en vez de eso, ha invitado a Josh a disparar con él.

—Parece lógico.

—Pero entonces ¿quién destrozó la suite de Josh?

—Creo que eso debe resolverlo el equipo de seguridad del señor Jameson, señora.

Hace un ruido de asentimiento, pero mi mente sigue funcionando a toda velocidad, igual que mis dedos, que tamborilean en el reposabrazos de cuero. Creo que mi relación con Josh sigue siendo un secreto y eso está bien porque, como dijo Josh, lo mejor es que se entere por mí. Es preferible que vea lo mucho que lo deseo, que oiga el tono de súplica en mi voz. La verdad, no creo que eso haga cambiar mucho las cosas, pero estoy dispuesta a intentarlo. ¿Cómo le habrá ido a él? ¿Y qué habrá hecho ahora el banquero para que el rey se enfade tanto? No, un momento. Ya estaba enfadado antes de mencionar a Gerry Rush. Habló de unas cartas. ¿Qué cartas? Davenport no estaba al caso de lo que hablaban y se notaba mucho que quería enterarse. Y tampoco lo invitaron a la reunión que el rey tuvo a continuación. ¿Y si no es el rey el que me ha llamado? ¿Y si lo que quiere Davenport es enterarse de lo que he oído esta mañana? ¿Y quién demonios destrozó la habitación de Josh? Gruño, agotada.

—¿Puedes poner un poco de música, por favor? —le pido a Damon, con la esperanza de ahogar las preguntas que no dejan de dar vueltas en mi mente.

—¿La radio, señora?

—¿Qué tal un poco de Take That? —digo sin pensar, y, una vez dicho, ya no puedo retirarlo.

Los ojos de Damon, ahora horrorizados, vuelven a buscar los míos en el retrovisor. Sonrío, incómoda, y me hundo en el asiento, aguantándome la risa.

—No dejes el empleo de guardaespaldas por la música, Damon.

—No pensaba hacerlo, señora. A menos que me despidan por su culpa, claro.

—En ese caso, me aseguraré de que no te despidan.

Suelto una risita y él frunce el ceño y acelera, llevándome a un lugar al que no quiero ir.

«¿Por qué no responde?», me pregunto cada vez que trato de contactar con Josh. Necesito saber cómo le ha ido la fantástica excursión con mi padre.

Cuando llego al palacio, Sid no me recibe en esta ocasión como si fuera un monstruo con cuatro cabezas porque, por supuesto, me está esperando. Ha recibido la notificación. Pero ¿quién la ha enviado? Mis sospechas no hacen más que aumentar cuando Davenport sale a recibirme al vestíbulo. ¿Desde cuándo le parezco digna de escolta? Baja la escalera y se acerca a mí con paso largo y regular y los brazos rígidos como palos a los lados.

—Yo me ocupo de escoltar a su alteza real, gracias, Sid. —La voz de Davenport no deja resquicio para una negativa, como siempre.

—Señor.

Sid no pierde ni un momento y se marcha, dejándome a la merced del secretario personal del rey.

Lo fulmino con la mirada, tratando de advertirle que sé lo que está tramando.

—Detrás de usted —me dice, y señala la escalera.

—No, por favor, usted primero.

Le dirijo una sonrisa encantadora, pero no me muevo.

Él tampoco lo hace y permanecemos quietos en un duelo de miradas. No pienso rendirme. De ninguna manera.

—¿Adeline? —La voz almibarada de mi madre se cuela entre nosotros, disolviendo un tanto la tensión—. ¿Dos veces en el mismo día? Voy a empezar a preocuparme...

—Me han citado —ronroneo, apartando la mirada de Davenport, pero volviendo a clavarla en él en cuanto noto que cambia de postura.

Es curioso. En presencia de la reina ha perdido un poco de su rigidez habitual y su mirada, que alterna entre la reina y yo, parece nerviosa.

—¿A qué se debe esta vez? —pregunta mi madre, un tanto exasperada, haciendo que aparte la mirada de Davenport.

—Supongo que pronto lo averiguaré.

Me acerco a ella y la tomo del brazo para apartarla de los oídos vigilantes del mayor. Ella me mira con curiosidad y cariño.

—Esta mañana he oído al rey hablando con alguien.

Su primera reacción es la habitual: dirigirme una mirada de advertencia, avisándome de no comentar nada que pueda haber oído. Pero esta vez no le hago caso y sigo hablando.

—Estaba muy enfadado. —Mantengo la voz baja—. Se refería a unas cartas

de las que quiere deshacerse.

Mi madre se detiene con los ojos llenos de preguntas. En vez de hacérmelas, mantiene la línea oficial.

—Adeline, sabes que no debes meterte en los asuntos del rey.

Aprieto los dientes, frustrada. Aunque su afirmación es acertada, también es ridícula. Ya sé que no debo meterme en los asuntos del rey, pero en cambio, el rey puede meterse en los míos. Y lo hace. ¡Todo el tiempo!

—Dijo que era historia, pero que sería un desastre que las cartas salieran a la luz, que tú te molestarías mucho.

Aunque el rostro de mi madre permanece estoico, noto algo en él, algo que no sé definir. Es tremendamente frustrante porque, aunque sospecho que mi madre sabe de qué va la cosa, soy consciente de que no me lo va a contar.

—Como ya te he dicho, no debes meterte en los asuntos del rey.

Cierro los ojos y pido paciencia. Sabe algo. Cuando he mencionado las cartas, algo ha cambiado en su actitud. Admito la derrota y me trago la frustración antes de decir lo que se espera de mí:

—Probablemente no sea nada.

—Eso espero —contesta mi madre con una sonrisa amable; sin embargo, sus ojos buscan algo más allá de mi hombro.

Me vuelvo para ver qué le ha llamado la atención y veo a Davenport.

Él se aclara la garganta y señala la escalera.

—Sí, sí —murmuro, y beso a mi madre en la mejilla.

Estoy en mitad de la escalera, con Davenport pegado a los talones, cuando me suena el teléfono. Dejo atrás al secretario personal del rey, frenado por la ráfaga de viento que crea mi rápida aceleración.

—Josh —murmuro, adentrándome en el descansillo para alejarme un poco más de Davenport—. Te he estado llamando.

—Lo sé. Acabo de salir de una reunión y he visto tus llamadas. ¿Va todo bien?

¿Una reunión? No sabía que tuviera una reunión.

—¿Con quién te has reunido?

—Con mi publicista. Tú tenías razón y yo no. —Suena un poco apagado.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué ha pasado?

—Pues que he estado todo el día con el rey de Inglaterra, eso es lo que ha pasado. Y como ya te he dicho, tú tenías razón y yo no. No hay la menor posibilidad de que nos dé su bendición.

Me vuelvo hacia Davenport y lo veo esperándome al otro lado del descansillo, moviendo el pie con impaciencia.

—¿Tan mal ha ido?

Josh se echa a reír, pero no de felicidad; es una risa irónica.

—Bueno, he tenido que escuchar a su majestad y al capullo de David Sampson darme todos los detalles escabrosos de tu relación con Haydon. ¡Ha sido la hostia de fantástico! Luego he tenido el placer de escuchar al propio Haydon-soy-perfecto-para-Adeline en persona, que ha añadido algunos extras. Y después de disparar a algunos pájaros artificiales, me lo han vuelto a contar todo desde el principio. ¿Sabías que vais a tener dos hijos? Un niño y una niña. Primero vendrá el niño, seguido al poco tiempo de una niña preciosa. Ah, y que sepas que no piensa dejar que pase mucho tiempo desde que nazca el niño antes de dejarte embarazada de la niña. —Resopla, enfadado, y yo cada vez tengo los ojos más abiertos—. Te juro, Adeline, que he estado a punto de dispararle con la escopeta y así derribar algo que tuviera pulso. ¿Pájaros artificiales? ¿Quién coño dispara a pájaros artificiales?

Me muerdo el labio, eligiendo las palabras con cuidado. Lo que acabo de oír no debería sorprenderme, y, bueno, la verdad es que no me sorprende demasiado... pero me cabrea. Mucho. Me enfurece que hablen de mi vida como si ya estuviera escrita.

—Vamos, que has tenido un día maravilloso. —Es lo único que se me ocurre decir.

Odio esto. Se me forma un nudo de rabia y frustración en el estómago solo de pensar por lo que lo han hecho pasar.

—Acabo de hablar con mi equipo de Relaciones Públicas y les he informado de... bueno, de lo nuestro.

—¿En serio?! —exclamo en voz demasiado alta, lo que hace que a Davenport se le alce una ceja curiosa. Tengo que ir con cuidado.

—Sí, tenemos que hablar.

Odio que se me enderezca la espalda y que el pánico se apodere de mí, pero no puedo evitarlo. ¿Le han aconsejado que abandone toda esperanza? ¿Lo han convencido de que no valgo la pena?

—¿Sobre qué? —pregunto, quedándome sin aire.

Cierro los ojos y me doy la vuelta para que Davenport no vea la devastación que estoy sintiendo.

—¿Adeline? —dice Josh con la voz temblorosa.

Mi pánico no deja de crecer.

—¿Sí?

«Por favor, que no lo diga. Por favor, que no lo diga».

—Te quiero.

—Oh, gracias a Dios.

Apoyo la mano en la ventana que tengo delante porque las piernas no me aguantan.

—¿Estás bien?

—Sí, es solo que... Pensaba que... Tenía miedo de que... —Niego con la cabeza para librarme de la negatividad—. No importa.

—Que ni se te pase por la mente.

Sonrío a medias.

—Lo siento —digo en voz baja pero sincera—. ¿De qué habéis hablado entonces?

—De ti y de mí. De cómo debemos compartir nuestra relación con el mundo. Tácticas. Estrategia. Esas cosas.

«Tengo una relación». Suena muy raro, pero es emocionante.

—¿Hay una estrategia? ¿Un plan?

—La están preparando —me dice, haciéndome sentir más segura.

Debemos prepararnos, no solo para el asalto de la prensa sino también para la reacción de la monarquía.

—Hablamos luego. —Suena decidido y lo admiro por ello.

Pensé que tal vez pasar el día rodeado de mi entorno lo habría desanimado. Pero no, está tomando el toro por los cuernos, pensando un plan de acción. Y eso me quita un gran peso de encima. Me enfrentaría sola a mi padre si hiciera falta, pero saber que Josh estará ahí para apoyarme hace que el camino que se abre ante mí resulte menos amenazador.

—¿Dónde estás?

—En Claringdon. Mi padre quiere hablar conmigo.

—¿Sobre qué? —Su voz se vuelve cautelosa.

—No lo sé.

Resopla.

—Probablemente quiera atarte para que ese capullo pueda ponerte un anillo en el dedo.

—No es un capullo.

Siento la necesidad de defender a Haydon. Todo este lío no es culpa suya.

—O tal vez —sigue diciendo Josh en voz baja— quiera hablarte sobre cierto banquero...

Me quedo petrificada, con la vista fija en una casita ornamental que hay bajo las ramas de un sauce en el jardín.

—¿Qué?

—Ay, ¿no te he comentado esa parte?

Si pudiera verle la cara en este momento, sé que estaría haciendo un gesto de disgusto.

—¿No? —insiste.

—¡No! —exclamo.

No lo ha hecho y él lo sabe perfectamente.

—Pues sí, un tal Gerry Rush. Quiere verte. O, mejor dicho, quiere volver a verte. —Josh hace una pausa mientras yo me encojo—. Oí una conversación entre el rey y sus consejeros. ¿Por qué no me has hablado de él?

—Yo en ningún momento te he preguntado por tus examantes —respondo indignada, preguntándome si Gerry Rush será la razón por la que mi padre me ha hecho llamar—. ¿Qué has oído?

—Que cometiste una indiscreción y que se presentó en el partido de polo. Te está acosando.

—No es verdad.

—Sí lo es.

No voy a discutir con él; solo serviría para que se enfadara aún más. Miro por encima del hombro y veo que Davenport sigue esperando.

—Tengo que colgar.

—Llámame cuando hayas acabado de hablar con ese rey tuyo que dispara a pájaros artificiales —bromea, haciéndome reír—. Ah, ¿y Adeline?

—¿Sí?

—Que no se te escape nada de lo que hemos hablado antes de que nos veamos. Da igual lo que te diga y lo tentador que sea hacerle una peineta. ¿Me oyes?

—Nunca he hecho una peineta —comento, mirándome el dedo corazón—. Me encantaría dedicarle la primera al rey.

—No, quiero ser yo el primero. Llámame.

Josh cuelga y me apoyo en el marco de la ventana. Contemplo los jardines con una sonrisa tan radiante como el cielo. Está de mi lado, me está protegiendo.

—¿Está todo bien, señora? —quiere saber Davenport.

Es la primera vez en treinta años que me lo pregunta.

—Lo estará —respondo, esperando tener razón.

A medida que cruzo el amplio descansillo y me acerco al despacho de mi padre, la sonrisa se me transforma en una mueca de determinación mientras hago acopio de toda mi resistencia.

Davenport llama a la puerta y la abre para que pase.

—Su alteza real la princesa Adeline —anuncia.

Al instante odio la escena que se muestra ante mí. La odio. El rey está fumando un puro, relajado en su gran silla. David y sir Don están tan a gusto sentados en el sofá Chesterfield con un vaso de whisky escocés en la mano. Sir Don hace girar el licor lentamente y no aparta la vista del vaso a pesar de que acaban de anunciar mi entrada. ¿Y David? David está echado hacia atrás, con una expresión vanidosa y arrogante en el rostro. ¿Qué están haciendo aquí?

—Majestad.

Inclino la cabeza con un respeto que me cuesta mucho encontrar. La verdad es que siento un cosquilleo en el dedo medio y que me encantaría estrenarme con el rey y seguir con Sampson y sir Don.

—¿Cómo ha ido la sesión de tiro esta mañana?

—Te vas a España esta tarde.

Alzo la cabeza con tanta brusquedad que oigo el chasquido de las vértebras.

—¿Perdón?

—España. Esta tarde.

Sacude el brazo y el cigarro deja una estela de apestoso humo retorciéndose tras de sí.

—La familia de tu madre espera ansiosa tu llegada.

—No lo entiendo. Mi viaje a Madrid estaba programado para el mes que viene.

—Han modificado las fechas. Kim tiene los detalles. —Volviéndose hacia David y sir Don, señala un documento que tiene en la mano mientras niega con la cabeza—. Tonterías constitucionales, pero, claro, no puedo oponerme. ¡El rey oponiéndose a los planes de su gobierno! —Se echa a reír—. Eso desconcertaría a los chicos de Eton, ¿verdad?

Me resisto a que se libre de mí con tanta facilidad.

—¿Y qué pasa con el funeral del esposo de Sabina?

Doy un paso adelante, buscando en mi mente alterada argumentos que no sean fáciles de refutar.

—Tendría que asistir. Haydon cuenta conmigo. —Acabo de soltar un golpe por debajo de la cintura y no me arrepiento en absoluto.

—Haydon viajará contigo. Estaréis de vuelta a tiempo para el funeral —interviene David.

Abro mucho los ojos. «Dios mío, no».

Se hace un breve silencio mientras los hombres intercambian miradas.

—Es por tu bien, Adeline —dice mi padre—. Ha llegado el momento de que sientes la cabeza y pienses en tu futuro con Haydon.

—¿Qué?

Sé que no debo decir lo que tengo en la punta de la lengua. Quiero hablarle de Josh y de nuestra relación, pero me controlo al recordar la advertencia de Josh. Su equipo y él están preparando una estrategia. Pues espero que su plan contenga un apartado que contemple cómo mantenerme lejos del avión esta tarde.

—¿Por qué?

—Yo no tengo que darte una explicación. Tú, en cambio, tienes que aprender cuál es tu misión en el mundo. —Mi padre se levanta y apoya las manos en el escritorio—. Que es servir a tu país.

Necesito salir de aquí antes de que revele todos mis secretos. Todos. Con los dientes tan apretados que me duele la mandíbula, me vuelvo y salgo a toda prisa del despacho antes de perder el control. No pienso ir a España. Ni ahora ni nunca.

Bajo la escalera a la carrera y salgo, escapando de este infierno que es mi vida. Cuando llego al coche, Damon ya tiene la puerta abierta, como si supiera que iba a salir corriendo. Me dejo caer en el asiento y espero a que entre en el coche.

—El rey me envía a España —le informo mirando por la ventanilla—. Con Haydon Sampson.

—Eso he oído.

Suspiro, hundiéndome en el asiento, con la cabeza a punto de estallar.

—A casa, por favor, Damon.

—Me temo que no, señora.

Damon se detiene ante la verja de Claringdon y, en vez de mirarme por el espejo retrovisor, se vuelve en el asiento y traga saliva.

—Tengo órdenes de llevarla directamente al aeropuerto.

—¿Qué? —Me echo hacia delante y estoy a punto de chocar con la frente de

Damon—. ¿Órdenes de quién?

—De su majestad el rey Alfred de Inglaterra. —Pronuncia el nombre completo de mi padre, como si quisiera recordarme que tiene las manos atadas.

Siento un nudo en el corazón. Estoy acorralada.

—¿Y mis cosas? Tengo que hacer el equipaje.

Cuando llegemos a Kellington desapareceré. Me esconderé. Escalaré los muros coronados con cristales rotos si tengo que hacerlo. El rey no podrá despedir a Damon si me escapo. Inspiro hondo y rectifico. El rey puede despedir a quien le dé la gana.

—Su equipaje ya está listo.

Damon no sabe qué cara poner y a mí se me cae el corazón a los pies.

—Está en el maletero.

—No quiero ir.

—Señora, me temo que no tiene elección, igual que yo.

Se vuelve hacia delante y sigue conduciendo.

A cada segundo que pasa mi ansiedad crece y me duele todo el cuerpo por los escalofríos que se extienden a una velocidad feroz. Pobre Damon, se ve tan disgustado por este viaje repentino...

—Damon, por favor, yo...

La súplica muere en mis labios cuando recibo un mensaje de texto. Bajo la vista y trato de calmarme respirando hondo.

¿Cómo ha ido?

Llamo a Josh y me llevo el teléfono al oído con la mano temblorosa.

—¡Me envían a España! —le digo cuando responde—. ¡Me envían a España, Josh, me envían a España! Me obligan a...

—¡Eh! —Josh se alarma al oír mis gritos—. Calma, ve más despacio, Adeline.

—Me envían a España —susurro, con la mano apoyada en el cuello, masajeándomelo. No puedo respirar. No puedo pensar—. Con Haydon.

Josh se atraganta al otro lado de la línea.

—¡Por encima de mi cadáver! ¿Dónde estás?

Trago saliva y suelto un poco de aire.

—En mi coche. Damon tiene órdenes precisas de llevarme al aeropuerto inmediatamente.

—¿Qué?

—Al aeropuerto, Josh. Ni siquiera me dejan pasar por casa para hacer la maleta. La han hecho por mí.

—Pero ¡qué mierda es esta! ¿Dónde está Damon? Pásamelo. Ahora.

Mi mano sale disparada y se cuelga entre los dos asientos.

—Quiere hablar contigo.

Damon resopla sonoramente y aparca el coche en la cuneta. Sus ojos vacíos de expresión encuentran los míos en el retrovisor mientras coge el teléfono.

—Estoy entre la espada y la pared —dice, con la voz tan apagada como los ojos. Está tratando de desconectar de sus emociones para poder funcionar a nivel profesional. Damon sabe que lo que está pasando está mal—. No puedo hacer eso —murmura y luego se echa a reír. ¿Qué le hace tanta gracia?—. ¿Me dará un empleo si pierdo el mío? —pregunta, pinzándose el puente de la nariz.

Me echo hacia delante, tratando de oír lo que dice Josh. ¿Haría eso? ¿Por mí?

—Josh, ese trabajo estaría en América y la combinación desde casa es una mierda. Tengo una orden directa del rey de Inglaterra. Tengo las manos atadas.

Me desplomo en el asiento, vencida. No hay esperanza.

El teléfono de Damon suena y él vuelve la cara hacia la pantalla, situada a la izquierda del volante.

—Tengo que colgar. —Cuelga sin despedirse y responde a la llamada—. ¿Sí?

Mira varias veces a derecha e izquierda mientras los hombros se le van elevando lentamente.

—Pero ¿qué coño...?

Deja la pregunta en el aire y veo que los nudillos se le vuelven blancos de tanto apretar el volante.

Vuelvo a echarme hacia delante en el asiento de un brinco, tratando de averiguar qué lo ha alterado de esa manera.

—Alto y claro, joder.

Da un golpe en el volante con el puño y me sobresalto mientras mi móvil empieza a sonar a mi lado, adonde Damon lo ha tirado.

—Pero ¿qué está pasando? —pregunto mientras cojo el teléfono.

Él echa una rápida mirada a los retrovisores laterales antes de girar el volante por completo y pisar el acelerador a fondo. Da media vuelta en mitad de la carretera, y vuelvo a caerme sobre el asiento.

—¡Damon!

—¡Póngase el cinturón! —me grita, para hacerse oír por encima de la goma

quemada de los neumáticos—. ¡Ahora!

Me apresuro a hacer lo que me dice.

—Damon, ¿qué pasa?

—Ha habido un intento de asesinato contra el príncipe Edward.

Siento como si el corazón fuera a salirse del pecho.

—¿Qué?

El sonido del motor a toda velocidad apaga mi voz. No puede ser que haya oído bien. Y, sin embargo, el estado de alerta de Damon, que no para de mirar a su alrededor mientras conduce, me confirma que he oído bien. Alguien ha tratado de matar a Eddie.

—¿Dónde estaba?

—En las caballerizas, cabalgando.

Bajo la vista hacia el teléfono, que sostengo sin fuerzas. El nombre de Josh se ilumina intermitentemente. Haciendo un esfuerzo, logro llevarme la mano a la oreja.

—Josh.

—Adeline —susurra.

—Alguien ha tratado de matar a Eddie —digo, con voz mecánica.

Y luego se hace el silencio en la línea. Un silencio espantoso seguido del chirrido de los neumáticos cuando Damon frena delante de las puertas del palacio mientras hace sonar la bocina.

—¡Abrid las jodidas puertas! —brama.

—Dios... —dice Josh, que obviamente lo está oyendo todo.

Cuando Damon vuelve a acelerar, apenas las puertas se abren lo suficiente para que el coche pase, me quedo pegada al respaldo del asiento.

—¿Dónde estás ahora?

—Entrando en Claringdon.

El coche frena ruidosamente y, poco después, Damon me saca y me protege con su cuerpo mientras subimos los escalones de la entrada.

Al entrar en el palacio nos recibe un caos absoluto. Hay personal corriendo en todas direcciones, gente hablando por teléfono, gritos e insultos de lo más coloridos. Me detengo y contemplo la anarquía, totalmente abrumada.

—Tengo que colgar —le digo a Josh—. Te llamaré cuando sepa algo más.

Los insultos y maldiciones de Josh dejan a los del personal de palacio a la altura del betún.

—Odio esto —me dice—. Debería estar ahí, contigo.

Su frustración me llega muy adentro.

—Te llamaré —le aseguro, cerrando los ojos.

Lo oigo inspirar hondo.

—Vale —contesta, tenso.

Sé que no le gusta, pero no puede hacer nada más.

—Te quiero —me dice.

Sonrío, triste, y cuelgo justo cuando mi madre aparece al otro extremo del vestíbulo. Mary-Ann casi la sostiene en volandas. Verla tan afligida y conmovida hace que me olvide de mi abatimiento y me acerco rápidamente a consolarla.

—Madre.

Se la quito a Mary-Ann de las manos y la ayudo a sentarse en un salón cercano al vestíbulo, donde el caos sigue en plena efervescencia.

—Siéntate —le pido.

Por primera vez en su vida, mi madre sigue una de mis instrucciones y se sienta en el sofá de brocado. Uno de los sirvientes se apresura a servirle un té, que yo cargo de azúcar, aunque mi madre nunca toma. Lo remuevo rápidamente y se lo pongo en las manos. Ella no aparta los ojos del suelo.

—¿Cómo ha podido pasar? —se pregunta, con las manos muy temblorosas.

Le rodeo los hombros con el brazo, el único consuelo que puedo darle, ya que no tengo la respuesta a su pregunta.

—Estoy segura de que están trabajando para averiguarlo.

Davenport entra en la sala con expresión asesina.

—¿Está bien, señora? —pregunta, deteniéndose delante de la reina consorte.

Luego, dejándome totalmente asombrada, se pone en cuclillas y apoya una mano sobre la suya, buscándole la mirada.

—¿Catherine?

Nunca había oído al mayor hablarle a mi madre de un modo tan informal. Ella levanta los ojos, llenos de lágrimas, que empiezan a deslizársele por las mejillas.

—¿Cómo? —pregunta, con tanta impotencia que se me parte el alma.

La expresión letal de Davenport se endurece aún más. Apretándole la mano a mi madre, dice:

—No descansaré hasta averiguarlo.

Parece un guerrero. Ha perdido su rigidez habitual. Me resulta muy extraño verlo así, pero agradezco que esté con nosotras.

—¿Dónde está? ¿Dónde está Edward?

—Debería estar...

El ruido de un portazo interrumpe a Davenport. Todos volvemos la cabeza al mismo tiempo hacia la puerta de la sala. Por encima del caos distingo una voz.

—Es Eddie.

Me levanto a toda prisa y corro hacia el vestíbulo, apartando a todos los que se cruzan en mi camino. Ni siquiera la formidable presencia del rey me detiene. Le doy un empujón a mi padre y me lanzo en brazos de mi hermano, que parece desorientado.

—¡Gracias a Dios! —exclamo, con la cara pegada a su chaqueta, abrazándolo con fuerza.

—Estoy bien —dice, aunque, por cómo suena, no lo parece. Se le rompe la voz mientras me rodea la cintura con un brazo tembloroso—. Dejad de preocuparos.

—¡Sí, ya basta! —brama el rey, apoyando a Eddie y apartándome de su lado—. Déjalo respirar, Adeline.

Mi padre lanza una seria mirada a su alrededor y todo el mundo obedece su orden silenciosa y se dispersa por la sala con rapidez. Menos yo, que no pienso ir a ningún sitio.

—A mi despacho —ordena el rey, al que el alivio parece haberle durado bien poco—. Ahora.

Ni siquiera le da a mi madre la oportunidad de abrazar a su hijo, de demostrarle con su amor lo mucho que se alegra de que haya vuelto a casa sano y salvo. Mi madre está mirando desde la puerta del salón, inmóvil, porque sabe cuál es su lugar. Sabe que los negocios vienen primero y las reuniones después, pero eso no impide que Eddie se acerque a ella y le dé unos instantes preciosos en los que abrazarlo, besarlo y sentirlo. De pronto, parece vieja, se ha echado varios años encima. El estrés se ha cobrado su precio. Le apoya una mano en la mejilla y sonríe con los ojos llenos de lágrimas, demostrándole su alivio sin palabras. Mi hermano le planta un beso en la cabeza antes de irse. Ella se queda quieta, con los ojos cerrados, mientras Davenport la sostiene. Este hombre tiene hoy alterado el sentido de la responsabilidad. Debería estar pegado a los talones del rey, no consolando a la reina. Hay muchos otros miembros del personal que podrían ocuparse de ella. Yo también podría hacerlo y, sin embargo, no puedo evitar sentir un gran agradecimiento por su obvia preocupación. Davenport la

acompaña hasta el sofá y la ayuda a sentarse antes de retirarse. Mientras pasa por mi lado, junto a la puerta, alargo una mano para que se detenga.

—Gracias —le digo, y él me mira tratando de ocultar la sorpresa bajo su máscara de indiferencia habitual.

—Forma parte del trabajo, señora.

Se dirige al despacho de mi padre y yo sonrío porque lo que acabo de ver no tenía nada que ver con su trabajo. Este espantoso suceso ha sacudido el palacio hasta los cimientos. Alguien ha intentado asesinar a Eddie y aún no logro acabar de creérmelo. Me apoyo en el quicio de la puerta y miro hacia la escalera. Esto es una locura. Cómo es posible si a Edward lo quiere todo el país. Veo que Davenport alcanza a Eddie en lo alto de la escalera. Le apoya una mano en el hombro y la aprieta con firmeza mientras caminan.

Y entonces las puertas del palacio vuelven a abrirse y entran John y Helen. John se dirige directamente hacia el despacho del rey y a Helen un criado la acompaña al salón. Entra pasando por mi lado, pero no me hace ni caso. Yo permanezco donde estoy, observando en silencio, mientras mi mente da vueltas a toda velocidad. Los problemas que tanto me preocupaban hace un rato parecen intrascendentes ahora, diluidos en el caos que me rodea.

He estado a punto de perder a mi querido Eddie.

21

El rey no ha salido de su despacho y de este no ha parado de entrar y salir gente, desde el primer ministro hasta agentes del MI6, gente importante cuya misión es llegar al fondo de lo sucedido. No se pudo evitar que el incidente llegara al gran público. Es habitual oír disparos en la campiña y más en esa zona concreta donde suele haber partidas de gente de la alta sociedad, pero ese día no había ninguna programada. La bala no alcanzó a mi hermano, pero se llevó por delante a su caballo. Los periódicos presionan a la oficina de prensa de la Casa Real para que emita un comunicado oficial.

El pobre Eddie sigue tan aturdido como el día del espantoso ataque. Está aquí, pero, en realidad, no lo está. Hemos hablado, pero está claro que su mente está divagando. No lo culpo. Todo el mundo se está volviendo loco haciéndose preguntas, incluida yo. Y no solo porque cada día que pasa es menos probable que se descubra al responsable para que dé una explicación, sino también porque, hasta que eso no ocurra, no nos dejan salir de aquí.

Si durante toda mi vida me he sentido prisionera, ahora es como si me hubieran enterrado viva. Claringdon está precintado, no se permite que nadie salga. Llevo dos semanas encerrada entre los muros del palacio y ni siquiera se me permite salir a los jardines si no es acompañada de Damon. Me cuesta respirar y lo peor es que no he podido ver a Josh durante todo este tiempo. Hemos hablado a diario y nos enviamos mensajes de texto constantemente, pero nada de eso calma el dolor de mi corazón.

Se fue a Nueva Zelanda la semana pasada. Ahora está en la otra punta del mundo y no sé cuándo podré volver a verlo. La diferencia horaria es una pesadilla que limita nuestras llamadas. Lo único que me consuela es saber que él me echa tanto de menos como yo a él. No me separo del móvil en ningún momento. Cuando me ducho, lo dejo en la encimera y no aparto los ojos de la pantalla hasta que acabo. Cuando como, lo apoyo en mi regazo en modo

vibración, para saber cuándo Josh me llama o me escribe y excusarme al momento. Tal vez me equivoque, pero creo que Eddie es el único que se ha dado cuenta de la frenética actividad de mi teléfono y de los muchos ratos que paso a solas para poder hablar con Josh. Todos los demás están demasiado distraídos por el incidente de Eddie. Intentaría buscar en ello el lado positivo del ataque, pero no sirve de nada porque no puedo salir de aquí y me estoy volviendo loca.

Recorro el laberinto con el móvil en la mano. Sonrío y miro al cielo, buscando una ilusión de libertad. Damon va unos cuantos pasos por detrás. Nunca se aleja demasiado, pero me deja un poco de privacidad y solo me habla cuando yo lo hago primero.

Para llegar a la impresionante estatua de mi abuelo hay un atajo, pero hoy tomo el camino largo, paseando como si tuviera todo el tiempo del mundo, lo que no se aleja mucho de la realidad. Hace un día radiante y el sol me calienta los hombros, que llevo al descubierto. Agradezco muchísimo la paz que se respira. Intento centrarme en el canto de los pájaros y en el sonido de los aspersores que riegan los parterres llenos de flores en vez de escuchar las eternas preguntas que no dejan de darme vueltas por la cabeza. Muchos pensarían que estoy en el cielo, pero para mí no puede haber nada más alejado del paraíso que esto. Literalmente.

—Es tarde en Nueva Zelanda —le digo a Damon, mirando la hora en el móvil.

—Sí, las once, señora.

Vuelvo la vista al frente mientras me acerco al lugar donde debo girar para llegar al centro del laberinto.

El día se me ha hecho eterno, pero solo es mediodía. Cuando la enorme estatua del rey fallecido aparece ante mis ojos, me detengo a contemplarla. Observo de arriba abajo la perfección del mármol reluciente en un mundo que no tiene nada de perfecto. Y me pregunto, ¿es esto lo que me espera? ¿Acabar convertida en un retrato en las paredes del palacio, perfecta tras mi muerte? ¿Me recordará la gente? ¿Y cómo lo hará? ¿Seré la hija del rey, la princesa controvertida y rebelde que desafió la mano dura de la familia real? ¿La única que se atrevió a luchar por lo que quería y se negó a doblarse a los deseos del trono? ¿La única integrante de la realeza que peleó por ser feliz junto al hombre al que amaba? Sonrío y bajo la mirada hacia la base de la estatua. Veo a Josh apoyado ahí, con una copa de champán en la mano y una sonrisa maliciosa en la cara. Sí, esa seré yo, porque me niego a ser menos.

—Señora, el teléfono —me avisa Damon, sacándome de mis pensamientos.

Cuando al bajar la mirada veo el nombre de Josh, una inyección de vida entra en mis venas y empieza a recorrerlas a una velocidad épica.

Respondo con un hondo suspiro.

—Quince días, doce horas y dieciséis minutos.

—Y veinte segundos —añade él—. El tiempo más largo de mi maldita vida. Mierda, me estoy volviendo loco, Adeline.

—Yo también.

Paso por el lugar donde Josh me puso las manos encima por primera vez y una montaña de emociones luchan en mi interior, recordándome dónde y cómo empezaron las cosas con mi chico americano.

—¿Dónde estás? —me pregunta Josh cuando me detengo al pie de la estatua.

Me doy la vuelta y me apoyo en las espinillas de mi abuelo.

—En el laberinto, viendo el lugar donde me ordenaste que me pusiera de rodillas.

No puedo apartar los ojos de la hierba. Sé que Damon está cerca y puede oír nuestra conversación, pero me da igual. Ojalá todo el mundo sepa lo nuestro pronto.

—Maldita sea, mujer. ¿Por qué has tenido que decirme eso?

—Te echo de menos —murmuro. El desaliento me oprime el alma, me arrastra y quiere derribarme—. No sé cuánto tiempo más voy a poder aguantar.

—Estoy en el aeropuerto —me dice.

Miro a Damon, como buscando confirmación de que he oído bien.

—Estoy a punto de salir hacia Londres.

Me tenso y Damon frunce el ceño, obviamente preguntándose qué me pasa.

—¿Qué?

—Hemos acabado de rodar aquí. Tengo una semana de permiso antes de retomar el rodaje en Sudáfrica.

—Pero, Josh. No puedo ir a ninguna parte; estoy encerrada.

Siento una alegría abrumadora al saber que Josh regresa a Londres, pero la impotencia la empaña. Saber que está a poca distancia de aquí y no poder salir será una tortura de lo más cruel.

—No pueden tenerte ahí encerrada eternamente. Tendrán que tomar alguna decisión en algún momento. ¿Cómo está Eddie? ¿Alguna novedad?

—Está bien. Y no, ninguna novedad. —Oigo un anuncio por megafonía a través del teléfono—. ¿Qué dicen?

—Es el último aviso para embarcar; tengo que colgar. Te llamaré en cuanto aterrice, ¿vale?

—Vale.

Mientras cuelgo miro a Damon, que me interroga con los ojos.

—Está volviendo.

Su expresión cambia y se convierte en una de preocupación.

—No se le ocurra idear ninguna artimaña peligrosa.

—Damon, ¿cuándo va a acabar esto? No pueden mantenernos prisioneros aquí para siempre.

Él inspira hondo y cuando suena su teléfono, lo saca del bolsillo.

—¿Sí? —Se da la vuelta y empieza a caminar—. Voy para allá.

—¿Qué pasa? —le pregunto en cuanto cuelga, separándome de las piernas de mi abuelo.

—Reunión en el despacho del rey.

Me viene a buscar y tira de mí en dirección a palacio; es su manera de decirme que no voy a quedarme aquí sola sin él.

—Puede comer con la reina Catherine mientras estoy reunido.

Me pongo delante de él para indicarle el camino más directo cuando veo que toma el camino largo.

—¿Qué pasa? ¿Crees que han descubierto al culpable?

—No sabré nada hasta que no llegue, Adeline.

—Pero luego me lo contarás, ¿no?

Damon me dirige una mirada afectuosa y precavida al mismo tiempo.

—Sí. Me apresuro, con ganas de que Damon llegue al despacho del rey lo antes posible.

Estoy a punto de agujerear la alfombra de tanto andar de un lado a otro con mis Uggs. Llevan ahí metidos cerca de dos horas, el rey, el primer ministro, el director del MI6, sus escoltas, sir Don, Davenport y David Sampson. La única persona importante que parece faltar en la reunión es Dios en persona. Y la única que está vigilando las puertas de cerca soy yo; al parecer, la única a la que le importa saber cuándo se abrirán las puertas de esta cárcel. Por supuesto que también quiero saber si se ha resuelto el caso, pero reconozco que lo que más me interesa es que pongan fin a mi cautiverio.

Cuando se abren las puertas del despacho, me detengo y observo,

conteniendo el aliento, a ver quién sale primero. La primera cara que veo es la de Davenport, la cara impassible de alguien que lleva sirviendo a mi padre fielmente desde hace un montón de años. Este incidente nos ha afectado a todos, pero el más afectado parece haber sido Davenport, el hombre frío e impenetrable. Ha sido un consuelo comprobar que es humano después de todo. Me saluda con la cabeza al pasar por mi lado y baja la escalera mientras el resto de los integrantes de la reunión salen del despacho. Distingo a Damon entre ellos y me acerco corriendo a él.

—¿Y bien? —le pregunto, caminando a su lado, siguiéndole el ritmo—. ¿Han descubierto al responsable?

—No.

Su brusca respuesta hace que afloje el paso, desanimada, y mi esperanza se desvanece de repente. Me quedo mirándole la espalda mientras la distancia crece entre nosotros hasta que él se detiene y se vuelve, buscándome. Su rostro se suaviza al ver mi expresión desesperada, desanda sus pasos y apoya una mano en el lugar habitual, en la parte baja de mi espalda, para que me ponga en marcha.

—No hay pruebas, ni pistas ni motivos. Nada. —Mientras me escolta escalera abajo, mira con atención a su alrededor y se inclina hacia mí—. Parece ser que Eddie se cruzó en el camino de alguien que estaba cazando, probablemente de manera ilegal.

—¿Qué?

—Nadie va a admitir que estaba cazando furtivamente, sobre todo tan cerca de terreno real. Yo lo sé y mis superiores lo saben. Así que se ha acordado que los miembros de la familia real puedan salir del palacio, pero se adoptarán medidas de seguridad adicionales, por precaución.

Siento un gran alivio, tanto por Eddie como por mí, aunque no sé qué medidas adicionales van a tomar. Lo único que sé es que los republicanos van a protestar. Las medidas de seguridad extra serán un buen motivo para insistir en que somos un gasto inútil.

—Entonces ¿puedo irme?

—Sí. —Damon se detiene al llegar al final de la escalera y me sujeta por los hombros—. Pero, y escúcheme con atención, como se le ocurra escapar no me temblará el pulso a la hora de pedir que la encierren en Claringdon. Nada de paseos imprudentes por Londres, ni de planes alocados para huir de Kellington. Si me da esquinazo, señorita, yo... yo...

No sabe cómo acabar su amenaza, pero no hace falta.

—Juro que no iré a ninguna parte —digo, tapándole la boca con una mano.
Al ver que mi promesa es solemne, asiente, agradecido.

—Sin avisarte —añado.

Me fulmina con la mirada.

—Es usted un real grano en el culo, señora. —Me suelta, da un paso atrás y se alisa el traje—. Iré a preparar el coche.

Me pongo en marcha inmediatamente. Vuelvo a subir la escalera mientras le escribo un mensaje precipitado a Josh por el camino. No me molesto en llamar a Jenny ni a Kim para que me ayuden, eso llevaría demasiado tiempo. Antes de que alguien cambie de opinión, hago el equipaje en un momento, metiéndolo todo en la maleta de cualquier manera. Tampoco aviso a ningún lacayo para que me la lleve. Yo misma la arrastro por las alfombras a toda prisa, con el corazón desbocado.

—Alteza —me llama Davenport desde el otro extremo del descansillo.

Pero yo no me detengo. Al contrario, su voz hace que corra todavía más. La maleta da brincos por la escalera mientras la bajo a la carrera.

—Alteza.

Ahora sí que me detengo y cierro los ojos, rezando para que me permitan marcharme.

—¿Sí, mayor?

—El rey quiere verla.

El estómago se me cae a los pies, seguido del resto del cuerpo. ¿Me va a ordenar otra vez que viaje a España con Haydon?

Miro a Davenport, tratando de encontrar la respuesta en su rostro, pero vuelve a ser el mismo Davenport inexpresivo de siempre.

—Yo ya me iba.

Mis palabras no surten ningún efecto. Davenport alarga un brazo en dirección al despacho de mi padre y yo lo sigo con la mirada hasta que llego a la puerta tras la cual se encuentra el rey. Trago saliva, dejo la maleta en la escalera y vuelvo a subir, con el mismo entusiasmo que si me llevaran al matadero.

Davenport abre la puerta y me anuncia. No me extraña nada encontrar a sir Don y a David Sampson sentados enfrente de mi padre. Su presencia ha sido constante desde que se inició el encierro. El rey está inmerso en su habitual burbuja de aire pútrido, mordiendo el final de un grueso puro, pero tiene aspecto cansado y su rostro un tono grisáceo, en vez del rojo encendido que suelen lucir

sus mejillas por culpa del alcohol. Hay sillas por toda la estancia, para sentar a todos los hombres que han pasado por aquí durante las últimas dos semanas.

—Padre. —Mi voz suena tímida y apocada, a causa de la preocupación.

—Siéntate, Adeline —me ordena, y succiona con fuerza el cilindro marrón que le cuelga de la boca.

Me muevo con cautela, lentamente, y mis ojos se deslizan por los tres hombres.

—Vas a volver a Kellington —me dice, seco, firme—, pero no saldrás de allí sin autorización.

Asiento, y me pregunto si el resto de los miembros de la familia habrán recibido las mismas instrucciones. Así que salgo de una prisión para entrar en otra. No podré ver a Josh. Parece que las prioridades del rey han cambiado desde el ataque a Eddie, pero no me he olvidado que me ordenó que viajara a España con Haydon. Tengo mil dudas y preguntas en la cabeza, que no me permiten pensar con claridad.

—La prensa ha atacado a la monarquía con saña durante estas últimas semanas. —Mi padre mira a David Sampson, que asiente discretamente, como si estuviera animándolo a seguir adelante, y así lo hace—: Necesitamos algo que haga que el foco de la prensa se aparte del incidente de Eddie. Necesitamos buenas noticias.

No hace falta que añada nada. Sé justo a qué se refiere. Buenas noticias... como un compromiso matrimonial. Aunque el corazón se me está rompiendo dentro del pecho, trato de disimular el dolor y la furia. Tengo que pensar en algo, rápido. Van a usarme como cortina de humo contra la negatividad. Van a obligarme a casarme con un hombre al que no amo. Mi padre matará así dos pájaros de un tiro; muy hábil por su parte.

—Lo entiendo —digo, aparentemente serena, aunque me estoy desintegrando por dentro.

En mi cabeza se forman palabras sensatas, que nacen alimentadas por mi instinto de supervivencia. Necesito tiempo. Me echo hacia delante en la silla y miro a mi padre a los ojos.

—Me gustaría ir a Evernmore —le digo.

Él ladea la cabeza con curiosidad. La propiedad está situada en las Tierras Altas escocesas y es lo más salvaje que uno puede encontrar en Gran Bretaña, ya que está en un lugar apartado, en medio de la nada. Es donde solemos pasar las Navidades y donde el rey y la reina van de vacaciones. Es donde los miembros

de la familia real se escapan cuando necesitan un poco de paz. Las medidas de seguridad allí son menos rígidas que en el resto de los palacios.

—Entiendo el papel que debo desempeñar en las buenas noticias que has mencionado. —Sueno tan calmada que no sé ni cómo lo estoy consiguiendo—. Solo te pido unos días para poder asimilarlo, para pensar en el futuro.

No es habitual sorprender al rey, pero mi falta de reacción —mi aparente sometimiento— hacen que se eche hacia atrás en la silla y que pasee la mirada entre David, sir Don y yo. Me fijo en que David también parece un poco sorprendido.

—No veo por qué no —responde mi padre.

Por dentro siento un alivio enorme y le doy las gracias profusamente por concederme este breve espacio de libertad antes de ejecutar mi condena a cadena perpetua.

—No sé a quién va a beneficiar eso —comenta David, lo que hace que lo mire con rabia—. Llevemos el plan adelante.

—Dos días —insisto, apretando los dientes y dirigiéndole al rey una mirada suplicante—. Solo dos días, padre. No pido más.

Sé que David no se fía de mí, pero no dejaré que haga cambiar de opinión a mi padre. No dejaré que me arrebate este regalo que me acaban de hacer. Me parece que pasan cien años mientras mi padre decide de qué lado se pone, cien años que paso conteniendo el aliento.

—Dos días —sentencia al fin, haciendo que David gruña y que yo pegue un brinco de alivio en la silla.

—Muchas gracias, majestad —digo, y rodeo el escritorio y hago algo que se sale totalmente de lo habitual al inclinarme y darle un beso en la mejilla—. El aire puro me hará mucho bien. Recorreré todos los caminos que nos enseñaste cuando éramos niños.

Es muy raro que mi padre sonría y que demuestre afecto, pero me regala las dos cosas. Me dirige una sonrisa radiante y me da unas palmaditas en la mano que le he apoyado en el hombro. Sé que este privilegio se debe solo a que he aceptado someterme a su petición, pero lo disfruto igualmente.

—Dos días —me confirma—. Puedes salir mañana por la mañana. Ordenaré que preparen el helicóptero real.

—Preferiría ir en coche.

Me regaño internamente por protestar. Sé que no debería abusar de su paciencia, pero si voy en coche podré pasar más tiempo fuera de Londres.

—Así no damos más argumentos a los republicanos para que critiquen nuestros gastos —añado.

Mi padre mueve la mano, quitándole importancia, mientras da una larga calada al puro.

—Los gastos los cargaremos al ducado, no podrán quejarse de eso. Es más seguro que viajes por aire, así que no hay más que hablar.

Las nubes de humo que le salen de la boca me envuelven. Disimulando la tos, me aparto de la nube y me pliego a sus deseos, agradecida por el permiso que me acaba de conceder.

—Gracias.

Me retiro, notando los ojos disgustados de David clavados en mí, igual que los de sir Don. Nada me gustaría más que devolverles una mirada victoriosa, pero me contengo. Si hago alguna tontería, son capaces de ponerme un anillo en el dedo en este mismo instante y de obligarme a salir al balcón dentro de un rato para presentarnos ante el país como una pareja feliz. David está desesperado por entrar a formar parte de la realeza mediante este matrimonio, mientras que sir Don es simplemente un viejo anticuado que trata de mantener vivas las tradiciones de la monarquía. No tengo ni idea de lo que haré cuando salga de este despacho. De momento, eso es lo que necesito, salir de aquí. Necesito encontrarme a mí misma y, sobre todo, necesito ver a Josh. Él sabrá qué hacer.

La sombra del helicóptero es un puntito en los páramos que se extienden a nuestros pies, que crece cuando sobrevuela las colinas y se encoge cuando se hunde en los valles. El ruido, un zumbido constante en mis oídos, me ha ayudado a ahogar los gritos de mi mente. Cuando los muros de Evernmore Estate aparecen en el horizonte, lejos, muy lejos, deseo tener una pizca de paz, para apaciguar la inquietud que nunca me deja tranquila. Sobrevolamos el lago, con sus aguas calmas y espeluznantes y algún toque de verde muy de vez en cuando. La belleza de este lugar es casi fantasmagórica, un paisaje que lleva sin cambiar cientos de años.

El descenso es un poco estremecedor ya que el viento que azota los brezales captura el helicóptero y lo sacude como si fuera un péndulo mientras el piloto nos lleva a tierra. Solo cuando tocamos el suelo vuelvo a respirar con tranquilidad. Una voz, que recibo amortiguada por los altavoces, anuncia que hemos llegado a nuestro destino.

El personal de Evernmore me aguarda; estoy segura de que mi visita sorpresa ha causado un gran revuelo. Damon es el primero en descender. Luego me da la mano para ayudarme a bajar y juntos corremos agachados hasta salir de debajo de las aspas, que siguen dando vueltas. Saludo con una inclinación de la cabeza a la hilera de personas que ha salido a recibirme. Después de que una de ellas tome mi abrigo, cruzo las puertas del castillo y respiro cientos de años de historia. El eco de mis botas sobre el suelo de piedra queda ligeramente apagado por los tapetes que cuelgan de las paredes de ladrillo.

Me dirijo a la escalera que sube a mi suite. Damon me sigue, dando instrucciones a los criados que llevan mis maletas. Vuelvo a mirar el móvil por enésima vez, calculando la hora del aterrizaje de Josh. Si no me equivoco, debería haber sido hace una hora. ¿Por qué no me ha llamado aún?

—La dejo para que se instale —dice Damon, saliendo de la habitación mientras me quito las botas.

—Gracias, Damon. Estoy segura de que la cocinera te preparará algo si tienes hambre.

—Me voy directo a la cocina.

Sonríe y yo le devuelvo el gesto. Sé que le encanta venir a Escocia y lo que más le gusta son los *haggis* que aquí se sirven como nosotros el té, a todas horas.

Aunque lo estaba esperando, el sonido del teléfono me sobresalta y me apresuro a responder.

—Josh.

—¿Qué está pasando? Acabo de llegar a Londres y tú has salido del país, joder.

Sonrío. Está ofendido y no me extraña.

—Tenemos que hablar.

Se hace el silencio durante unos segundos.

—¿Me estás dejando?

—¡Por Dios, no!

—Pues aclárame por qué te has largado a Escocia.

—Porque si no lo hubiera hecho, me habrían obligado a anunciar al mundo mi compromiso con Haydon Sampson. Este viaje es lo único que se me ha ocurrido para ganar tiempo.

Oigo un gruñido, profundo, hostil.

—Dime que me estás tomando el pelo.

—No te estoy tomando el pelo. —Me acerco a la ventana y contemplo el lago—. Pensaba que con todo lo que ha ocurrido, mi vida caería en el *ranking* de prioridades del rey, pero me equivoqué. He pasado a ocupar la primera posición. Planean usar mi compromiso con Haydon Sampson como una maniobra de distracción para que la gente deje de hablar del incidente de Eddie y de cosas negativas ligadas a la monarquía.

Oigo que Josh tose al otro lado de la línea. Me imagino que toda la información que acabo de darle debe de ser difícil de tragar.

—¿De verdad que no me estás tomando el pelo?

Suspiro, pero no logro librarme de la tensión que me atenaza.

—Es ahora o nunca, Josh.

—Es ahora, te lo aseguro.

Está furioso y, aunque una parte de mí agradece su devoción y compromiso,

otra está aterrorizada. Me pregunto si es consciente de la tormenta que estamos a punto de desencadenar.

—¿Dónde estás? —me pregunta—. Dime exactamente dónde estás.

—En el castillo de Evernmore, en medio de la nada. El rey me ha concedido dos días de gracia antes de volver a Londres para anunciar mi compromiso.

—Llegaré esta noche.

—¿Cómo?

—Alquilaré un avión, o un puto cohete si hace falta. ¿Cuál es el aeropuerto más cercano?

—Glasgow.

—Te llamaré cuando llegue. Necesitaré que me orientes.

Oigo de fondo el sonido de unos pasos y otros ruidos de aeropuerto.

—Llamaré a mi gente. No hables con nadie antes de que llegue, ¿vale?

—Tranquilo, no tengo a nadie con quien hablar, solo estamos Damon, el personal y yo.

—Ni llamadas, no respondas a las llamadas.

—¿Por qué? ¿Quién me iba a llamar?

—Tu padre. Davenport. Sir Don. El jodido Haydon Sampson o el capullo de su padre. No quiero que hables con ninguno de ellos hasta que esté contigo. Dime que lo entiendes, Adeline.

Tiene miedo de que me laven el cerebro. O, peor aún, que vengan a buscarme y se me lleven de vuelta a Londres. Eso no va a pasar, al menos durante unos días, pero le confirmo lo que quiere oír porque me imagino que se siente impotente, y lo entiendo.

Formar parte de la familia real es muy complejo, hay muchas obligaciones y protocolos que se deben cumplir. Los británicos en general no los conocen todos, y un americano todavía menos. Seguro que Josh piensa que todo es arcaico y absurdo, pero no lo es.

—Lo entiendo, pero, por favor, date prisa.

Una parte de mí odia necesitarlo tanto, pero no siento que esa necesidad me ahogue. Al revés, me calma.

Nos despedimos y paso varias horas reencontrándome con Evernmore, recorriendo a solas los pasillos y las estancias. Josh me ha enviado un mensaje de texto hace un rato. Ha alquilado un avión que lo llevará de Heathrow a Glasgow y, cuando llegue allí, habrá un helicóptero esperándolo. En estos momentos me alegro mucho de que tenga más dinero que Dios. Llevo pendiente

de oír el sonido de las aspas de un helicóptero desde que empecé a dar vueltas por el castillo y he mirado hacia el horizonte al pasar por delante de cualquier ventana, buscándolo. Hace dos semanas que no veo a Josh. Dos semanas de infelicidad, de revivir mentalmente cada momento que hemos compartido por miedo de olvidarme de algo. Dos semanas de dormirme con su foto en el teléfono, a mi lado, en la almohada. He echado de menos su presencia arrogante pero divertida. Dos semanas de tener que soportar a Helen quejándose de su embarazo. Dos semanas del silencio estoico de mi madre. Dos semanas de temblar al pensar que casi había perdido a mi hermano. ¿Qué habría hecho sin Eddie? Pasa largas temporadas fuera de casa, claro, pero hablamos por Skype. Y nunca había temido perderlo porque, tras cada misión, vuelve a casa. Pero hace dos semanas estuvo a punto de no regresar.

Necesito ver a Josh. A nivel emocional, mi corazón ha echado de menos a su pareja. A nivel físico, me muero de ganas de verlo, de besarlo, de tocarlo por todas partes.

Cuando estoy empezando a subir los escalones de piedra de una escalera de caracol que lleva a una torre del ala oeste, lo oigo: un helicóptero; es inconfundible. Aún está lejos, pero se va acercando. Con el corazón en un puño, echo a correr en busca de una ventana encarada al sur y me detengo derrapando en la primera que encuentro. Inspiro hondo y miro por la ventana, aunque tengo que limpiar la condensación que provoca mi aliento caliente sobre el cristal emplomado. Lo veo. Es un punto en la distancia. Josh.

Bajo el resto de los tramos de escalera y recorro el castillo a toda velocidad, esquivando a varios miembros del personal, que se apartan de mi camino, sin duda alarmados por mi comportamiento extraño. Mi sonrisa es tan amplia que me duelen las mejillas, y me cosquillea la piel como si ya estuviera preparándose para su contacto. Salgo al exterior y corro hacia el helipuerto, entornando los ojos para comprobar si se acerca. Doy saltos en el sitio, loca de alegría, saludando con las manos. Ya sé que el piloto no se va a confundir de lugar, ya que estamos en una gran mansión en medio de la nada, pero igualmente no me puedo contener. Solo por saber que él está cerca, todo me parece mil veces mejor.

Le escribo un mensaje de bienvenida.

¡Te veo!

Vuelvo a saludarlo con los brazos en el aire, como una loca.

—¿Señora?

Me vuelvo, con una sonrisa radiante que ni siquiera la cara confundida de Damon logra borrar. Me hizo prometerle que no me escaparía, y no me estoy escapando.

—¿Algún informe que no he recibido?

Se rasca la cabeza y alza la vista hacia el helicóptero.

—Es Josh —le informo, y mi sonrisa se vuelve tímida cuando él me mira asombrado.

Damon cierra los ojos, como pidiendo paciencia.

—Debí imaginármelo.

Suena un aviso en mi teléfono y leo el mensaje de Josh.

Pues tienes muy buena vista porque aún no he salido de Glasgow. Un problema técnico con el helicóptero.

Mientras la piel se me hiela, me doy la vuelta. El helicóptero se ha acercado tanto que distingo el emblema real grabado en uno de los lados.

—Oh, Dios mío.

—No es Josh, Adeline —dice Damon, muy serio—. Es el rey.

Petrificada como una estatua, contemplo horrorizada y aturdida cómo el helicóptero se posa en la pista de aterrizaje. Mi padre baja y mi horror se multiplica cuando veo que lo siguen David, sir Don y el doctor Goodridge.

—¿Padre? —pregunto mientras se acerca a mí.

No me gusta su cara, en absoluto. Muestra una determinación férrea.

—He venido a cazar —declara mientras pasa por mi lado.

Me vuelvo para seguirlo.

—Y hemos de hablar de los preparativos —añade.

—¿Y qué hay de mis dos días?

Se detiene y me mira de arriba abajo.

—Tu destino está escrito. No viene de dos días ni de dos horas, el resultado será el mismo. Hemos de preparar el anuncio y los comunicados de prensa. Hay mucho por hacer.

Sigue andando sin hacer caso de mi estado de shock.

No me encuentro bien.

—¡Padre! —corro tras él, mientras giro la cabeza para fulminar con la mirada a David, segura de que ha tenido algo que ver con este cambio de planes.

Y ahora que pienso...—. ¿Dónde está Davenport?

—Indispuesto.

El rey se detiene en la puerta para que uno de los criados se ocupe de su abrigo.

¿Indispuesto? Davenport nunca ha estado indispuesto, aunque reconozco que estas últimas semanas sí que lo he notado un poco raro, pero era un raro de no ser él mismo, más que raro de enfermo. Todo esto es muy extraño. Y desesperanzador. Demasiado. Vuelvo la mirada vidriosa hacia Damon, buscando apoyo, no sé por qué. No hay nadie que pueda ayudarme.

—John llegará en breve —anuncia el rey a un miembro del personal—. Preparen su habitación, así como las suites para sir Don, Sampson y el doctor.

Genial, mi hermano mayor también viene, lo que faltaba. Consigo no esconder la cara entre las manos, pero no logro evitar que se me forme un nudo en la garganta. David y sir Don siguen a mi padre como dos perros falderos por los pasillos del castillo hasta llegar a su despacho. La puerta se cierra en mis narices y me la quedo mirando durante una eternidad mientras me vuelvo loca de preocupación. Miro hacia la ventana más próxima cuando oigo que se acerca otro helicóptero. No es Josh; él sigue en Glasgow. Es John. Más matones para amedrentarme.

—¿Alteza?

Vuelvo la cabeza hacia la voz como si pesara toneladas, y me encuentro al doctor Goodridge. Ese hombre siempre me ha parecido viejo, pero es que hoy lo veo excepcionalmente anciano. ¿Cuánto tiempo podrá aguantar siguiendo al rey a todas partes?

—¿Se encuentra bien?

Pestaño y miro de nuevo la puerta del despacho de mi padre.

—Tiene que controlarla, señor —nos llega la voz de David desde el otro lado.

—Tiene mucho carácter —contesta mi padre.

Se oye el sonido de cristal chocando con cristal. Sin duda mi padre se está sirviendo una copa.

—Si a mí me cuesta mantenerla a raya, no sé cómo se las arreglará tu hijo para hacerlo.

Sin pensar en lo que hago, abro la puerta y entro.

—No pienso casarme con Haydon —declaro, con tanto aplomo como soy capaz de reunir—. No puedes obligarme.

—Lo sabía —dice Sampson, con desprecio.

—¡Oh, cállate! —le espeto—. Esto no tiene nada que ver contigo. Deja de comportarte como una lapa con esta familia, no pienso casarme con tu hijo.

El rey me señala con la copa.

—No te equivoques, hija mía, harás lo que te ordene.

—¡No! —exclamo, perdiendo los nervios.

He llegado al límite. No pienso seguir secuestrada por las expectativas de nadie más. Sin hacer caso de las caras de asombro que me rodean, sigo hablando. ¡Al diablo con todo!

—Me niego a casarme con Haydon. Es injusto que le pidáis que se case conmigo especialmente ahora que... que... —Creo que empiezo a hiperventilar. Me falta el aire para acabar de pronunciar la frase—. Que...

—Ahora que ¿qué? —salta David.

Inspiro hondo y suelto lo que llevo semanas queriendo gritarle al mundo.

—¡Ahora que estoy enamorada de otra persona!

Mi confesión se queda resonando en el silencio que se ha instalado en la habitación. Un silencio atronador que dura siglos mientras tres pares de ojos me perforan.

«Oh, mierda. Mierda, mierda, mierda».

—¿El banquero? —Mi padre se echa a reír.

He saltado a la piscina y ya no hay vuelta atrás.

—No, no es Gerry Rush.

—Entonces ¿quién es?

Vuelvo a inspirar para poder pronunciar su nombre, tratando de no escuchar la voz que me acusa de estar arrojándolo a los leones. Pero es que esto no puede seguir así.

—Josh.

Mi padre me mira francamente confuso; David, enfadado, y sir Don se limita a cerrar los ojos, tal vez pensando en la de trabajo que se le viene encima.

—¿Quién demonios es Jo... —El rey se interrumpe cuando se le enciende la bombilla.

Yo tenía razón. El rey y sus consejeros no son responsables del asalto a la habitación del hotel. No tenían ni idea de lo nuestro.

—¿El americano? ¿El hijo de Jameson?

Asiento bruscamente.

—Correcto.

Mi padre se echa a reír a carcajadas. Sin duda, es la reacción más insultante que podría tener.

—Es ridículo.

—¿Por qué? —le pregunto, calmada.

—Es americano.

—¿Y?

—¿Un americano en la familia real? Ni hablar. Deja de vivir en las nubes, Adeline. Te casarás con Haydon Sampson, y no hay más que hablar.

—Incorrecto —digo, serena.

El rey se echa hacia atrás ante mi rechazo.

—Lo amo.

Él me enseña los dientes como un auténtico león en su trono.

—Te lo prohíbo.

—No me importa.

—Serás una desterrada.

—No me importa.

—¡Lo perderás todo! —brama.

—No —replico con frialdad, mirando alternativamente a cada uno de los tres hombres—. Lo tendré a él.

Josh es lo único que me importa en este mundo de locos en el que hemos nacido. Él es la única persona ante la que me inclino. Me vuelvo y me voy antes de que me echen.

—Buenos días, majestad.

—¡Adeline!

Acelero el ritmo al oír el grito de mi padre y sigo corriendo hasta llegar al garaje que hay en el extremo del ala este. Cojo las primeras llaves que encuentro en el armario de la pared y aprieto el botón. Las luces de un Land Rover se encienden al fondo. Conduzco en raras ocasiones y por eso salgo del garaje lentamente mientras le cojo el tranquillo. Cuando al fin piso el acelerador, veo que el castillo se aleja en el espejo retrovisor. Veo las puertas de la verja y llego a la conclusión de que si las acometo a esta velocidad, el Land Rover saldrá rebotado, así que me armo de valor, cierro un ojo y piso el pedal a fondo con los brazos muy rígidos, preparándome para el impacto. Llamadme loca, llamadme desesperada, llamadme exagerada, pero no hay otra manera de huir de esta nueva prisión. Me lanzo contra la verja armada solo con mi determinación, tragándome un grito y cerrando los ojos cuando se produce el impacto. El metal que me

aprisionaba se abre de golpe, el Land Rover se sacude con violencia y noto un dolor que me sube por los brazos.

—¡Oh, Dios mío!

Doy un volantazo y voy a parar al arcén de hierba mientras lucho para enderezar el volante mientras doy brincos en los baches. Doy tantos tumbos que me golpeo la frente contra la ventanilla. Grito, pero mantengo las manos firmes, superando bache tras bache en la pista de tierra. El teléfono no deja de sonar, pero no permito que me distraiga. Solo cuando he recuperado el control del vehículo y la carretera se vuelve más regular lo saco del bolsillo. Pensaba que sería Damon, enfadado y frenético, pero es Josh. Ver su nombre en la pantalla hace que las emociones se desborden, y la adrenalina me abandona.

—¡Josh! —exclamo, con una mano en el volante y la vista en la carretera—. Mi padre. En el helicóptero que veía iba mi padre. Me ha seguido hasta Escocia. Ha venido para hablar de los preparativos, las notas de prensa, los anuncios oficiales. No sabía qué hacer.

—Me cago en todo, Adeline —susurra—. ¿Dónde estás?

—Me he escapado. Voy en dirección sur.

—¿Tú sola?

—¡No he tenido tiempo para pensar, Josh!

Debo calmarme. Ahora mismo, mantener la cabeza fría es lo más importante.

—Debes calmarte —me dice él, como si me hubiera oído, aunque él tampoco parece muy tranquilo—. ¿A qué distancia estás de algún lugar civilizado?

—No lo sé. Hay una aldea a unos cincuenta kilómetros de aquí.

—¿Cómo se llama?

—Sellington Heights.

Oigo que Josh repite el nombre del pueblo a alguien y luego el ruido de las aspas de un helicóptero crece y crece hasta que Josh tiene que gritar para hacerse oír.

—El piloto dice que llegaremos en media hora. Busca un prado al norte del pueblo y colócate en el centro para que te veamos, ¿de acuerdo?

Asiento, preguntándome cómo demonios se han complicado tanto las cosas. Yo, huyendo, y Josh en un helicóptero tratando de encontrarme. Es una locura y, sin embargo, está pasando.

—Adeline, ¿me has oído?

—Sí, te he oído. —Un sonido del teléfono me avisa de que tengo una llamada entrante de Damon—. Damon me está llamando.

—¿Crees que te está siguiendo?

Miro por el retrovisor, hacia la carretera inacabable que se extiende a mi espalda.

—Sin duda.

—Sigue conduciendo, pero no aceleres demasiado. Quiero que llegues al prado de una pieza, ¿vale?

Aunque no es el mejor momento, no puedo evitar sonreír.

—¿Ya te estás arrepintiendo de esto?

—Nunca. Ya te lo he dicho, estoy dispuesto a perder todo lo que tengo menos a ti. Y ahora, mueve ese culito real y busca el prado.

Cuelga y yo suelto el móvil en mi regazo, donde sigue sonando. Vuelvo a coger el volante con las dos manos y no respondo a Damon. Mi objetivo principal es llegar hasta Josh sana y salva.

Hay docenas de campos. Tengo la cabeza tan llena de cosas que incluso decidirme por uno me cuesta. Me detengo al lado de una gran verja de madera. Bajo del Land Rover y descorro el cierre metálico. Con un poco de ayuda por mi parte, las puertas se abren. Vuelvo al coche pero me detengo cuando oigo un ruido familiar en la distancia. El sonido se hace más fuerte a cada segundo. ¡Josh está aquí! Tengo que llegar al centro del prado. Estoy a punto de entrar en el coche cuando Damon abre la otra puerta y quita las llaves del contacto.

—Adeline, ¿qué demonios estás haciendo?

Retrocedo, con la atención dividida entre el cielo y Damon.

—No trates de detenerme, Damon. Por favor, tú sabes mejor que nadie que no puedo hacer lo que me ordenan.

Damon mira a mi espalda con la cabeza ladeada y el ceño fruncido. Sigo la dirección de su mirada y veo aparecer un helicóptero sobre los árboles.

—Tengo que irme.

Damon niega con la cabeza, desesperado. Parece tomarse unos instantes para reflexionar y finalmente suspira.

—¿Y ahora quién me va a mantener ocupado si usted no está?

Siento un alivio tan grande que le sonrío.

—Gracias, Damon. Por todo.

—Váyase ya —me ordena, con la vista en el cielo.

Pero no lo hago. En vez de eso, corro en su dirección, me lanzo en sus brazos

y le muestro todo el amor y agradecimiento que siento por él. Y él me lo devuelve. No nos decimos nada, pero no hace falta. Separándose de mí con delicadeza, da un paso atrás y asiente con la cabeza. Yo obedezco su indicación y salgo corriendo tan deprisa como puedo hasta el centro del campo, moviendo los brazos en el aire como una loca.

El helicóptero desciende poco a poco y se mantiene suspendido, levantando briznas de hierba que revolotean eufóricas a mi alrededor. El teléfono me vibra en la mano.

—¡Retírate, que bajamos! —grita Josh cuando respondo.

Retrocedo un poco y me cubro la cabeza con un brazo para evitar los azotes que el pelo me da en la cara por culpa del viento, que también me pega la ropa al cuerpo. Cuando el helicóptero toca el suelo, la puerta se abre y Josh salta y viene corriendo hacia mí. Verlo me paraliza porque no puedo gestionar tantas emociones a la vez. Es demasiado. El alivio que siento es bestial. Un sollozo me sacude el cuerpo entero. Con la única energía que me queda, consigo levantar los brazos cuando él choca contra mí. En el instante en que nuestros cuerpos se reencuentran, me estalla el corazón y los ojos no pueden seguir conteniendo las lágrimas. Lo abrazo, aferrándome a su espalda con todas mis fuerzas.

—No te imaginas lo feliz que me hace verte.

Lloro con la cara hundida en su cuello, sin poder controlarme.

—Me lo imagino, nena, te lo aseguro.

Josh me consuela, me besa, me acaricia, me estruja, el pelo vuela alrededor de mi cabeza, la ropa de los dos aletea. El sonido del helicóptero es ensordecedor, pero oigo sus palabras con tanta claridad como si estuviéramos rodeados de silencio. Separándome un poco, dejo que me palpe la cara, que bese cada centímetro.

—Estas semanas han sido un infierno. No vas a volver a apartarte de mi vista, nunca más. —Me acaricia las mejillas, los hombros y los brazos hasta llegar a mis manos. Enlaza los dedos con los míos para enfatizar sus palabras—. Nunca.

Mira a mi espalda y, cuando me vuelvo, veo que Damon se nos ha acercado.

Mi jefe de seguridad nos enseña su teléfono.

—Tiene que irse ya. —Me está advirtiendo.

—Gracias.

Damon se encoge de hombros.

—Pensaba retirarme joven igualmente.

Josh tira de mí hacia el helicóptero, pero sigo mirando a mi querido guardaespaldas hasta el último momento, recordando los años que hemos compartido. Voy a echar tanto de menos su presencia... Y, de pronto, sonrío, como si supiera lo que estoy pensando. Tal vez él esté pensando lo mismo.

Damon levanta una mano despacio mientras Josh me empuja para que suba al helicóptero. Me coloca unos cascos en la cabeza y me ata el cinturón de seguridad antes de ocuparse del suyo. Luego me da la mano. Me mira y me dirige una sonrisa pequeña pero que lo dice todo mientras nos elevamos lentamente del prado y ascendemos al cielo. Mi cielo.

23

Esperaba que, fuéramos donde fuéramos, tuviéramos la oportunidad de estar a solas para recuperar el tiempo perdido, pero no ha podido ser. En cuanto hemos aterrizado en un pequeño aeródromo a las afueras de Londres, los equipos de seguridad y de Relaciones Públicas de Josh nos han rodeado e introducido en un coche que había aparcado a pocos metros del helicóptero.

No he entendido nada de lo que han dicho porque todos hablaban a la vez, pero una cosa me ha quedado clara: Ningún miembro del equipo de Relaciones Públicas de Josh, casi todos americanos, sabe cómo dirigirse a mí. Todos han hecho una reverencia y ha sido bastante incómodo, aunque a Josh le ha resultado gracioso, y a Bates y a sus hombres también. He dejado que hablaran de tácticas durante todo el trayecto de vuelta a Londres, aunque casi no he oído lo que decían. Me he limitado a disfrutar de la presencia de Josh, acurrucada a su lado, preguntándome cómo las cosas han llegado hasta aquí. Técnicamente, he huido de mi familia y es cuestión de tiempo que la prensa se entere de mi paradero.

Bajo del coche cubierta por la chaqueta de uno de los guardaespaldas de Josh, rodeada por todas partes para que nadie me vea. No reconozco el lugar en el que nos encontramos, aunque parece una zona residencial por lo poco que veo entre el ejército de gente que me protege. He visto a Bates hablar por teléfono en el coche. Mientras hablaba, no me quitaba los ojos de encima. Le he dirigido una sonrisa mientras él asentía al teléfono, al suponer que estaba hablando con Damon. Me gusta saber que, incluso ahora, mi jefe de seguridad se preocupa por mí.

Cuando el equipo de Josh se dispersa, veo que estamos en el vestíbulo de un lujoso bloque de pisos.

—Es de un amigo —me cuenta cuando lo miro—. Está en Los Ángeles, me ha dicho que podemos quedarnos aquí.

De repente, me siento una carga. Subimos a la última planta en un ascensor que llega directamente al espacioso ático.

—No es un palacio —comenta la publicista de Josh mientras nos precede—, pero de momento es un lugar seguro.

—Odio los palacios —contesto, sin pensar, mientras Josh me lleva hasta un ventanal situado en la otra punta del piso.

La panorámica sobre Londres es extraordinaria. Nunca la había visto desde esta perspectiva.

—Vaya. —Me río discretamente, señalando las vistas—. Ahí está Kellington, por si me añoro.

La residencia real, enclavada entre uno de los parques reales menores y una hilera de casas de estilo georgiano, se ve pequeña desde aquí, insignificante y casi anodina entre el esplendor del resto de Londres.

—Y ahí la casa de mis padres.

Claringdon no tiene nada de insignificante ni de anodino. La colosal estructura parece haberse ido extendiendo sobre el territorio a lo largo de cientos de años. La bandera no ondea en lo alto, lo que me indica que el rey está fuera. Lo más seguro es que siga en Escocia, gritando y protestando. Seguro que el doctor Goodridge ha tenido que administrarle un calmante.

—¿Por qué no vas a darte una ducha? —Josh se coloca a mi espalda y me rodea la cintura con los brazos—. Uno de los chicos ha ido a comprarte ropa para que te cambies, pero hasta que llegue puedes ponerte el albornoz que hay detrás de la puerta.

Me doy la vuelta entre sus brazos.

—¿Y tú qué harás?

Sus ojos azules parecen agotados, les falta ese brillo que tanto me gusta. Y nunca lo había visto tan despeinado y con la barba tan crecida. Está agotado, hecho un desastre, y es por mi culpa.

—Tengo que ocuparme de unos temas con los chicos.

Miro hacia el otro lado de la sala, donde una docena de personas están montando una oficina de campaña. Salen portátiles de todas partes. Hay gente tomando notas y otros hablando por teléfono en voz alta mientras caminan de un lado a otro. La escena es un poco caótica y, de nuevo, vuelvo a sentirme culpable por provocar tantas molestias.

—¿No deberían informarme de todo?

—No, yo me ocupo, confía en mí. —Me sujeta por los hombros y me lleva

hacia el baño, con firmeza y decisión.

—¿Cuándo voy a poder tenerte para mí sola? —refunfuño, mientras entramos en un baño muy lujoso, cubierto de mármol negro y cromados.

—No descansaré hasta que no sepamos exactamente cómo vamos a actuar, así que ten paciencia.

—Ya te lo dije, llévame a América.

—¿Tienes el pasaporte aquí?

Alzo la nariz mirándolo a través del espejo que tengo delante.

—Sácame a escondidas.

Josh pone los ojos en blanco y abre el agua de la ducha, llenando el baño de vapor.

—Haz lo que te digo. —Me planta una toalla en el pecho y un beso en los labios—. Por favor, alteza.

Frunzo el ceño y le dirijo una mueca sarcástica.

—Entonces ¿tengo que quedarme aquí encerrada mientras tú hablas con tu gente sobre cómo lidiar conmigo?

—Oh, sé perfectamente cómo lidiar contigo —dice, y se agacha, me atrapa las nalgas y las aprieta con fuerza—. Pero no creo que los que están ahí fuera quieran oír los detalles, cariño.

—Ellos tal vez no, pero yo sí —lo provoco, mordisqueándole la barbilla—. Quiero detalles explícitos.

Josh gruñe y me muerde los labios.

—Tenemos que ponernos al día.

—Estoy de acuerdo.

—Te voy a dejar el culo que ni te lo vas a notar.

—Bien.

Él sonríe sin separar los labios de los míos y yo hago lo mismo, abrazándolo con fuerza.

—Tal vez deje incluso que te sientes en tu trono.

Me echo a reír, perdiendo el contacto de su boca.

—Eres terrible.

—Y te encanta. —Me da la vuelta y luego un azote en el culo—. A la ducha.

—Sí, señor.

Me guiña un ojo y me deja sola.

Cuando acabo de ducharme y me he envuelto en el magnífico albornoz, veo que tengo el móvil a rebosar de llamadas perdidas. Soy incapaz de mirar quién me ha llamado porque, en estos momentos, mi decisión de salir huyendo de mi vida me parece surrealista. Tras el subidón de adrenalina que me ha permitido dejar a Damon y a mi familia atrás, me siento chafada, exhausta, y sin embargo sé que queda mucho por hacer. Ha llegado el momento de ponerme el disfraz de mujer fuerte y de reunirme con las personas que van a encargarse de manejar mi vida, al menos de momento.

Entro en el gran espacio sin divisiones que ocupa casi todo el ático y me los encuentro a todos sentados alrededor de la gran mesa. Cuando detectan mi presencia, se hace el silencio.

—Comportaos como si no estuviera —digo, ruborizándome.

Josh echa la silla hacia atrás y se palmea el regazo. Yo me acerco y me siento encima de él, sin dudarlo. Le doy mi móvil y digo:

—No para de sonar.

Él lo coge y se lo pasa a su publicista.

—Creo que deberías encargarte tú —le dice.

Ella asiente.

—¿El pin?

Josh se echa a reír y yo lo miro mal.

—Será mejor que te lo escriba —dice.

Coge un bolígrafo y me lo pone en la mano mientras con la otra me acerca un trozo de papel.

Anoto el código de seguridad para Tammy y vuelvo a relajarme contra el calor corporal de Josh.

—¿Y bien? —comento, animada—. ¿Sabéis ya cómo vais a tratar el tema con mi encantadora familia?

Mi pregunta despierta varias sonrisas alrededor de la mesa, todas sinceras. Una de las mujeres me observa fascinada.

—No me puedo creer que esté sentada a la misma mesa que la princesa Adeline de Inglaterra.

Tammy le dirige una mirada burlona, pero yo le sonrío.

—No soy tan importante como dicen, créeme.

—Es la tercera en la línea de sucesión al trono británico, señora —me recuerda Tammy—. Eso la hace bastante importante a nuestros ojos de meros mortales.

—Habla por ti —bromea Josh, haciéndome rebotar en su regazo—. Para mí es simplemente mi novia y la mujer a la que quiero, y ya estoy cansado de mantenerlo en secreto, así que ¿qué hacemos ahora?

Sonriendo por dentro, me pego más a él.

La expresión de Tammy se vuelve más solemne.

—Debemos hacerlo público antes de hablar con ellos —dice, acercándome unas notas—. Hay que redactar una nota de prensa. Una vez publicada, la monarquía ya no podrá hacer nada. Y serán nuestras palabras, no las de un periodista. Debe ser un anuncio sencillo, para comunicar al mundo que están saliendo.

—¿Solo saliendo? —Frunzo los labios en un gesto descarado—. Porque... ¡Au!

Doy un brinco en el regazo de Josh cuando él me pincha con un dedo en las costillas, haciendo que todo el mundo se eche a reír. Es agradable estar rodeada de gente normal, gente que no tiene un palo metido por el culo.

—Vale, saliendo —accedo—, si insistes.

Josh se ríe y hunde la nariz en mi pelo.

—Te quiero.

—Para. Estás haciendo que todos se ruboricen.

Él se endereza en el asiento y se concentra en el tema.

—¿Cuándo vamos a enviar la nota de prensa?

—Mañana —responde Tammy.

—¿Por qué no ahora? —pregunto yo, porque *mañana* me parece que está a una eternidad de distancia—. Mi familia debe de estar preparando un plan de ataque ahora mismo; cuanto menos tiempo les demos para reaccionar, mejor.

Tammy barre la mesa con la mirada y los reunidos hacen una especie de ola, pero, en vez de levantando los brazos, encogiéndose de hombros.

—Pues la lanzamos esta noche —accede.

—¿Estás segura? —me pregunta Josh, haciendo que me vuelva un poco sobre su regazo para mirarme a los ojos—. Yo estoy listo, Adeline —dice, claro, conciso, decidido—. Saldría ahora mismo a la calle y lo gritaría para que se enterara todo el mundo, pero necesito saber si tú también estás preparada.

¿A qué vienen estas dudas ahora? ¿Acaso no le he demostrado lo decidida que estoy?

—Hace semanas que estoy lista.

Él asiente con firmeza e inspira, con los ojos clavados en los míos.

—Envía la nota en cuanto la acabéis de redactar —le ordena a Tammy. Se pone de pie, obligándome a hacer lo mismo—. Y ahora, si hemos terminado, me gustaría tener un poco de intimidad, por favor.

Se agacha y se me echa al hombro. Yo grito, sorprendida.

—¡Josh!

—¡Adiós a todos! —se despide, dándome un azote en el trasero mientras me lleva a un dormitorio.

Me apoyo en su zona lumbar y los miro, roja como un tomate, entre los mechones de pelo mojado. Tammy parece exasperada, pero el resto del equipo se está aguantando la risa, como si no quisieran que Tammy los viera reírse. Todos me están mirando, así que me encojo de hombros lo mejor que puedo en esta postura y murmuro que lo siento, aunque es mentira. No lo siento en absoluto. Llevo semanas esperando este momento.

—Creo que a Tammy no le ha hecho mucha gracia —le digo a su culo, y aprovecho la postura para meterle mano.

—Que se joda Tammy.

Me lanza sobre la cama y el tacto de la ropa mullida refuerza mi sensación de estar en las nubes.

—Que se joda la monarquía.

Josh hace su aparición ante mí cuando me retiro el pelo mojado de la cara. Se está quitando la camiseta y tiene medio torso al descubierto.

—Que se joda la opinión pública.

Tira la camiseta al suelo y su mirada, tan cargada de deseo que me cuesta de asimilar, se encuentra con la mía.

—Y ahora tú vas a joder conmigo. Vas a follarme, alteza.

¡Bang!

Mi corazón ha estallado... seguido de mi cuerpo... y de mi mente. Todo ha saltado por los aires. Ante mí tengo mi hogar. El único sitio del mundo donde siento que encajo. Me muerdo el labio mientras Josh acaba de desnudarse lentamente. Su cuerpo desnudo es tan perfecto que me quedo sin aliento. Me abre el albornoz despacio y me acaricia la piel del vientre con delicadeza.

—¿Alguna vez has deseado algo con tanta fuerza que matarías por conseguirlo? —me pregunta, mientras me ayuda a quitarme el albornoz.

Asiento y él sonríe, recorriéndome las piernas con la vista, de abajo arriba, hasta llegar a las caderas. Me besa el sensible valle bajo el ombligo, sonriendo

con la boca pegada a mi piel. Traza un camino de besos superficiales que va desde mi vientre hasta los pechos y me lame los pezones con la lengua.

—Me has vuelto loco de atar, Adeline. No puedo pensar en nada que no seas tú.

Mi cuerpo se arquea poco a poco; los ojos se me cierran de pura felicidad. Josh me cubre por completo. Y es real. No es un sueño. Cuando estamos juntos, el resto del mundo palidece. No existen los problemas, no hay conflictos que deban resolverse. Solo estamos nosotros, nuestros sentimientos, nuestra devoción... nuestro amor. Amor rápido pero sólido. Nadie puede romper un amor así. Somos él y yo contra el mundo.

Le llevo las manos al pelo y se lo acaricio, empujando para acercar mi carne a su boca. Estoy flotando. Nunca me he sentido más libre que ahora. Nada puede competir con esta sensación, ni el dinero ni el poder. Esto. La vida va de esto. Sentir que tu alma se enlaza con la de otra persona, que se unen, se funden hasta convertirse en un solo ser, más fuerte.

Josh se echa hacia atrás y se sienta sobre los talones, conteniendo una sonrisa.

—Ábrelas, alteza.

Separo las piernas al momento, librándome de la dignidad por el camino. No podría importarme menos, sobre todo cuando la sonrisa de Josh se despliega, iluminando la habitación.

Se deja caer hacia delante, y apoya las manos a ambos lados de mi cabeza. Con la cara suspendida sobre la mía, me dice:

—Buena princesita.

La alegría hace que el corazón se me hinche y que sonría como nunca.

—Te he echado tanto de menos... —digo, y levanto un brazo y le apoyo la mano en la mejilla, que rasca por la barba de varios días.

Él deja de apoyarse en las manos y nuestros torsos se unen. Luego penetra en mí lenta, muy lentamente. Suspiro y le acaricio los hombros. La sensación de plenitud me abruma.

Por primera vez en mi vida tengo un objetivo. Tengo a Josh y junto a él podré hacer realidad mis sueños.

Sus movimientos medidos me roban el aliento una y otra vez. Su cara está tan cerca de la mía que inhalo el aire que él exhala. No aparta la mirada de mis ojos en ningún momento y me sujeta el cuello con las manos mientras balancea las caderas con precisión milimétrica.

—Perfecto, ¿verdad? —susurra, uniendo sus labios a los míos.

—Perfecto —confirmo, levantando las caderas para recibir cada una de sus acometidas.

Estamos haciendo el amor lenta y deliberadamente. Si hubiera una palabra que expresara un estado superior a la perfección, la usaría. Nuestra cercanía, la conexión, el entendimiento que brilla en nuestros ojos mientras se mueve sobre mí con delicadeza. Nuestros corazones, que laten a un ritmo regular, la piel resbaladiza, las lenguas, que se enroscan despacio. Todo supera mis sueños más desatados.

Tras años de inclinarme ante los deseos de mi padre, no me han quedado ganas de tener un nuevo señor al que obedecer. Me he vuelto intolerante y algo inflexible con el resto de los hombres, pero con Josh es distinto. No me cuesta nada admitir que Josh Jameson es mi rey. El rey que yo he elegido. No me cuesta someterme a su autoridad porque estoy segura de su amor. En todo lo que hace me demuestra adoración y entrega, y saber que soy merecedora de esos sentimientos me hace sentir muy especial. No me inclino ante nadie, solo ante él, y me resulta fácil, porque sé que nos enfrentaremos a todo lo que venga como iguales ya que me quiere por ser quien soy.

Noto una presión que se me arremolina en el bajo vientre. Su erección la aviva cada vez que penetra con el grado de fricción perfecto. Gimo en su boca, y lo agarro con más fuerza por los hombros.

—Más fuerte —murmura, llevando sus manos a mi pelo y tirando de él, como para mostrármelo.

Sigo sus órdenes sin dudar y le clavo las uñas en la piel. El beso que une nuestras bocas se vuelve más sucio.

—Así. —Sus caderas dan una sacudida; él también empieza a perder el control—. Joder, Adeline, ¿cómo podía vivir antes de conocerte?

Yo me hago la misma pregunta. Mi vida anterior a la llegada de Josh me parece anodina, sin sentido. Me muerde el labio, perdiendo el control cada vez más, y se incorpora, aguantando el peso de su impresionante torso con los brazos. Esta nueva posición le permite penetrarme desde un nuevo ángulo y alcanzar rincones más escondidos. Aprovecha la circunstancia y se clava tan profundamente en mí como puede, olvidándose de las embestidas cuidadosas de hace un momento.

Me apoyo en sus antebrazos para hacer fuerza. Recibo cada uno de sus golpes con un grito. Su rostro contraído por la satisfacción es todo un

espectáculo. Ha perdido del todo el control y se mueve llevado por la necesidad. No puedo apartar la mirada de su rostro y eso hace que me olvide de mi propio placer. Verlo a él sumido en las sensaciones es suficiente placer para mí. Quiero presenciar el momento en que pierda el control por completo y salga disparado. Quiero ver cómo el orgasmo lo recorre por completo, oír los sonidos que emita mientras lucha contra la intensidad del clímax. Por eso me centro en él y solo en él, olvidándome de mi placer y disfrutando de su espectáculo tan exquisito. Me maravillo a cada segundo mientras él persevera en su misión de alcanzar el orgasmo que tanto espera.

Hincha las mejillas y abre mucho los ojos.

—Córrete —le ordeno, clavándole las uñas en los antebrazos y flexionando las caderas para acogerlo en mi interior hasta el fondo.

—Tú —dice entre jadeos, moviéndose a un ritmo frenético.

Niego con la cabeza y me aseguro de que no salga de mí agarrándolo por las nalgas y empujándolo hacia mi cuerpo.

—Venga —le ordeno otra vez.

—Joder, Adeline —dice, resollando, con los ojos y la mandíbula muy apretados.

—Abre los ojos, Josh.

Él obedece con la mirada empañada y borrosa.

—Maldita sea, mujer.

Sus embestidas adquieren un nuevo grado de brutalidad. Se clava una y otra vez en mí, entre gritos salvajes, y su mirada viaja de mi cara a mis pechos, que rebotan por el impacto. Sé en qué momento exacto sale despedido porque la sensación en mi interior se vuelve más espesa y palpitante.

—Ahí está.

Le recorro las gloriosas nalgas con las uñas, y él agacha la cabeza, aflojando el ritmo. Las gotas de sudor le caen por la frente. Verlo correrse es la cosa más bonita que he contemplado. No puedo expresar lo mucho que me gusta verlo perder el control de su cuerpo, relajarse tanto que se le doblan los brazos y se me desploma encima. Hunde la cara en mi cuello y trata de recobrar el aliento, mientras las caderas se le mueven involuntariamente a medida que se vacía dentro de mí. Mis paredes internas abrazan su polla palpitante. Sonriendo, lo abrazo con fuerza, sintiendo una gran satisfacción.

—Bienvenido a casa —susurro, hundiendo la nariz en su pelo húmedo para empaparme de su olor.

Josh, que es un peso muerto sobre mí, jadea. Mi sonrisa se hace más amplia y el abrazo, más cerrado.

—Te quiero tanto, mujer...

Trata de besarme el cuello, pero le faltan las fuerzas. Y notar lo noqueado que está me hace muy feliz. Estamos en contacto por todas partes, sostengo su peso, no podemos estar más cerca.

—Duérmete —le digo, al sentir que mis ojos también se están cerrando.

—Tengo que ocuparme de ti. —Suenas tan dispuesto a hacerlo como yo a soltarlo. No estoy lista para separarme de él. Y no sé si lo estaré algún día.

Chisto para hacerlo callar y cierro los ojos. Segundos más tarde lo oigo roncar en mi oreja.

Y este momento también es perfecto.

Es la calma que precede a la tempestad.

24

Cuando abro los ojos a la mañana siguiente, la luz del televisor ilumina la habitación. Tengo el cuerpo muy calentito y la mente en paz. Mi cabeza sube y baja al ritmo de la respiración de Josh. Su torso se extiende ante mis ojos. Tengo una mano apoyada en su pectoral y le he echado una pierna por encima de los muslos.

Levanto el cuello y lo encuentro mirándome, con la espalda apoyada en el cabecero.

—¿Estás cómoda ahí abajo?

Me da un casto beso en la cabeza mientras empiezo a estirar brazos y piernas involuntariamente.

—Oh, Dios mío. —Gruño de placer al notar que los músculos se estiran—. ¿Qué hora es?

—Las siete.

Desciende por la cama hasta que quedamos a la misma altura, cara a cara.

—¿Por qué has puesto la tele?

Él disimula una sonrisa.

—Creo que pronto va a haber un avance informativo.

La nota de prensa. Noto mariposas en el estómago; son los nervios. Miro hacia la tele y veo que Josh ha elegido la BBC para informarse. Me parece absurdo que se considere una noticia que dos personas hayan decidido salir juntas, pero es así.

—¿Se sabe cuándo van a emitir la nota?

—No creo que la prensa tarde mucho en volverse loca. —Josh me apoya una mano en la cadera desnuda y la aprieta para llamarme la atención—. Estás nerviosa.

Me apresuro a tranquilizarlo.

—Sí, pero son nervios buenos. Tengo muchas ganas de poder salir a la calle contigo sin esconderme. No me da miedo la reacción de la gente, sino las represalias de mi familia.

Josh me dirige una mirada comprensiva.

—No hemos hablado de lo que pasará cuando el polvo de la explosión se haya asentado.

—Si es que alguna vez se asienta... —murmuro, uniendo las manos como si rezara y colocándolas en la almohada, bajo mi mejilla.

—Se asentará. —Me aprieta la cadera de nuevo, como pidiéndome que tenga un poco más de fe—. Y entonces necesitaremos saber cómo actuar.

—¿Qué quieres decir?

Él pone los ojos en blanco, algo exasperado.

—Tal vez no te hayas dado cuenta, pero yo no soy de por aquí.

—Ya.

Me siento un poco tonta. Hasta este momento no he pensado en las consecuencias logísticas de nuestra decisión.

—Bueno, está claro que tú sí has estado pensando en ello.

—Sin parar —admite, tan tranquilo.

—¿Y?

—Quiero que vengas conmigo a Estados Unidos. O, mejor dicho, quiero que me acompañes a todas partes. Donde quiera que vaya, te quiero a mi lado.

Eso suena perfecto, pero es poco realista.

—¿Eres consciente de que la logística va a ser una pesadilla?

—¿Por qué?

—Porque tú eres tú y yo soy yo. Por no hablar de que, probablemente, me van a quitar todos los privilegios, y eso incluye mi asignación y la seguridad.

Las consecuencias de mi relación con Josh no me preocupan en absoluto, pero, hasta este instante, no había pensado en lo que van a suponerle a él, sobre todo a nivel económico. Si algo sé es que la seguridad no debe de ser barata. Me tumbo de espaldas, desanimada.

Un gruñido que parece nacerle en los pies recorre a Josh de abajo arriba. Se monta sobre mí, con el ceño fruncido.

—Para.

—Yo no...

Me tapa la boca con la mano.

—Como digas una palabra más, te arrepentirás. —Ladea la cabeza, y retira la

mano despacio, mirándome muy enfadado—. ¿Está claro?

—Está claro.

Estoy tentada de preguntarle qué va a hacer exactamente para que me arrepienta, porque necesito detalles, pero me distrae la televisión. Oigo que mencionan a la realeza y Josh debe de haberlo oído también porque se incorpora de un brinco y se sienta mirando a la pantalla. Yo también me incorporo, con el corazón en un puño, y busco la mano de Josh. Ha llegado el momento. Es el día D y la hora H, o así lo siento. Ha llegado el momento de que el mundo se entere de lo que hay entre Josh y yo.

Sin embargo, frunzo el ceño cuando me doy cuenta de que el periodista no está en un estudio sino al aire libre, en lo que parece la campiña inglesa. No hay fotos de Josh ni mías; lo que aparece en la esquina superior derecha de la pantalla es una foto del rey, en el día de su coronación. ¿Qué está pasando?

Me echo hacia delante y escucho con atención mientras el reportero señala a su espalda.

—Al parecer, ayer por la noche el helicóptero sufrió un fallo mecánico a medio camino y se precipitó contra el campo que hay al otro lado de los árboles.

Frunzo el ceño mientras el cámara acerca el plano a los árboles, buscando algo en el extremo más alejado del prado.

—El rey volvía a Londres desde su residencia oficial en Escocia.

El corazón se me convierte en una piedra dentro del pecho.

—Falleció en el acto.

Un grito espantoso llena la habitación y tardo unos segundos en darme cuenta de que sale de mi boca.

—¡Joder! —Josh me agarra y me abraza con fuerza—. ¡Tammy! —grita por encima de mi cabeza—. ¡Tammy!

Coge el albornoz y me cubre con él antes de ponerse los bóxers y volver a abrazarme.

El reportero sigue hablando, contándole al mundo que el rey Alfred ha muerto... que mi padre está muerto. No, no puede ser. Tiene que ser un bulo. Me revuelvo para librarme del abrazo de Josh. Lo veo todo borroso, por culpa de las lágrimas, que me seco bruscamente mientras bajo de la cama y me acerco al televisor.

Josh me sigue y trata de devolverme a la cama, pero yo me resisto con todas mis fuerzas.

—¡Suéltame! —grito, empujándolo.

La cámara vuelve a enfocar al periodista, que muestra un rostro solemne.

—Aún no se conocen los detalles y el perímetro está acordonado en un kilómetro a la redonda. No podemos ofrecerles demasiada información aparte de que hemos perdido a nuestro rey y que el mundo está de luto.

El shock hace que pierda el control de los músculos y caigo de rodillas delante de la pantalla, contemplando absorta al hombre que me está diciendo que mi padre ha muerto.

Oigo a Josh maldecir a mi espalda, impotente, y luego oigo la puerta, que se abre con brusquedad.

Tammy está en el umbral, con un portátil en los brazos.

—El príncipe John también iba a bordo del helicóptero.

—Dios... —susurro mientras Josh se lleva las manos a la cabeza y se tira del pelo. Bajo los ojos al regazo—. Eso es imposible —digo, tratando de poner mi cabeza en orden—. No puede ser.

Josh se deja caer de rodillas al suelo frente a mí y me toma las manos.

—¿Adeline?

—Es imposible que John volara con mi padre —repito, esta vez con más decisión y mirando a Tammy—. El monarca y el heredero al trono nunca viajan juntos, precisamente por eso. —Señalo hacia el televisor, pero no me atrevo a mirarlo—. Mi padre nunca habría roto una norma tan antigua. Mi padre era un firme defensor de mantener las normas.

Nunca habría permitido que John viajara con él; lo tengo clarísimo.

Tammy niega con la cabeza, como si no supiera qué decir.

—Solo le digo lo que me ha contado mi fuente.

—Pues tu fuente se equivoca. —Me levanto con esfuerzo, porque mis piernas parecen de gelatina—. ¿Y si se hubieran equivocado en todo?

Esta vez sí miro al televisor, pero cuando veo las imágenes desearía no haberlo hecho.

Están mostrando la vista aérea de un campo y hay restos del helicóptero real esparcidos por todas partes.

—Oh, Dios mío.

Josh tira de mí y me obliga a apartar la vista del televisor.

—Necesito el teléfono —le digo a Tammy—. Tengo que llamar a Damon.

—Lo apagué para que no pudieran rastrear su paradero.

Se lo saca del bolsillo y me lo da.

Me peleo con los botones, con las manos temblorosas, y cuando al fin se

enciende, empiezan a llegar avisos de llamadas perdidas, de Damon, de Davenport y de mi madre. Y en ese momento sé que la pesadilla que el reportero está anunciando al mundo es real. Logro desbloquear la pantalla y, cuando llamo a Damon, él responde inmediatamente.

—Adeline, ¿dónde está? —Nunca lo había oído hablar con ese tono de voz. Su ansiedad aporta aún más credibilidad a las noticias.

Aunque tengo un nudo en la garganta, logro hablar:

—Dime que no es verdad.

Josh se acerca a mí, listo para sujetarme cuando se confirmen mis temores.

—Dime que todo ha sido un error terrible.

—No puedo —susurra Damon.

Y me doblo en dos cuando el dolor me atraviesa. Me echo a llorar. No puedo sostener el teléfono ni puedo mantenerme en pie.

Josh amortigua mi caída y, cuando encuentra el móvil en el suelo, habla por mí.

—Damon, soy Josh.

Con la mano libre me sube a su regazo y yo me acurruco contra su pecho, abrumada por el dolor.

—¿Y John? —Su pregunta va seguida de una maldición.

—¡No! —grito, y hundo la cara en el pecho de Josh, como si entrando en mi paraíso pudiera huir de este infierno.

Él me acaricia la cabeza, tratando de consolarme.

—La llevaré ahora mismo —dice Josh, disgustado—. Preparaos para su llegada. Sí... Bien... —Cuelga, pero permanece inmóvil, en el suelo, abrazándome—. Tengo que llevarte a Claringdon, nena.

—Todo es culpa mía.

El arrepentimiento y la culpa me están abriendo en canal.

—¡No! —salta Josh—. Ni se te ocurra ir por ahí, Adeline.

Me aparta y me fulmina con la mirada, pero las manos que me sostienen por los hombros me acarician con suavidad.

—Tú no les dijiste que te siguieran a Escocia ni les pediste que te siguieran luego de vuelta a Londres.

No puedo controlar el temblor de la barbilla.

—Necesito ver a mi madre. Y a Eddie. Necesito ver a Eddie.

—Vamos, te llevaré con ellos ahora. —Mira a Tammy y asiente bruscamente—. Se está formando el caos a las puertas del palacio. La policía está tratando de

controlar a la multitud. Damon enviará unos cuantos coches para que nos escolten.

—De acuerdo —dice Tammy.

—¿Y la nota de prensa? —pregunta Josh.

—No la envié. —Tammy no suena arrepentida—. Decidí esperar hasta esta mañana para asegurarme de que nadie había cambiado de idea.

Josh suelta el aire, obviamente aliviado.

—Adeline —me anima a levantarme de su regazo—. Tienes que vestirte, nena. Te llevaré a casa.

No tengo fuerzas ni ganas de arreglarme. Josh acaba vistiéndome mientras yo sigo sin poder asimilar lo que ha pasado.

No puedo.

Esto no puede ser verdad.

Los cristales tintados son lo único que nos separa a Josh y a mí del resto del mundo. Una muchedumbre de curiosos y periodistas de cadenas de todo el mundo están acampados a las puertas de Claringdon. Nunca había visto tanta presencia policial.

A medida que nos acercamos a la verja, siguiendo a un policía motorizado, vamos reduciendo la velocidad. Todo es un caos de ruido, movimientos, imágenes. Siento como si estuviera flotando y lo viera todo desde arriba, los flashes, la gente que grita. La policía tiene que recurrir a la fuerza para apartar a algunos de nuestro camino.

Más allá de la verja dorada, el palacio tiene un aspecto triste. Los detalles dorados han perdido su brillo habitual. Las banderas están a media asta y las cortinas de las docenas y docenas de habitaciones corridas.

Josh me aprieta la mano, pero soy incapaz de devolverle el gesto, ni apretándosela yo a él ni mirándolo. No tengo fuerzas para nada. No he dicho ni una palabra desde que salimos escoltados del apartamento. La voz del periodista resuena una y otra vez en mi mente, en bucle, y no puedo quitarme de la cabeza las imágenes del helicóptero hecho pedazos. Nuevas lágrimas asoman a mis ojos, mientras me devora la culpa y la desolación. «¿Qué he hecho?»

Entramos por la parte trasera del palacio para evitar la curiosidad de la multitud. Cuando bajo del coche, veo varios helicópteros dando vueltas, ofreciendo al mundo entero las imágenes que están ansiosos por ver. Somos el centro de atención, el espectáculo que nadie se quiere perder.

Alguien me rodea los hombros con el brazo y me lleva corriendo al interior de Claringdon. No me doy cuenta de que se trata de Josh hasta que cruzo las puertas y los consejeros de mi padre se quedan en silencio, mirando a mi acompañante como si fuera un impostor. Son miradas de sorpresa y de condena.

Y eso me da las fuerzas necesarias para buscar la mano de Josh y aferrarla como si mi vida dependiera de él.

Sir Don y David Sampson no nos quitan los ojos de encima. Parece que acaban de llegar porque aún llevan los abrigos puestos.

—No iban en el helicóptero —digo en voz baja.

—Su majestad salió precipitadamente.

El desprecio que desprende David me parte en dos. Retiro la mirada, sin saber qué decir.

—Alteza. —Davenport es quien rompe el incómodo silencio. Se acerca a mí e inclina la cabeza en señal de respeto—. Mis más profundas condolencias.

Su pésame es una nueva confirmación de que no estoy viviendo una pesadilla espantosa.

—¿Mi madre?

—La reina consorte está en el salón Burdeos, señora. Está esperando su llegada.

Busco a David y a sir Don con los ojos. Permanecen como estatuas, juzgándome. No puedo soportar la vergüenza y bajo la vista hacia el brillante suelo de mármol. Ellos saben que esto es culpa mía y solo mía.

Me dirijo al salón absolutamente desolada, preparándome para el encuentro con mi madre. Josh permanece a mi lado, trazando círculos con el pulgar en el dorso de mi mano. Las puertas del salón están cerradas, pero el dolor que hay en la habitación es tan intenso que se cuela por debajo y me penetra la piel.

Alzo una mano hacia el pomo, pero la retiro cuando otra se me adelanta. Levanto la vista y me encuentro con Davenport y su expresión habitual, fría y estoica.

—Creo que al señor Jameson le apetecería una taza de té —me dice, tan diplomáticamente como puede.

Miro a Josh, sabiendo que no se le habrá escapado el mensaje no demasiado sutil del mayor.

Josh mira a Davenport con el ceño fruncido antes de volverse hacia mí.

—Tienes que estar con tu familia —me dice, tomándome de las dos manos.

Abro la boca para protestar porque lo necesito a mi lado. Necesito que me sujete cuando me caiga, porque sé que me caeré. Pero él me coloca un dedo sobre los labios, con delicadeza, y me dice:

—No me iré a ninguna parte.

Tal vez no de forma voluntaria, pero sé que lo obligarán a marcharse. Busco

a mi alrededor hasta que localizo a Damon, que no está lejos, detrás de David y sir Don. Él me dirige una sonrisa discreta y me muestra los pulgares hacia arriba, que es su modo de decirme que Josh estará a salvo mientras yo esté dentro del salón. Sé que puedo fiarme de él. Asiento e inspiro hondo, mientras Josh me da un beso en la mejilla.

—Te quiero —susurra para que solo lo oiga yo, y yo asiento cuando me suelta, para indicarle que puedo seguir sola.

Cuando Josh se retira, Davenport abre la puerta y el dolor que las paredes ayudaban a contener se desborda como una inundación, tan potente que está a punto de derribarme.

Lo primero que oigo son los sollozos descontrolados de Helen. Luego veo a mi madre sentada en uno de los sofás, con la mirada perdida ante ella, mientras el tío Phillip ayuda a la tía Victoria a servir el té, ya que no hay ningún miembro del servicio a la vista.

El tío Stephan también está aquí, serio y solemne junto a la chimenea, con su esposa al lado. Matilda está sentada en una silla, junto a la ventana, con la cara húmeda y congestionada. Es la primera que se fija en mí y su rostro se suaviza al verme. Cuando las puertas se cierran a mi espalda, el resto de la familia se vuelve en mi dirección.

Trago saliva y entro con las piernas temblorosas mientras mi madre se pone de pie con ayuda del tío Stephan, que se apresura a asistirla. Durante toda la vida he visto a la reina consorte impecable, pero ahora está pálida, débil, vulnerable.

Trato de mantener mis emociones a raya, ser fuerte para ayudar a mi madre, pero no aguanto más de unos segundos. Se me escapa un sollozo y me lanzo en sus brazos, escondiéndome en ellos, sintiendo su calor. Nuestros cuerpos temblorosos se unen; es un temblor que nos sacude hasta lo más hondo.

—Lo siento tanto... —sollozo en su cuello, mojándolo con mi torrente incesante de lágrimas.

Ella no dice nada, no me ofrece palabras de consuelo ni de apoyo y, aunque me sigue abrazando, me rompe el corazón.

Me separo con delicadeza para mirarla a la cara, y cuando encuentro su mirada, ella me apoya una mano en la mejilla, pensativa y silenciosa. Se la oprimo, rogándole en silencio que no me haga responsable de lo que ha pasado. Cuando habla por fin, lo hace con su habitual tono suave, aunque odio las palabras que pronuncia:

—¿Dónde estabas?

Niego con la cabeza, luchando contra el arrepentimiento que me retuerce las entrañas.

—Ahora estoy aquí.

—Qué suerte —murmura el tío Phillip, haciendo que todos los ojos se vuelvan hacia él, incluso los míos. Me está dirigiendo una mirada llena de desdén—. Si no te hubieras escapado a Escocia, el rey tampoco lo habría hecho y no estaríamos aquí, destrozados, ni el país en shock. —Mueve un brazo en el aire y resopla, mostrando su disgusto—. Espero que estés contenta. Tu insolencia nos ha hecho perder a nuestro rey.

Mi madre me aprieta la mano, pero no me defiende, y yo me encojo, sabiendo que merezco su ira.

—¡Mi esposo ha muerto por tu culpa! —se lamenta Helen.

Cierro los ojos y mi madre me aprieta la mano con más fuerza.

—¡Lo único que tenías que hacer era casarte, zorra malcriada y vanidosa!

—¡Por favor! —El tío Stephan salta en mi defensa.

Sé que es el único que lo hará.

—¡Ya basta! —dice.

—Por favor, dejadnos a solas —ordena mi madre, mirándolos a todos—. Me gustaría hablar un momento con mi hija.

Nadie discute la orden de la reina consorte y van saliendo del salón en silencio.

—Tú puedes quedarte, Helen.

Helen se detiene y mira por encima del hombro, confundida. Espera a que todos hayan salido del salón para dirigirse a mi madre.

—¿Catherine?

Mi madre ladea la cabeza, pensativa, y la confusión de Helen se transforma en preocupación.

—Lo sé, Helen —dice mi madre—. Conozco tu secretito.

«¿Qué?»

Helen se acerca a nosotras, aterrorizada.

—Catherine, por favor.

Agarra a mi madre, con las manos llenas de pañuelos de papel arrugados, y la aparta de mí.

Yo reacciono por instinto, ya que no me gusta la fuerza que está empleando mi cuñada, por mucho que esté de duelo.

—¡Helen! —grito, y la empujo, pero ella me ignora y sigue presionando a mi

madre.

—Catherine, te lo ruego. Por favor.

Mi madre se mantiene impasible, observando a su frenética nuera rogar e implorar.

—¿Qué está pasando? —pregunto, dividiendo mi atención entre las dos mujeres, una que roza la locura y la otra totalmente impasible.

—¡Nada! —salta Helen—. No está pasando nada —insiste, clavando los ojos en mi madre, aunque es evidente que entre ellas pasa algo. Pero ¿qué?

Agarro a mi madre, apartándola de las manos de Helen, pero estoy a punto de tropezar cuando la toma conmigo.

—¡Helen, suéltala!

Tiro de mi madre, cuyo cuerpo inerte es zarandeado entre las dos.

—¡Ya basta! —grita la reina, sobresaltándonos a las dos.

Luego dirige una mirada airada a la esposa embarazada de su hijo, que niega con la cabeza. Después me mira a mí, y sus ojos, normalmente cariñosos, están llenos de determinación. Señala el vientre de Helen, que se lo cubre con las manos, como si quisiera protegerlo.

—Ese bebé no es de tu hermano.

Abro la boca, incrédula, y busco confirmación en los ojos de Helen.

Ella se derrumba, vencida, y se echa a llorar de nuevo.

—¿Qué? —pregunto.

Ya sé que he oído bien, pero la sorpresa me ha robado la habilidad de hilar una frase entera.

—Catherine. —Helen retrocede, sollozando—. Por favor, no.

Mi madre, fría como el hielo, da unos pasos y se sienta en el sofá.

—¿Qué crees que va a pasar, Helen? ¿Crees que tu hijo aún no nacido va a heredar el trono? Inconcebible.

Mi madre la observa con frialdad, mientras yo permanezco de pie, inmóvil, tratando de asimilar esta nueva bomba de información.

—No he dicho nada hasta ahora, pero ¿pensabas que no lo sabía? Tal vez hubieras engañado al rey, pero a mí te aseguro que no. Tras ocho años tratando de concebir sin éxito, de repente te quedas embarazada como si fuera un milagro. —Se echa a reír sin ganas—. Solo tengo una pregunta, querida nuera. ¿Quién es el padre? Porque si ese niño es mi nieto, yo soy el papa de Roma.

Ni Helen ni yo estamos acostumbradas a ver a mi madre furiosa y es evidente que lo está, aunque su voz no muestre ninguna emoción. Observo la

escena, pasmada, incapaz de asimilar lo que estoy oyendo, mientras Helen retrocede sin dejar de llorar.

—Catherine...

—El trono pertenece a mis hijos. Tú no eres mi hija y ese niño que llevas en el vientre no es mi nieto.

—Estaba desesperada —confiesa Helen, con la voz rota—. Nuestro futuro dependía de ello y la presión del rey se estaba haciendo insoportable.

—No me cabe ninguna duda.

Mi madre se aparta de ella mientras yo descifro lo que acabo de oír. Para el público, ahora que John ya no está entre nosotros, el hijo que espera Helen es el nuevo rey o la nueva reina de Inglaterra... y habría que elegir un regente para que reinara en su nombre hasta que alcanzara la mayoría de edad. El problema es que ya no estamos en el siglo XVI... aunque eso ya da igual, porque mi madre acaba de revelar que el bebé de Helen es ilegítimo.

—Me desterrarán —solloza Helen—. Me quedará sin nada. Todo el mundo me odiará. Por favor, Catherine.

—Las únicas personas que sabemos de tu traición son sir Don, David Sampson y nosotras. —Mi madre me mira antes de volverse hacia Helen—. Y mi idea es que siga siendo así. Ahora bien, lo que haremos será saltarnos al bebé en la línea sucesoria. Estamos en el siglo XXI y un monarca no nacido sería el hazmerreír del mundo. La monarquía ya tiene demasiados frentes abiertos, no necesitamos dar munición extra a los que nos odian.

Las palabras de mi madre finalmente se abren camino en mi mente embotada. ¿Saltarse al hijo de Helen en la línea sucesoria?

—¿Dónde está Eddie?

Me llevo una mano al cuello, sintiendo su ahogo como si fuera mío. Si la corona no acaba en la cabeza del bebé, entonces irá a parar a la de Eddie.

—Madre, ¿lo sabe él?

—Lo sabe. —Mi madre suspira.

Mi inquietud se magnifica. Dios mío, debe de estar destrozado.

Mi hermano deseaba la corona exactamente lo mismo que yo..., es decir, nada.

—Pero ¿dónde está?

El pánico se está apoderando de mí; necesito dar con él. Sé que tiene que estar pasándolo muy mal. Tengo que encontrarlo. Consolarlo.

—¡Madre! —grito, perdiendo la paciencia. Su reticencia a responderme me está volviendo loca.

Ella me mira y veo el dolor en su rostro, el dolor por la carga de la corona que ahora pasará a nuestro querido Eddie.

—Helen, déjanos solas —ordena la reina consorte.

Mi cuñada sale inmediatamente del salón, hecha un mar de lágrimas. No me da ninguna pena; guardo toda mi compasión para Eddie.

Cuando la puerta se cierra, mi madre se levanta y viene hacia mí. Yo retrocedo de manera instintiva, porque no me gustan sus súbitos cambios de actitud. Primero esa dureza tan poco habitual y ahora de nuevo amable y tranquilizadora.

—Adeline.

Trata de sujetarme las manos, pero las aparto, desconfiada, y retrocedo un poco más.

—¿Dónde está Eddie? —insisto, apretando los dientes—. Dímelo, madre.

Encoge los hombros.

—No lo sé, ha salido huyendo.

—¡Esto es una locura! —grito, dirigiéndome hacia la puerta.

Debería poder llorar la muerte de mi padre y de mi hermano, en lugar de estar tratando de desentrañar la red de mentiras y traiciones que ha tejido mi venenosa familia.

—Adeline, espera.

Por primera vez en mi vida, no le hago caso. Abro la puerta y salgo disparada en busca de Eddie. No puede haber abandonado el palacio. Es imposible atravesar la verja hoy, así que tiene que estar cerca, en alguna parte. Me dirijo a la biblioteca, y al pasar junto a Davenport, veo su mirada ansiosa. Ni siquiera me detengo cuando Josh aparece, con Damon a su espalda.

—¿Habéis visto a Eddie? —pregunto, sin detenerme, dejándolos atrás.

Entro en la biblioteca y ellos me siguen.

—No desde que volvimos —responde Damon.

—¿Qué pasa, Adeline? —pregunta Josh, con autoridad, aunque no trata de detenerme.

—Tengo que encontrar a Eddie. El hijo no nacido de John no heredará la corona, se lo saltarán, y eso significa que Eddie será el nuevo rey. Pero él no quiere ser rey; tengo que encontrarlo.

—Dios —susurra Josh, volviéndose hacia Damon—. ¿Alguna idea?

—¡El laberinto!

De pronto, se me enciende la bombilla y salgo corriendo a los jardines. Siempre se escondía allí cuando era niño; era lo más lejos que podíamos huir del asfixiante palacio. Con la adrenalina corriendo por mis venas, corro hacia los jardines traseros y cruzo el laberinto por el camino más corto hasta llegar al centro.

Al llegar al claro, lo veo. Está sentado en el suelo, apoyado en las espinillas de la estatua de nuestro abuelo, con una botella de whisky en la mano. Tiene la boina verde sobre el muslo, los ojos cerrados y la cabeza gacha.

—Eddie.

Corro hasta él y me dejo caer de rodillas a su lado. El olor del whisky, intenso, sin diluir, me golpea la nariz.

Levanta la cabeza con dificultad y entreabre los ojos. Está borracho, en un estado lamentable.

—Hermana —me dice, arrastrando las sílabas, y alza un brazo en mi dirección—. Qué agradable sorpresa.

Suspiro, pensando que el día de hoy nos ha superado a todos. ¿Cuánto más vamos a poder asumir? Tengo que priorizar entre todos los problemas que no dejan de caernos encima. Y mi prioridad ahora es Eddie.

Miro hacia atrás al oír el ruido de unos fuertes pasos. Damon y Josh han encontrado el camino. Niego con la cabeza cuando intentan acercarse, y ambos retroceden. Devuelvo la atención a mi hermano, tirado en el suelo, borracho.

—¿Te has enterado? —Me mira con un solo ojo abierto, luchando por enfocar—. ¿Has visto qué familia de opereta tenemos?

Suspiro y le quito la botella de la mano.

—Me he enterado.

—Devuélvemela.

Eddie me reclama el whisky de mala manera, me arrebató la botella y da un buen sorbo. Mientras traga, ve algo a mi espalda que le hace soltar un gruñido amenazador. No estoy acostumbrada a ver a mi hermano así; Eddie es famoso por su carácter desenfadado.

—¡Oh, qué bien! Nuestra madre se une a la fiesta.

Miro por encima del hombro y veo que, efectivamente, la reina consorte nos ha seguido. Su falta de aliento y el rubor de sus mejillas me dicen que ha venido corriendo. «¿Corriendo? ¿Mi madre?»

Me muerdo la lengua para no reprender a mi hermano por su falta de respeto,

no porque la mujer a la que se está dirigiendo sea la reina, sino porque es nuestra madre. Pero lo disculpo porque está furioso. Lo entiendo.

—Eddie, las noticias nos han sorprendido a todos, pero emborracharte no ayudará en nada.

Él me mira, confundido. Poco a poco, las arrugas de su frente se alisan y echa la cabeza hacia atrás.

—¿No lo sabes? Ay, hermanita. Los escándalos no han acabado.

—Eddie —le advierte nuestra madre, que ha seguido acercándose—. Aquí no.

—Si no se lo cuentas tú, lo haré yo —dice, arrastrando las palabras y sacudiendo la botella en el aire antes de dar otro largo trago.

Miro a mi madre, sabiendo que hay algo que me oculta. Otra vez. Es realmente preocupante que mi madre parezca estar informada de todo. Se vuelve hacia Josh y Damon.

—Dejadnos solos.

Prefiero no pensar en qué debe de parecerle la presencia de Josh y sus consecuencias. Él da un paso adelante como si quisiera protestar, pero Damon lo detiene.

—Deberíamos darle a su alteza real un poco de privacidad con sus hijos —dice Damon, en voz baja, mientras Josh me mira buscando confirmación.

Sonrío cuando veo que pone el pulgar horizontal, a medio camino entre arriba y abajo.

—Estaré bien —lo tranquilizo—. Espérame en la biblioteca.

Eddie se echa a reír a carcajadas. No sé qué demonios le parece tan gracioso, pero achaco su reacción al alcohol.

—Dile adiós, mister Hollywood.

—Eddie, para ya —lo riño, porque no me gusta la expresión amenazadora de Josh.

Estoy segura de que, si no fuera porque Damon está tirando de él para sacarlo del laberinto, Josh estaría ya sobre Eddie, exigiéndole respeto a puñetazos.

—¿De qué va todo esto? —exijo saber.

Mi madre cierra los ojos y Eddie sigue con sus carcajadas de loco.

—Vamos, madre. Cuéntaselo.

—Las cartas —susurra ella—. ¿Te acuerdas que oíste a tu padre hablar de unas cartas?

Claro que me acuerdo de las cartas.

—¿Qué pasa con ellas?

Me tambaleo un poco cuando Eddie se agarra a mí para levantarse.

—Eran las cartas de dos amantes —declara Eddie, en voz alta y orgullosa.

Me levanto mucho más rápido que él, confundida.

—¿Y quiénes eran?

—Bueno, una era nuestra madre, por supuesto.

Eddie se echa a reír otra vez y pierde el equilibrio. Lo agarro antes de que caiga sobre la estatua.

Cada vez estoy más hecha un lío.

—¿Madre?

—¡Sí! —exclama Eddie, con voz cantarina, como si hubiera algo que celebrar—. Y el mayor Davenport.

Lo suelto y me vuelvo bruscamente hacia mi madre.

—¿Qué?

La reina agacha la cabeza, avergonzada, con los hombros caídos, algo nada habitual en ella.

—Es verdad.

—¿Tuviste una aventura con el mayor Davenport?

¿Con ese capullo frío y estoico? ¿El secretario personal de mi padre?

Ella inspira hondo, con los ojos cerrados.

—Sí.

Siento que me han arrancado el aire de los pulmones.

—Y el rey lo sabía —confirmo yo, compartiendo la información que obtuve el día en que lo oí diciendo que no quería que las cartas cayeran en manos inadecuadas—. Lo sabía y mantuvo a Davenport a su lado. ¿Por qué?

—Fue su modo de castigarnos. —Mi madre me dirige una mirada sorprendentemente tranquila—. Tu padre era un hombre muy cruel, Adeline.

De pronto, lo veo todo claro: la distancia que mi madre siempre mantuvo respecto a Davenport, su cambio de actitud durante las últimas semanas, las miradas que se intercambiaban, la cara de Davenport, relajándose solo cuando contemplaba a la reina consorte...

—Aún te quiere.

Ella no me responde y vuelve a colocarse la máscara inmutable.

—Tu padre se ocupó de que aquello acabara hace muchos años.

—Dios mío. —Busco apoyo en la estatua.

—Oh, pero si eso no es nada, hermanita...

Eddie se ríe, tambaleándose hacia mí. Cuando se inclina para que nuestros ojos queden a la misma altura, está a punto de caerse. Su aliento es alcohol puro.

—La historia entre el mayor y nuestra madre empezó en mil novecientos ochenta y uno. —Cierra un ojo, como si quisiera calcular algo—. Y el rey hizo que acabara en el ochenta y cinco.

Ladea la cabeza, esperando a que procese la información. Y cuando lo hago, me golpea como un ladrillo en la cabeza.

—Tú naciste un año después —susurro, volviéndome hacia mi madre—. No. Trato de inspirar, pero el aire se niega a entrarme en los pulmones.

—¡Sí! —exclama Eddie alegremente, dando una peligrosa vuelta sobre sí mismo—. Ese capullo estirado es mi padre. —Se echa a reír, pero es una risa histérica—. Así que todo este tiempo me han obligado a aguantar a esta ridícula familia de mierda sin comerlo ni beberlo. Este no es mi sitio.

—Edward, por favor —le suplica mi madre—. No seas así, claro que es tu sitio. Eres uno más.

—No es verdad, y todos estos años habría podido hacer lo que me hubiera dado la gana.

Su dolor me rompe por dentro. No sé a quién acudir a consolar primero, porque si Eddie está destrozado, mi madre no lo está menos.

—Lo siento mucho, Eddie —digo, porque no sé qué más decir.

Él hace un ruido burlón y rodea los hombros de mi madre con un brazo.

—No lo sientas; pero si estoy encantado, joder. Eres tú la que me das lástima.

—¿Por qué? —pregunto, antes de que mi maltrecho cerebro pueda llegar a alguna conclusión lógica.

—Bueno, supongo que te das cuenta de lo que significa esto, ¿no? —Eddie se inclina ante mí haciendo una reverencia tan exagerada que casi acaba con él en el suelo—. Majestad.

La sangre se me hiela en las venas cuando el significado de sus palabras atraviesa las barreras del dolor y el shock. El mundo desaparece debajo de mis pies y todo empieza a dar vueltas.

—No.

Doy un paso atrás y me golpeo el hombro al chocar con la estatua de mi abuelo. Pero no siento dolor, no siento nada. Esto no puede estar pasando. Alzo

la cabeza y veo a Josh. No se había ido. Su cara, distorsionada por el dolor, me indica que él también ha entendido las consecuencias.

—Soy la reina —murmuro, muy bajito. Tal vez, si nadie me oye, no se hará realidad. «No puede ser. No es verdad. ¡No puede ser verdad!»

Pero lo es. Por doloroso que resulte, sé que es verdad.

—Soy la reina de Inglaterra —repito, con la voz rota.

Los ojos se me llenan de lágrimas mientras veo que Josh retrocede, como si él también quisiera huir de la realidad.

—No. —Niega con la cabeza violentamente—. ¡No, Adeline, no!

Se lleva las manos al pelo y tira con fuerza, mientras mis lágrimas caen sin freno.

Los acontecimientos han dado un giro cruel, tremendamente cruel, y no me refiero a la corona que tanto odio ni a las cosas que la acompañan: la presión, el compromiso, la carga perpetua. Me refiero a lo único que no la acompaña.

La única cosa en este mundo de la que no puedo prescindir.

Mi chico americano.

Agradecimientos

No ha sido un camino fácil, pero ha valido mucho la pena. Llevo tiempo escribiendo un libro al año y durante este último año he escrito dos. La verdad, aún no sé qué estoy haciendo aquí, pero sé que formar parte del mundo de la romántica hace que viva todos los días con una enorme sonrisa en la cara.

Gracias a mi agente, Andrea Barzvi. Gracias por lanzarte conmigo a esta aventura de volver a la autopublicación. A veces daba miedo, pero tú has hecho que todo fuera mucho más sencillo. Tus consejos y tu guía nunca me han fallado. Te estoy eternamente agradecida.

A Nina Grinstead. Todavía odio el tequila, pero, por ti, lo bebería. Siento que haberte conocido no ha sido casual, que la vida llevaba mucho tiempo preparando nuestro encuentro. Y ahora no sé qué haría sin ti. Mi vida es más brillante desde que estás en ella. Me encantan nuestras charlas matutinas por Facetime, porque así puedo maravillarme con tu pelo.

Quiero dar las gracias a mi increíble editorial, Grand Central, por vuestros ánimos y apoyo. No sabéis lo que significa para mí tener vuestro respaldo.

Sian Lewis, sigue siendo igual de increíble. Gracias por tus constantes mensajes incordiantes.

Marion, gracias por hacer que este proceso haya sido prácticamente indoloro. Sabes que estaba nerviosa. Tenías razón, no tenía por qué estarlo.

Para Bongo, Lisa P., Patty, Lisa S., Nicky y todas las chicas que llevan las páginas de fans. Siempre estaré en deuda con vosotras por ayudarme tanto. Sois un grupo de chicas maravillosas, todas muy sinceras y genuinas. Echamos de menos a Sara, pero sé que ella estaría muy orgullosa de vosotras por hacer que todo siga siendo auténtico. Y divertido. Y a veces indecente.

Gracias a todos los lectores por formar parte de mi mundo. Espero que sigáis a mi lado durante mucho tiempo.

Besos,

JEM



JODI ELLEN MALPAS nació en Northampton, donde vive junto a su familia. Mientras trabajaba en la empresa de construcción de su padre fue ideando la trama de la trilogía y creó el personaje de Jesse Ward. En 2012 decidió autopublicar *Seducción*, el primer volumen, y la masiva respuesta de sus lectoras la animó a terminar los demás. Catapultada hasta el número uno del *New York Times*, la trilogía *Mi hombre* (*Seducción*, *Obsesión* y *Confesión*) se ha convertido en el fenómeno digital del año, y ha coronado a Jodi Ellen Malpas como la nueva reina de la novela erótica.

Más de un millón de lectoras ya se han enamorado de Jesse...